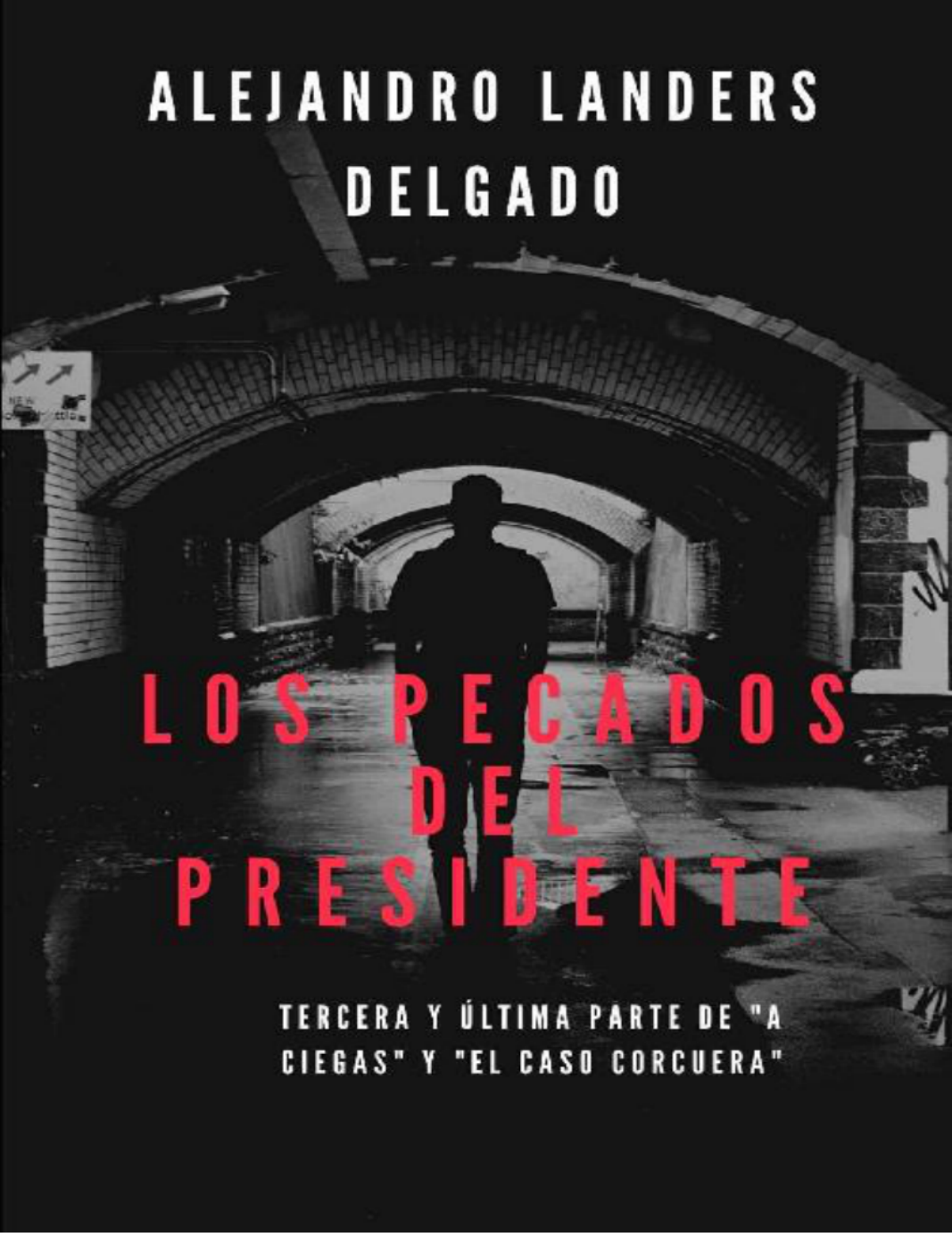
ALEJANDRO LANDERS DELGADO



LOS PECADOS DEL PRESIDENTE

TERCERA Y ÚLTIMA PARTE DE "A CIEGAS" Y "EL CASO CORCUERA"

LOS PECADOS DEL PRESIDENTE

Los Pecados del Presidente

© 2023 Alejandro Landers Delgado

© 2023 Editorial Chaska

editorialchaska@gmail.com

Corrección del texto: Miriam Camponovo

Este libro no podrá ser reproducido, total ni parcialmente, sin previo permiso escrito del autor. Todos los personajes son ficticios. Todos los derechos reservados.

Ilustración de la portada: Canva

Primera edición: enero 2023

LOS PECADOS DEL PRESIDENTE

ALEJANDRO LANDERS DELGADO

editorialchaska

A mi madre, Clemencia Delgado Ynca, mi alma de la quena, con amor, donde quiera que esté.

“¿Lo creerás, Ariadna? —dijo Teseo—. El minotauro apenas se defendió”

La Casa de Asterión. El Aleph. Jorge Luis Borges

NOTA DEL AUTOR

Nunca fue mi intención escribir una trilogía ni menos que tratara de un detective de la policía. Las circunstancias que dieron lugar a esta saga se fueron dando de manera fortuita y cuando menos lo esperaba me encontré con tres libros publicados y casi mil páginas escritas. Lo único que puede explicar esto es mi deseo de contar historias y que estas tengan un eje central, un personaje que estuviera rodeado de otros tantos, influenciándolo con sus penas y sus miedos, con sus esperanzas y sus sueños. El escribir sobre el detective Aniceto Linares fue todo un descubrimiento. Empezó con la idea de contar la historia de un secuestro para luego convertirse en un universo donde se mueven cómodamente más de una decena de personajes interconectados de una u otra manera. No puedo estar más que agradecido a todos ellos por los buenos y malos momentos que pasamos juntos. Fue una maravilla verlos aparecer súbitamente en la trama, sin pedir permiso, sin haberlos planeado de antemano. Este es el último volumen de la serie, pero eso no significa que no vuelva a escribir sobre ella. Quién sabe lo que me depare el destino. El universo que se escapó de mis manos está ahí. Por el momento lo dejaré tranquilo. Aunque con un personaje tan entrañable como el detective Aniceto Linares, nunca se sabe lo que pueda pasar.

ÍNDICE

PRÓLOGO
Sábado 22 de mayo, diez de la mañana
Miércoles 2 de junio, mediodía
Miércoles 2 de junio, tres de la tarde
Miércoles 2 de junio, seis de la tarde
Jueves 3 de junio, nueve de la mañana
Jueves 10 de junio, siete de la noche
Viernes 11 de junio, once de la mañana
Viernes 11 de junio, siete de la noche
Sábado 12 de junio, siete de la mañana
Sábado 12 de junio, cuatro de la tarde
Sábado 12 de junio, una de la tarde
Domingo 13 de junio, seis de la tarde
Lunes 14 de junio, once de la mañana
Martes 15 de junio, mediodía
Miércoles 16 de junio, mediodía
Viernes 18 de junio, cinco de la tarde
Jueves 17 de junio, tres de la tarde
Sábado 19 de junio, diez de la mañana
Viernes 18 de junio, siete de la noche
Sábado 19 de junio, once de la noche
Domingo 20 de junio, mediodía
Martes 22 de junio, siete de la noche
Jueves 24 de junio, tres de la tarde
Lunes 28 de junio, diez de la mañana
Miércoles 30 de junio, once de la noche
Sábado 3 de julio, seis de la tarde
Miércoles 7 de julio, once de la mañana
Miércoles 14 de julio, cinco de la tarde
Sábado 17 de julio, diez de la noche
Martes 20 de julio, ocho de la mañana
Jueves 22 de julio, nueve de la noche
Domingo 25 de julio, una de la tarde
Domingo 25 de julio, seis de la tarde
Lunes 26 de julio, nueve de la mañana
Viernes 30 de julio, once de la mañana
Sábado 31 de julio, diez de la mañana
Lunes 2 de agosto, siete de la noche

Martes 3 de agosto, diez de la mañana
Miércoles 4 de agosto, nueve de la mañana
Jueves 5 de agosto, mediodía
Sábado 7 de agosto, seis de la tarde
Domingo 8 de agosto, una de la tarde
Lunes 9 de agosto, ocho de la noche
Martes 10 de agosto, once de la noche
Miércoles 11 de agosto, seis de la mañana
Miércoles 11 de agosto, dos de la tarde
Jueves 12 de agosto, tres de la tarde
Domingo 15 de agosto, doce del día

PRÓLOGO

Se encontraba mirando el deprimente paisaje a través de la ventana. Desde lo alto del edificio se podía ver el terreno baldío rodeado por un muro de ladrillos sin tarrajear. La puerta de metal, custodiada por cuatro hombres armados hasta los dientes, daba acceso al inmenso lote de piso de tierra. A un costado del edificio se encontraba una fábrica abandonada. Era una estructura de metal y ladrillo que se desmoronaba lentamente por la falta de uso y de mantenimiento. Lamentó ser parte del decrépito decorado. Se dijo que un hombre de su valía debería tener su oficina en un edificio del centro financiero de la ciudad. Brillaría y destacaría por encima del resto. Pero, debido a lo inusual de su situación, no tenía más remedio que refugiarse en un edificio recién construido, dentro de una elegante oficina, en medio de la nada.

La triste vista no lo ayudaba a tranquilizarse. Estaba preocupado. Nunca antes, desde su creación, la organización de la que formaba parte había estado en tan serios problemas. Se alejó del gran ventanal que permitía el paso de la luz del día e iluminaba parcialmente la habitación y caminó con aire pensativo por el amplio ambiente. Había que hacer algo, pensó. Había que actuar. Tomó el teléfono que estaba encima del escritorio y marcó un número.

—Dime —contestó la voz al otro lado de la línea.

—Creo que ha llegado la hora.

—¿Qué piensas hacer?

—Es hora de deshacerse de ellos.

—¿Estás seguro? —preguntó la voz con tono neutro.

—Sí, señor presidente.

—Hazlo.

—No pueden seguir vivos —dijo el hombre como si pensara en voz alta—. El detective Aniceto Linares y el coronel Sebastián Cornejo deben pagar por lo que han hecho.

Sábado 22 de mayo, diez de la mañana

El féretro salió de la morgue del hospital cargado por cuatro enfermeros vestidos de blanco. Caminaban con paso lento en dirección a la salida, por el largo pasillo iluminado con esporádicos focos fluorescentes que pendían del falso techo. Las suelas de los zapatos resonaban en el angosto corredor al contacto con el suelo de cerámica tachonado de manchas grises. El ruido de los tacones hacía eco en las paredes revestidas de mayólicas blancas y se mezclaba con los jadeos intermitentes de los portadores que resoplaban con el bulto a cuestas con la idea en la cabeza de que su salario no iba acorde con el desagradable trabajo que debían realizar a lo largo del día. Mientras más cerca de la puerta estaban, más rápidos se escuchaban los pasos, como si la salida fuera el ansiado premio de una carrera interminable. Se detuvieron frente a la puerta, sudorosos y cansados. Uno de ellos empujó con la mano la barra de seguridad dispuesta en el medio de la puerta. La acción realizada dejó entrar la luz del sol que empapaba el día a esas horas de la mañana. Entrecerraron los ojos para acostumbrarse a la luz natural y caminaron hacia la puerta abierta de la parte trasera de la brillante limosina negra que esperaba con paciente elegancia. A la voz de tres, con sumo cuidado, bajaron de sus hombros la caja de madera de fino acabado y la introdujeron dentro del auto especialmente acondicionado para ese tipo de carga. Una persona vestida con traje negro y camisa blanca cerró la puerta de la limosina mientras los enfermeros se alejaban. El esfuerzo había sido tal que movían de manera circular los brazos donde había estado apoyado el ataúd y emitían quejidos de dolor. El tipo vestido de negro entró a la limosina y se puso delante del volante mientras que otras tres personas vestidas de la misma manera lo esperaban en el interior. El auto arrancó y produjo un leve sonido, lo que hizo que el tubo de escape soltara un humo negro que manchó el aire claro y transparente de esa mañana.

El detective Aniceto Linares se quedó parado, mientras miraba cómo la limosina negra se alejaba. A su lado estaban su hijo Damián y su exesposa Noelia Recabarren. El detective había observado la salida

del ataúd y su posterior entrada al auto con el semblante triste y la mirada cansada. No había movido un solo músculo del rostro durante toda la escena, ni siquiera al escuchar los lamentos y quejas de los enfermeros del hospital. Sintió que su hijo le tocaba el brazo, conminándolo en silencio a que reaccionara. Como si despertase de un sueño, Aniceto Linares giró el cuerpo y se dirigió como un robot hacia su auto mientras abría la puerta con un movimiento mecánico. Entró y prendió el motor al mismo tiempo que su hijo ocupaba el asiento del copiloto y su exesposa el asiento trasero. Sin decir nada durante el trayecto siguió a la limosina a una prudente distancia. En su mente rememoró lo que había sucedido el día anterior cuando recibió la llamada del hospital donde le comunicaron que su madre había sido internada de urgencia en horas de la madrugada.

Esa noche el sonido del teléfono lo hizo sobresaltar. Con los sentidos embotados tanteó con su mano derecha la parte superior de la mesa de noche y chocó con el celular que sonaba, vibraba e iluminaba con una luz suave un pedazo de la oscura habitación. La voz de mujer al otro lado de la línea mencionó su nombre.

—Él habla.

—Señor Linares, acérquese al hospital de Nuestro Perpetuo Socorro. Es urgente.

—¿Qué es lo que sucede?

—Es su madre, está internada.

No recordaba con lujo de detalles cómo se levantó de la cama y se vistió. Lo que sí recordaba era el no haber hecho mucho ruido para no despertar a su hijo Damián que dormía en la habitación contigua. Llegó al hospital en menos de diez minutos. Nervioso y azorado preguntó por su madre, Clara Ojeda. Le dijeron que se encontraba en la sala de urgencias y que vaya a la sala de espera, que un médico de guardia hablaría con él. Se sentó en una de las sillas de plástico que allí había, una de las tantas que estaban libres a esa hora de la noche. Miró a su alrededor y vio a varias personas que como él esperaban noticias de sus seres queridos. Vio a un hombre ya mayor, sentado solo, con la cabeza baja, casi entre las piernas, que sollozaba muy bajo. A unos cuantos metros detrás, otro hombre gemía con las dos

manos en el vientre mientras una joven mujer, que podía ser su hija, trataba de calmarlo, desesperada, sin saber qué hacer. Vio que alzaba la cabeza como esperando, al parecer, que una enfermera trajera una camilla para trasladarlo al interior y pudiera ser auscultado por un médico. No se dio cuenta cuando un hombre de bata blanca se le acercó y pronunció su nombre. Se puso de pie.

—¿Es usted el hijo de la señora Clara Ojeda?

—Soy yo.

—Su madre acaba de fallecer.

No sabía por qué, pero la noticia no lo tomó por sorpresa, al contrario, ya lo intuía y se sintió culpable. Escuchó la voz del doctor, que parecía venir de muy lejos, que le decía que su madre no había sufrido mucho, a pesar de la grave neumonía con la que llegó a urgencias, una de las mortales infecciones que contraen los pacientes con Alzheimer. El debilitamiento del sistema inmunitario, concluyó el galeno, causaba que el setenta y cinco por ciento de los pacientes murieran por ese tipo de infecciones. Sintió las manos del doctor en sus hombros y lo escuchó alejarse. Un dolor en el pecho lo hizo volver a sentarse. El llanto lo ahogaba y no lo dejaba respirar. Una enfermera le trajo un vaso de agua y se sentó junto a él agarrándolo de la mano hasta que pudo calmarse.

Vio que la limosina doblaba en un recodo de la carretera y se internaba en un camino de tierra. La espesa polvareda que levantaba el auto le hacía difícil distinguir el sendero. Escuchó que su hijo le decía que bajara la velocidad, que no se veía nada adelante. Luego de unos minutos la limosina se detuvo y cuatro fornidos muchachos descendieron para llevar a su madre a su última morada. Descendió del auto y miró hacia atrás. Una larga fila de vehículos, que formaba parte de la fúnebre comitiva, estaba detrás de él. Al final los autos se dispersaron mientras buscaban un sitio en el estacionamiento cubierto de grava. Se dirigió a uno de los portadores y le pidió tomar su lugar. El hombre accedió y el detective se colocó debajo de uno de los extremos del ataúd. Sintió el peso de la maciza caja encima de su hombro, pero eso no lo distrajo del objetivo de portar él mismo el cuerpo inerte de su progenitora. A la voz de tres se pusieron en

marcha. Caminaba despacio, manteniendo el mismo ritmo que los otros tres. Sentía pena y alivio al mismo tiempo: pena por la pérdida irreparable y alivio porque ya no sufriría más al ver a su madre haberse olvidado de todo y de todos los últimos dos años de su vida.

Una vez colocado el féretro al costado del foso preparado con antelación, el sacerdote empezó la ceremonia. Alzó la cabeza y vio a su hijo Damián que abrazaba a su madre. Cerca de ellos se encontraba el coronel Sebastián Cornejo. Casi todos sus colegas estaban presentes. Remarcó rostros de familiares lejanos a quienes no veía hace mucho tiempo y les había perdido el rastro. El sacerdote concluyó con una oración. El ruido de las poleas al momento de bajar el féretro le produjo escalofríos. Con el rostro desencajado tomó la pala y echó la tierra, que cayó encima de la caja de madera con un ruido seco, frío y espeluznante.

Miraba sin mirar cómo los trabajadores del cementerio se afanaban por rellenar el hueco donde se encontraba el ataúd, cuando la voz del coronel Sebastián Cornejo lo hizo despertar.

—Mis condolencias, Aniceto.

—Gracias, Sebastián.

—Fue una gran mujer.

—Lo sigue siendo.

—Tómate una semana antes de volver a la oficina.

—No creo que la necesite, jefe.

—No es una sugerencia.

—¿Y qué voy a hacer en mi casa?

—Uno necesita recuperarse de golpes tan fuertes como este.

—No creo que nunca vaya a recuperarme.

El coronel Sebastián Cornejo lo miró. Sabía que eso no era cierto. Sabía que Aniceto Linares se recuperaría y que volvería a ser el detective con el mejor récord de casos resueltos del departamento de secuestros. Ya lo había demostrado durante los veinte años que trabajaba con él. El dolor era lo que le hacía hablar así.

—El dolor de perder a una madre no tiene comparación —replicó el coronel.

—Lo que más me duele es que no me pude despedir de ella.

—Ella seguirá contigo donde vayas.

—Nos vemos, jefe.

El detective se dirigió a su auto y abrazó a su hijo Damián que lo esperaba con la mirada triste. Sonrió a Noelia, entró al vehículo y deseó que su madre siguiera viva para poder ir a visitarla al asilo, el siguiente sábado, como lo había venido haciendo desde que empezó a perder la razón y la cordura.

Miércoles 2 de junio, mediodía

Sentado en su escritorio, el detective Aniceto Linares miraba las fotos de la escena del crimen. Las marcas dejadas por las llantas de los autos y las ventanas convertidas en pedazos de vidrio regados por el suelo mostraban la violencia con la que se había cometido el secuestro del periodista. Varias instantáneas enfocaban las manchas de sangre y el cuerpo exánime que reposaba en medio de la pista. No sabía que Nicanor Egúsquiza anduviera con guardaespaldas. Tampoco le extrañó, pues había escrito muchas veces que estaba siendo amenazado de muerte. Se concentró en una de las tomas. Por la posición grotesca del cuerpo dedujo que el guardaespaldas había luchado hasta el fin para cumplir su parte del trato. Otra foto mostraba, en medio de la pista, unos lentes redondos con los vidrios rotos, lentes como los que usaba el periodista.

Recordó cuando lo vio por primera vez en la tele. Se lo veía altanero, con la frente erguida y la actitud desafiante. Los anteojos le daban un aire de intelectual, de profesor de universidad. Esa actitud no cambió ni cuando Patricio Urviola fue elegido presidente, convirtiéndose en un acérrimo crítico de su gobierno. Las columnas del periodista se volvieron cada vez más virulentas. El primer aviso llegó cuando el gobierno intervino el diario y Nicanor Egúsquiza pasó unos días en la cárcel acusado de azuzar a la población. Desde esa vez tenía guardaespaldas, el cual yacía ahora sin vida, con dos agujeros de bala en el cráneo.

Guardó las fotos en un cajón de su escritorio, se paró de la silla, tomó su saco y salió del edificio de la división de secuestros rumbo a la escena del crimen. A esa hora del día las calles lucían repletas de gente que caminaba, conversaba, entraba a las tiendas y hacía su vida normal. Se preguntó cuántos de entre ellos no habría cometido un crimen, cuál de entre ellos no sería el secuestrador del periodista. Todos se veían tan tranquilos, tan inocentes. Prendió un cigarrillo y sintonizó la radio en su estación preferida. Sonrió satisfecho, pues pasaban una clásica de los años noventa, en su opinión, la mejor década en lo que a música se refería. Le dio una primera pitada al

cigarro. Hacía dos días que había regresado a la oficina luego de la semana de descanso que el coronel Sebastián Cornejo le había otorgado por el fallecimiento de su madre. Al principio no estuvo de acuerdo, pero ante la insistencia de su jefe, aceptó a regañadientes.

Se dijo que había valido la pena, pues le permitió pasar tiempo al lado de su hijo, quien vivía con él hacía unos cuatro años. A sus veinte años, Damián Linares había empezado la carrera de psicología en una universidad local. Lo notaba entusiasmado con la opción que había escogido. Estaba contento de que no hubiera querido ser policía como él o reportero como su padre. Pensó que un psicólogo en la casa caía bien, sobre todo cuando no sabía si necesitaría uno algún día.

El detective aprovechó esos días para recordar a su madre: Clara Ojeda, una mujer de carácter fuerte que amaba a los caballos como si fueran de su propia familia. Ella lo cuidó siempre, con ternura y firmeza, y él la cuidó en su vejez hasta que la tuvo que internar en un asilo incapaz de atender sus necesidades, agravadas por el Alzheimer que padeció los últimos años de su vida. Recordó a su padre: Juan Linares, otrora brillante reportero del diario más leído de la ciudad. La relación con su padre fue maravillosa de niño, pero complicada durante la adolescencia debido a la poca comunicación que mantenían. A pesar de eso lo quería mucho y le dolió en el alma su muerte acontecida hacía veintitrés años, de un ataque al corazón, meses antes de su ingreso a la escuela de oficiales de la policía. Recibió también la visita de Noelia, su exesposa y madre de Damián y con quien mantenía una relación cordial, luego de un tumultuoso divorcio. A sus cuarenta y tres años, Aniceto Linares seguía solo, sin pareja, concentrado en su trabajo y en su hijo.

Llegó al sitio y estacionó su auto cerca de ahí. Sacó la mano por la ventana, tiró el cigarro a medio acabar al suelo y sacó su libreta de apuntes. Hojeó las páginas, que tenían las puntas dobladas por el constante uso y luego levantó la mirada, paseándola a su alrededor hasta detenerla en el aviso de uno de los negocios que operaban en la esquina de donde se había producido el secuestro. Prendió otro cigarrillo y se dirigió con paso resuelto hacia el negocio: un pequeño restaurante de comida libanesa. Ni bien entró, un hombre bajito,

medio calvo y con el bigote largo con las puntas enrolladas lo recibió de manera entusiasta.

—Amigo, pase. ¿Qué se le ofrece? —preguntó, y señaló el panel luminoso que estaba encima de su cabeza y que mostraba las fotos de las deliciosas pitas *Shawarma*, *Falafel* o *Shish taouk*, acompañadas de papas fritas y una gaseosa helada.

—Gracias, pero he venido por otra cosa —contestó el detective y enseñó la placa de metal dorada y plateada de la policía—. ¿Usted trabajó ayer en la noche? ¿Vio el secuestro?

—Sí, soy el dueño —aclaró el hombrecillo, limpiándose las manos en el delantal grasiento.

—¿Me puede contar qué sucedió?

—¡Amir! —gritó el dueño del restaurante en dirección a la cocina—. ¡Prepara una pita para el señor policía!

—No se moleste —se opuso el detective—. ¿Me puede decir lo que vio?

—Estaba en la puerta del restaurante fumando un cigarro —empezó el hombre el relato, mientras gesticulaba frenéticamente—, cuando de pronto, veo que un auto negro adelanta a otro y le cierra el paso. Ni bien se detuvo, dos hombres salieron con metralletas en la mano y dispararon contra el otro auto. A mí se me cayó el cigarro de las manos y me metí para esconderme, pero así con miedo y todo me asomé para continuar mirando. Los dos hombres habían parado de disparar, uno de ellos abrió la puerta trasera y sacó a empujones al periodista.

—¿Cómo sabía que era periodista?

—Lo supe cuando vi hoy los noticieros.

—¿Y qué más?

—Lo metieron al auto negro casi a rastras y luego partieron volando.

—¿Su negocio tiene cámaras de seguridad que den a la calle?

—Tengo una que enfoca la entrada del restaurante, pero por cómo fue instalada se puede ver la intersección.

—¿Puedo ver la grabación?

—Claro, venga por acá.

El hombrecillo guio al detective hasta una oficina. Cuando llegaron se dio cuenta que era tan estrecha que solo cabían un escritorio y una silla. Encima del escritorio estaba dispuesto el monitor de una computadora y un viejo teclado. El hombre de bigote del siglo diecinueve se sentó y aporreó el teclado que tenía las letras casi borradas. Al rato apareció en la pantalla una imagen congelada.

—Póngalo a las nueve de la noche —pidió el detective.

Una vez más, el sonido de los dedos chocando con las teclas se escuchó, la computadora emitió un sonido como de carcacha vieja y la imagen apareció ante sus ojos. El detective pudo ver la escena. Los tipos disparaban a quemarropa contra el vehículo detenido, sacaban al pasajero del asiento trasero y lo metían a empellones en la camioneta negra. El secuestro no había durado ni dos minutos. Para mala suerte del detective la imagen del video era de malísima calidad. Los rostros descubiertos de los criminales se veían borrosos y la placa del auto no aparecía por ningún lado.

—¿Usted ya había visto el video? —preguntó el detective un poco molesto.

—Sí, por supuesto.

—¿Y por qué no me dijo que las imágenes eran tan malas?

—Porque nunca lo preguntó —balbuceó el dueño del restaurante.

—Gracias de todas maneras —suspiró Aniceto Linares y salió de la oficina en dirección a la salida.

—¡Espere! —dijo el hombrecillo sonriendo y alargándole una bolsa—. Se olvida su *Shawarma*.

—No era necesario —alegó el detective y aceptó el paquete—, pero igual muchas gracias.

Se dirigió a su auto, se sentó frente al volante y rezongó malhumorado lamentándose de su mala suerte. Abrió la bolsa y el olor a comida caliente inundó la cabina y le hizo cambiar de humor. Desenrolló el papel blanco y dejó al descubierto el inmenso pan libanés que contenía trozos de carne de pollo y pavo, acompañados de legumbres variadas, todo mojado por salsas de colores extraños. Le dio un mordisco y mientras mascaba sintió en el paladar la combinación

de sabores que le daban fama al conocido platillo. En menos de cinco minutos ya había devorado el sándwich libanés, se limpió la boca y las manos con una servilleta, cortesía del hombrecillo de bigotes farsescos y abrió nuevamente la libreta de apuntes. Debajo del nombre del restaurante libanés estaba escrito el nombre de una peluquería. Alzó los ojos y buscó el panel publicitario. Lo ubicó y pudo comprobar que este se encontraba justo al frente del restaurante de comida rápida. Bajó del auto y se dirigió al local donde funcionaba la peluquería mientras sentía una extraña pesadez en el estómago.

Abrió la puerta y una campanilla que pendía del marco anunció su ingreso. Una mujer, ya un poco entrada en años, lo recibió. Remarcó que el maquillaje que le cubría el rostro parecía una máscara grotesca. Estaba vestida con un pantalón y una blusa ceñidos, cubiertos ambos con lo que parecían ser las manchas de un tigre. Completaban el estrafalario atuendo unos zapatos taco aguja que la hacían aumentar unos cinco centímetros de tamaño.

—Buenas tardes —saludó la mujer sonriendo, mientras movía de arriba hacia abajo las inmensas pestañas postizas que adornaban sus párpados—. Creo que se ha equivocado de lugar. Esta peluquería es solo para mujeres, como bien lo dice el nombre. A no ser que busque a alguien.

—Busco a la dueña del local —replicó el detective y enseñó nuevamente la placa con su foto.

La mujer con maquillaje de payaso acercó el rostro a la identificación que le enseñaba el detective, con los ojos entrecerrados.

—Soy yo —dijo la mujer y alargó la mano en dirección al detective, como pidiendo que se la besara.

—Quiero saber si usted vio el secuestro de anoche —masculló el detective sin hacer caso de la mano de la mujer, adornada con anillos dorados y plateados en cada dedo. Un fuerte sonido proveniente de su estómago lo hizo sobresaltar.

—¿Se siente bien? —preguntó la dueña de la peluquería.

—Sí, no pasa nada —aseguró el detective y posó las manos en su vientre.

—No me diga que ha comido donde Abbud —conjeturó la mujer,

acomodándose con las manos el pelo teñido de rubio.

—¿Quién? —preguntó el detective mientras se escuchaba otro ruido que salía de su estómago.

—Abbud, el dueño del restaurante libanés del frente.

—Me invitó un aperitivo —contestó el detective, y sintió que un gas le recorría el intestino.

—¿No me diga que el *Shawarma*?

—¿Por qué?

—Por nada —sonrió la mujer—, pero si quiere puede usar mi baño.

—¿Me puede contar lo que vio, señora…? —preguntó impaciente el policía.

—Bella —dijo la mujer y alargó nuevamente el brazo hacia el detective.

—Señora Bella, por favor.

—Bueno —suspiró la muy maquillada señora mientras retiraba decepcionada la mano y relató casi la misma historia que el dueño del restaurante libanés.

—¿Tiene alguna cámara de seguridad?

—No, pero lo grabé todo con mi celular.

Aniceto sonrió. Pensó en su madre y se dijo que las mujeres, en casos extremos, tienen más sangre fría que cualquier hombre que se las dé de valiente.

—¿Me muestra el video?

Reprodujo el video y se dio con la sorpresa de que los rostros de los secuestradores se veían nítidamente y que la placa del auto había sido registrada cuando este se daba a la fuga.

—Impresionante —dijo el detective—. Envíemelo a mi celular, por favor.

En ese momento una fuerte ventosidad salió del trasero del detective, haciéndolo saltar en su sitio y poner cara de yo no fui.

—¿Está seguro de que no quiere usar el baño? —preguntó la dueña de la peluquería mientras sus empleadas se desternillaban de risa al otro lado del salón.

—Muchas gracias —dijo el detective y corrió como un demente,

pues el bendito *Shawarma* tenía el mismo efecto que un poderoso laxante.

Miércoles 2 de junio, tres de la tarde

Llegó a las oficinas de la división de secuestros con paso apurado. Tenía el rostro desencajado y caminaba con dificultad, arqueando las piernas. Llegó a duras penas a su escritorio y se sentó con cuidado para que sus posaderas tocasen el asiento de la silla de cuero con delicadeza. Al lograr su propósito emitió un suspiro, sintiendo un ligero ardor en el ano y sus alrededores. Con las manos tomándose la cabeza y los codos apoyados en el escritorio no vio venir a su jefe, el coronel Sebastián Cornejo.

—¡Mierda, Aniceto! —exclamó el coronel—. Tienes una cara de asco. ¿Sucede algo?

—Nada, jefe —contestó el detective irguiéndose hasta apoyarse en el espaldar de la silla—. Me acabo de zampar un sándwich libanés que me ha dejado noqueado.

—¿Dónde comiste?

—Cerca del lugar del secuestro.

—¿Dónde Abbud?

La puta madre, pensó el detective, ese maldito de Abbud era conocido en toda la ciudad.

—¿Cómo lo conoce? —preguntó intrigado.

—Por la famita que tiene —aseveró sonriendo el coronel—. Solo los valientes con el estómago de acero comen allí.

—No tenía ni idea —musitó el detective y sacó de uno de sus cajones una botella de bismuto. El líquido rosado recorrió su garganta y llegó a su estómago produciéndole un alivio casi inmediato.

—¿Alguna información adicional con respecto al secuestro de Nicanor Egúsquiza? —preguntó el coronel con cara de preocupación.

—Tengo un buen video con la cara de los secuestradores y la placa del auto —contestó el detective y mostró el video en su celular.

—Está supernítido —acordó el coronel Sebastián Cornejo—. Buen comienzo. Avísame ni bien tengas algo concreto. Tengo a la prensa oliéndome el culo y no precisamente para invitarme a salir.

Aniceto lo vio alejarse. Sonrió divertido. Pensó en las expresiones informales y risueñas del coronel. Habían pasado veintitrés años desde

que empezó a trabajar con él y siempre se había comportado de la misma manera. Aparte de ser un excelente jefe, era un amigo, casi como el hermano mayor que nunca tuvo. Durante todo ese tiempo, durante los altos y bajos que había experimentado en la división de secuestros, el coronel siempre había estado allí. Recordó que estuvo junto con él cuando cayó en el alcohol justo cuando empezaba a trabajar en la división y luego, hacía tres años, cuando recayó debido al secuestro de su hijo. Desde esa vez no había probado un solo sorbo de alcohol y en gran parte se lo debía al coronel.

Sintiéndose más aliviado, pero aún sin ganas de levantarse y darle a su estómago un pretexto para que volviera a funcionar como un caño malogrado, reprodujo nuevamente el video. Los rostros no le decían nada, pero había algo en los movimientos de los secuestradores que le llamaba la atención. A pesar de la violencia con la que habían actuado no se les veía muy profesionales. Incluso vio que uno de ellos no sostenía bien el arma, como si no estuviera muy seguro de lo que hacía. Tomó el teclado de la computadora y entró al sistema identificándose con la clave secreta de doce caracteres, entre letras mayúsculas, minúsculas, números y símbolos. Una vez dentro escogió la opción para la identificación de placas y escribió la placa del auto del video. El sistema arrojó el mensaje de "placa inexistente", cosa que no lo sorprendió, aunque una placa falsa diera siempre indicios de que el secuestro había sido cuidadosamente planificado, lo que contrastaba con el nerviosismo de los criminales. Alzó el auricular del teléfono y marcó. Esperó un instante hasta que alguien descolgó al otro lado de la línea.

—Mamani al habla —dijo la voz con el inconfundible acento del interior del país.

—Casimiro —dijo el detective—. Soy Aniceto.

—Detective —dijo Casimiro Mamani, técnico informático de la división de secuestros—. Gusto de escucharlo ¿En qué lo puedo ayudar?

—Te estoy enviando en estos momentos al celular un video del secuestro del periodista Nicanor Egúsquiza. Quiero que identifiques a los secuestradores.

—No hay problema, detective —asintió el informático, para luego añadir riendo—. Más bien, me contaron que comió donde Abbud.

—La puta madre —maldijo su suerte el detective—. Las noticias vuelan.

—Ni bien tenga noticias, le aviso —se despidió Casimiro Mamani, riendo divertido.

Ni bien colgó entró a internet y se puso a leer todo lo que encontró sobre la carrera de Nicanor Egúsquiza. Se enteró de que había empezado a trabajar como reportero en el diario cinco años después de la muerte de su padre. Era un periodista político corajudo y batallador. La columna que tenía en el diario era leída por miles de personas, que encontraban en él un referente de ideas claras; un agudo y librepensador que no transaba con ningún gobierno de turno. Sus problemas habían empezado hacía tres años, con la llegada al poder de Patricio Urviola, experimentado político que había hecho carrera en el partido conservador y que se había izado como el paladín de la justicia y el cambio que el país necesitaba. A los pocos días de entrar al poder hizo alianzas en el congreso y convirtió la magra minoría que tenía en una mayoría aplastante. Sus primeras acciones contaban con el apoyo de la población, más para algunos como Nicanor Egúsquiza, estas solo estaban destinadas para enquistarse en el cargo y favorecer a su entorno. Las columnas del periodista se volvieron cada vez más confrontacionales y ácidas, lo que no gustó para nada en el entorno del presidente.

Aniceto era uno de los pocos que sabía que Patricio Urviola había tejido una red mafiosa que lo había llevado al poder y lo ayudaba a acallar a sus enemigos. Entre estos pocos que conocían lo que había detrás del presidente se encontraban los coroneles Sebastián Cornejo y Otoniel Montoya. Con este último había trabajado en su primer año en la policía en una acción conjunta entre la división de secuestros y la de narcóticos. Cuando se enteraron, la orden había sido no hacer nada y estar expectantes a lo que pudiera suceder. Se preguntó si el secuestro del periodista no sería la gota que derramaría el vaso casi lleno y haría reaccionar a los jefes.

Cogió el celular, lo conectó con la computadora y transfirió el video del secuestro. Acto seguido lo reprodujo en el gran monitor rectangular que adornaba su escritorio. Siguió con atención los movimientos del más nervioso de los secuestradores. Algo le seguía llamando la atención. Reprodujo diez veces más el video, haciendo zum en el secuestrador al momento de disparar, hasta que algo hizo clic en su cabeza y lo puso en pausa.

—¡Eso es! —gritó con júbilo.

Marcó nuevamente el anexo de Casimiro Mamani, pero nadie contestó. Dejó el mensaje que le retornara la llamada. Al momento de colgar el teléfono timbró haciéndolo sobresaltar.

—¿Casimiro? —preguntó el detective.

—Si llamas para saber la identidad de los secuestradores, todavía no…

—¡No es eso! —exclamó el detective—. Mira nuevamente el video. Fíjate en la imagen del segundo cinco, en el tipo de la izquierda, mientras dispara.

—A ver —dijo el informático—. Estoy viéndolo, pero no veo nada raro.

—¿No ves el movimiento de su brazo izquierdo?

—Sí, lo veo ¿Qué tiene de raro?

—Es un brazo ortopédico —indicó el detective—. ¿No ves el movimiento antinatural que hace al momento de disparar?

—Ahora que lo dices, es cierto —asintió Casimiro Mamani—. Es un poco raro, pero es muy fino. Qué buena vista tiene, detective.

—Avísame cuando tengas noticias.

Colgó el teléfono. Se dijo que un delincuente prontuariado con un solo brazo sería fácil de buscar en la base de datos. Entró al sistema y puso en los parámetros de búsqueda los siguientes datos: hombre, entre 25 y 35 años, manco del brazo izquierdo. Apretó la tecla *enter* y esperó el resultado. Al cabo de unos segundos, una lista de veinte nombres apareció en la pantalla. Imprimió la página y la revisó concienzudamente. Ingresó uno por uno los nombres de la lista en el sistema y comparó cada foto con el rostro del hombre del video. En el nombre número quince, Aniceto Linares dio un respingo. Casi de

inmediato sonó el teléfono.

—Detective —dijo la voz de Casimiro Mamani—. Tengo el nombre del hombre del brazo postizo.

—Jimmy Tirado, alias Brazo Falso —replicó el detective.

—¿Cómo lo supo? Superó en rapidez a mi algoritmo.

—Tu algoritmo nunca podrá vencer a la mente humana, mi estimado Casimiro.

—Por ahora —concluyó convencido el informático—. Por ahora.

Dio las gracias a Casimiro Mamani, colgó el teléfono y avisó por radio a la central de la policía que diera el mensaje a todas las unidades de que buscaran a Jimmy Tirado. Envió la foto electrónicamente y pidió que la búsqueda sea una prioridad. Entró nuevamente al sistema de la computadora y buscó los posibles secuaces del delincuente. La computadora botó casi una docena de nombres, todos con un largo prontuario en su haber. Un nombre le llamó la atención: Teófilo Condori, alias Cóndor. Este había sido arrestado varias veces con Jimmy Tirado. Inexplicablemente, en todos los arrestos, ambos habían sido liberados horas después sin explicación alguna. En todos los casos los dos delincuentes habían sido llevados a la estación de la calle Buenaventura, una de las más grandes de la ciudad y una de las mejor equipadas. Hacía tres años que la antigua comisaría había sido demolida y en su lugar se había construido un edificio de tres pisos con lunas polarizadas. Recordó que el propio presidente había asistido a la inauguración. El jefe de la estación no era otro que Adolfo Brezani, compañero de estudios de la escuela de oficiales y su enemigo jurado. No era raro entonces que si se escuchaban rumores de malos manejos y cosas extrañas que sucedían en esa estación mucho tenía que ver Brezani.

La radio que estaba encima del escritorio dio un pitido y el detective contestó sin demora.

—Aniceto Linares, escucho.

—Detective —dijo la operadora de la central—. Un patrullero ha identificado al sospechoso. Lo vio entrando a un restaurante de comida rápida y luego dirigirse a un edificio de departamentos no muy lejos del centro. Le envío la dirección.

—Excelente —exclamó el detective—. Voy para allá.

Miércoles 2 de junio, seis de la tarde

Llegó al sitio indicado en menos de cinco minutos. Su estómago estaba mucho mejor, ya no le dolía y había dejado de emitir los sonidos que lo llevaban sin control al baño más cercano. Había pedido por radio un par de unidades de la policía como refuerzo. Esperó un momento, mientras miraba detenidamente las ventanas del edificio. En ese día caluroso todas las ventanas estaban abiertas. Todas, salvo una, en el segundo piso. Sin señales de los patrulleros, entró con paso tranquilo al edificio, asegurándose de que su arma estuviera en la sobaquera. Subió las escaleras y llegó al segundo piso. Retuvo la respiración y escuchó con atención los sonidos que salían de los departamentos ubicados a los lados de un largo pasillo. Desenfundó su arma y avanzó. De improviso la puerta de su costado se abrió, lo que lo hizo voltear y apuntar en esa dirección. En el espacio que formaba la puerta semiabierta con el marco apareció la figura de una anciana de pelo canoso y piel arrugada que alzaba las manos, asustada. El detective se llevó el dedo a los labios pidiéndole que no haga ruido y enseñándole a la vez su placa. Vio que la anciana, con los ojos bien abiertos, asentía con la cabeza y con el dedo índice de la mano derecha señalaba al departamento de al lado. Asintió también con la cabeza y se dirigió para allá. Sintió que su mano sudada mojaba la empuñadura del arma. Se plantó delante de la puerta cuando súbitamente la radio que llevaba en la cintura emitió un chisporroteo eléctrico. Casi inmediatamente escuchó unos pasos detrás de la puerta como de alguien que corre. Se puso a un lado y en ese momento un disparo hizo un boquete en la puerta de madera contraplacada, seguido luego de varios disparos de pistola. Se parapetó lo mejor que pudo y entró al departamento rodando por el suelo para evitar ser alcanzado por las balas. Mientras se escondía, vio al periodista Nicanor Egúsquiza amarrado a una silla con los ojos y la boca vendados. No pudo reaccionar cuando este recibió una descarga de pistola. En ese preciso momento los refuerzos que había pedido entraron como en tromba al departamento e hicieron fuego.

—¡No disparen! —gritaron varias voces—. ¡Nos rendimos!

Salió de su escondite con la pistola todavía en sus manos y pudo comprobar que las dos voces rindiéndose pertenecían a Brazo Falso y Cóndor. Se dirigió de inmediato donde estaba el periodista y vio que el disparo le había caído en el hombro, de donde manaba profusamente un chorro de sangre. Le quitó las vendas, se identificó y le preguntó cómo estaba.

—¡Ayúdeme, por favor! —suplicó el hombre—. ¡Me muero!

—Usted no se va a morir —aseguró el detective Linares, mientras llamaba a una ambulancia por la radio—. La bala entró por su hombro y salió limpia.

—¿Cómo me encontraron tan rápido? —jadeó el herido.

—Trabajo de inteligencia —contestó el detective—. Venga conmigo.

Ayudó al periodista a caminar. Salieron del edificio y los paramédicos se hicieron cargo del herido. Vio que los agentes introducían a los dos facinerosos a una patrulla. Se acercó a uno de los agentes y preguntó a qué estación los llevaban.

—A la estación del barrio Colonia, detective —contestó uno de los agentes.

—Excelente —apuntó el detective.

En ese momento, un auto de la policía llegó raudo y un hombrecillo, casi un enano, salió vociferando.

—¿A ver, quién es el encargado aquí? —gritó con el rostro deformado por la cólera.

—Yo soy —contestó el detective, y avanzó a su encuentro, dándose con la sorpresa de que el ser deforme y contrahecho no era otro que Adolfo Brezani.

—¿Aniceto? —se sorprendió el enano deforme—. ¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro?

—Soy yo el que lideró al equipo que rescató al periodista Egúsquiza.

—Eso a mí no me importa —vociferó Brezani con la cara roja de furia—. Me llevo a los dos sospechosos a mi estación.

—Ni lo pienses —se opuso el detective seriamente—. No están en tu jurisdicción.

—No te metas conmigo, Aniceto —amenazó el tipo con aspecto de enano de circo—. O te vas a arrepentir.

—¿Qué tanto interés en llevarte a estos dos? ¿Acaso son familiares tuyos?

—No es de tu incumbencia, me los llevo y punto.

—Oí que te pusieron una nueva estación, a todo dar.

Sintió la mirada de odio que el hombrecillo le reservaba. Esa mirada no era gratuita. Desde que estudiaban en la escuela de oficiales sabía que el enano le tenía envidia, la que se había transformado en odio cuando gracias a él, y por mera casualidad, descubrieron que hacía trampa en los exámenes. Hacía tres años se habían vuelto a encontrar cuando a su hijo Damián lo arrestaron por intentar robar en una estación de servicio. Esa vez el capitán Adolfo Brezani lo había humillado, cosa que aguantó para que su hijo saliera bien librado. Desde allí, Brezani había progresado mucho. Luego de veinte años como capitán de la estación Buenaventura era voceado como uno de los candidatos a ser el nuevo jefe de la policía debido a la reforma planteada por el mismísimo presidente. Conociendo a Brezani, se imaginó que el puesto lo obtendría al haberse puesto al servicio del régimen.

—No te conviene enfrentarte conmigo, Aniceto —sentenció Brezani y movió la gruesa pulsera de oro que llevaba en una de sus muñecas—. No en estos momentos de mi carrera.

—¿Carrera? —preguntó el detective sarcásticamente—. ¿Llamas carrera a veinte años pudriéndote en una estación de policía? Que yo sepa, te habían mandado allí para que no sigas corrompiendo a la policía.

—Ten mucho cuidado con tus palabras —siseó Adolfo Brezani—, porque ahora yo soy el que tiene la sartén por el mango.

Se quedó pensativo antes de responder. En efecto, Brezani era un tipo peligroso, aún más con el poder que tenía detrás. Iba a responder sin importarle las consecuencias cuando escuchó una voz familiar que preguntaba qué pasaba. Era el coronel Sebastián Cornejo. La llegada del coronel agarró desprevenido a Brezani, que no atinó a hacer nada, con cara de confusión.

—Brezani —intervino el coronel con un tono imperativo—. ¿No le han enseñado acaso a saludar a sus superiores?

Con la mirada turbada y rabiosa a la vez, Adolfo Brezani no tuvo más remedio que acatar la orden.

—Pregunté qué pasaba —insistió el coronel dirigiéndose a Adolfo Brezani—. ¿Me lo puede explicar, capitán?

—Le he ordenado al detective Linares que los secuestradores sean llevados a la estación Buenaventura.

—¿Adónde los llevan, sino?

—A la estación Colonia —intervino Aniceto Linares.

—¿Y cuál es el interés para llevarlos a la estación que usted comanda?

El rostro simiesco de Adolfo Brezani se contrajo en un rictus indescifrable. Se vio que sufría antes de dar una respuesta.

—Ninguno en particular, coronel.

—Entonces, si no lo hay, deje de joder, hombre, y permítanos hacer nuestro trabajo. Puede retirarse.

Aniceto vio que Adolfo Brezani estaba a punto de estallar de rabia. Lo vio dar media vuelta, entrar a su auto dando un portazo y desaparecer como llegó.

—¿Todo bien, Aniceto? —preguntó el coronel Cornejo.

—Felizmente que llegó, coronel —señaló el detective—, si no iba a perder el control y de paso mi placa.

—No puedo creer que la rabia que te tiene no haya desaparecido en estos veinte años.

—Yo tampoco —replicó el detective.

—¿Por qué tanta insistencia en llevarlos a su estación?

Le contó entonces lo que había hallado en el sistema de la división, los arrestos de los sospechosos en la estación Buenaventura y las liberaciones inexplicables.

—Ya veo —dijo el coronel haciendo una mueca de disgusto—. Eso es preocupante. ¿Y el periodista?

—Fuera de peligro, solo tuvo un balazo en el hombro, nada grave. Se recuperará.

—Buen trabajo, Aniceto. No has perdido el toque.

Jueves 3 de junio, nueve de la mañana

El detective Aniceto Linares salió con cara de pocos amigos del cuarto de interrogatorios. Se dirigió a la máquina expendedora de café y metió unas monedas en una ranura. Escogió un café negro sin leche. Un vaso de cartón cayó del interior y luego un chorro de agua caliente mojó el fondo y las paredes para luego aceptar un líquido negro. El olor del café cargado llegó hasta su nariz produciendo en él una sensación placentera. Se llevó el vaso a los labios, sopló para aminorar el impacto del líquido hirviendo contra la lengua y sus papilas gustativas enviaron al cerebro las señales que estimulaban las partes que identificaban el deleite y el gozo. Ya terminaba de beber cuando apareció el coronel Sebastián Cornejo.

—Aniceto, te estaba buscando. ¿Qué tal el interrogatorio?

—Pésimo. Esos dos no han abierto la boca desde que los trajimos.

—Su abogado está por llegar. ¿No hay manera de hacerlos hablar?

—Ninguna. ¿Qué hacemos?

—Acabo de enviar el expediente al juzgado —señaló el coronel —. Estoy esperando la orden para llevarlos para allá.

—¿Tan rápido? —preguntó el detective—. ¿Cree usted que lo tramiten hoy mismo?

—No ha pasado, pero nunca se sabe.

En eso, los primeros acordes de “La Traviata” de Verdi sonaron en el bolsillo del pantalón del coronel. Con la cara turbada metió la mano, sacó el teléfono y contestó rápido. Movió la cabeza en señal afirmativa y colgó.

—Tenemos luz verde —dijo, e hizo un movimiento con la mano al detective para que lo siguiera.

—No sabía que era amante de la ópera —acotó divertido el detective.

—Si no borras esa sonrisa sarcástica de tu boca te mando a tu casa sin goce de haber.

—¿Qué tiene de malo que le guste la ópera? —protestó el

detective, mientras entraba con el coronel al ascensor.

—Nada —dijo el coronel, y presionó el botón para ir al segundo piso—, pero ya me imagino los comentarios.

—¿Qué comentarios?

—Que me he vuelto un esnob debido a mi cargo.

—No se pase pues, jefe —replicó el detective riendo—. Eso ya lo sabíamos aun sin saber que le gustaba la ópera.

—Búrlate nomás, que el que ríe al último, ríe mejor.

Llegaron a la oficina del coronel. Este se dirigió al fax, arrancó la hoja de papel que colgaba de la máquina y se la entregó.

—Llévate a esos dos miserables. Aquí tienes la orden.

—A sus órdenes, jefe.

Se retiró de la oficina a paso vivo, tomó el ascensor y descendió al piso donde estaba el cuarto de interrogatorios. Pidió a los dos policías que custodiaban la puerta que sacaran a los prisioneros y los llevaran a la furgoneta que esperaba afuera. Los policías obedecieron y llevaron a los dos sospechosos al camión, mientras estos protestaban y pedían a gritos ver a su abogado. Los subieron a empellones y cerraron la puerta. El detective subió a su auto, prendió el motor y siguió a la furgoneta pintada de negro y con letras blancas a los costados que la identificaban como vehículo de la policía nacional. Durante el trayecto no podía sacarse de la cabeza la actitud arrogante y desafiante de los secuestradores, como si supieran que no les iba a pasar nada, que sus acciones no tendrían ninguna consecuencia. No le gustó para nada esa actitud de superioridad. Razonó que, por lo general, los miembros de una banda de malhechores terminaban delatando a sus compañeros luego de un fuerte interrogatorio como el que había tenido lugar hacía unas horas. El hecho de que nunca hubieran perdido la compostura y de que pidieran a un abogado con tanta insistencia, el cual estaba por llegar a la estación, se le hacía muy sospechoso. El súbito interés de Adolfo Brezani en esos dos, durante el arresto, apoyaba la tesis de que había gato encerrado. Pensó en Brezani y esa vez, hacía tres años en que se habían encontrado por el arresto de su hijo. Ya casi había olvidado el incidente, pero verlo nuevamente le produjo un sabor amargo en la

boca, ese sinsabor que aparece cuando uno ve algo o alguien repulsivo e indeseable. Concluyó que Brezani siempre lo sorprendía, pero nunca por las buenas razones.

La furgoneta llegó al edificio que albergaba las oficinas del poder judicial: una mole de piedra construida hacía doscientos años y en donde se combinaban varios estilos arquitectónicos, uno más recargado que el otro, como prueba del gusto de cada gobernante en su afán de devolver a la antigua construcción la prestancia de antaño. La entrada principal estaba custodiada por dos esculturas que representaban leones echados, con la cabeza erguida y los ojos bien abiertos, silenciosos guardianes de una justicia venida a menos con el tiempo. Dos enormes columnas de mármol, ya cuarteadas por el paso de los años, yacían enhiestas al costado del frontis, emulando aquellas que sostenían el Partenón griego. Se estacionaron a un costado del edificio. El detective vio cómo sacaban a los sospechosos de la camioneta y los hacían ingresar por una pequeña puerta, exclusiva para la entrada de los que iban a ser juzgados y fuertemente custodiada por una decena de policías armados hasta los dientes. Los siguió a paso rápido y resuelto, temiendo perderlos en el intrincado dédalo de pasillos y oficinas. Al final llegaron a las oficinas del juez que había aceptado ver el caso en tiempo récord, el honorable Pablo Inga. La secretaria les dijo que el juez los estaba esperando, pero solo quería hablar con él, que los otros se quedaran afuera. Tocó la puerta y sin esperar ser invitado entró y la cerró con cuidado. Delante de él se encontraba un tipo flaco y menudo, con la cabeza canosa. Su rostro pálido estaba casi exento de arrugas y tenía una mirada inteligente y vivaz. En ese momento estaba comiendo un sándwich. Con un ademán de la mano lo invitó a tomar asiento, incapaz de hablar con la boca llena.

—¿Detective Linares? —dijo el juez después de tragar lo que tenía en la boca, limpiándose los carrillos con una servilleta de papel.

—El mismo, señor juez.

—Tengo malas noticias para usted —comentó el juez, mientras revisaba si la camisa blanca y la corbata azul marino tenían restos del sándwich que acababa de devorar—. Voy a tener que liberar a los

sospechosos.

—¿Perdón? —inquirió Aniceto sorprendido.

—Ya llamé al coronel Cornejo —continuó mientras buscaba con la lengua restos de comida en el interior de la boca. El choque de esta contra los dientes produjo un chasquido que hizo eco en la elegante habitación—. Se molestó un poquito, pero bueno, tenemos que ceñirnos a la realidad.

—¿Y cuál es esa realidad? —preguntó el detective, cansado de la actitud condescendiente del juez.

—Que no podemos juzgar en tiempo récord a dos personas. Estamos vulnerando sus derechos.

—Perdón —interrumpió Aniceto—. Le enviamos el caso debidamente documentado. No queremos que los juzguen, queremos que se queden en la cárcel mientras duren las investigaciones. Para eso lo necesitamos.

—Yo no estoy al servicio ni de la policía ni de los delincuentes, estoy al servicio de la justicia.

Observó atentamente al juez. Pensó que hablaba de manera convincente, que la ley lo asistía, pero había algo que no le cuadraba. Su sexto sentido, aquel que lo había afinado durante veinte años de carrera, le decía que tenía ante él a un mentiroso de aquellos, que si lo hubiera querido los habría ayudado. Se preguntó cuál sería la tarifa del honorable juez de mirada vivaz y movimientos grandilocuentes.

—Me retiro, entonces —se despidió el detective.

—Que tenga buenos días.

Salió de la oficina y se dirigió donde estaban los policías con los sospechosos. Les dijo que los llevaran de vuelta a la estación y que hablasen con el coronel Cornejo, él les diría qué hacer. Se quedó inmóvil, viéndolos irse, con las manos en los bolsillos y con una evidente expresión de desánimo. Una voz de mujer lo hizo salir de su mutismo.

—¿Aniceto? ¿Eres tú?

Volteó y tardó unos segundos en reconocer a la mujer que tenía enfrente.

—¿Gabriela? ¿Gabriela Yoshida?

Sintió que la mujer se le acercaba y lo abrazaba con fuerza. Él correspondió el abrazo. Quién lo diría, pensó. Después de veinte años. Gabriela Yoshida. Su colega en el primer año que entró a la policía. Aquella que se retiró a causa del desenlace del Caso Corcuera.

—¡No lo puedo creer! —dijo la mujer tomándose el rostro con las manos, mirándolo de pies a cabeza.

Aprovechó ese momento para mirarla detenidamente. Su largo cabello negro seguía igual de brillante, aunque algunas hebras blancas se asomaban sin pudor en su cabeza; sus ojos achinados eran acompañados por unas incipientes patas de gallo, pero su sonrisa y los dientes blancos en su boca seguían tal cual los recordaba. El perfume que penetró en su nariz lo hizo estremecerse. Ya no estaba tan delgada como cuando la conoció, pero estaba igual de bonita. Calculó que debía tener alrededor de cincuenta años. La edad le había sentado muy bien.

—¿Y qué haces por aquí? —preguntó el detective sin saber que más decir.

—Trabajo aquí —dijo Gabriela sonriendo—. Mejor dicho, trabajo como abogada litigante para un estudio, pero paso la mayor parte del tiempo aquí. Más bien, esa pregunta la debería haber hecho yo.

—Estoy aquí por un caso que tengo. No vengo muy seguido.

—Por la división de secuestros, supongo. ¿Es por el secuestro del periodista? ¿Egúsquiza creo que se llama?

—Por él mismo. Una cosa. ¿Conoces al juez Pablo Inga?

—Claro, es bueno. ¿Por qué lo preguntas?

—Acaba de dejar libres a los secuestradores.

—¿Le enviaron el expediente? ¿Bien documentado?

—Así fue. No sé realmente por qué se negó a nuestro pedido.

Vio que Gabriela quedaba pensativa. Aprovechó para mirarla de pies a cabeza. Un antiguo sentimiento lo hizo moverse inquieto. Uno que había sentido hace veinte años y que pensó nunca volvería a sentir. La pregunta del millón se apoderó de su cabeza.

—He oído algunas cosas —replicó Gabriela—. Pero no deberíamos hablarlas aquí.

—¿Te casaste? —dijo de improviso el detective, para luego

disculparse avergonzado—. Perdón, no quise…

—No, nunca lo hice —contestó Gabriela y fijó su mirada en el policía—. ¿Sigues con Noelia?

—No, nos divorciamos al poco tiempo del nacimiento de Damián.

Un pesado e incómodo silencio se interpuso entre ambos, un silencio que duró unos cuantos segundos, pero que parecieron largos minutos.

—Bueno —dijo Gabriela rompiendo la pesadez del momento—. Tengo que irme. Te dejo mi tarjeta. Tal vez podemos salir a comer algo y charlar de los viejos tiempos.

—Me encantaría —dijo Aniceto—. Me gustó mucho volver a verte.

—Chau, Aniceto.

La vio irse embobado, como si no existiera nada más que la figura de la abogada en el inmenso recinto repleto de gente.

—Las vueltas que da la vida —dijo y se dirigió pensativo hacia la puerta de salida.

Jueves 10 de junio, siete de la noche

Era noche cerrada en la ciudad y el detective Aniceto Linares manejaba hacia su casa luego de una dura jornada de trabajo. Sin un caso importante en sus manos, se había dedicado a desmenuzar el historial de los secuestradores del periodista Nicanor Egúsquiza. Luego de haber sido liberados por el juez Pablo Inga, no habían cumplido con las estrictas medidas dadas por este mientras esperaban su proceso y además se encontraban como no habidos. Pudo averiguar que Jimmy Tirado, alias Brazo Falso, y Teófilo Condori, alias Cóndor, eran dos delincuentes de poca monta que recientemente se habían convertido en personajes con mucha influencia en el área donde operaban. Habían sido arrestados con anterioridad por posesión ilegal de sustancias prohibidas y robos menores. Al parecer, este par operaba impunemente a la vista y paciencia de los policías del sector a cargo del inefable capitán Adolfo Brezani. Se dijo que al día siguiente iría a indagar para recabar más información. Pensó en el periodista rescatado. Luego del secuestro no había dado señales de vida y ninguna columna de opinión había sido escrita por su mano. Le pareció extraño. Una visita sorpresa estaba dentro de sus planes, pero había decidido esperar unos días antes de hacerla.

Su teléfono celular timbró al tomar una salida de la carretera. Intentó sacar el aparato del bolsillo de su saco mientras tomaba el volante con la otra mano, pero se le resbaló de los dedos, y fue a parar al suelo del habitáculo, entre los pedales del freno y el acelerador. Pensó agacharse y estirar la mano para alcanzar el dispositivo electrónico, pero desistió de hacerlo por lo peligroso de la ruta. Esa noche estaba muy oscura y la estrecha pista a dos sentidos no estaba muy bien iluminada, situación que no impedía que los autos aceleraran con las luces delanteras a toda potencia. Se estacionó a un lado de la pista y recogió el celular al mismo tiempo que maldecía la hora de no tener un vehículo con el dispositivo de manos libres. La pantalla indicaba una llamada perdida del coronel Sebastián Cornejo. No le extrañó. No sería la primera vez que el coronel lo llamara en cualquier momento del día o de la noche, para preguntarle sobre un

caso o para hablar sobre el último partido de fútbol de la selección nacional. Marcó el número y esperó. La voz seria del coronel se escuchó fuerte y clara.

—¿Aniceto?

—Dígame, coronel, para qué soy bueno.

—Te estoy mandando una dirección a tu celular. Vente ahorita.

—A la orden, coronel.

El teléfono celular vibró. Apretó un botón de la pantalla táctil y la dirección apareció ante sus ojos. Vio que era un lugar en el sector industrial, al este de la ciudad, al otro extremo de donde se encontraba. Llamó a su hijo Damián y le dijo que llegaría tarde. Dio media vuelta y se dirigió al punto de encuentro, calculando en su cabeza casi una hora de trayecto. Se preguntó qué se traería el coronel citándolo en un lugar desolado a esas horas de la noche. Su voz reflejaba su calma habitual, por lo que descartó que estuviera en problemas. Prendió la radio para acallar los pensamientos que inundaban su cabeza. Los acordes de *About a Girl* de Nirvana sonaron, cosa que lo puso de buen humor. Pensó nuevamente que la década de los noventa era la mejor en lo que a música se refería. Acto seguido llegó a la conclusión de que la edad lo hacía hablar como aquellos viejos que aseveran que todo tiempo pasado había sido mucho mejor. Sonrió mientras manejaba. Admitió que Nirvana y la carretera delante de él eran una muy buena combinación.

Al cabo de cincuenta minutos llegó al sitio indicado: una especie de gran almacén rectangular, de altas paredes. Se estacionó junto al auto del coronel Cornejo. Remarcó que había otro auto allí. Ya lo había visto antes, pero no recordaba dónde. Descendió del auto y vio que la puerta del edificio se abría, dibujándose en el marco la silueta del coronel. La luz de un farol de alumbrado público que se encontraba a unos pasos proyectaba su sombra, de manera oblicua, en el suelo. El coronel lo dejó entrar sin pronunciar palabra.

—¿Qué sucede, coronel? —preguntó Aniceto extrañado.

—Ven conmigo —contestó el coronel Sebastián Cornejo—. Ya te vas a enterar.

Al entrar remarcó que el sitio era húmedo, frío y estaba mal

iluminado. Se detuvieron ante una puerta. Al abrirla, la fuerte luz blanca del interior lo cegó por unos momentos. Entró y se encontró en una habitación con una larga mesa de madera y asientos de cuero a los lados. En un extremo se encontraba sentado el coronel Otoniel Montoya, jefe de la división de narcóticos de la policía.

—Bienvenido, Aniceto —dijo sonriendo el coronel Montoya—. Pasa y toma asiento, por favor.

—Coronel Montoya —exclamó el detective sorprendido—. ¡Qué bueno verlo!

—A mí también me da gusto volver a verte, Aniceto.

—Han pasado veinte largos años —añadió el detective sin asimilar todavía el golpe.

—Eras casi un niño —replicó el coronel abrazando al detective.

Los pensamientos se agolparon en su cabeza sin orden ni concierto. El coronel Otoniel Montoya había sido su jefe durante un breve período cuando él recién empezaba en la policía, en una operación conjunta entre las divisiones de secuestros y narcóticos. Recordó que la operación había sido un éxito, a pesar de la muerte de cuatro policías, entre ellos su compañero y amigo Jacobo Quinteros.

—¿A qué se debe la reunión? —preguntó el detective.

—Te lo vamos a explicar detalladamente —dijo el coronel Sebastián Cornejo, sentándose en uno de los asientos de cuero que rodeaban la gran mesa ovalada.

Sintió curiosidad, pero también cierta aprehensión. Se diría que estaba delante de un comité de evaluación donde su futuro en la policía estaba en juego. Observó detenidamente a los dos hombres delante de él. El coronel Sebastián Cornejo tenía el aire serio y circunspecto, el mismo que adoptaba cuando se iban a tocar temas importantes. Hacía veinte años que no había visto al coronel Otoniel Montoya. Comprobó que su calva seguía tan brillante como antes, solo que ahora se encontraba tachonada de manchas grises de toda forma y tamaño, propias de su avanzada edad. Calculó que el coronel tendría unos setenta años, pero se le veía lúcido y ecuánime. El tic nervioso del ojo izquierdo seguía siendo su marca registrada.

—Pensé que se había retirado, coronel Montoya —dijo Aniceto

dirigiéndose al viejo oficial.

—Este año me retiro —precisó el coronel Otoniel Montoya—. Bueno, me retiran, aunque yo lo iba a hacer de voluntad propia.

—Ha surgido un problema, Aniceto —comenzó a hablar el coronel Sebastián Cornejo—. Un problema que pensamos lo teníamos controlado, pero se nos ha ido de las manos.

—¿Te acuerdas de que hace veinte años —prosiguió el coronel Montoya—, mientras investigábamos el caso Corcuera, tu informante te dijo que el verdadero poder detrás de Máximo Corcuera era Patricio Urviola?

—Por supuesto, coronel —respondió el detective—. Y ustedes me dijeron que iban a estar a la expectativa.

—Hemos estado más que a la expectativa durante estos veinte años —intervino el coronel Sebastián Cornejo—. El coronel Montoya y yo hemos trabajado de manera secreta recabando información sobre la red mafiosa de Urviola. Hemos decidido poner en marcha la operación para desmantelar su organización.

—¿Veinte años después? —preguntó incrédulo el detective—. ¿Por qué después de tantos años?

—La organización no era tan poderosa como ahora —contestó el coronel Montoya.

—La situación se volvió insostenible luego de que Urviola se convirtiera en presidente del país, hace tres años —agregó el coronel Cornejo.

—Un ejemplo es lo que pasó con los secuestradores del periodista Nicanor Egúsquiza —subrayó el coronel Montoya—. Salieron libres, caminando por la puerta principal de la estación de policía.

—¿Ellos forman parte de la mafia de Urviola? —preguntó el detective como si alucinara.

—Exacto —respondió el coronel Montoya, con el furioso parpadeo que denotaba nerviosismo—. La mafia opera en total impunidad, y, por si fuera poco, en dos días nos quieren dar el golpe de gracia.

—Van a reestructurar el cuerpo policial —informó el coronel

Sebastián Cornejo—. ¿Adivina quién va a ser el nuevo jefe supremo de la policía?

—¿Quién? — preguntó Aniceto, curioso.

—Tu amigo Adolfo Brezani.

Creyó que soñaba y se movió inquieto en su asiento. Tanta información estaba siendo procesada por su cerebro lentamente. Todo le había caído de un porrazo y sintió que la carga lo aplastaba sin misericordia.

—¿Y qué piensan hacer?

El coronel Otoniel Montoya le alargó una hoja de papel. La tomó y vio varios recuadros vacíos y un solo nombre.

—Esta es la información que tenemos hasta ahora —dijo el coronel Sebastián Cornejo.

—En estos momentos estamos creando una división secreta dentro de la policía con el fin de acabar con la mafia de Urviola — añadió el coronel Montoya.

—Queremos que seas tú el que dirija la operación, Aniceto — culminó el coronel Cornejo.

Vio detenidamente la lista impresa en el papel. Era un organigrama incompleto de la red mafiosa de Urviola, con este a la cabeza. Remarcó que la lista tenía dos niveles en blanco. Luego aparecía el solitario nombre.

—¿La Reina? —preguntó el detective sonriendo—. ¿Ese es el alias del presidente?

—Es un secreto guardado bajo siete llaves —confirmó el coronel Otoniel Montoya.

—Es posible que Brezani, por orden de Urviola, reemplace a todos los jefes de departamento y coloque a gente de su confianza — detalló el coronel Sebastián Cornejo—. Si eso pasa, la policía estará en sus manos y no habrá ninguna investigación que lo perjudique.

—A mí me botarán de una patada en el culo —señaló el coronel Montoya.

—Es posible que a mí también —agregó el coronel Cornejo—, pero me haré el idiota para quedarme, si aceptas claro. Alguien tiene que ayudarte desde adentro.

Miró preocupado a los dos coroneles. Sabía que contaban con él, por eso le pedían una misión tan delicada. Odió defraudarlos.

—Veo varios espacios en blanco —comentó el detective Aniceto Linares, extrañado.

—No sabemos los nombres de los que están más cerca de Urviola. Es lo único que tenemos. Esa mafia es muy cerrada. Todos nuestros intentos por infiltrar a alguien han sido en vano. Muchos agentes murieron en el intento —explicó el coronel Montoya.

Movió la cabeza, nervioso. Pensó que la tarea que le encomendaban era titánica. Pero, por otro lado, era la oportunidad de vengar la muerte de su amigo y colega Jacobo Quinteros.

—Lo haré —dijo el detective, decidido—. ¿Cuántas personas saben esto? ¿Solo nosotros?

—Así es —contestó el coronel Sebastián Cornejo—. Eres libre de armar tu equipo, si lo deseas. Sabemos que te gusta trabajar solo, pero el caso es complejo. El grupo no puede ser numeroso, debemos actuar con perfil bajo.

—Solo llamaré a una sola persona.

—¿A quién? —preguntaron los coroneles al unísono.

—A Leoncio Manyari.

Viernes 11 de junio, once de la mañana

El detective Aniceto Linares estaba sentado en una de las mesas que formaban parte del mobiliario exterior del pequeño café ubicado en una de las avenidas principales de uno de los distritos más poblados de la ciudad. Recordó que cuando comenzó a trabajar como policía, el café donde se encontraba no existía. El lugar era un arenal coronado de dunas formadas por la acción del viento, a muchos kilómetros de lo que se podría llamar la civilización. Poco a poco habían ido llegando las personas, provistas de esteras, plásticos y utensilios personales. Se establecieron allí, sin agua potable ni luz eléctrica y no se movieron a pesar de los esfuerzos de las autoridades. Veinte años después las dunas habían desaparecido. El paisaje desértico cedió el lugar a pistas asfaltadas, postes de alumbrado público y calles rectilíneas ocupadas por casas, hoteles, edificios y pequeños cafés que ofrecían un lugar donde sentarse y charlar sobre lo que había sido el sector antes de que todo cambiara.

Prendió un cigarrillo y pensó que todo funcionaba casi a la perfección. Los autos se detenían en los semáforos que pintaban de rojo sus luces y las personas caminaban por las veredas sin chocarse, sin siquiera mirarse. Las tiendas recibían y expulsaban una multitud de gente que tomaba por asalto un espacio que había sido propiedad de la naturaleza desde siempre. Se dijo que el hombre jugaba a ser Dios, a darle un ritmo y un orden a las cosas que él mismo había creado. Era todo casi perfecto. Casi. Se lo decía el mendigo sentado en la vereda del frente que extendía su mano suplicante. Se lo decían los niños harapientos y sucios que rebuscaban frenéticamente con sus manitas famélicas los cubos de basura. Se lo decía el tipo que vendía drogas en la esquina de la calle, frente a sus narices. Como juego que era, las reglas estaban definidas de antemano, cosa que tipos como Patricio Urviola aprovechaban y las forzaban hasta quebrarlas, sabiéndose importantes para el desarrollo del juego en sí.

A la quinta bocanada vio llegar a quien esperaba desde hacía un buen rato. El que cruzaba la puerta del café era Leoncio Manyari,

joven detective de la división de secuestros. Observó detenidamente sus movimientos: tenía un andar seguro y resuelto, los brazos se movían separándose un poco del cuerpo lo que denotaba una confianza que la nueva generación exudaba por los poros. Según su ficha, tenía veintitrés años y hacía uno que había entrado a la división de secuestros. Alumno destacado de la escuela de oficiales, se ganó rápidamente la confianza de todos en la división. Era un muchacho que le hacía recordar sus inicios en la policía. Lo vio acercarse y observó a un joven de piel cetrina, pelo ondulado bien cortado y contextura atlética. Al verlo más de cerca remarcó sus dientes chuecos asomándose por detrás de sus labios, su nariz de fosas nasales anchas y sus ojos marrones, vivos y saltones. El joven le dio la mano y se sentó frente a él.

—Leoncio —saludó el detective Linares—. Gracias por venir. ¿Se te ofrece algo?

—No, gracias detective —contestó el joven policía.

—Me puedes decir Aniceto.

—Lo haré.

—¿Conocías el lugar?

—¿Bromea? —sonrió divertido Leoncio Manyari—. Yo me crie en este barrio. La casa de mis padres está a unas cuantas cuadras de aquí.

—¿Tus padres viven aquí desde siempre?

—Claro, ellos son parte de los que fundaron este distrito, cuando no había nada.

—Deben haber sido tiempos duros.

—Lo fueron. Yo tenía tres años cuando ellos llegaron. Me acuerdo de que íbamos a traer agua de un pozo que quedaba a una media hora caminando. La ida era fácil, el regreso era lo complicado, con los baldes llenos de agua y los pies enterrándose en la arena caliente.

—¿Por qué te hiciste policía, Leoncio? —preguntó el detective, directo al grano.

Vio que el joven cavilaba mientras se pasaba la mano por el pelo, haciendo dar vueltas a un travieso bucle que le caía apenas en la

frente. Escuchó su respiración agitada, como si pensara con mucho cuidado lo que iba a responder.

—Yo crecí en un ambiente muy hostil, donde la delincuencia era algo cotidiano. Nunca me gustaron los bravucones y los abusadores. Me juré hacer algo para combatirlos. El convertirme en policía era una decisión lógica.

—¿Y por qué no, por ejemplo, abogado?

—Mis padres no tenían dinero para pagarme una universidad y mis notas eran buenas, pero no lo suficiente para acceder a una beca. Un tío mío me ayudó a pagar la escuela de oficiales de la policía. Si no fuera por él, no estaría aquí.

Lo miró con curiosidad. Ante él tenía a un joven que había salido de la pobreza extrema con su propio esfuerzo y el de su familia. Una persona así valía el doble que cualquiera que hubiera conseguido algo desde una posición de privilegio. Admiró al muchacho y se dijo que no se había equivocado en escogerlo.

—Las referencias que tengo de ti son excelentes —comenzó diciendo Aniceto—, y sé de tu valía en la división. Es por eso que te voy a pedir algo importante, pero quiero que sepas que es información clasificada. Si no aceptas, no la puedes divulgar.

—No hay problema, detective —replicó Leoncio Manyari—. No sé si usted lo sabe, pero la otra razón por la que postulé a la división de secuestros fue por usted.

—No me digas —exclamó Aniceto Linares, cansado de la admiración que le tenían los jóvenes que se enrolaban en la policía.

—El caso Corcuera se nos ha enseñado en la escuela de oficiales como un ejemplo en la resolución de casos. Además, todo el mundo se acuerda de usted cuando resultó herido luego de resolver el secuestro de Renata Cifuentes, hace tres años. Quiero trabajar con usted.

—No me idealices mucho —dijo Aniceto Linares, y prendió otro cigarrillo—. Ya te vas a dar cuenta que no soy la gran cosa.

—Cuando los veo conversar a usted y al coronel Sebastián Cornejo, me siento un tipo privilegiado.

—Bueno, al grano —dijo el detective, y movió la mano como si quisiera espantar un enjambre de moscas imaginarias—. Quiero que

formes parte de mi equipo para una misión reservada.

Pudo ver cómo la cara de Leoncio Manyari cambiaba de expresión. Le mostró la incompleta lista de la mafia de Urviola, mencionó los cambios que se operarían en la policía en los próximos días y la participación de los coroneles Otoniel Montoya y Sebastián Cornejo. Recalcó que era una operación clandestina. Nadie debía saberlo.

—¿Y cuál es mi participación en todo esto? —preguntó Leoncio Manyari, con tono nervioso.

—Quiero que te infiltres en la organización de Urviola. Yo seré tu enlace con el exterior. Solo seremos tú y yo. Nadie más.

Vio que el joven dudaba. Pensó que aceptaría sin chistar, debido, sobre todo, a la admiración que decía sentía por él. Se dijo que tal vez la propuesta colisionaba con sus proyectos futuros, sus ambiciones dentro de la policía, la carrera que deseaba tener. Se dijo que tal vez había cometido un error al no preguntar antes eso al muchacho.

—¿Puede pedir un vaso con agua, por favor? —preguntó finalmente Leoncio Manyari.

Alzó la mano y pidió al mozo lo solicitado por el joven detective. Ni bien llegó, vio que Leoncio tomaba el vaso con la mano temblorosa y lo secaba de un largo trago.

—¿Qué te preocupa? —se animó a preguntar Aniceto Linares.

—Es un honor y un privilegio que haya pensado en mí —contestó nervioso—. Acepto sin pensarlo.

—Te recuerdo que nuestros recursos serán limitados. Seremos solo nosotros dos contra una mafia bien organizada. Además, todo aquel que quiso infiltrarse fue descubierto y pagó el error con su vida. Hemos perdido buenos agentes por ese motivo.

—Acepto el riesgo —asintió Leoncio Manyari con determinación.

—Bienvenido al equipo —sonrió el detective.

—¿Por qué tenemos tan poca información? —preguntó inquieto Leoncio Manyari—. Me parece extraño que los coroneles no tengan más datos luego de veinte años.

—Durante ese tiempo —explicó Aniceto—, Urviola utilizó peones, como Corcuera, y nunca estuvo expuesto. Luego de ascender

al poder todo cambió. Ahora tiene más participación.

—Y este tal Mario Velezmoro ¿quién es? —preguntó Leoncio y mencionó el único nombre que aparecía en el escuálido organigrama de la mafia.

—Al parecer es uno de los jefes que está a cargo de lo que podríamos llamar los soldados de la organización. Es un mando de bajo nivel. Nuestra misión es saber quiénes son los mandos medios y altos, para conectarlos con Urviola.

—Y así mandarlo a la cárcel —completó Leoncio Manyari—. ¿No que un presidente tiene inmunidad?

—Eso es cierto, pero el objetivo es tener evidencias que lo vinculen a la mafia para que él mismo deje el cargo. Ahora la mayoría del congreso lo apoya, pero si se enteran de que está en algo turbio, se lo voltean fácil.

—¿Usted cree que pase eso? Acaba de recibir el apoyo del líder de la oposición.

—¿Clodoaldo Gutiérrez? —preguntó el detective—. Esas alianzas políticas siempre penden de un hilo. El congreso es una olla de grillos.

—Al parecer no tiene mucha fe en los políticos —señaló Leoncio Manyari.

—Cuando veas lo que yo he visto a lo largo de mi carrera —concluyó Aniceto—, pensarás lo mismo que yo. Es triste decirlo, pero es la realidad.

—¿Es cierto que su compañero murió cuando desbarataron la mafia de Máximo Corcuera, hace veinte años? —preguntó cambiando de tema el joven detective.

Se quedó callado unos momentos. La pregunta lo había agarrado frío. La imagen de su amigo entre sus brazos, desangrándose, se plantó en su cabeza. Muchos años tardó en borrar ese recuerdo de sus noches de descanso. Ahora solo iba y venía, cuando algo o alguien se lo hacían recordar.

—Hablas del detective Jacobo Quinteros —apuntó Aniceto Linares—. Así fue. Pensé que la historia era conocida en la escuela de oficiales. Además, Jacobo es mencionado en las clases de investigación forense.

—Yo tomé el curso —replicó el joven detective—. Fue uno de mis preferidos.

—Bueno, vámonos —dijo Aniceto Linares levantándose de la mesa del pequeño café—. Empezamos mañana.

—A la orden, detective —exclamó Leoncio Manyari.

Ambos salieron sin hablar. Leoncio se despidió y se fue por el amplio bulevar repleto de cafés y restaurantes. Lo vio irse con paso rápido y decidido. Pensó en él de joven, a esa misma edad. Se preguntó cuándo había empezado a cambiar y perder la inocencia juvenil. No lo recordaba. Asumió que Leoncio no tardaría en hacerlo. Eso era inevitable.

Viernes 11 de junio, siete de la noche

Llegó a su departamento cuando la noche caía. Se sentía agotado cuando abrió la puerta y prendió las luces de la pequeña sala. Dejó las llaves sobre una pequeña cómoda al lado de la entrada, encima de un plato de cerámica, lo que produjo un sonido claro y tintineante. Dio unos cuantos pasos y se acercó al comedor. Apilados en la mesa estaban varios libros, formando una inusual torre de papel y cartón. Un cuaderno abierto y varias hojas sueltas desparramadas yacían en la superficie lisa de madera. Vio las letras escritas y reconoció los trazos alargados y elegantes hechos con un lapicero de tinta azul. Solo faltaba su hijo para completar la escena. De pronto escuchó el sonido característico del agua cuando sale por las pequeñas ranuras de la tasa del inodoro, el chorro líquido que cae del caño e impacta contra el lavadero y la puerta abriéndose. La figura alta y flaca de Damián Linares, estudiante de psicología, apareció de improviso.

—Detective —dijo Damián sonriendo—. Llega temprano.

—¿Ya comiste? —preguntó el policía.

—Me hice un sándwich —contestó Damián—. Nada del otro mundo.

—Déjame preparar algo —dijo Aniceto Linares y colgó su saco en el espaldar de una silla, remangándose la camisa mientras se dirigía a la cocina—. Tienes que comer bien.

—No te preocupes padre, ya comí.

—Siéntate a hacer lo que tengas que hacer y yo me encargo.

Vio que Damián le hacía caso sin decir palabra. Generalmente, su hijo lo convencía cuando estaba seguro de no querer nada. Esta vez no. Al parecer tenía de verdad hambre. Sacó de la refrigeradora el arroz blanco que había hecho el día anterior, una pechuga de pollo deshuesada, un par de huevos y un atado de cebolla china. Cocinar no era uno de sus fuertes, pero en emergencias como esta no le hacía ascos el ensuciarse las manos. Sacó de uno de los cajones un cuchillo con el mango de madera un poco gastado y cortó el pollo con dificultad. El cuchillo no tenía mucho filo, pero no quería perder tiempo en afilarlo. Echó los trozos de pollo en la sartén que ya tenía

un poco de aceite caliente y el olor a carne frita inundó el ambiente. Partió los dos huevos en el filo de la sartén y los mezcló con los trozos que tomaban un cierto color. Los revolvió y echó media cucharadita de azúcar, el ingrediente secreto que su madre le había enseñado para contrarrestar la acidez del platillo.

—¿Y cómo va la escuela? —preguntó el detective.

—Bien, felizmente —contestó Damián—. Mañana empiezan los exámenes de medio ciclo.

La cocina y el comedor estaban separadas por un muro bajo, lo que permitía que ambos se comunicaran sin problemas, aunque en teoría se encontraban en ambientes distintos del departamento.

—¿Te falta estudiar mucho? —preguntó de nuevo el detective, y echó el arroz frío y apelmazado a la sartén caliente y humeante.

—Un par de horas como mucho —respondió Damián mientras hojeaba un libro y tomaba apuntes en el cuaderno.

—¿Y qué dicen tus compañeritas? —preguntó Aniceto Linares y guiñó el ojo—. ¿Hay alguna que me quieras presentar?

—Ya terminé la primaria para seguir teniendo "compañeritas" como tú las llamas.

—Tú sabes a lo que me refiero —apuntó Aniceto, mientras mezclaba el arroz con el pollo, el huevo y el azúcar y separaba con la cuchara de palo los trozos de arroz para lograr un platillo decente.

—Estoy saliendo con una compañerita —explicó Damián divertido—. Algún día la traeré para que la conozcas.

—Si quieres puedes invitar también a su mamá —precisó riendo el detective, y echó a la mezcla abundantes chorros de salsa de soya y una pizca de glutamato monosódico, un ingrediente fatal para la salud, pero esencial en la confección del platillo oriental.

—No, gracias —replicó Damián, quien conocía bien a su padre y las bromas que hacía siempre—. Por cierto, tu arroz chaufa huele delicioso.

—Receta de tu abuela Clara —puntualizó Aniceto, al tiempo que echaba la cebolla china picada en aros minúsculos y removía el contenido de la sartén hasta obtener el aspecto que quería.

—¿No te enseñó otra receta? —preguntó Damián, parándose y

yendo a buscar dos platos, tenedores y cuchillos en la cocina.

—Sí, claro —respondió Aniceto, mientras servía dos generosas porciones en los platos que su hijo le extendía—, pero este es el único que me acuerdo bien y el que más me gusta.

—¡Uy! Está caliente —exclamó Damián llevándose el primer bocado a la boca.

—No es que lo haya hecho yo —concluyó Aniceto Linares luego de masticar el primer bocado—, pero está buenazo.

—¿Cómo va tu trabajo?

Le hubiera gustado decir que como siempre, que muy bien, pero una sensación de angustia lo carcomía. Desde el día anterior que le comunicaron que iba a estar a cargo de la investigación de la mafia del presidente, el peso de la responsabilidad lo agobiaba. Había tenido problemas para dormir y la reunión con Leoncio Manyari lo tenía inquieto. Se sentía culpable por haber convencido al muchacho de aceptar ayudarlo y formar parte de su equipo. Se dijo que un equipo de dos frente a una mafia bien organizada era insuficiente, pero era la única manera de afrontar el desafío, pues era una operación clandestina. Sabía que tendría la ayuda inequívoca de los dos coroneles, pero el caso era *sui generis* para él, que siempre había tenido todos los recursos de la policía a su disposición.

—Bien —mintió el detective—. La rutina de siempre.

—¿Y tú ya tienes una compañerita que te interese? —rio Damián, mientras masticaba el último bocado de su plato.

Se turbó y calló. De un momento a otro la imagen de Gabriela Yoshida apareció en su mente, acompañada de ese olor inconfundible que emanaba desde que la había conocido, hacía veinte años, mientras investigaban el caso Corcuera. Una vez más el recuerdo de su rostro achinado, sus dientes perfectos, sus labios finos y su cabello negro lo hicieron tener un escalofrío. Después de Noelia, su exesposa, nadie le había movido el piso como ella.

—¿En serio, picarón? —dijo Damián, dándose cuenta de la turbación de su padre—. ¿Cómo se llama?

—Es una antigua colega —se sinceró el detective, mientras recogía los platos y los llevaba al lavadero—, pero no es nada serio.

Recién la vi hoy, después de mucho tiempo.

—Te lo tenías bien escondidito ¿no, padre? —dijo Damián, y acomodó nuevamente los libros encima de la mesa.

—Tú serás el primero en enterarte si pasa algo —dijo el detective, mientras dejaba los platos en el porta platos para que se sequen.

—No me estás contando todo —replicó Damián—. Cuando me gradúe, tú serás mi primer paciente.

—Espero con ansias ese día —dijo Aniceto, y besó a su hijo en la cabeza—. Me voy a dormir. No te quedes hasta muy tarde. Buenas noches.

—Buenas noches, padre, que descanses.

Entró al baño a miccionar y a lavarse los dientes. Cortó una tira de hilo dental y repitió, como todas las noches antes de dormir, el ritual sagrado de introducirse el hilo entre los incisivos, molares y premolares, con el fin de expulsar los restos de comida atascados. Terminó de untarse la pasta de dientes en la cavidad bucal y sintió la frescura de unos dientes limpios y sanos. Entró a su cuarto, se desvistió y se puso un polo viejo de manga corta para dormir. Se tendió en la cama y repasó en su mente las acciones que tendría que ejecutar para llevar a buen término la misión encomendada. La primera y única pista que tenían para empezar la investigación era el nombre de Mario Velezmoro.

No le cabía en la cabeza que tuvieran solo esa pista. Estimaba demasiado a los coroneles Otoniel Montoya y Sebastián Cornejo, pero tuvo que reconocer que había sido una negligencia de su parte no haber obtenido más información, sobre todo en los tres últimos años, donde Urviola ejercía la presidencia del país. Ahora que lo pensaba, había aceptado una misión que iba más allá de sus capacidades. Huérfano de los recursos de la policía se lamentó el haber tomado la misión, pero como el pedido venía de dos personas a las que él respetaba, no le había quedado más remedio que aceptar. Sintió por primera vez después de mucho tiempo una sensación de miedo que le agarrotaba los músculos y no lo dejaba pensar con claridad. Recordó la expresión de Leoncio Manyari, su cara imberbe y casi inocente,

viéndolo como si fuera un semidiós, como si él fuera o hubiera sido alguna vez ejemplo de algo o alguien. Se acordó de sí mismo, a los veintitrés años, la misma edad que Leoncio, cuando ingresó por primera vez al edificio del departamento de secuestros. Había aceptado unirse a la policía por la admiración que sentía por Sebastián Cornejo. De manera inconsciente se llevó la mano a un costado del cuerpo, cerca al corazón, donde se encontraba la cicatriz cuya herida lo había mantenido entre la vida y la muerte hacía tres años. Esa herida fue la conclusión de un caso que catapultó su nombre a niveles de reconocimiento estratosféricos. El caso de Justino Morales. Felizmente para él su popularidad solo duró unas cuantas semanas, siendo reemplazada por otro escándalo más, político o de la farándula.

Se acomodó en su cama, se echó de costado y se cubrió con las sábanas y el edredón. Pensó nuevamente en Gabriela Yoshida. Sacó de debajo de la almohada la tarjeta que le había entregado en el palacio de justicia. Recordó la manera cómo ella lo había abrazado, tan efusiva. Tenía que llamarla a como dé lugar. Con esos pensamientos en la cabeza, el sueño lo venció y cayó profundamente dormido.

Sábado 12 de junio, siete de la mañana

Llegó temprano al gran almacén de forma rectangular ubicado en la zona industrial de la ciudad. Al entrar vio con sorpresa la transformación de la gran sala donde se había reunido la última vez con los coroneles Otoniel Montoya y Sebastián Cornejo. La gran mesa de madera y las sillas de cuero seguían ahí, pero estaban rodeadas por un par de pizarras acrílicas, tres armarios con cajones y dos computadoras. Completaban el escenario una máquina de café y una caja de metal en cuyo interior se entremezclaban cables de varios colores. Supo de inmediato que esa caja era el centro vital que los mantendría conectados a la red de datos de la policía. Tenía razón el coronel Sebastián Cornejo en decir que iba a recibir todo el apoyo posible. El mensaje era claro: empiecen la tarea encomendada cuanto antes. Para evitar sospechas, en el departamento de secuestros se había dicho que tanto él como Leoncio Manyari estarían en una operación conjunta con la división de narcóticos, por lo que estarían un buen tiempo fuera.

Se sentó en una de las sillas de cuero y prendió el celular para ver las noticias. La nota en primera plana del diario digital casi lo hace caerse al suelo. Pensó que Adolfo Brezani no había perdido tiempo. El reportaje decía que la mayoría de los jefes de cada una de las divisiones de la policía habían sido pasados a retiro: unos por mayoría de edad, otros porque estaban próximos a cumplir el límite de años de servicio y otros por decisión interna. Deslizó el dedo por la pantalla táctil del aparato y encontró la lista de nombres. El primero era Otoniel Montoya, como él mismo lo había predicho. Repasó con cuidado la larga lista y no encontró el nombre del coronel Sebastián Cornejo. Suspiró aliviado. No era un detalle menor que hubieran mantenido al coronel en su puesto. Pensó que este era muy astuto como para dejar que lo echaran a la calle. No le cabía duda de que había jugado muy bien sus cartas.

En ese momento, la puerta se abrió y apareció la figura alta y delgada de Leoncio Manyari. Vio que el joven miraba con curiosidad todo a su alrededor. Sus ojos se movían inquietos dentro de sus

cuencas y su ancha nariz se inflaba al expulsar fuertemente el aire contenido en sus pulmones.

—¿Y qué te parece? —preguntó el detective, y tamborileó con los dedos pulgares la superficie de la mesa.

—¿Solo usted va a trabajar aquí? —preguntó boquiabierto el joven detective, sorprendido de lo viejo del mobiliario que hacía juego con el aspecto del edificio.

—Por el momento —respondió Aniceto Linares—. Más adelante veremos qué nos depara el futuro.

—Estoy a sus órdenes, detective.

—Primero lo primero —exclamó el detective alcanzándole unas hojas a Leoncio Manyari.

Lo vio leer con atención, moviendo sus ojos de izquierda a derecha, bajando hasta la última línea impresa en el papel.

—A Jimmy Tirado y Teófilo Condori los atrapamos hace unos días —explicó Aniceto—, pero un juez los liberó y han desaparecido.

—¿Y cómo sabemos que trabajan para Mario Velezmoro? —preguntó inquieto Leoncio Manyari.

—Los han visto entrando y saliendo del negocio de Velezmoro —añadió Aniceto Linares.

—Eso no prueba nada —señaló Leoncio Manyari.

—Es por eso que tenemos que vigilarlo y ver la manera de que te infiltres.

—¿Velezmoro es dueño de un concesionario de autos? —preguntó Leoncio Manyari repitiendo lo que estaba escrito en los papeles que había leído hacía algunos instantes.

—Si hubiera querido tener en mi equipo a alguien que repitiera todo lo que le doy a leer —dijo Aniceto Linares moviéndose inquieto en la silla—, no hacía falta traerte.

—Disculpe, detective —movió la cabeza fastidiado Leoncio Manyari—. No era mi intención molestarlo.

—Estás aquí también para aprender —gesticuló el ducho detective—, y si tengo que ser duro, pues lo seré.

—Pierda cuidado.

—Entonces vámonos de una vez —dijo Aniceto Linares

parándose intempestivamente de la silla.

—¿No quiere que vaya solo?

—Esta vez no. Yo también quiero ver quién entra y quién sale de ese concesionario.

Salió del edificio seguido de Leoncio Manyari y entraron a su auto. Prendió el motor y las llantas giraron. Una nube espesa de polvo se levantó ensuciando el ambiente. Sintonizó la radio en su estación favorita y las notas de *I´m gonna be* de The Proclaimers comenzaron a sonar, lo que provocó que una sonrisa se dibujara en su rostro y los dedos chocaran con el volante siguiendo el ritmo de la música.

—Tiene ritmo —acotó Leoncio Manyari—. Nunca la había escuchado ¿De qué año es?

—Mil novecientos ochenta y siete —explicó Aniceto—. No es novedad. Tú naciste mucho después. ¿Qué escuchaban en tu casa?

—Folclore, sobre todo —respondió Leoncio Manyari—. Mis padres vienen de un pequeño pueblo en la sierra. La música en inglés no se escuchaba en casa.

—Yo no le hago ascos a la música folclórica —agregó el detective mientras salía de la autopista a toda velocidad—, pero siempre me ha gustado la música en inglés.

—A mí me gusta la música clásica —aceptó el joven detective—. Me relaja.

—Quién lo diría —dijo Aniceto Linares y recordó el timbre del teléfono del coronel Sebastián Cornejo—. Tan joven y con gustos refinados.

—¿Cree usted que logremos tumbar al presidente? —preguntó Leoncio Manyari cambiando abruptamente de tema.

Con las manos en el volante y los ojos en la ruta, sintió un ligero temblor en la voz del joven detective. Miraba sin ver los edificios, los autos, las casas, que pasaban raudamente a su costado, mientras pensaba que no tenía respuesta a la pregunta formulada por Leoncio Manyari. Las chances jugaban en su contra debido al poco apoyo, la falta de recursos y de efectivos, pero sobre todo a la imponente organización que tenían frente a ellos. Solo poseían un dato, la punta del iceberg. ¿Podrían cumplir su objetivo? ¿Serían suficientes dos

detectives y dos coroneles de la policía para lograrlo?

—Nunca se ha hecho, que yo sepa —contestó Aniceto Linares—, pero siempre hay una primera vez para todo.

—Usted es muy optimista —terció Leoncio Manyari.

—Como decía mi padre —dijo Aniceto Linares, mientras tomaba una curva para entrar a una calle principal—. A mal tiempo, buena cara.

—Mi padre habla igual —dijo Leoncio Manyari riendo.

Se sintió de pronto un viejo al costado de un chico en la plenitud de la vida. A pesar de la experiencia ganada no podía dejar de sentirse mal frente a esos comentarios que delataban los años vividos. Pensó que era inevitable escucharlos, con mayor razón al estar al lado de un digno representante de la nueva generación.

—Perdón, detective —aclaró Leoncio. Sintió que su comentario había estado fuera de lugar—. No fue mi intención incomodarlo.

—Llegamos —exclamó Aniceto Linares, sin hacer caso de lo dicho por Leoncio Manyari.

Se estacionó a unos cuantos metros de la entrada del concesionario de autos tratando de no ser muy sospechoso.

—¿Este es el concesionario de Velezmoro? —preguntó Leoncio Manyari sorprendido.

La dirección era la correcta. La expresión de sorpresa de Leoncio también. El concesionario era un pequeño local con no más de diez autos parqueados en el estacionamiento, con precios de ocasión. Era de un solo piso y en el frontis lucía un aviso de madera cuyas letras estaban descoloridas por los años y la intemperie. La puerta era de vidrio polarizado, lo único limpio y decente en la destartalada construcción. Pensó que Velezmoro hacía lo imposible por pasar desapercibido.

—Es la dirección —aseguró Aniceto Linares—. Habrá que ser pacientes y ver si se asoma el angelito.

—Uno diría una persona común y corriente —reflexionó Leoncio Manyari, y señaló la foto de Mario Velezmoro que se encontraba sujeta con un clip en el expediente policial.

Volteó la cabeza y miró nuevamente la foto. Se dijo que no hacía

falta volverla a ver. La tenía grabada en su cabeza desde que estudió el expediente de cabo a rabo, sin obviar ningún detalle. El cabello castaño bien corto, las orejas erectas, los ojos semidormidos, los cachetes inflados. Leoncio tenía razón al decir que podía ser el rostro de cualquiera: de su vecino, del comerciante del mercado, del tipo que vendía periódicos en la esquina de su casa.

—Vamos a esperar que aparezca.

Se arrellanó en el asiento del piloto y sacó un cigarrillo del saco, ofreciéndole la cajetilla al joven detective.

—Disculpe, detective —dijo Leoncio Manyari—. No fumo, más bien ¿le puedo pedir un favor? ¿Podría no fumar delante de mí? Estoy en contra del tabaco pues conozco sus efectos secundarios en los fumadores pasivos.

Se quedó pasmado, con el cigarrillo en los labios y el encendedor con la llama que oscilaba debido a su respiración. Ese detalle de Leoncio Manyari no lo conocía. Se dijo a sí mismo que los años ochenta, noventa y dos mil ya habían pasado y que ciertas costumbres ya no eran aceptadas como antes. Recordó que la generación actual era muy diferente a la suya. En su casa estaba su hijo que se lo recordaba siempre, otro egregio representante de los mal llamados "Generación del Milenio". Concluyó que esto no hacía más que confirmar que los de su especie estaban a punto de extinguirse.

—No hay problema —dijo el detective sacándose de la boca el cigarrillo intacto y guardándolo en la cajetilla. Se preguntó cómo haría para aguantar la vigilancia.

—Se lo agradezco. Más bien, disculpe la molestia.

Cerró la boca e hizo una mueca de disgusto. Pensó que si Leoncio Manyari era la mitad de lo bueno que decían en el departamento de secuestros, valía la pena el sacrificio. Las horas pasaron y la tarde cayó oscureciendo un poco el cielo. En ese momento la puerta del concesionario se abrió y apareció la figura de Mario Velezmoro. Su rostro y corte de pelo eran tal cual mostraba la foto. Lucía un poco subido de peso y estaba vestido con ropa holgada, colgándole del cuello una gruesa cadena dorada. Vio que alzaba la mano haciéndole señas a una camioneta negra que llegaba raudamente. El sonido de las

llantas frenando hizo que Leoncio Manyari se tapara los oídos. Del auto salieron apresurados los fugitivos Brazo Falso y Cóndor e ingresaron al concesionario seguidos por Velezmoro.

—Bingo —exclamó Aniceto Linares y miró a Leoncio Manyari—. Llama a la central, diles que necesitamos refuerzos para hacer un arresto.

Sábado 12 de junio, cuatro de la tarde

Sentado en una oficina de la estación de policía, abrió el expediente policial y repasó lo que ya había leído días atrás. Mario Velezmoro era un delincuente de poca monta que había pasado a tener mucho poder, poco tiempo después de la llegada a la presidencia de Patricio Urviola. Había sido arrestado en su juventud cuando comercializaba pequeñas cantidades de cocaína y éxtasis en una esquina de un barrio residencial, cerca de un colegio. Luego de eso había desaparecido del radar de la policía para volver a ser noticia unos años después. Se decía que era el encargado de mover la droga que llegaba al puerto. A sus treinta y ocho años su nombre era mencionado con miedo y respeto dentro del ambiente lumpen de la ciudad.

Dejó de lado el expediente y leyó el parte policial que daba cuenta, en detalle, del arresto de Velezmoro dentro del concesionario de autos de su propiedad. La policía había encontrado veinticinco kilogramos de cocaína de alta pureza en una caja fuerte ubicada detrás de una falsa pared de la oficina del sospechoso. En el operativo había muerto Jimmy Tirado, alias Brazo Falso, y había resultado herido Teófilo Condori, alias Cóndor, quien se había dado a la fuga. Velezmoro se había entregado sin presentar resistencia luego de haber dejado que sus secuaces se batan por él. Pensó que, con la evidencia encontrada, Velezmoro no tendría más remedio que hablar y dar información sobre la organización para la cual trabajaba. Sintió un poco de bochorno en la pequeña habitación donde se encontraba. Las paredes grises le daban un aspecto frío e impersonal, y el único fluorescente que colgaba del techo emitía una luz mortecina y tenue que opacaba el vetusto mobiliario. Puso el saco en el espaldar de la silla, abrió el expediente policial y puso el parte policial junto con la carpeta de Velezmoro.

Se le antojó un cigarrillo cuando la puerta de la pequeña oficina se abrió y entró un agente con paso apresurado.

—Detective Linares —dijo el policía—. ¿Está listo?

Su lengua se movió inquieta dentro de su boca. La hizo chocar

con el paladar y las paredes laterales, mientras buscaba de manera infructuosa los rezagos del sabor del último cigarro que había fumado hacía un par de horas. Guardó el cigarrillo con resignación.

—Vamos de una vez —replicó el detective, poniéndose el saco y peinándose con las manos el cabello alborotado.

Llegó ante una puerta custodiada por un policía en uniforme y le pidió que la abriera. Entró y sin decir palabra, se sentó frente a Mario Velezmoro y su abogado.

—Buenos días —empezó Aniceto Linares y miró al acusado—. Vayamos al grano. ¿Qué tiene que decir acerca de la droga que se encontró en su oficina?

Vio que Mario Velezmoro dudaba y miraba a su abogado, como pidiéndole permiso para hablar.

—No es mía —respondió el sospechoso al fin.

—Va a ser más fácil para todos si habla, señor Velezmoro —advirtió el detective, mientras se sacaba el saco y abría un botón de la camisa—, o debo decir Manito de Piedra.

Mario Velezmoro se puso rígido y cerró los puños que tenía apoyados en la pequeña mesa metálica. Remarcó que el abogado ponía la mano en el brazo de su cliente, como diciéndole que se calmara.

—Detective —intervino presto el abogado—. No es necesario insultar así a mi cliente.

—No soy yo el que lo llama así —replicó el detective y mostró el titular del diario que decía “Atrapan a Manito de Piedra: el mundo lumpen tiembla”.

—No se fíe de la prensa amarillista —objetó el abogado, e hizo un sonido con la boca como de fastidio—. Ese titular es falso y humillante. Con mi cliente estamos evaluando demandarlos.

Observó detenidamente al abogado. Tendría unos cuarenta y pico de años y estaba elegantemente vestido. Llevaba el pelo engominado y su perfume invadía sin permiso el pequeño cuarto de interrogatorios; el terno azul claro a rayas anunciaba a gritos destemplados que era el más oneroso en el mercado, y de las mangas salían los puños de la camisa rosada adornados con gruesos gemelos

dorados. No lo había visto nunca defendiendo a alguien, ni en la división de secuestros ni en el palacio de justicia. No parecía un abogado novato, se le veía con mucha personalidad y aplomo. Pensó que Velezmoro no era un simple peón en la organización de Urviola. Se habían dado el trabajo de hacer venir a un abogado con mucha experiencia y se diría, con una tarifa muy elevada.

—Si a mí me llamaran así —espetó el detective—, me sentiría orgulloso. No veo por qué se molestan.

—¿En serio, detective? —preguntó el abogado mientras hacía una mueca que delataba su incertidumbre.

—Claro —explicó Aniceto Linares y dejó de tocar por primera vez en toda la conversación el legajo que tenía entre las manos—. Roberto "Mano de Piedra" Durán fue un habilidoso boxeador allá por los años ochenta, dueño de una pegada fenomenal.

—Usted no sabe nada de mí —exclamó Velezmoro con la rabia contenida en sus palabras. Sabía muy bien que su alias le había sido puesto por la debilidad de su golpe de puño.

—Sé que hemos encontrado droga en su concesionario, eso ya dice mucho de usted.

—Detective —intervino nuevamente el abogado, tratando de suavizar el tenso momento—. Si mi cliente dice que no sabe de quién es la droga encontrada, está en su derecho de hacerlo.

—Y yo estoy en mi derecho de preguntar —acotó el policía con el tono de voz duro y serio, para luego dirigirse a Velezmoro—. La droga estaba oculta detrás de una falsa pared que daba a su oficina. Se me hace difícil creer que usted no sabía nada.

—Pues es la verdad —dijo Velezmoro sonriendo.

—Sus antecedentes no lo ayudan mucho —añadió Aniceto y abrió la historia policial—. Todos sus arrestos son por posesión y venta de estupefacientes.

—He cambiado —dijo Velezmoro al tiempo que miraba al detective a los ojos—. Ahora vendo autos.

—¿Y qué me dice de sus amigos? El finadito Jimmy Tirado y el prófugo Teófilo Condori ¿O me va a decir que tampoco sabe nada de ellos y que no los conoce?

—Está en lo cierto. Querían adquirir un par de autos de ocasión, nunca los había visto en mi vida.

—Los han visto entrar y salir de su negocio, señor Velezmoro, varias veces.

—Son más bien intermediarios —puntualizó Mario Velezmoro—, pero no tratan directamente conmigo.

Se calló por un momento. Pensó que este par sabía algo que él no. Remarcó la tranquilidad y seguridad que tenían. Velezmoro sonreía, mientras mostraba ampuloso la cadena de oro que colgaba del cuello y también lo hacía el abogado, probablemente socio de un estudio importante de leguleyos y criminales de saco y corbata. Cerró con estrépito la carpeta llena de papeles y sin decir nada se incorporó y salió de la habitación. En ese momento el teléfono celular sonó y vio el nombre del coronel Sebastián Cornejo en la pantalla. Abrió una puerta que estaba en el pasillo, prendió la luz y cerró con seguro.

—Dígame, coronel —preguntó inquieto el detective.

—Suelta a Velezmoro —dijo desanimado el coronel.

—¿Perdón? ¿Qué quiere que haga?

—Que lo sueltes —repitió la voz del coronel—. Recibí la llamada de Brezani en persona. Órdenes superiores.

—Mierda —exclamó el detective—. Tenemos pruebas suficientes para encerrarlo mientras lo investigamos. ¡Estamos hablando de veinticinco kilos de droga!

—Tengo en mis manos la orden que indica que puede salir pagando una fianza.

—¡Una fianza! ¡Increíble!

—¿Tú crees que a mí no me da rabia lo que está pasando? ¿Tú crees que estoy contento con lo que me acaba de ordenar el enano de circo? Tenemos que calmarnos y pensar con la cabeza fría. Tal vez perdamos esta batalla, pero tenemos que ver las cosas en perspectiva y a largo plazo. Si desobedezco me botan a mí también y eso perjudicaría nuestra misión.

—Entiendo, coronel —señaló el detective—. Haré lo que usted diga.

Con la sangre en la cabeza, guardó el celular en el bolsillo del

pantalón, y la emprendió a patadas contra una papelera de plástico que se encontraba en la habitación y que se rajó en dos luego de la tercera vez que el zapato del detective se estrelló contra uno de sus lados. Se agarró la cabeza y luchó para regular su agitada respiración. Se dijo que no podía perder la compostura de esa manera, tenía que mantener la calma. Luego de unos minutos encerrado en la pequeña oficina, salió y se dirigió al cuarto de interrogatorios. Abrió la puerta y se quedó parado en el umbral, mirando a Velezmoro.

—Puede irse. Acérquese a la recepción para pagar la fianza, lo citaremos si hallamos algo más.

Pudo ver que Velezmoro se paraba rápidamente, al mismo tiempo que palmeaba la espalda al abogado. Pasó por su lado. Sintió que la socarrona sonrisa que esbozaba su ancha cara le hacía bullir la sangre. Se controló y lo vio irse, caminando con la parsimonia y la tranquilidad que tienen los que se sienten intocables. Esperó que las dos figuras hubieran salido del edificio y se encaminó hacia la puerta principal. Ya afuera, prendió un cigarrillo y luego de la primera calada, expulsó el humo hacia el cielo gris y sin nubes. Pensó que hasta el mismo cielo estaba de un humor de perros. Se dijo que la impunidad siempre había existido, y que era privilegio de unos cuantos, los más ricos y poderosos, los prepotentes que, sabiéndose invulnerables e inalcanzables por las leyes que, en teoría, regían a todos los ciudadanos, hacían lo que les venía en gana, sin importarles los efectos colaterales de sus acciones. Concluyó que aquellos egoístas, que solo pensaban en el beneficio propio y de su entorno, simplemente morían de viejos, sin que nunca tuvieran que pagar sus culpas. Se preguntó qué pasaría en la cabeza de Brezani en esos momentos. ¿Se sentiría un reivindicado? ¿Que sus malas acciones al fin rendían sus frutos? Pensó ¿cómo habría conocido a Urviola? ¿Quién lo habría ayudado a acercarse al poder? ¿Por qué nadie lo vio venir?

Tiró al suelo el pucho a medio consumir y lo apagó con la punta del zapato, cuya superficie de cuero mostraba raspones del color del papelero que había destrozado hacía instantes. Pensó en Leoncio y en la gran idea que había tenido antes del operativo para capturar a

Mario Velezmoro.

—Espero que todo salga bien —pensó en voz alta y entró al edificio, preocupado por la suerte del joven detective.

Sábado 12 de junio, una de la tarde

Leoncio salió del auto donde se encontraba junto al detective Aniceto Linares cuando las patrullas empezaron a llegar mientras hacían sonar las sirenas. Sacó su placa y la mostró para no ser detenido, mientras pasaba entre los policías munidos de fusiles de asalto y chalecos antibalas. Llegó a una pared que colindaba con el concesionario de autos y se parapetó detrás de ella. Miró con cuidado quién salía del pequeño edificio, esperando que nadie lo viera o que no le cayera una bala perdida. Desde su posición tenía una vista clara de lo que pasaba en el exterior del concesionario. Pudo ver que los policías entraron con violencia, rompiendo la puerta de vidrio con una comba. Escuchó claramente el sonido de los disparos al interior y los gritos de furia y desesperación de aquellos que habían sido sorprendidos *in fraganti*. Vio al detective Aniceto Linares entrar detrás de los primeros agentes que lograron vulnerar el recinto, con la pistola en la mano, con paso resuelto, dispuesto a todo, incluso a dar la vida por lograr su cometido. Notó que el detective, aun cuando se trataba de un día normal de vigilancia, el cual se había convertido de manera fortuita en un operativo de mayor envergadura, vestía con ropa casual que le sentaba bien. El saco de lana beige hacía juego con el pantalón jean inmaculado y bien planchado. Remarcó que los zapatos bien lustrados hacían mover la grava del estacionamiento. Asumió que se cubrirían de una fina película de polvo, que el detective, seguramente, limpiaría con esmero luego del operativo.

Sus cavilaciones fueron interrumpidas cuando vio que la puerta trasera del concesionario se abría intempestivamente y era atravesada por un hombre que corría como un demente, mientras se tomaba el brazo izquierdo cubierto de sangre. Lo reconoció de inmediato. Era Teófilo Condori, alias Cóndor. Lo vio trastabillar y caer varias veces, incorporándose en todas y cada una de ellas con una gran fuerza de voluntad, para luego esconderse cerca del lugar donde estaba. Viendo que el momento era propicio, se dirigió corriendo hacia el herido.

—Ven conmigo —dijo Leoncio tendiendo la mano—. Te puedo ayudar.

Observó el rostro desfigurado de Teófilo Condori, como preguntándose quién era ese tipo, de dónde había salido. En los ojos se le notaba la gran desconfianza que sentía por él. De pronto Condori emitió un gruñido y su cara hizo una mueca de dolor. Remarcó que la sangre manaba profusamente del brazo izquierdo, chorreándose por entre los dedos de la mano que trataba sin éxito de detener el sangrado. Con una mueca de dolor, Condori extrajo un papel de uno de los bolsillos del pantalón y se lo dio. Abrió el papel y se dio cuenta de que estaba escrita una dirección.

—Llévame allí —musitó el herido con la respiración entrecortada.

Sin perder tiempo, ayudó a Teófilo Condori a levantarse y se alejaron a paso lento del lugar, casi agachados. La dirección marcada en el papel estaba a unos cinco kilómetros de su posición, distancia que no podía ser cubierta caminando en las condiciones en que se encontraba el herido. Caminó dos cuadras con mucha dificultad con él a cuestas y vio un auto estacionado frente a un gran edificio que parecía abandonado. Depositó en el suelo a Condori, que no dejaba de quejarse, se dirigió al auto y forzó la cerradura, la cual cedió en poco tiempo. Con un gesto de satisfacción ayudó a Teófilo Condori a entrar a la parte trasera y luego desarmó el contacto. El motor del auto rugió, luego de unir dos cables que quedaron expuestos al quitar el plástico que cubría el encendido. Se sentó en el volante y aceleró para llegar cuanto antes a su destino.

Mientras manejaba, recordó que el conocimiento de forzar cerraduras de autos y prenderlos sin necesidad de llaves no lo había adquirido en escuela de oficiales de la policía. Eso lo había aprendido mucho antes, en su barrio. Con su grupo de amigos. Con su banda. Con aquella banda con la que tuvo que juntarse para no ser víctima de atropellos y abusos por parte de los más grandes y avezados y de otros que, sin quererlo, se veían sumergidos en una vorágine de violencia y terror. Recordó que fue a los quince años que conoció a Richard, Tony y Puruchuco. Ese día su madre lo había mandado a comprar al mercado. Caminaba como siempre por las calles que conocía de toda la vida, cuando de pronto cuatro muchachos casi de su edad le

cerraron el paso. Uno de ellos, el más corpulento y al parecer el líder del grupo, le dio un manotazo que lo hizo caer al suelo. Dos de sus compinches lo levantaron y lo tiraron contra la pared. Con el miedo que le agarrotaba los músculos escuchó que le hablaban.

—¡Danos todo lo que tienes, mierda! —dijo un chico flaco, con la cara llena de rasguños y una mirada feroz.

Sintió que no se podía mover ni hablar. El mundo que conocía, el barrio por donde caminaba y jugaba libremente, la seguridad que le proporcionaba ese espacio que conocía desde su niñez, se derrumbó delante de sus ojos. Se vio desprotegido, inerme. La inocencia que lo hacía comportarse como un niño engreído se le iba de las manos, delante de la cruel realidad de su barrio, una realidad que había escuchado y había visto, pero que nunca lo había confrontado directamente.

De pronto, una lluvia de piedras cayó sobre el grupo de matones y sobre él. Se cubrió lo mejor que pudo, enrollándose en sí mismo contra la pared que hacía pocos minutos le impedía correr y salvarse. Metió la cabeza entre sus brazos mientras escuchaba los gritos de furia, los insultos y los alaridos de ambos bandos. Al final, todo fue silencio. El ruido de zapatillas alejándose lo hizo abrir los brazos y dar una ojeada a su alrededor. Delante de él estaba Richard, el hijo de la vecina Petronila, tendiéndole la mano.

—Leoncio, levántate —dijo con voz grave—. Ya pasó todo.

Se levantó con la respiración entrecortada. Miró a Richard con estupor y un poco de miedo. Su madre le había advertido de no juntarse con él, que se había vuelto un delincuente, lamentándose de la mala suerte de la vecina. A su lado estaban dos chicos, casi de su misma edad, que nunca había visto.

—¿Te hicieron daño? —preguntó Richard.

—Nnn... no —tartamudeó Leoncio—. Me duele la cara nomás.

—Te presento a Tony y Puruchuco —dijo Richard sonriendo, enseñando los dientes torcidos.

—Hola —dijo Leoncio—. Gracias por la ayuda.

—¿Los conocías? ¿Por qué te atacaron? —preguntó Puruchuco.

—No tengo ni idea —contestó Leoncio sobándose la mejilla que

tenía estampada tres líneas rojas, producto del bofetón que lo había hecho caer al suelo—. ¿Ustedes los conocen?

—Esos eran la pandilla del negro Guizado —explicó Richard—. Si no aparecíamos, te hubiera podido pasar algo grave.

—Se están aventurando cada vez más —dijo uno de los amigos de Richard—. Tenemos que volvernos más fuertes.

—Tienes razón, Puruchuco —dijo el que debía ser Tony—. Richard ¿por qué no le dices?

—¿Decirme qué? —preguntó Leoncio inquieto.

—¿Quieres ser parte de nuestro grupo?

Sonrió mientras daba una curva y el herido en la parte trasera seguía quejándose, manchando de rojo el asiento de cuero marrón. Atrás quedaron sus recuerdos cuando llegó a la dirección indicada. Bajó del auto y tocó el timbre. Una pequeña ventana empotrada en la parte superior de la puerta se abrió y dos ojos, una nariz y una boca, hicieron su aparición. Señaló al auto, donde se podía ver a Teófilo Condori echado en el asiento. La ventanilla se cerró con violencia y un tipo salió de la casa.

—¡Ayúdame! —le dijo con tono imperioso.

Cargaron con cuidado al herido y penetraron en el lugar. Luego de cerrar la puerta atravesaron un largo pasillo semioscuro y entraron a un cuarto. Lo depositaron con cuidado en una cama de fierro que allí se encontraba y el tipo tomó una maleta y sacó varios instrumentos quirúrgicos, bolsas de gasa y algodones.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el hombre, mientras se afanaba en acomodar todo en una mesa de noche.

—Leoncio ¿Y usted?

—Ramón, pero todos me dicen Moncho. Me vas a tener que ayudar. ¡Sujétalo!

Hizo lo que Moncho le ordenaba. Mientras sujetaba a Condori, observó al tal Moncho. Tendría unos cincuenta años. Su larga cabellera negra y lacia le cubría las orejas. Los ojos redondos eran vivaces y curiosos. Las manos largas y huesudas manipulaban con destreza los instrumentos médicos y su esmirriada caja torácica hacía juego con los brazos esqueléticos que salían de un polo que había sido

blanco en sus buenos tiempos. Se veía que el tipo estaba acostumbrado a este tipo de situaciones.

—¡Lo primero es sacar la bala! ¡Agárralo fuerte!

Condori se agitaba y temblaba como alguien que estuviera preso de altas fiebres. No pudo evitar hacer una mueca de desagrado cuando vio a Moncho introducir una pinza de metal en el orificio donde había entrado la bala y moverla en forma circular. Remarcó que Teófilo Condori ponía los ojos en blanco para, luego de dar un alarido de dolor, caer desmayado. Moncho tenía cogida con las pinzas la bala pintada de rojo. Soltó al herido, mientras se miraba la ropa manchada de sangre.

—¿Qué pasó? —preguntó Moncho.

—La policía llegó al concesionario. Vi que él salía corriendo por la puerta trasera, ensangrentado. Lo ayudé.

—¿Cuál concesionario?

—El que está en un local pequeño, en el barrio Colonia.

—¿Lo conoces? —preguntó Moncho y señaló al herido, que tumbado boca arriba parecía un borracho durmiendo la mona.

—No.

—¿Y qué hacías tú por ahí?

—Me habían dicho que vaya.

—¿Quién?

—Brazo Falso.

—Un poco más de respeto, ¿quieres? —pidió Moncho limpiándose las manos llenas de sangre con una toalla.

—Perdón. Jimmy Tirado.

—¿De dónde lo conoces?

—Lo vi solo una vez, me dijo que estaban reclutando gente.

—Hay rumores que dicen que Tirado está muerto.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Se recuperará? —preguntó mientras miraba el cuerpo exánime de Teófilo Condori.

—Tuvo suerte de que lo encontraras. Perdió mucha sangre. Lo trajiste a tiempo.

—¿Quién es usted? —preguntó a su vez Leoncio.

—No te preocupes por mí. No soy importante.

—Es usted un buen doctor.

—Enfermero. No tengo tan buena cabeza como para llegar a ser médico.

—Bueno, entonces creo que me voy.

—No lo hagas. Quiero presentarte a alguien. Tal vez pueda contar contigo. Además, me imagino que Teófilo querrá agradecerte por lo que hiciste por él.

—¿Tiene ropa limpia?

Moncho le señaló una cómoda de madera con cajones.

—El baño está en el pasillo, a la derecha —señaló Moncho mientras notaba el desagrado de Leoncio de estar cubierto de sangre —. Puedes ir a lavarte.

Entró al baño, cerró la puerta y se miró en el espejo. Ante él tenía a un joven con las ropas manchadas de sangre, con más dudas que certitudes. Por el momento todo había resultado como él había querido. Se felicitó. Había dado el primer paso.

Domingo 13 de junio, seis de la tarde

Salió de la ducha. Se secó los cabellos con una toalla y se la ató a la cintura. Se plantó frente al espejo, cubierto todavía por el vapor del agua caliente, y escrutó su figura. Los brazos flácidos le colgaban a los costados, faltos totalmente de ejercicio y el vientre abultado mostraba una rutina donde el comer mal y el dormir peor eran los puntos a resaltar. Se puso de perfil y trató de meter la barriga con la esperanza de ver a un nuevo hombre, o lo que podría llegar a ser si cuidara mejor de su salud. Pensó que tan mal no estaba, ya que era aún capaz de perseguir a un malhechor y mantener el ritmo por varios minutos, pero tenía que admitir que siempre acababa hecho un despojo humano, al que poco le faltaba un balón de oxígeno para recuperarse del esfuerzo físico realizado.

Se untó la crema jabonosa en la cara, tomó la máquina de afeitar y deslizó la hoja primero por sus mejillas, para luego atacar la barbilla y el bigote. Se afeitaba cada tres o cuatro días con la plena conciencia de que lo que crecía en su rostro eran solo ralos cabellos, puntiagudos y ásperos, carentes de volumen y prestancia. Al terminar, se remojó con agua caliente y se secó con la toalla. Sacó la loción después de afeitar *Old Spice*, la misma marca que usaba su padre, echó unas cuantas gotas en sus manos, las restregó contra su piel y sintió un ardor agradable y una frescura que le levantó el ánimo. Al salir del baño vio a su hijo Damián que lo esperaba apoyado en la pared con las manos cruzadas.

—¡Ya era hora, viejo! —reclamó el joven—. ¿Por qué te demoraste tanto?

—El baño es todo tuyo —dijo el detective sin hacer caso de los reclamos de su hijo.

—¡Qué rico hueles! —remarcó Damián—. ¿A dónde te vas, viejo picarón?

—Para lo de viejo ¿quieres? —protestó Aniceto.

—Ok, ok —aceptó Damián—. Hace tiempo que no veía que le ponías tanto esmero a una ducha. ¿Vas a salir?

—Sí —dijo cortante Aniceto metiéndose a su cuarto—. No me

esperes despierto.

—¡A la orden, detective! —dijo riendo Damián—. Buena suerte con tu "plancito".

Entró al cuarto y cerró la puerta. Pensó en la excesiva confianza que le había dado a su hijo que hacía que a veces lo tratara como si fuera un amigo o alguien de su edad. Era en momentos como ese que a veces se arrepentía de haberle dado bastante más libertad que la que su madre le dio cuando chico. Noelia había sido una madre dura, exigente y controladora. Fue por ese motivo por el que Damián no aguantó más y vino a vivir con él. El hecho de haber actuado en las antípodas de Noelia hizo que su hijo fuera un ser muy independiente y con una confianza en sí mismo sin límites, rasgos que le conferían una ventaja frente a los chicos de su edad. Por otro lado, prefería que fuera así a que fuera una persona insegura y con poca autoestima. Pensó que ese era el precio que debía pagar por tratar de hacer de su hijo una persona sin miedos, alguien que cuando viera un obstáculo, no lo afrontara como tal, sino como una oportunidad para ser mejor.

Esas ideas en la cabeza fueron reemplazadas por la imagen de Gabriela Yoshida. Damián tenía razón. Tenía un "plancito" con Gabriela. Hacía dos días que la había llamado por teléfono, después de haberlo pensado por varios días. Esa noche se equivocó varias veces al marcar el número pues las manos tenían un ligero temblor y sudaban. Al final la llamada entró y la voz de Gabriela al otro lado de la línea lo agarró de sorpresa.

—¿Aló? —preguntó Gabriela.

—¿Ga-Gabriela? —tartamudeó Aniceto—. ¿Eres tú?

—¿Aniceto? ¡Qué sorpresa!

Luego de varios segundos en silencio, el detective pudo hablar. La voz de la mujer lo fue calmando y pudo poco a poco sostener una conversación decente, sin balbuceos ni torpezas. La invitación a cenar, que lanzó a quemarropa y sin haber puesto una red imaginaria que hubiera detenido su caída en caso de rechazo, fue bien recibida y aceptada de buen talante.

Abrió el closet y rebuscó entre la ropa colgada alguna prenda elegante, pero a la vez no muy ostentosa. Eligió un saco de lino claro,

una camisa celeste y un pantalón de dril oscuro. Un par de zapatos puntones completaron el atuendo. Dijo adiós a su hijo y salió del departamento. Una vez fuera, notó que la noche estaba particularmente fresca. No era noche cerrada. Se podían ver algunas estrellas en el firmamento, cosa rara pues por lo general las luces de la ciudad ocultaban el bello espectáculo de una noche estrellada. Tomó el auto y manejó durante una media hora. Durante el trayecto sintonizó la radio. Esa noche su estación favorita pasaba un especial de las mejores baladas en inglés de los ochenta y noventa. Los acordes de *The Lady in Red* de Chris de Burgh sonaron fuerte, lo que produjo en el detective sentimientos encontrados. Por un lado, esa canción le encantaba, pero por el otro pensó que lo pondría en un estado de excitación máximo y no quería precipitar las cosas. Apagó la radio con la amargura de no haber podido escuchar una de las mejores baladas de finales de los ochenta. Al rato, llegó al restaurante elegido para la velada.

El restaurante tenía más de veinte años funcionando y era muy popular debido a su suculenta carta de carnes de res y de pescado. No era muy caro, por lo que todas las noches estaba repleto y había que hacer una reservación días antes para poder ingresar. Recordó haber ido un par de veces, una con Noelia cuando estaban juntos, y la última vez con Damián, para celebrar su ingreso a la universidad. Caminó hasta la puerta principal y lo que vio lo dejó boquiabierto. En la puerta lo esperaba Gabriela, con un vestido rojo. “Mi madre” pensó, y recordó que alguien le había dicho alguna vez que las coincidencias no existen.

—¿Llegaste hace rato? —preguntó Aniceto, inquieto dándole un beso en la mejilla.

—Hace un par de minutos —contestó Gabriela sonriendo.

—¿Entramos?

El recepcionista verificó la reservación y los condujo a una mesa que estaba al fondo del salón, al costado de una gran ventana por donde se veía la calle principal. Se sentaron y Aniceto remarcó lo bella que estaba Gabriela. Aparte del vestido rojo, que le sentaba de mil maravillas, llevaba puesto un maquillaje que realzaba sus ojos

achinados. Su cabello negro azabache brillaba a la luz de las lámparas. Se diría que toda ella se demarcaba del resto.

—Qué linda estás —dijo Aniceto un poco avergonzado.

—¿No crees que exageré un poco? —preguntó Gabriela y miró a su alrededor. Notó que era la más elegante del recinto.

—Para nada —contestó Aniceto—. Estás radiante.

—Tú también te ves bien.

—Gracias, aunque me falta hacer un poco de ejercicio.

—¿Qué van a pedir los señores? —intervino un mozo flaco, con la nariz respingada y ademanes femeninos.

Ambos bajaron la mirada al menú. Aniceto aprovechó para alzar los ojos y mirar a Gabriela. Se acordaba de la canción de la radio y su latido se aceleraba a mil por hora. Hicieron el pedido y pidieron dos copas de vino tinto. La tensión en la mesa aumentaba exponencialmente. Ambos se miraban sonriendo y así los encontró el mozo cuando trajo las copas de vino.

—Por nuestro encuentro —brindó Aniceto.

—¡Salud! —replicó Gabriela.

—No pensé que aceptarías mi invitación —dijo Aniceto y dejó la copa encima de la mesa cubierta por un mantel blanco de tela gruesa.

—¿Qué te hizo pensar eso? —preguntó Gabriela extrañada.

—No lo sé —caviló Aniceto—. Pensé que el reunirte conmigo te traería recuerdos de cosas que querías olvidar.

—¿Hablas de la muerte de Jacobo?

—De eso más que nada.

—Sabía que al verte lo recordaría instantáneamente —detalló Gabriela—, pero también sabía que recordaría también lo bueno.

—¿Te gusta lo que haces? ¿No te arrepientes el haber abandonado la policía? Tenías mucho futuro.

Vio que Gabriela demoró en contestar. En eso llegó el mozo con los platos. Gabriela había pedido una corvina al horno con verduras. Él, una costilla de res acompañada con puré de papas.

—Me encanta —dijo al fin la abogada—. A pesar de que me dolió dejar la policía. Tenía que hacerlo, me sentía responsable por la muerte de Jacobo y los otros tres compañeros. Te puedo decir que me

ha ido bien todos estos años. ¿Y tú cómo has estado?

—Bien, a pesar de todo. Mi madre murió hace un par de semanas.

—Cuánto lo siento —dijo Gabriela tomándole la mano.

—Gracias —dijo turbado Aniceto, mientras dudaba si retirar la mano o dejarla bajo la mano tibia de Gabriela.

—¿Por qué nunca te casaste? —preguntó Aniceto, y comprobó una vez más en lo atractiva que era su antigua colega.

—Tuve relaciones esporádicas —dijo Gabriela luego de probar el pescado y limpiarse la boca con una servilleta de tela—, pero mi trabajo lo arruinó todo. Me llena tanto que no tengo mucho espacio para alguien en mi vida. ¿Y tú?

—Igual. El trabajo me absorbe. Además, el cuidar a mi madre los últimos años y luego la llegada a casa de mi hijo, hicieron que mi cabeza anduviera pensando en otra cosa.

—Somos dos solitarios que al parecer estuvieron buscando algo inalcanzable.

—O inexistente —añadió el detective—. Tal vez no estamos hechos para tener una pareja. Tal vez nuestro destino es ese.

—¿Ah, no? ¿No crees que haya sido el destino el que nos juntó de nuevo? ¿Cuántas posibilidades había de que nos encontremos en el palacio de justicia? Tú nunca te apareces por ahí.

Notó el rostro risueño de Gabriela. No sabía qué pensar. ¿Acaso estaba flirteando con él? ¿Acaso estaba dando a entender que tenían otra oportunidad? Pensó que nunca la habían tenido de verdad, pero la atracción existió. Siempre había sido un inútil para detectar en las palabras de una mujer los mensajes codificados que ellas lanzaban cuando se interesaban en algo o alguien. Su cerebro era capaz de descifrar los más intrincados complots, los más indescifrables tramados del más inteligente de los delincuentes, pero el cerebro de una mujer era todavía un misterio sin resolver.

—Pues si el destino lo ha querido —agregó Aniceto—. No deberíamos defraudarlo.

—Te extrañé mucho, Aniceto —dijo Gabriela tomándole otra vez la mano, esta vez con más vehemencia, sin dejar de lado la delicadeza

femenina.

—Y yo a ti, Gabriela —asintió Aniceto—. Estuve muchas veces tentado en llamarte, pero nunca tuve la fuerza para hacerlo. Preferí no molestarte. No quería que lo tomes a mal.

—Me hubieras llamado. Me hubiera puesto muy contenta.

El contacto con la mano de Gabriela, de piel tersa y delicada, producía en él una sensación que no sentía desde que conoció a Noelia. Pensó que su cuerpo había olvidado cómo reaccionar ante el contacto con otra persona del sexo opuesto. No quería que ese momento se acabe y estaba tentado a decirle a Gabriela de pasar la noche juntos, pero tampoco quería arruinar la magnífica velada.

—Mozo, la cuenta por favor —alzó la voz Aniceto.

Ya en la calle, ambos caminaron en silencio, dirigiéndose al auto de Gabriela. Ella tenía su brazo apoyado en el suyo. Llegaron al auto. No aguantó más, acercó su rostro al de ella y le dio un beso, sintiendo que ella le correspondía con pasión.

—Qué beso tan tierno —dijo Gabriela sonriendo.

—No sabía si dártelo —sonrió nerviosamente el detective—. Soy un poco torpe para estas cosas.

—Me tengo que ir. ¿Me llamas cualquier día de estos para salir de nuevo?

—Por supuesto.

—Cuídate, Aniceto.

—Tú también.

La vio partir, internándose por las calles bien iluminadas de aquel sector de la ciudad. Aspiró el aire nocturno. La noche le parecía distinta a otras. Se diría que el aire estaba más limpio y puro. Creyó ver a las personas que caminaban a esa hora, contentas, felices, charlando animadamente; a las parejas acariciándose y besándose. Las luces de los restaurantes danzaban multicolores. Se vio él al centro de todo eso. Parecía que era el centro del universo. Sintió que su respiración se calmaba y recuperaba el ritmo habitual. Miró nuevamente la calle y la vio igual de siempre. No podía creer que pudiera enamorarse nuevamente.

Lunes 14 de junio, once de la mañana

El timbre del teléfono retumbó en el ambiente semivacío. El sonido produjo una resonancia que se perdió en el cuarto contiguo al improvisado espacio de trabajo cuya mesa de madera estaba repleta de papeles marcados con resaltador y un cenicero lleno de colillas de cigarro.

—Linares al habla —contestó el detective Aniceto Linares.

—Aniceto —dijo el coronel Sebastián Cornejo—, te tengo buenas nuevas.

—Soy todo oídos.

—Nos ha contactado un antiguo amante de Urviola —detalló el coronel—. Dice que tiene pruebas que lo incriminan. Te envío su número de teléfono para que lo llames.

—¿Cómo se llama?

—Horacio Gómez.

—¿Algo más?

—No, nada. Mantenme informado.

Colgó el auricular. Pensó que las cosas estaban saliendo bien, sin mayores sobresaltos, aunque sabía que todo podía cambiar en cualquier momento. Activó el celular y vio el mensaje del coronel: un escueto “Ahí va” y el número al que debía llamar. Por un momento se sintió solo en el inmenso ambiente que podía albergar a una decena de agentes trabajando cómodamente. La gran sala rectangular tenía un par de pequeñas ventanas en la parte superior de dos de sus paredes, las que dejaban filtrar la luz del día, pero sin proporcionar una suficiente iluminación que evitara tener prendidos una hilera de focos fluorescentes que producían una claridad que llegaba a todos los rincones de la pieza. En las paredes y el techo se veían todavía los brochazos apresurados de los pintores para tener el gran salón listo para ocuparlo en tiempo récord. Dos computadoras estaban listas a ser utilizadas, conectadas a la red de la policía a través de la torre de metal repleta de cables, el cerebro electrónico de la habitación. Se preguntó si todo eso no sería un desperdicio de recursos y tiempo. ¿Se

lograría llegar a incriminar a Urviola? ¿No estaría poniendo la vida de Leoncio y la suya propia en peligro por una utopía? Las dudas lo asaltaban desde que había tomado el caso. Veinte años en el departamento de secuestros lo habían hecho un policía seguro de sí mismo. Ahora solo era un manojo de nervios e incertidumbre que se paralizaba por momentos antes de dar un paso adelante.

Marcó el número indicado desde su celular y esperó. Una voz masculina, que trataba sonar como la de una mujer, le contestó.

—¿Aló?

—Con Horacio Gómez, por favor.

—Él habla —dijo como dudando.

—Le habla el detective Aniceto Linares de la policía. Me dijeron que quería hablar con nosotros.

El hombre se quedó mudo. Escuchó pasos al otro lado, puertas que se abrían y cosas que caían al suelo. Al final la comunicación se cortó. Extrañado iba a marcar nuevamente cuando recibió un mensaje de texto. Provenía del número al que acababa de llamar. El texto indicaba una dirección seguida de las siguientes palabras: “Nos encontramos aquí a las dos de la tarde”. Miró su reloj. Faltaba una hora. Tomó su saco y salió del edificio cerrando la puerta con llave. Entró al auto y se dirigió a la dirección indicada. Estaba a una media hora de allí. Se dijo que mejor era llegar con anticipación para poder mirar los alrededores y evitar caer en una trampa si la hubiera. A la media hora llegó y se estacionó a una cuadra del lugar. Comprobó que estaba en pleno centro del barrio gay de la ciudad. La calle estaba atiborrada de negocios de todo tipo, desde restaurantes y lavanderías hasta pequeños cines donde se exhibían películas pornográficas. A esa hora, la calle estaba un poco vacía. Era normal. El ambiente festivo de esa calle, como cualquier otra calle concurrida del barrio gay, empezaba a eso de las siete de la noche y en cualquier día de la semana. A pesar de la hora, pudo observar hombres que se besaban a plena luz del día, mujeres acariciándose apoyadas en los postes de alumbrado público y uno que otro personaje de ropas multicolores y cara pintada de manera exagerada. Recordó que esa calle recibía todos los años el desfile anual del orgullo gay, donde cientos, sino miles de

personas marchaban portando carteles con lemas de protesta y de amor propio. Se le vino a la mente el día que, mientras caminaba distraído por allí, se encontró en medio del desfile y pudo ver hombres vestidos con falda y corpiño, mujeres con el pelo corto y sin maquillaje, y autos adornados con plumas hechas de papel crepé. Las banderitas multicolores eran agitadas por todos los espectadores y los gritos y aplausos no cesaban. La imagen que se le quedó grabada en la cabeza era la de un tipo musculoso que saltaba y bailaba encima de la tolva de una camioneta adornada con flores de papel, portando únicamente una falda de bailarina de ballet.

No tenía amigos gais y nunca se había detenido a pensar en los problemas que tenía la comunidad homosexual. Como casi todos, era indiferente, por lo general comprensivo, pero sin ánimos de inmiscuirse en los problemas que generaban el rechazo, el odio y la intolerancia que sufrían los miembros de esa minoría, que no era tanta como lo había podido comprobar en la inesperada participación que tuvo en el desfile como espectador improvisado.

Bajó del auto y se dirigió al número indicado que se encontraba al costado de una puerta que alguna vez había sido blanca. Presionó el botón del intercomunicador y segundos después la puerta se abrió con un pitido eléctrico. Esta conducía a una empinada y larga escalera que llevaba a un segundo piso. Al cerrarla, quedó sumido en una negra oscuridad, distinguiéndose solamente arriba, a lo lejos, el segundo piso iluminado con una luz rosácea: lúgubre y opaca. Subió los delgados peldaños con cuidado hasta que llegó al piso superior, donde lo esperaba un hombre con los brazos cruzados. Estaba vestido con una túnica roja, adornada con motivos de flores blancas y amarillas, que le llegaba hasta las rodillas. Su rostro conservaba aun restos de maquillaje, sobre todo en los labios y los ojos. Tenía una actitud altiva y una mirada socarrona. El frondoso bigote le daba un aire serio. Supuso que era Horacio Gómez.

—¿Cómo está, detective? —preguntó el hombre sin dejar de mirarlo—. ¿Le fue fácil dar con la dirección?

—Sí —contestó Aniceto—. Me imagino que usted es Horacio Gómez.

—Para servirlo —dijo el susodicho y alargó la mano—. Tome asiento, por favor.

—Gracias —replicó el detective abriendo y cerrando la mano luego del fuerte apretón del hombre de la túnica floreada.

—¿Desea una limonada? ¿Un café tal vez?

—Un café, si no es mucha molestia.

Una vez solo, paseó la mirada por la pequeña sala atiborrada de objetos. El tono rosáceo provenía de la combinación de la luz emitida por un solo foco colgado del techo, pintado de color rojo, y de las paredes pintadas de blanco. Alzó la vista y vio una enorme pintura colgada en una de las paredes que mostraba a un hombre desnudo, echado encima de un sofá, con los brazos cruzados debajo de su cabeza, mostrando una verga inmensa que yacía muerta encima de uno de sus muslos. El espeso bigote daba indicios de que se trataba del dueño de la casa. Bajó la vista y vio que un gato gordo se le acercaba y restregaba el lomo contra su pierna.

—Veo que ya conoció a Cosmo —dijo el hombre mientras llegaba con una taza de café y unas galletas dentro de una bandeja.

—Gracias —dijo el detective al tiempo que recibía la bandeja—. Peculiar cuadro.

—¿Le parece? —replicó Horacio Gómez—. Me lo obsequió Patricio, cuando estábamos juntos.

—¿Qué quería decirme de Patricio Urviola? —preguntó el detective, y tomó un sorbo de café.

Vio que Horacio Gómez se quedaba callado para luego tomarse el rostro con ambas manos y empezar a sollozar sin control. Su cuerpo temblaba como si se estuviera muriendo de frío. Al final se calmó, secándose las lágrimas de los ojos.

—Patricio y yo tuvimos una relación —empezó a hablar Horacio Gómez— que duró cinco años. Éramos una pareja feliz y si hubiera estado permitido hacerlo nos habríamos casado. Este era nuestro nidito de amor. El sofá donde usted está sentado fue testigo vivo de nuestro apasionado amor.

Se movió incómodo. El solo hecho de pensar que el sofá donde estaba sentado estuviera manchado de sudor y semen lo hizo

estremecerse y sentir un poco de náuseas. La imagen de dos bigotudos retozando como conejos encima del mueble lo hizo descomponerse y darse cuenta de que era todavía un conservador en ciertas cosas.

—Pero como todo lo bueno no dura para siempre —continuó el hombre de rostro pintarrajeado—, un día, Patricio me dijo que lo nuestro no podía continuar, que se iba a convertir en presidente y que tenía que proyectar una imagen de hombre de bien. ¿Puede creerlo? Como si el estar conmigo fuera algo malo. Me dijo que me amaba, más que a su esposa y a sus hijos, que los tenía solo de pantalla para lograr sus objetivos. Yo me puse como loco, gritándole que no se vaya, que no me abandone, pero todo fue en vano.

Pudo ver el sufrimiento de aquel hombre, de un ser con el corazón destrozado por un amor imposible; un tipo apuesto, que podría tener bajo sus pies a las mujeres que quisiera, de no ser por algún problema hormonal, genético o simplemente por una elección libre de prejuicios. Se sorprendió que le abriera el corazón a un extraño. Se dijo que nunca terminaría de conocer la naturaleza humana.

—He meditado mucho antes de hacer lo que voy a hacer —continuó mirando el suelo, como si no estuviera muy seguro de lo que iba a decir—. No quiero dar la imagen de un hombre despechado, pero Patricio va a pagar por lo que me hizo.

Miraba al hombre tratando de no tener prejuicios. No tenía dudas de que este se comportaba como una mujer dolida, harto tal vez de que sus ruegos y súplicas para retomar la relación hubieran caído en saco roto. Pensó que la rabia y el despecho eran armas mortales en cualquier relación donde hubo una pasión desmedida.

—Tengo la dirección donde Patricio guarda una parte de la droga que saca del muelle —dijo el hombre de bozo espeso.

La taza casi se resbala de las manos, sin poder evitar que un poco del líquido caliente cayera en la alfombra. Cosmo se acercó y lamió el charco repetidas veces. Puso la taza en la mesa de centro y sacó la pequeña libreta de uno de los bolsillos del saco. Terminó de apuntar la dirección y guardó la libreta.

—¿No tiene miedo de que Urviola se entere? —preguntó el

detective queriéndole hacer saber del lío en que se estaba metiendo.

—A un hombre muerto no se le puede matar dos veces.

—Le sugiero que se vaya de aquí, que se mude.

—Esta es mi casa —replicó Horacio Gómez resuelto—. De aquí no me mueve nadie.

Se levantó y extendió la mano para despedirse. Vio que el hombre no hizo el ademán de levantarse, sino que más bien ocultó su rostro entre sus manos, mientras gemía y suspiraba como una plañidera bien entrenada. Bajó la escalera, abrió la puerta y respiró profundo, contento de salir de esa atmósfera cargada con olor a sobaco, perfume barato y orines de gato. Se dirigió a su auto. Ya en el interior tomó su celular y marcó el número del coronel Sebastián Cornejo. Luego de dos timbradas escuchó la voz del coronel.

—Listo, jefe —habló el detective—. Ya tengo la información.

—¿Valió la pena hablar con él?

—Si la información es correcta, nos sacamos la lotería.

Martes 15 de junio, mediodía

Leoncio estuvo tres días en el departamento de Moncho, esperando que Teófilo Condori se recuperara. Este ya había recobrado el conocimiento, pero todavía seguía postrado, incapaz de moverse. La fiebre que lo hacía temblar y castañetear los dientes había cesado. Moncho había aprovechado la mejoría del herido para presentarle a Leoncio y ver su reacción. Condori lo había reconocido y le había agradecido lo que hizo por él. Durante esos tres días, Leoncio había contestado una multitud de preguntas de parte de Moncho, todas ellas hechas con el fin de conocerlo y confirmar si su presencia en la intervención del concesionario no era una trampa organizada por la policía. Dijo que se llamaba Leoncio Mesa, que había crecido en el barrio más poblado de la ciudad y que de adolescente había pertenecido a una banda. Luego de unos años de estar con ellos, se separó para buscar nuevos retos y una manera más fácil de ganar dinero. Vio que Moncho tomaba nota de todas sus respuestas. Luego de largas horas de detallado interrogatorio, Moncho desaparecía en la habitación contigua y echaba seguro a la puerta. En esos momentos la idea de escapar le cruzaba la cabeza, como si fuera un deseo inalcanzable. Esa idea iba y venía por su cerebro cada cierto tiempo, como una opción más dentro de las tantas que manejaba. ¿Con quién hablaría Moncho? Porque de que hablaba con alguien era evidente. No se encerraba y echaba cerrojo a esa habitación para cavilar y decidir qué haría con él. Lo más probable era que estuviera recibiendo instrucciones. Pensó que tal vez la espera era intencional, con el fin de corroborar la historia que había contado.

Una de las preguntas que Moncho le había hecho era cuáles eran los nombres de los integrantes de la banda que había tenido. Había dado los nombres, sabiendo que Tony y Puruchuco habían viajado al extranjero para nunca más volver. Richard en cambio se había casado y había abierto un negocio de reparación de autos y camiones. No tenía miedo de que los hombres de Moncho lo encontraran y le preguntaran si conocía a Leoncio Mesa. Ese era el nombre clave para decirle a Richard que estaba en una misión muy importante y que

estuviera alerta cuando alguien se le acercara a hacerle preguntas sobre él. Recordó que Richard fue el más alegre al enterarse de su ingreso a la escuela de oficiales de la policía. Ese día decidieron protegerse de las consecuencias de su pasado y acordaron inventarse nombres que les harían saber si alguno de ellos estuviera en aprietos. Una amistad como la de Richard era lo mejor que había quedado de sus años en la banda.

Al cuarto día, Teófilo Condori pudo incorporarse e ir caminando solo, pero con dificultad, al baño. Moncho estaba bastante hacendoso. Limpiaba el piso y la mesa de la sangre del herido, llevaba y traía cosas, ponía los muebles en orden y los platos en la alacena, como si algún invitado importante fuera a llegar. A golpe de mediodía, el timbre sonó y Moncho corrió hacia la puerta. Sintió que la puerta se abría y escuchó pasos fuertes que entraban al departamento. No escuchó voces, solo los pasos que se acercaban. Moncho apareció con una sonrisa en el rostro. Detrás de él vio llegar a un hombre a quien reconoció inmediatamente. Era Mario Velezmoro. Vestía de manera diferente de cuando fue intervenido, pero el estilo era el mismo: ropa holgada y cómoda. Le impresionó tenerlo tan de cerca. Sus orejas erectas, los ojos semidormidos y los cachetes inflados no le quitaban autoridad, todo lo contrario. En su rostro, el todo se imponía a la influencia de las partes. La sempiterna cadena de oro seguía colgada del cuello, brillante y ostentosa. Al parecer no tenía miedo de que lo reconocieran por el distintivo artilugio.

—Así que usted es Leoncio Mesa —fue lo primero que dijo Velezmoro, luego de haberlo mirado de pies a cabeza.

—A la orden, señor Velezmoro —contestó Leoncio y trató de dominar los nervios luego de la primera impresión que le produjo verlo.

—Me cuentan que ayudaste a Cóndor a escapar —añadió Velezmoro.

—Así fue —asintió Leoncio, dándose cuenta de que Velezmoro lo miraba con desconfianza.

—Hemos corroborado tu historia —explicó Velezmoro mientras caminaba por la habitación, haciendo sonar contra el piso los tacos de

sus botas de cuero—, aunque me hubiera gustado hablar con Jimmy para saber qué tan amigos eran.

—No lo conocía desde hace mucho —añadió Leoncio—. Según me contó era de mi barrio, pero de una zona un poco alejada de la mía.

—Teófilo quiere que te quedes con nosotros, al parecer está muy agradecido contigo. Pidió expresamente que ocupes el lugar de Jimmy.

—Sería un honor —replicó Leoncio. Sintió que la atmósfera se distendía, aunque aún tenía los músculos tensos en señal de alerta ante cualquier eventualidad.

Mario Velezmoro caminó de nuevo, con las manos en la espalda, mientras sorteaba los muebles que se encontraban en su camino, como si estuviera meditando bien lo que iba a decir.

—Tu caso es particular —dijo al fin—. Llegas en un momento que, por un lado, estamos en una grave crisis y necesitamos toda la ayuda que podamos encontrar, y por otro, nuestro grupo normalmente no acepta nuevos miembros, salvo que hayan hecho algo excepcional y luego de varios meses de prueba. En tu caso no habrá meses de prueba. Si eres tan útil como has demostrado ser, te necesitamos ya. Creo que hablo por todos al decir que estamos corriendo un grave riesgo al confiar en ti, pero no tenemos elección.

—Gracias, señor —replicó Leoncio y alzó la cabeza con orgullo.

—Ten por seguro de que, si traicionas la confianza que te damos, pagarás con tu vida.

—No lo defraudaré, señor Velezmoro —finalizó Leoncio. Se dijo a sí mismo que el objetivo de infiltrarse había sido alcanzado, que el primer paso estaba dado.

De pronto, el timbre de la puerta sonó y todos, con Velezmoro a la cabeza, se dirigieron hacia allá. La puerta se abrió y entraron seis personas. Leoncio vio que Velezmoro recibía efusivamente a dos de ellos, al parecer dos personajes importantes dentro del organigrama de la organización. Los cuatro restantes eran a todas luces el séquito que los acompañaba. Una vez que entraron a la habitación donde se encontraba Leoncio, este pudo ver que se trataba de un hombre y una

mujer elegantemente vestidos.

—¿Y este quién es? —dijo la mujer, y miró a Leoncio como si hubiera visto a un perro sarnoso.

—Este es Leoncio —explicó Velezmoro—. Nuestro nuevo recluta. Del que les hablé el día de ayer.

—Mátalo de una vez —intervino el hombre recién llegado— así nos evitamos problemas más adelante.

—Buena idea —agregó la mujer sonriendo.

—Es parte de mi equipo —sentenció Velezmoro—. Así que no lo pueden tocar. Leoncio, te presentó a Carmelo Rodríguez y Corina Guizado.

Se tomó las cosas con calma. No quería abrir la boca sin haber, al menos, observado con detenimiento a los recién llegados. Carmelo Rodríguez tenía un aspecto de perro dóberman. Su cara afilada ostentaba una nariz puntiaguda en forma de gancho, ojos saltones como de sapo y un bigote ralo semejante a una mancha hecha por tomar un refresco con mucho colorante. Llevaba corto el pelo ensortijado, casi pegado a la cabeza, y un pequeño arete de diamante se incrustaba en el lóbulo de la oreja izquierda. Tenía la piel tan blanca que se podían ver las venas abultadas atravesando el largo de sus brazos. Pudo observar que era de contextura delgada, tanto, que la correa estaba enganchada en el último orificio de la larga hilera del que formaba parte.

—Si no se mete conmigo, no hay problema —replicó Corina Guizado con una voz fuerte y autoritaria.

Supo que tenía ante él al miembro más feroz del grupo. Remarcó que la mujer era de tez trigueña. Tenía la cara ovalada, ojos achinados y el cabello lacio que no le llegaba a los hombros. El lunar negro de la mejilla derecha, cerca al labio superior, le conferían el aspecto de una persona común y corriente. Llevaba un conjunto azul de dos piezas y portaba zapatos de taco. Pensó que en la calle podría pasar como una estudiante o una secretaria de una oficina de abogados. Todo eso cambiaba cuando abría la boca y el tono de voz áspero y cortante mostraba una mujer acostumbrada a mandar y dar órdenes, a una mujer que no se amilanaba ante nadie, llena de rabia y odio. Cuando

hablaba, los ojos achinados se empequeñecían mucho más, acentuando su beligerancia, teniendo la actitud de un pez beta macho enfrente de otro, en diferentes peceras, alzando el penacho y estrellándose contra las paredes de vidrio.

—Sé que no me tienen confianza —dijo al fin Leoncio, decidiéndose a hablar para no mostrar debilidad, una de las primeras cosas que aprendió cuando estuvo en la banda con Richard, Tony y Puruchuco—, pero con mis acciones les demostraré lo contrario.

Sintió que todos volteaban y lo miraban. Observó que Velezmoro le daba una mirada de aprobación. La mirada de Carmelo Rodríguez era de sorpresa y la de Corina Guizado era la que te dan cuando haces un comentario impertinente y fuera de lugar.

—Bueno —dijo Mario Velezmoro, y cortó el incómodo silencio que se había apoderado de la habitación—. Me retiro. Corina, Carmelo y yo tenemos que discutir cosas importantes.

Todos salieron de la pieza. Leoncio prefirió salir a la calle y tomar un poco de aire fresco. Sintió que alguien salió detrás de él. Era Moncho.

—No estuviste nada mal allí adentro —dijo y sacó un cigarrillo, alargándole la cajetilla—. Les hiciste el pare.

—No gracias, no fumo —rechazó la invitación Leoncio.

—¿En serio? ¿Te molesta que fume?

—No —mintió Leoncio, e hizo un esfuerzo sobrehumano para aguantar el humo del cigarro que a veces llegaba a su nariz por acción del viento.

—¿Y qué te pareció?

—¿Quién es ese par? —preguntó Leoncio.

—Esos son jefes de otras actividades de la organización —explicó Moncho—, del mismo nivel que Mario.

—¿Qué otras actividades?

—Carmelo apoya en las apuestas y Corina el contrabando.

—Esta organización es como una corporación —señaló intrigado Leoncio.

—¿Te impresiona?

—Mucho —aseveró Leoncio—. Nunca había pertenecido a una

organización igual. ¿Y cada uno tiene sus propios hombres?

—Exacto —contestó Moncho—. Funcionan como entes autónomos, pero ellos no son los jefes de cada actividad, son solo los adjuntos.

—¿Hay más jefes? —preguntó sorprendido Leoncio.

—Así es.

—¿Y quiénes son?

—Poco a poco, mi querido Leoncito. Ya te irás enterando de cómo funciona todo. Todo depende de cómo vayas evolucionando dentro de nuestra organización.

—¿Y a ti cómo te ha ido?

—Es una organización grande, demora ir escalando posiciones.

—¿Cómo es Mario Velezmoro como jefe?

—Exigente, pero reconoce el esfuerzo de todos. La muerte de Jimmy le dolió mucho.

—¿También escapó de la redada?

—Lo atraparon, pero lo soltaron por falta de pruebas.

Fue en ese momento que pudo entender por qué Velezmoro había aparecido luego de tres días, tan campante, a plena luz del día, a la vista de todos. No se explicaba cómo lo habían liberado por falta de pruebas. Los tipos que habían secuestrado al periodista estaban con él. ¿Qué más pruebas se necesitaban para meterlo preso?

—¿No estaban con él Jimmy y Teófilo?

—Date cuenta de que nosotros aquí mandamos —dijo Moncho con aires de suficiencia—. Estamos bien protegidos.

—¿Por quién?

—Tiempo al tiempo Leoncito. Te enterarás a su tiempo.

Miércoles 16 de junio, mediodía

Había pasado casi toda la mañana fuera y recién llegaba al edificio rectangular que fungía como cuartel general. Prendió las luces al entrar pues la poca luz natural que entraba por las ventanas mantenía en penumbras la gran sala de trabajo. En eso escuchó el motor de un auto. Justo a tiempo, pensó. Se levantó y fue a preparar café para él y el recién llegado. El sonido de la manija de la puerta girando llegó hasta sus oídos.

—Aniceto —dijo el coronel Sebastián Cornejo mientras entraba como una tromba a la habitación—. Puntual como siempre.

Sonrió sin voltear, ensimismado en abrir la lata de café y poner dos cucharaditas del polvo marrón en la cafetera, encima del papel absorbente. Había quedado con el coronel Cornejo en encontrarse al mediodía. Miró su reloj. Las manecillas indicaban casi las doce.

—Póngase cómodo mi coronel, ahorita preparo dos tazas de café. ¿Negro y sin azúcar como siempre?

—Esas cosas no se preguntan, mi estimado —contestó el coronel sentándose en una de las confortables sillas de cuero y subiendo los pies encima de la mesa.

Gotas negras y calientes comenzaron a caer en el recipiente de vidrio opacando las transparentes paredes con su vapor. Las gotas se sucedieron sin cesar hasta llenar casi la mitad de la cafetera. El olor a café recién hecho se esparció por cada rincón del cuarto, lo que provocó que el detective y su invitado abrieran con deleite los orificios nasales buscando el aroma exquisito del líquido caliente que pronto tocaría la lengua y el paladar. Las gotas pararon. Tomó dos tazas que se encontraban al lado de la cafetera y las llenó hasta casi tocar el borde superior. A la suya le añadió una cucharadita de azúcar.

—Aquí tiene, coronel —dijo el detective depositando en la mesa las dos tazas y empujando una de ellas en dirección de su huésped.

—Este café tiene un aroma delicioso —precisó el coronel, y bajó los pies de la mesa para luego probarlo casi inmediatamente — y de sabor, está mejor todavía. Bueno, cuéntame todo.

Tomó también un sorbo. Sintió que la lengua se le sancochaba, a pesar de que había soplado el contenido antes de posar los labios en el borde de la taza de cerámica. La dejó encima de la mesa y comenzó su relato. Trató de explicar con lujo de detalles su encuentro con Horacio Gómez, desde la apariencia de la sala iluminada únicamente con un foco rojo colgado en medio del techo, hasta la larga túnica floreada que llevaba puesta, pasando por su comportamiento de hombre despechado y dolido que buscaba vengarse de aquel que lo había llevado al grado de postración en el que se encontraba. Sacó la libreta del saco y recitó la dirección anotada con trazos rápidos.

—¿Crees que nos esté diciendo la verdad? Con esta gente nunca se sabe.

—Por la manera en cómo demostraba su dolor, no creo que estuviera mintiendo. Salvo que sea un actor consumado.

—Con Urviola, uno nunca sabe.

—Además, estuve toda la mañana afuera, cerca de la dirección que me dio nuestro bigotón amigo.

—Ajá, picarón —exclamó el coronel Sebastián Cornejo—. ¡Te lo tenías bien guardadito!

—Me decepciona, jefe —sonrió Aniceto—. ¿Cómo se le ocurre que voy a venir a reunirme con usted sin prepararme bien?

—¿Y qué encontraste?

—Es la dirección de una empresa de transporte, pero al parecer ya no funciona. No vi movimiento en el local. Solo vi unos cuantos camiones viejos y oxidados en el estacionamiento. Si la droga está ahí, no me sorprendería que haya alguien en el interior.

—¿Cuándo planeas entrar?

—Hoy en la noche, no hay que perder más tiempo.

—Es muy pronto —refutó el coronel—. Yo te aviso.

—Perfecto, jefe.

—¿Y qué sabes de Leoncio?

Calló un momento. No tenía todavía noticias y estaba un poco inquieto por el joven detective.

—No ha dado noticias desde que se fue.

—Ya han pasado tres días —apuntó el coronel—. Al menos no

hay malas noticias.

Eso era cierto. Las malas noticias llegaban ni bien sucedían. Si la fama de Urviola era real, ya se habrían enterado si la identidad de Leoncio Manyari hubiera sido descubierta.

—¿Cómo tomó el retiro forzado el coronel Montoya? —preguntó Aniceto cambiando de tema. No quería pensar más en Leoncio y lo que estaría viviendo en la boca del lobo.

—Está muy triste —contestó el coronel Sebastián Cornejo—. Pese a que ya sabía que lo iban a retirar. Otoniel trabajó toda su vida. No aguanta una vida de reposo.

—¿Y qué va a hacer?

—Me preguntó si podía venir a ayudarnos —contó el coronel mientras tomaba un sorbo de café, que se había enfriado al no haber sido tocado hacía unos minutos—. Le dije que se iba a aburrir igual acá. ¿O me equivoco?

—Para nada, coronel —respondió el detective—. Aquí no hacemos nada, salvo esperar.

—O ir a entrevistar a fortachones bigotudos muy bien maquillados —dijo el coronel riendo.

—Jefe —murmuró el detective con el semblante serio mientras sus manos jugueteaban con la taza de café medio vacía—. Tengo serias dudas sobre la resolución de este caso. Desde que lo acepté, no duermo bien y siento que me abruma. ¿Usted cree que podamos desenmascarar a Urviola?

Ni bien había terminado de hablar, vio que el coronel se sentaba derecho y cruzaba las manos encima de la gran mesa de madera. Remarcó que hacía una mueca con la boca, como si tuviera las palabras que quería decir en la punta de la lengua, saboreándolas antes de expulsarlas.

—¿Desde cuándo tienes esas dudas? —preguntó el coronel dándole una mirada de reproche.

—Ni bien convencí a Leoncio para que se nos una —respondió el detective, jugando con la taza de cerámica—. Sé que debí hablar antes, pero estaba tratando de convencerme de que todo saldría bien.

—¿Quieres salirte?

Dio un gran suspiro. Si hubiera sido por él, hubiera dicho que sí, pero algo lo retuvo. La cara sonriente de Jacobo Quinteros, su colega y amigo muerto hacía veinte años durante la captura de Máximo Corcuera, peón de Urviola, se le dibujó en la mente. Recordó el cuerpo frío entre sus brazos, mientras exhalaba su último aliento.

—No quiero —contestó al tiempo que trataba de controlar el tono de voz, que temblaba por los recuerdos que tenía grabados en la memoria—, pero igual tengo dudas.

—Yo también tengo dudas —replicó el coronel Sebastián Cornejo con el aire pensativo—. Yo también pienso que es una locura. Así se lo hice saber al coronel Montoya.

—¿Y qué dijo?

El coronel metió la mano en el bolsillo de su saco y extrajo un papel doblado en cuatro. Estiró el brazo y se lo entregó. Lo tomó y al desdoblarlo pudo leer las siguientes palabras: “Si un hombre comienza con certezas, terminará en dudas; pero si se contenta con dudas, terminará en certezas. Francis Bacon”

—No sabía que el coronel Montoya fuera un intelectual —dijo el detective sonriendo—. Bonita frase.

—Esas palabras me ayudaron mucho, pero creo que te preocupa otra cosa.

—¿Cómo qué?

—La suerte de Leoncio.

—Es un muchacho muy inteligente y capaz. Siento que lo he enviado a su muerte.

—Leoncio aceptó —dijo el coronel acercándose y tomándole del brazo—. Así como tú y Jacobo aceptaron la misión con el coronel Montoya. Conocían los riesgos.

—Eso quiere decir que debo redoblar esfuerzos para llevar a cabo la misión y cuidar que a Leoncio no le pase nada. Esas son mis certezas.

El coronel le palmeó el brazo satisfecho, sonriendo. Remarcó casi de inmediato que detrás de esa sonrisa se dibujaba algo distinto, como si esta solo fuera una pantalla que ocultaba sentimientos ocultos queriendo salir a flote.

—¿Hay algo de lo que me quisiera hablar? —preguntó Aniceto inquisitivo.

—No es nada urgente —contestó rápidamente el coronel Cornejo —. Ya te lo contaré.

No quiso insistir. Conocía demasiado bien al coronel para saber que algo lo molestaba. Pero, a pesar de la amistad que tenía con él, rara vez este le confiaba sus cosas personales. Sabía que no era casado ni tenía hijos. Se dio cuenta de que el coronel sabía todo de él, pero él no sabía casi nada. Siempre se dijo que el coronel le dedicaba el cien por ciento de su tiempo a la fuerza policial y nunca indagó más. No necesitaba hacerlo.

—¿Y cómo van las cosas en la oficina? —preguntó el detective, tratando de aligerar la atmósfera de la habitación que se había vuelto densa, como la niebla que se forma en la orilla del mar en una mañana de invierno.

—Las cosas están movidas —respondió el coronel Sebastián Cornejo—. Los pases a retiro de los jefes de cada división tienen descontenta a la gente.

—Usted sigue todavía ahí.

—Pero no por mucho tiempo —dijo el coronel rascándose la parte trasera del lóbulo de la oreja derecha—. El enano de circo me está metiendo mucha presión. Creo que ha decidido despedirme a mí también.

—Si usted se va, no tendré a nadie que me cubra la espalda, y todo esto— dijo el detective alzando el brazo, haciéndolo dar un movimiento circular—, desaparecerá.

—Es por eso que tengo que seguir dándole por su lado —replicó el coronel—. No eres solo tú quien se preocupa por alguien. Tú y Leoncio son mi mayor preocupación.

—¿Sabe a quién me encontré hace unos días? —dijo el detective luego de que el pensamiento cruzara su mente como un cometa luminoso en medio de la noche—. A Gabriela Yoshida.

Vio que el coronel abría los ojos de manera exagerada. Una sonrisa burlona se le dibujó en el rostro.

—No me jodas, ¿en serio?

—Yo también puse una cara parecida a la suya cuando la vi.

—¿Y qué pasó?

—La invité a cenar…

—¿Y?

—…nos besamos.

—Mierda, Aniceto —dijo el coronel Sebastián Cornejo parándose y agarrándose la cabeza—. ¡Eres un pillo!

—No sé cómo terminará todo esto.

—¿Y cómo está ella?

—Lindísima. Los años le han caído muy bien.

—Puta madre, Aniceto —dijo el coronel y meneó la cabeza—. ¡Después de veinte años!

—Yo estoy más sorprendido que usted.

—Te advierto —dijo el coronel y levantó el índice derecho en su dirección—. Si se te escapa esta vez, te juro que te despido.

Viernes 18 de junio, cinco de la tarde

Estaba en un estado de febrilidad extrema. Había recibido la luz verde del coronel Sebastián Cornejo para allanar la dirección que le había sido proporcionada por Horacio Gómez, examante de Patricio Urviola. Además, tenía el apoyo de diez oficiales de la policía especialmente seleccionados. Si la información del allanamiento se filtraba y llegaba al escritorio de Adolfo Brezani, se podían ir despidiendo de la droga. No sabía hasta qué punto Brezani estaba involucrado con la mafia de Urviola, pero lo último que quería era saberlo justo antes de la operación. Había acordado con el coronel que se encontraría con los agentes en un lugar descampado, a unos cuantos kilómetros del objetivo. En un primer momento pensó en reunirse con ellos en el cuartel general, pero desechó la idea inmediatamente. La oficina donde trabajaba era secreta y nadie debía enterarse qué se hacía allí.

Salió raudo hacia el terreno abandonado. Lo conocía pues había pasado muchas veces por allí. Recordó que hacía no mucho se instalaba una feria itinerante, con sus carpas y camiones, ofreciendo por un corto lapso de tiempo un espectáculo muy pocas veces visto en la ciudad. Cada año las carpas ofrecían, a cambio de unas cuantas monedas, satisfacer la curiosidad de aquellos que querían conocer su futuro a través de las cartas, de quienes deseaban ver por primera vez al hombre lagarto, al niño lobo o a la mujer barbuda. Sin embargo, lo que más atraía a los niños eran los juegos mecánicos. Los había de todo tipo: desde el carrusel compuesto con caballos de madera pintados con colores brillantes, hasta la rueda chicago: inmensa estructura de metal cuyos asientos colgaban en el aire dejando ver el vacío a sus pies. Hacía tiempo que la feria itinerante no había vuelto a poner los pies sobre el terreno con piso de tierra. No se lo explicaba. Un reportero del diario publicó una nota sobre eso hacía unos años, pero todo eran conjeturas y rumores. Uno de los rumores que corrió fue que la mafia de Urviola había solicitado cupos de montos exorbitantes para operar en el descampado. De la feria itinerante nada se supo desde entonces.

Ya eran casi las seis de la tarde cuando llegó al terreno baldío. Al llegar, vio un camión portatropa, pintado de negro y con el logo de la policía. Los agentes esperaban afuera del vehículo, probando sus armas y hablando entre ellos. Frenó y se apeó del auto, dejando tras de sí una estela de polvo.

—¿Usted es el detective Linares? —preguntó uno de los agentes acercándose, al parecer al mando del grupo.

Vio al agente con detenimiento. Portaba el uniforme de asalto de manera impecable. Remarcó que sostenía el arma, un fusil semiautomático, con las dos manos. Tenía la cara descubierta y calculó que tendría unos treinta años. El cabello lo llevaba corto, casi al rape, al estilo militar. Sus ojos saltones le hacían parecer más estresado de lo que realmente estaba.

—El mismo, ¿su nombre es?

—Sargento Benítez. Soy el líder del grupo.

—¿Están preparados?

—Estamos listos, señor, lo esperábamos.

—¿Saben que esta es una operación reservada?

—El coronel Cornejo nos informó, señor.

—Perfecto. Me puede llamar detective.

—No hay problema, detective.

Caminó hacia el grupo. Se paró delante de ellos y los miró uno por uno, en silencio. Muchos de los rostros eran muy jóvenes. Sabía que, últimamente, los cadetes que egresaban de la escuela de oficiales eran captados muy temprano por las distintas divisiones de la policía y enviados a operativos de este tipo sin mucha experiencia. Intuyó que el coronel Cornejo había escogido a propósito a muchachos recién egresados, que no estuvieran muy impregnados de la mala cultura policial que reinaba en un sector de la institución. Sus ojos se detuvieron en un agente que llevaba el casco puesto, muy erguido y alerta.

—Agente, ¿se puede sacar el casco, por favor?

El oficial hizo caso y una larga cabellera negra cayó sobre sus hombros. Era una muchacha no mayor de veintidós años. La expresión seria de su cara no lograba ocultar las facciones de una risueña y

curiosa joven. Quiso disculparse, pero se dijo que lejanos estaban los días en los que a las mujeres se las trataba diferente en una situación donde todos, tanto hombres como mujeres, cumplían la misma función y corrían los mismos riesgos. Al final habló en voz alta para que todos lo escucharan.

—Buenas tardes a todos. Imagino que el sargento Benítez ya les explicó lo que tenemos que hacer.

Observó que los agentes asentían con la cabeza, erguidos y alertas, como un pelotón bien entrenado listo para entrar en batalla.

—El objetivo es encontrar un cargamento de droga que, según información fidedigna, se encuentra escondido en alguna parte del edificio.

—¿Me permite una pregunta, detective? —alzó la mano la joven policía.

—¿Cuál es su nombre, agente?

—Laura Estremadoyro.

—Adelante.

—¿Se sabe si hay alguien en el edificio?

—Al parecer está abandonado —explicó el detective—, pero tal vez encontremos resistencia en el interior.

—¿No le parece que una decena de oficiales es insuficiente? —insistió la joven, con el gesto adusto.

—No lo creo —respondió el detective tajantemente—. Si hay resistencia, no serán más de cinco delincuentes. Este es un lugar muy reservado, casi secreto; si hubiera más personas dentro levantarían sospechas. ¿Estamos listos, agentes?

—¡Listos! —contestaron todos.

Los agentes subieron al camión portatropa y enrumbaron al sitio indicado. Los siguió de cerca hasta llegar al edificio señalado por el examante de Urviola. Bajó del auto y se acercó al camión en el momento en que bajaban los agentes. El último en hacerlo fue Laura Estremadoyro.

—Cuídese —pidió el detective.

—¿Me lo dice solo porque soy mujer, detective? —preguntó con tono fastidiado.

—De ninguna manera.

—Entonces debería decírselo a todos los que estamos aquí —replicó la agente, y enfatizó la última palabra.

—Se lo digo a usted porque así lo he decidido —dijo el detective imaginando que la joven era otra digna representante de la nueva generación, quien se comportaba con la misma rebeldía con la que actuaban Damián y Leoncio.

—En ese caso yo le deseo lo mismo, detective —añadió la agente —, aunque a un héroe como usted, suerte es lo que menos le debe faltar.

Le molestaba que lo llamaran así. Vio cómo la muchacha se alejaba y se unía al grupo de policías al mando del sargento Benítez. Este los reunió y luego de algunas someras instrucciones, avanzaron hacia la entrada del edificio.

--o--

El operativo había resultado un éxito. Como lo había intuido, unos cinco hombres fuertemente armados se encontraban en el interior del local que visto desde afuera tenía un aspecto ruinoso: las lunas estaban rotas, las paredes llenas de grafitis y había basura acumulada en los alrededores. Lo que le llamó la atención desde un principio era que el edificio, a pesar de su apariencia, tenía cámaras de seguridad instaladas en lo alto de la puerta principal y en sus cuatro paredes y que al parecer funcionaban y estaban en buen estado. Luego de matar a dos guardias que respondieron al fuego de la policía, interrogaron a los otros tres y pudieron dar con la droga. Vio con sorpresa que se encontraba encima de una paleta de madera, envuelta en plástico. Calculó que debía ser por lo menos una tonelada, pues los paquetes apilados llegaban casi hasta su hombro. Remarcó que no se habían preocupado en ocultar mejor el cargamento o en su defecto repartirlo entre varios escondites para no comprometer su operación. Pensó que el exceso de confianza de la mafia de Urviola sería su perdición.

Dos agentes resultaron heridos levemente. Varios patrulleros y dos ambulancias llegaron al lugar. En una de las ambulancias

encontró al sargento Benítez, que había recibido un balazo en el hombro.

—¿Cómo se encuentra, sargento? —preguntó el detective preocupado.

—Estoy bien —contestó el policía, mientras un enfermero le vendaba la herida e inmovilizaba su brazo con un cabestrillo de plástico—. Solo fue un rasguño.

—Fue más que eso —intervino el paramédico que lo atendía—. Debemos llevarlo al hospital para que le extraigan la bala, no veo que haya orificio de salida.

—¿Qué le pareció el operativo, detective? —preguntó el sargento, e hizo una mueca de dolor cuando intentó moverse en la camilla donde se encontraba acostado.

—Impecable —respondió Aniceto—. Usted es un muy buen líder. Se lo comentaré al coronel.

—Gracias, detective.

—Una preguntita antes de que se lo lleven, ¿qué opinión tiene de Laura? La vi muy resuelta y decidida allí adentro.

—Es una de las mejores agentes de su promoción.

—¿En qué división está asignada?

—En la división de fraude financiero.

—¿Y qué hacía aquí con nosotros? —preguntó intrigado el detective—. Lo de ella son más declaraciones de impuestos y estados financieros.

—Yo le pedí que viniera —dijo con la frente perlada de sudor—. La conozco y me había dicho que le avise si algún día tenía conocimiento de un operativo de este tipo.

—Tenemos que irnos, detective —pidió el paramédico, parado en la calle, esperando con la puerta de la ambulancia en la mano.

—Suerte, sargento, buen trabajo —dijo el detective y bajó de la ambulancia. Se quedó viendo como partía rauda en la noche, mientras hacía sonar la sirena de colores.

Cuando se dirigía a su auto, pudo ver que la agente Laura Estremadoyro no se había retirado aún.

—Agente Estremadoyro —alzó la voz el detective.

—¿Detective? —preguntó la agente, acomodándose el cabello que le cubría el rostro por la acción del viento nocturno.

—Solo quería felicitarla por su trabajo —dijo un poco agitado, pues había corrido para alcanzarla.

—Necesita hacer un poco de ejercicio, detective —dijo riendo la policía, para luego ponerse seria—. Disculpe, soy muy confianzuda. Gracias por sus palabras.

—No se preocupe. Tiene usted toda la razón —asintió el detective tocándose la barriga, que colgaba dentro de su camisa, toda oronda y feliz. Se preguntó si su barriga no tendría una personalidad propia y definida, porque al parecer no le importaban las dietas ni el poco ejercicio que hacía para, sino desaparecerla, al menos quitarle un poco de volumen — ¿Me acompaña un momento?

—Por supuesto, detective —dijo la joven con un gesto risueño.

Entró con ella al edificio, el cual era un desastre por fuera, pero por dentro al parecer había sido remodelado y convertido en un almacén con tecnología de última generación.

—¿Cómo está el sargento Benítez? —preguntó curiosa la policía.

—Está bien, la bala no salió, pero no tocó nada vital. Lo llevaron al hospital. Hablé un poco con él. Me contó que trabajas en la unidad de fraude financiero.

Por primera vez en toda la noche la vio dudar un poco. En el interior bien iluminado del almacén vio con detenimiento sus facciones. Su rostro trigueño era un poco ovalado y la piel tersa demostraba que era una chica muy joven. Sus ojos marrones claro iluminaban su cara, despidiendo mucha energía. Caminaba con las piernas un poco abiertas, pero eso no le quitaba que era una mujer que exudaba femineidad. Su cabello negro, largo y brilloso le caía graciosamente por los hombros y sus manos regordetas tenían la manía de jugar con él de cuando en cuando.

—¿Usted se preguntará qué hago en este operativo? —preguntó la joven con aire serio.

Hizo una mueca con la boca y alzó las cejas, dándole a entender a la joven policía que era una pregunta que se caía de madura.

—Mi padre es contador y siempre quiso que siga sus pasos, pero

yo tenía mis dudas. Estaba entre eso y ser policía. Al final me decidí por esto, pero para no defraudar a mi padre más de lo que ya lo había hecho, cuando egresé de la escuela de oficiales, pedí enrolarme a la división de fraude financiero. Mis notas me permitieron escoger el sitio a donde quería ir.

—¿Y por qué no te volviste contadora?

—Por usted —dijo y miró al detective con admiración. Los ojos le chispeaban como si hubiera visto a su cantante favorito en persona —. El atrapar a Justino Morales conmocionó a toda la ciudad, pero más a mí. Fue el empujoncito que necesitaba para enrolarme.

—Pero te falta la acción que da un operativo como este, ¿no es cierto?

—Me encantaría trabajar con usted.

—Qué suerte tienes —exclamó el detective—. Se acaba de abrir un puesto en el caso en el que estoy trabajando.

Jueves 17 de junio, tres de la tarde

El auto de Moncho era uno antiguo marca Plymouth. Leoncio, quien no era un conocedor de autos, se acercó a él sin decir nada.

—¿No dices nada sobre mi auto? —preguntó Moncho un poco molesto, y apoyó las manos en el techo.

—Está bien cuidado —contestó Leoncio—, para ser un modelo antiguo.

—¿Modelo antiguo? —dijo sorprendido Moncho—. Este auto es un Plymouth Barracuda de mil novecientos setenta.

—¿Y eso es bueno?

—No puedo creer lo que escuchan mis oídos —exclamó escandalizado Moncho—. Este auto tiene un motor ocho cilindros en "V" de doscientos treinta caballos, con carburador doble cuerpo.

—¿Lo compraste usado? —preguntó Leoncio tratando de que su ignorancia no alterara más de la cuenta a su compañero.

—¡Mi madre! —gritó Moncho al borde de un infarto—. Estos autos hoy en día son de colección y cuestan una fortuna. Lo heredé de mi padre cuando murió. ¿Te gusta su color verde?

Observó la vieja máquina. Se dijo que para tener cuarenta y ocho años estaba muy bien conservado. La capota tenía dos orificios diagonales que parecían las fosas nasales del carro. En la parte delantera, los faros, como ojos, se encontraban cerca a sus extremos, teniendo entre ellos una rejilla cortada en dos por una especie de tabique vertical de metal. Las líneas curvas de la carrocería le daban un estilo aerodinámico. La pintura verde parecía haber sido aplicada recientemente, pues brillaba y se notaba que era un orgullo para su propietario.

—Lindo color. Le debe haber costado caro a tu padre.

—Nada que ver. Mi padre lo ganó en una apuesta a un mafioso que reinaba sobre el barrio Colonia por la década de los noventa.

—¿Cómo se llamaba?

—Un tal Erasmo Alfaro. Pero bueno, ¿qué esperas para subir? Ya deberíamos haber salido, de no ser por tu incultura automovilística.

Entraron al auto y Moncho giró el contacto. El motor prendió de

inmediato y Leoncio pudo sentir toda la potencia de un motor de ocho cilindros en “V”, tal como lo había descrito Moncho. Lo miró y vio que este acariciaba el volante con las manos huesudas, como si fuera su bien más preciado. Las venas marcaron los flacos brazos cuando arrancó y agarró con fuerza el timón, como si temiera perder el control del bólido.

—¿Adónde vamos? —preguntó Leoncio mientras se internaban por las estrechas calles del barrio Buenaventura.

—Mario nos ha encargado recoger algo.

Prefirió no preguntar. Ya se había dado cuenta de que Moncho perdía la paciencia muy rápido y era muy reacio a dar explicaciones. En los pocos días que había pasado con él había llegado a conocerlo lo suficiente para interpretar sus reacciones y saber cuándo preguntar y cuándo quedarse callado. El auto rugía y atravesaba las calles mientras los peatones volteaban la cabeza para averiguar de dónde venía el infernal ruido. Se dijo que ningún auto fabricado recientemente sonaba de esa manera.

—¿Qué opinas de los autos eléctricos? —preguntó Leoncio, e intuyó la reacción del piloto.

—Esos son carros para maricas —sentenció Moncho, con la agudeza de alguien cuyo pensamiento se ha estancado en la década en la cual el Plymouth Barracuda había sido fabricado.

Moncho entró a una calle y estacionó el viejo auto de colección pegado a la vereda, frente a un edificio de dos pisos en cuyo frontis había un cartel que decía “Club de Box”.

—¡Llegamos! —exclamó Moncho, y subió la ventana haciendo girar la manivela adosada a un costado de la puerta.

Hizo lo mismo, pero con un poco de rudeza. Suavizó el movimiento de la palanca cuando se dio cuenta de que Moncho lo miraba con aire circunspecto. Salió del auto y siguió a su compañero que caminaba con aire decidido hacia la puerta que se encontraba debajo del cartel del club de box. Al empujarla se encontró con una escalera que daba a un segundo piso y que debía tener unos treinta escalones.

—¡Malditos escalones! —maldijo Moncho subiéndolos de dos en

dos.

Al final llegaron al descanso y empujaron la puerta blanca y despostillada. Se encontró en un inmenso ambiente donde gente de todas las edades entrenaban vestidos con polos y pantaloncillos de manga corta y portaban en las manos guantes de box de cuero negro. Habría unos diez sacos de arena que colgaban del techo y un cuadrilátero bien iluminado. Las razas se entremezclaban en el recinto, siendo la raza negra la más numerosa. Leoncio pudo contar unas cuantas mujeres con los dedos de las manos. Moncho caminaba delante de él, mientras palmeaba a quienes se encontraba en su camino, feliz de encontrarse en un lugar donde era evidente que era querido y reconocido.

—¿Te gusta el sitio? —preguntó Moncho, poniéndose delante de él. Sintió el roce de sus puños contra su ropa mientras ensayaba un baile de boxeador, como lo hacía Muhammad Ali en sus viejos tiempos.

—Es impresionante —contestó Leoncio, sin dar crédito a sus ojos. Era la primera vez que se encontraba en un sitio parecido.

—¡Allí está! —dijo en voz alta Moncho, en medio de la bulla hecha por los al menos veinte boxeadores que se encontraban en el ambiente.

Miró hacia la dirección que señalaba Moncho y pudo reconocer a Carmelo Rodríguez. Un pucho a punto de extinguirse colgaba en la punta de sus labios.

—¡Jefe! —gritó nuevamente Moncho, mientras agitaba los brazos.

—¿Para qué lo has traído? —preguntó desconfiado Carmelo Rodríguez, mirándolo de pies a cabeza.

—Mario me dijo que me acompañara —contestó Moncho nervioso—. Quiere que vaya conociendo el negocio.

Vio que el hombre enjuto, vestido con ropa deportiva, lo escrutaba de pies a cabeza. Sintió que lo traspasaba con la mirada. Un malestar general lo invadió y su cuerpo experimentó una reacción visceral que controló a duras penas.

—Así que Manito de Piedra te contrató —dijo con tono burlón—.

No sé qué mierda te habrá visto.

Su cuerpo se tensó. Cerró los puños con furia, odiando al tipo que tenía frente a él. Su respiración se hizo más agitada y advirtió que dos gotas de sudor le caían por la frente.

—Así que eres bravo —reconoció Carmelo Rodríguez mientras veía al muchacho tensar sus músculos. Caminó alrededor de él.

—Carmelo —intervino sonriendo Moncho—. Ya déjalo, es solo un chico.

—¡Cállate, mierda! —gritó con violencia Carmelo Rodríguez—. ¡Cállate o te desahuevo en este instante!

Trató de no bajar la mirada en ningún momento. Quería dejar constancia que él no se amilanaba ante nadie, y menos ante un bravucón esquelético. La gente que entrenaba dejó de hacerlo, rodeándolos con curiosidad.

—¿Qué te parece si subimos al ring y me demuestras lo que sabes?

—Trato hecho —dijo Leoncio temblando de rabia.

Carmelo subió de un salto. Antes de poner el pie en la escalerilla escuchó la voz de Moncho, que parecía suplicar.

—Leoncio, no subas, por favor —dijo pegando la boca en su oído —. Carmelo es campeón de artes marciales mixtas.

No dijo nada y subió al cuadrilátero con determinación. Las piernas le temblaban, pero de rabia y coraje. A sus pies cayeron dos pequeños guantes de cuero que dejaban descubiertos los dedos de las manos.

—Póntelos —ordenó Carmelo Rodríguez—. No quiero malograrte la linda cara que tienes. Por si acaso, vale todo.

Se los puso y entonces, sin aviso, Carmelo comenzó a bailotear alrededor de él. Saltaba de puntillas, yendo de izquierda a derecha, mientras bamboleaba el cuerpo con ritmo y agilidad. De pronto, como un látigo, el brazo osudo se desprendió del cuerpo de su contrincante y se estrelló contra su rostro. El golpe lo había cogido desprevenido. Se tocó el labio y comprobó que sangraba. El segundo golpe vino casi de inmediato, pero Leoncio ya lo había anticipado. Esquivó el brazo y estiró la pierna, estrellándola contra el vientre de Carmelo. Este

retrocedió sorprendido y una exhalación colectiva llenó el ambiente. Muy rara vez habían visto a Carmelo recibir un golpe de ese modo. La cara de dóberman se contrajo y se le abalanzó, tirándolo contra la lona con un movimiento rápido y preciso. Leoncio quiso defenderse, pero ya varios golpes de puño se habían estrellado contra su rostro, dejándolo sin reacción. Hubiera seguido recibiendo una paliza de no ser por la intervención de Moncho, que se interpuso entre él y Carmelo.

—Para, Carmelo —gritó, y cubrió el cuerpo de Leoncio—. Ya demostraste que sigues siendo el mejor.

Carmelo se alejó un poco, mientras el grupo que había visto la pelea comenzó a dar vítores y a aplaudirlo. Se acercó a Leoncio y le tendió la mano, ayudándolo a levantarse.

—Buena pelea —dijo—. Mario no se equivocó al contratarte. Ven Moncho, tengo el encargo para Mario.

Bajó del cuadrilátero, tocándose el rostro adolorido. Sintió los pómulos hinchados y del labio inferior roto brotaba sangre. Se pasó la lengua y sintió el sabor metálico y amargo. Moncho salió con un paquete bajo el brazo.

—Nos vamos, Leoncito.

Bajaron rápidamente los casi treinta escalones de la empinada escalera y salieron a la calle. Los faroles de alumbrado público se iban encendiendo de a poco, pues el atardecer se tornaba en noche. Moncho arrancó y luego de manejar varias cuadras, estacionó el auto.

—¿Cómo te sientes?

—Me duele el rostro —respondió Leoncio abriendo y cerrando la mandíbula con dolor—. Creo que tengo algo fracturado.

Moncho le tomó el rostro y lo examinó con detenimiento, luego de haber encendido la luz interior de la cabina.

—No tienes nada roto —concluyó—. Es el dolor normal luego de haber recibido una paliza de Neo.

—¿Neo? ¿Así le dicen a Carmelo?

—Ese es su apodo —respondió Moncho—. Nunca mejor puesto.

—¿Por la película *La Matriz*?

—¿Y por qué más, si no? —explicó Moncho—. Ese tipo es de

armas tomar, es muy peligroso. Si no me interponía en la pelea estarías en el hospital. De todas maneras, peleaste bien. El golpe que le diste no lo esperaba y lo heriste en su amor propio.

—¿Dices que es experto en artes marciales?

—De los mejores. Participó en varios campeonatos locales y llegó a estar entre los más ranqueados. Estuvo a punto de convertirse en campeón del mundo.

—¿Y qué pasó?

—El tipo que manejaba las apuestas no quiso que lo fuera. Le pidió que se dejara ganar.

—¿Y aceptó?

—En un primer momento, no, pero entonces le ofrecieron dos opciones: Si no aceptaba, lo mataban; si aceptaba, terminaría su carrera, pero le darían trabajo.

—¿Aquí?

—Exacto, ahora él es el que maneja las apuestas.

—¿Él es el jefe?

—Bueno, no exactamente. Hay alguien arriba de él y alguien más arriba del otro. Ya te darás cuenta de cómo funcionan las cosas aquí. A propósito, te puedo dejar en tu casa. No te has bañado en tres días y ya estás apestando un poco.

—¿Pasé la prueba entonces? ¿Pertenezco al grupo?

—Pasaste la prueba. Cuando le cuente a Mario de tu pelea con Carmelo, se va a quedar turulato.

Sábado 19 de junio, diez de la mañana

Miraba con curiosidad a la joven policía. Se diría que era una experta buscando pistas en los papeles encontrados durante la operación del día anterior, la cual había sido un éxito total. La droga encontrada sobrepasaba de lejos las cantidades halladas en operaciones anteriores. No solo eso. También se habían encontrado manifiestos de embarque y papeles relacionados con la importación de la droga y su llegada al puerto. Se confiscó una computadora que fue llevada al edificio rectangular que fungía de cuartel general. Allí había citado a Laura Estremadoyro, a la mañana siguiente, para analizar la información encontrada.

—¿Pasa algo, detective? —preguntó la joven sin mirarlo.

—No, nada, pero parece que llevaras años en la división de fraude financiero por la manera que tienes de trabajar.

La vio moverse incómoda en el asiento de cuero, pero no se arrepintió de su comentario. Vio que paraba de trabajar y volteaba la cabeza en su dirección.

—No se sorprenda, detective —dijo, al tiempo que entrelazaba las manos encima de la mesa—. Antes de entrar a la escuela de oficiales de la policía ayudaba a mi padre en su oficina.

—¿En serio? ¿Te gustaba el trabajo?

—No me desagradaba hacerlo, pero no era lo mío, a pesar de que mi padre siempre decía que tenía cualidades para convertirme en una buena contadora.

—¿Qué cualidades?

—Decía que podía encontrar un error de cálculo o un monto que no cuadraba con una sola mirada. Creo que tenía razón.

—Estarán tristes los de Fraude Financiero por haberte dejado ir por un tiempo.

—Me contaron que el coronel Sebastián Cornejo fue bastante persuasivo —apuntó la joven entornando los ojos.

—Ya lo conocerás —replicó el detective—. Lo vas a adorar.

—No me imagino cómo sigue usted como detective. Debería estar de jefe de algo, si me disculpa la impertinencia.

—Siempre lo he tenido claro —explicó el detective—. Lo importante para mí siempre ha sido el tener el respaldo incondicional de mi jefe inmediato, alguien a quien pueda hablar con confianza y que la relación se parezca a una de dos amigos de larga data. Todo eso se cumple con el coronel. He recibido ofertas para ascender, muchas. Ninguna la acepté.

—Me encantaría tener una relación así con mi jefe —aseveró la joven mirándolo con una sonrisa cómplice.

—¿Y has encontrado algo importante en los papeles que estás revisando? —preguntó el detective. Había entendido la indirecta, pero no quiso responder de inmediato.

—Todos los manifiestos están firmados por el supervisor de aduanas del muelle y por el lado del importador solo veo las siglas N.I.

—¿N.I.?

—Es curioso —señaló la joven—. Aparte de los manifiestos, hay órdenes de entrega que dan cuenta del envío de mercadería a diferentes direcciones.

—¿Tenemos direcciones? —preguntó el detective y saltó de su asiento.

—No son direcciones exactas —respondió Laura Estremadoyro hojeando los papeles—. Son nombres propios. Por ejemplo, acá dice: llevar dos contenedores llenos en dirección a Comala, llevar un contenedor a Macondo, llevar un contenedor a San Vicente.

—¿Comala? ¿Macondo? —pensó en voz alta el detective—. ¿Esos no son pueblos ficticios de la literatura latinoamericana? Salvo San Vicente, que no lo ubico.

—Tal vez San Vicente sea otro pueblo ficticio creado por un autor desconocido —apuntó la joven policía.

—Sea como sea, esos nombres son códigos de lugares reales donde la droga es distribuida para almacenarla.

—¿O sea que hemos allanado el almacén principal? ¿El centro de distribución?

—Diste en el clavo —dijo el detective—. Eres buena.

—Solo falta entonces encontrar donde quedan Comala, Macondo y San Vicente.

—Va a ser difícil —razonó el detective—. Me imagino que a estas horas los escondites están siendo abandonados.

—¿Qué hacemos ahora?

—Revisa la computadora, tal vez encontremos algo.

—¿Ya la revisó el área de informática? Debe estar bloqueada por una clave.

—La revisaron. No tiene protección.

—¡Qué descuidados!

—Ten en cuenta —detalló el detective—, que la mafia con la que nos enfrentamos se cree intocable. Te aseguro que en estos momentos están rodando cabezas en la policía.

—Si tienen el apoyo del presidente —dijo Laura Estremadoyro puesta al corriente de la investigación por el detective antes de su llegada—, no me extraña.

La computadora chirrió, para luego mostrar la pantalla repleta de íconos en forma de carpeta. Abrió el explorador de carpetas virtuales y se encontró nuevamente con los nombres en clave de los escondites de la droga y quien sabe qué otras cosas más. Había una carpeta con otro nombre que todavía no habían visto: Asilo Arkham. Se miraron extrañados. Laura abrió la carpeta y apareció una lista interminable de archivos. Abrió uno de ellos y eran hojas manuscritas que habían sido escaneadas y guardadas allí. Las hojas detallaban una lista de mercaderías de todo tipo: ropa, enseres de cocina, muebles, golosinas, pero ni una palabra de droga.

—Tal vez sean códigos para identificar la droga —conjeturó Laura.

—O tal vez sea lo que está escrito —replicó el detective—. Recuerda que Urviola no solo trae droga, sino también contrabando.

Abrió otros archivos y eran más de lo mismo. En la parte superior de cada lista se indicaba que la mercadería sería recibida por La Loca.

—El almacén se llama Asilo Arkham y está dirigido por La Loca —hizo hincapié el detective, y recordó que ese era el nombre del hospital siquiátrico en los comics de Batman—. Qué creativos.

—Voy a abrir el correo electrónico —anunció la joven policía—,

a ver si encontramos más información.

La dejó hacer. Pensó que, sin querer, de pura casualidad, había encontrado a la pareja perfecta para ayudarlo a hacer el arduo trabajo de revisar cada papel, cada documento, cada correo para desentrañar el misterio de la ubicación de los almacenes secretos de Urviola.

—Hay cientos de correos, detective —se quejó Laura Estremadoyro—. Necesitamos ayuda.

—Por el momento eso es imposible —explicó el detective—. Ya bastante estoy arriesgando al traerte aquí.

—Esto va a demorar —dijo la policía.

—Tómate tu tiempo —replicó el detective, y contestó el teléfono celular que acababa de sonar.

—Aniceto Linares al habla.

—Aniceto —sonó la voz del coronel Montoya.

—¡Coronel Montoya! —exclamó el detective con sorpresa—. ¿Cómo ha estado?

—Bien, felizmente —dijo el coronel Otoniel Montoya—. Te llamo para decirte que Adolfo Brezani está despidiendo más jefes de la policía. Se ha vuelto loco por la operación que hicieron ayer.

—¿Y cómo lo supo usted?

—Hablo seguido con Sebastián —contestó el coronel—. Estoy al tanto de todo. Estaré retirado, pero no muerto.

—¿Sebastián está en peligro?

—No por el momento, pero hay que tener cuidado. Brezani no hace las cosas porque quiere. Tiene el apoyo del presidente. A propósito, Sebastián me dijo que habías reclutado a alguien más.

—Sí —dijo el detective—. Está ahorita conmigo.

—¿Y da la talla?

—Más que eso. Fue un acierto haberla convencido para que se una a nosotros.

—Excelente —dijo el coronel Otoniel Montoya, para luego añadir con tono preocupado—. Hay que andar con cuidado, Aniceto. Un paso en falso y las cosas pueden terminar mal para todos.

—Descuide, coronel —señaló Aniceto—. Estamos trabajando duro.

—Chau, Aniceto. Cuídate.

Escuchó el corte de la llamada al otro lado de la línea. Dejó el celular en la mesa, cabizbajo y preocupado por el desarrollo rápido de los acontecimientos. La reacción de Brezani había sido brutal. Se lo imaginó hecho una furia, luego de haber recibido la llamada de la gente de Urviola, para que actúe y encuentre a quienes, desde dentro de la policía, habían atacado a la organización mafiosa. Pensó que la redada había sido una afrenta para Brezani, quien había sido colocado como director de la policía justamente para evitar este tipo de acciones e investigaciones. No pudo sino sonreír, imaginándose al enano contrahecho que echaba espuma por la boca, de rabia, mientras aporreaba su elegante escritorio con los brazos famélicos y con la respiración agitada. La voz de Laura Estremadoyro lo sacó de sus cavilaciones.

—Detective —dijo Laura—. Tiene que venir a ver esto.

Se acercó con paso apresurado. Vio que la cara de la muchacha hacía una mueca de satisfacción y de orgullo.

—¿Qué encontraste?

—¿Se acuerda de La Loca?

—Dime.

—Está conectada con un tal Manito de Piedra y con Neo.

—Yo conozco al tal Manito de Piedra —dijo riendo el detective —. Se llama Mario Velezmoro.

—¿El de la primera redada? —preguntó Laura—. ¿Dónde se infiltró Leoncio?

—El mismo.

—Entonces, Mario Velezmoro se encarga de la droga —señaló la joven policía.

—Y La Loca se encarga del contrabando —dijo el detective y chasqueó los dedos.

—Solo falta saber quién es Neo.

—Me imagino que se encarga de las apuestas —dijo el detective —. Otra rama muy lucrativa de la mafia de Urviola.

—¡Entonces ya los tenemos! —exclamó Laura Estremadoyro entusiasmada.

—Tenemos muy poco, pero algo es algo. Nos faltan los nombres verdaderos de los otros dos.

—Voy a seguir buscando.

En ese momento, al mirar la pantalla del computador, pensó en Leoncio. Hasta ahora no se había comunicado con él. Ya habían pasado siete días desde que había salido del auto, el día que Mario Velezmoro fue capturado, y no había señales de él. Si en un día o dos no recibía noticias, entonces tendría que dejar la investigación para empezar a buscarlo. Miró a Laura Estremadoyro, sentada delante de la pantalla, moviendo en todas direcciones el ratón, en silencio. El brazo era lo único que movía. El resto del cuerpo estaba como petrificado. Le recordó a él en sus tiempos de joven estudiante de la escuela de oficiales, metódico y paciente, resaltando por encima de sus compañeros de aula. La muchacha tenía esa actitud, pero el ser mujer, la hacía diferente a él. Ella era mucho más detallista. Siempre sintió que la mujer que entraba a la policía enfocaba los casos de manera diferente. Tenían un punto de vista inusual, veían aristas que él no. Él tenía otro enfoque, tal vez más directo, tal vez más agresivo. Laura no era así, al contrario. Su manera de abordar el caso denotaba una cierta sensibilidad que los hombres no tenían. No lo sabía explicar. Nunca había trabajado mucho tiempo con una mujer. Esta era su primera vez. Y se sentía gratamente sorprendido. Si hubiera tomado más atención a eso, tal vez fuera ella, y no Leoncio quien estaría de infiltrado. No pudo evitar pensar en su madre y en la influencia que había tenido y seguía teniendo sobre él. Se preguntó qué habían hecho los hombres para gobernar el mundo, cuando estarían mucho mejor con las mujeres al mando. Un mundo más justo, más sano, menos caótico. La voz de Laura se metió como una cuña entre sus pensamientos.

—Detective —dijo Laura—. Venga.

—¿Algo interesante?

—Creo que ya sé cómo se llama La Loca.

—¿Cómo?

—Corina Guizado.

Viernes 18 de junio, siete de la noche

Se quedó un buen rato debajo de la ducha, mientras veía cómo la mugre que se desprendía de su cuerpo ensuciaba el agua que caía a chorros por su piel, y desembocaba por la pequeña rejilla bajo sus pies. El agua caliente que caía sobre su nuca le producía un efecto relajante, sentía que le soltaba de a pocos los músculos tensos debido al estrés de los últimos días. Cerró la llave y sacó la mano fuera del cubículo para buscar la toalla seca que colgaba de un pasamano al costado del lavabo. Hundió el rostro en el pedazo de tela hecha de algodón, secándose las finas gotas de agua que surcaban su piel. Una vez seco, salió desnudo del baño y se dirigió a su habitación a buscar algo que ponerse. Antes de alcanzar el armario un pensamiento le cruzó la mente y se sentó en la cama. Sacó la cuenta con los dedos de la mano. Había estado casi una semana, durmiendo poco y comiendo peor, en la guarida de uno de los soldados de la mafia de Urviola. Moncho le había confirmado que había sido aceptado, pero todavía no daba como suya la victoria. Eso sí, había recorrido un buen trecho para lograr su objetivo. Estaba impaciente por comunicar sus hallazgos al detective Linares. Pensó que debía estar preocupado por él. Recordó que antes de salir del auto, el detective le había dicho que, si en cuatro o cinco días no tenía noticias de él, empezaría a buscarlo.

Se incorporó y se dirigió a la cocina de su pequeño departamento, que se completaba con una habitación y un baño. Para él, el diminuto espacio era un lujo que nunca tuvo en su infancia. Y es que cuando niño, había pasado penurias y hambre. El haber vivido sus primeros años en un lugar sin agua potable ni corriente eléctrica lo habían marcado de por vida. El sacrificio de sus padres, de su familia, de su tío que le permitió inscribirse a la escuela de oficiales, había rendido sus frutos. Las cosas mejoraron con el tiempo para todos. El arenal donde creció se había convertido en un pujante distrito y la choza de plástico y cartón era ahora una casa de cemento y ladrillo de dos pisos. Por eso, el tener un espacio solo para él, cuando antes toda su familia dormía en un solo cuarto sin piso, era un privilegio.

El teléfono dentro de su bolsillo timbró. Era Moncho.

—Leoncito —habló en tono amigable—. Sal, estoy al frente de tu edificio. Tenemos algo que hacer.

—Ya bajo.

Se vistió rápido, casi cayéndose, con el pantalón jean que se obstinaba en no entrar por sus piernas debido a la piel húmeda, luego de haber pasado casi media hora debajo del agua. Mientras se cerraba la camisa de un solo color, se miró al espejo, acomodándose el pelo mojado con las manos. Abrió la boca y comprobó, con un poco de vergüenza, los dientes chuecos que adornaban el interior de su boca. Fue en la escuela de oficiales que por primera vez se dio cuenta de que sus dientes eran diferentes a los de sus compañeros. En su barrio, los dientes eran la última de las preocupaciones, donde el tener qué comer y no morir de hambre era la batalla cotidiana que ocultaba el resto de los problemas. Ya en la escuela de oficiales, el tener los dientes bien alineados y prístinos se convirtió en una obsesión. Con el seguro dental al cual tenían acceso todos los estudiantes, empezó a curarse los dientes careados y a hacerse limpiezas dentales periódicas. El siguiente paso era empezar un tratamiento de ortodoncia para alinear sus dientes defectuosos, fruto de una pobre alimentación y peor cuidado. El seguro para los cadetes no cubría ese gasto, por lo que pospuso el tratamiento. Al entrar a la división de secuestros supo que podría hacerlo pagando solo una mínima parte del costo total. En esas estaba cuando fue llamado por el detective Linares.

—Ustedes no se me escapan —dijo Leoncio frente al espejo, alzándose los labios y mirando las piezas dentales que caprichosamente tomaban direcciones distintas, como si fueran una formación de soldados rompiendo filas a la orden del superior a cargo.

Bajó corriendo las escaleras que comunicaban el segundo piso con la entrada principal y salió a la calle, encontrándose delante del Plymouth Barracuda verde chillón conducido por su fiel y orgulloso propietario.

—¡Ya era hora! —se quejó Moncho cuando lo vio entrar—. ¡Te demoras como si fueras un príncipe!

—Pensé que iba a tener un poco más de tiempo para descansar —apuntó Leoncio, mientras respiraba agitadamente luego de haber

bajado a la carrera los escalones del edificio.

—Descansan los muertos —replicó Moncho y aceleró furiosamente para dejar una espesa nube de humo negro detrás del auto.

—¿Adónde vamos esta vez?

—Vamos a ver a Corina Guizado.

—Esa mujer es de armas tomar.

—La primera impresión siempre es la que cuenta.

—¿Tiene un sobrenombre?

—Le dicen La Loca.

Leoncio entrecerró los ojos y hurgó en su mente, buscando el nombre, que parecía le sonaba de algún lado.

—¿Me puedes contar un poco más sobre Corina Guizado, alias La Loca? —preguntó Leoncio sonriendo.

—Lo primero es que nunca le digas Loca —contestó Moncho con una expresión seria y sombría.

—¿Y lo segundo?

—Lo segundo es que te cuides de ella, Leoncito —sugirió Moncho con tono preocupado—. Esa vieja es muy peligrosa.

—¿Qué hizo?

—¿No te dio miedo cuando la viste por primera vez? —preguntó Moncho con la cabellera que flotaba al viento debido al aire que entraba por la ventana abierta del piloto.

—Se le ve una mujer feroz.

—Feroz es la palabra —explicó Moncho y acarició el volante con sus manos flacas y huesudas—. Es una asesina a sangre fría.

—¿A quién mató? —preguntó Leoncio curioso.

—A cuántos mató, querrás decir —exclamó Moncho y redujo la velocidad al voltear en una calle repleta de construcciones industriales.

—¿Y a cuántos fue?

—A muchos —dijo Moncho y escupió hacia la calle—, pero lo importante aquí es cómo los mata. Esa tía es muy cruel. Quienes han sido testigos de sus actos hablan de mucha crueldad, de una insania demencial. Algunos hasta ahora tienen problemas para dormir.

—Gracias por la información —dijo Leoncio, y pensó que lo primero que haría cuando pudiera hablar con el detective Linares sería saber más de esa mujer.

—Llegamos —dijo Moncho estacionándose al costado de un edificio con el aspecto de un almacén. Varios camiones de gran capacidad entraban y salían por una reja custodiada por cuatro tipos con cara de pocos amigos.

—¡Muchachos! —gritó Moncho, acercándose al grupo—. ¿Cómo están el día de hoy?

—Llegó el Moncho —dijo uno de ellos, el más corpulento y que parecía ser el que mandaba el grupo—. Hace diez minutos que la jefa te está esperando. No está de muy buen humor que digamos.

Escuchó las risas sarcásticas de los otros, risas que iluminaban los rostros por lo general adustos y serios, deformando las caras cuadradas con aspecto de matones de películas de clase B. Volteó a mirar a Moncho, que había cambiado de expresión. Parecía que estaba muerto de miedo.

—¡Déjenlos pasar! —gritó alguien y la reja chirrió al contacto con el carril corredizo de metal, abriéndose hasta la mitad.

—Vamos, Leoncito —dijo Moncho con los ojos bailando en las cuencas, como buscando un pensamiento perdido en los confines de su cerebro.

Caminaron hasta el edificio principal donde otro guardia, esta vez armado con un fusil corto, los dejó pasar. Entraron a un amplio ambiente donde se dieron con la sorpresa de que hombres y mujeres, a un ritmo frenético, se abocaban a acomodar cajas en paletas de madera mientras otros las envolvían en plástico transparente. En otro ambiente, un grupo de personas abría las cajas que un montacarga sacaba de un camión, que al parecer recién había llegado, y separaban los objetos que en ellas se encontraban. Todo este ritmo delirante era sostenido por una voz femenina, pero ronca, que daba órdenes de aquí para allá y que mantenía la cadencia de ese grupo de personas, que más parecían hormigas siguiendo un plan ya estructurado. La voz salía de la boca de Corina Guizado. Alguien habló con ella y le señaló el lugar donde se encontraban. Sin miramientos, paró de hablar, y se

dirigió a ellos con aire molesto.

—¿Estas son horas de llegar, la puta madre? —espetó la mujer mirándolos como si fueran dos apestados.

—Corinita —dijo Moncho y dulcificó la voz—. Se nos hizo un poquito tarde, mil disculpas.

—¿Acaso no han visto el trabajo que tengo que hacer aquí? —alzó la voz Corina Guizado—. ¿Acaso creen que yo me rasco la chucha, par de huevones?

—No va a volver a pasar, Corinita —dijo Moncho, deshaciéndose en excusas frente a la mujer con cara de perro rabioso.

—¿Y este quién mierda es? —preguntó Corina Guizado y señaló a Leoncio.

—Me llamo Leoncio Mesa —se adelantó Leoncio—. Nos conocimos hace dos días en casa de Moncho. Mario Velezmoro nos presentó.

—Ahora me acuerdo de ti —replicó Corina un poco más calmada —. Me contaron de la pelea que tuviste con Carmelo.

No sabía si agregar algo a lo ya dicho por la mujer. Prefirió más bien cerrar el pico y observarla. No estaba tan elegante como cuando la vio por primera vez. Portaba una camisa holgada, pantalones jeans y botas de seguridad. Su cabello corto seguía suelto y su cara ovalada, esta vez sin maquillaje, ostentaba orgullosa el lunar en la mejilla derecha. La expresión dura de su rostro se mantenía invariable, como si hubiera sido esculpida en mármol.

—Menuda presentación que tuviste —añadió sin dejar de mirarlo.

—Corinita —interrumpió Moncho—. Hemos venido por el encargo.

—Vengan conmigo —ordenó.

Enrumbaron hacia una construcción de dos pisos que se encontraba en medio del almacén, iluminado con potentes focos que colgaban a una respetable altura de las estructuras metálicas que soportaban el techo. Mientras caminaban, alguien soltó una caja, abriéndose esta y desparramándose el contenido por el suelo.

—¡Mierda! —gritó Corina Guizado ofuscada—. ¡Me lo sacan a

ese huevón de una buena vez!

Vio que dos guardias, con las armas que les colgaban del hombro, tomaban al pobre tipo de los brazos y lo sacaban casi a rastras del almacén, por la puerta trasera. Su remplazo no tardó en aparecer. Recogió todo y se unió al ritmo de la gran cadena humana que trabajaba sin descanso. Subieron al segundo piso por una escalera metálica en forma de caracol y entraron a una oficina pulcra y ordenada. Sintió que Corina Guizado lo miraba detenidamente.

—¿Te preguntarás por qué los trato así? —preguntó, traspasándolo con la mirada.

Una vez más no quiso responder. Sintió que la mirada de la mujer era dura, pero también era una mirada inteligente, que trata de saber los más recónditos pensamientos. Miró a Moncho, pero este estaba paralizado por el miedo que la mujer le inspiraba.

—¡Porque soy mujer! —añadió Corina Guizado, y apretó los nudillos en la superficie de madera del escritorio escrupulosamente ordenado y sin una pizca de polvo—. ¡Porque si muestro debilidad, esta gente me saca los ojos!

—Lo entiendo —dijo Leoncio, mientras trataba de mostrar empatía con el ogro que tenía delante de él.

Abrió uno de los cajones del escritorio y sacó un grueso sobre manila. Lo cogió con las dos manos y lo lanzó hacia Moncho, quien lo cogió en el aire, tal vez ya acostumbrado a recibir paquetes de esa manera de parte de Corina Guizado.

—No lo cuentes, está completo —ordenó Corina Guizado—. A propósito, ¿cuándo vas a ir donde Mario?

—Ahorita mismo —contestó Moncho.

—Dile que Noelio quiere hablar con Néstor.

—¿Pasa algo malo?

—Ya te enterarás.

Sábado 19 de junio, once de la noche

Llegó a su departamento tarde en la noche. No tenía noticias de Moncho desde que lo había dejado en la puerta, luego de recoger el paquete en el almacén de Corina Guizado. Entró a su habitación y antes de prender la luz miró por la ventana hacia la calle. A pesar de la oscuridad reinante, a unos cuantos metros de la entrada del edificio, vio un auto estacionado que no había visto antes. Tenía las luces apagadas, pero se notaba en su interior la silueta de una persona sentada detrás del volante gracias a la luz que provenía de un poste de alumbrado público que iluminaba ese pedazo de calle. Prendió la lámpara de la mesa de noche. El abrupto movimiento hizo caer al suelo la fotografía que lo acompañaba desde que se había mudado. La recogió y la observó con detenimiento. Allí figuraban su madre, su padre, su tío y él, de niño, en una celebración familiar. Sus padres y su tío estaban mucho más jóvenes. Sintió nostalgia recordando las fiestas familiares, los tíos y primos que tomaban por asalto la casa de sus padres, los bailes, las sopas serranas y el guiso de cabrito deshuesado. Ahora la familia se reunía esporádicamente. Los más viejos habían muerto y los más jóvenes vivían sus vidas sin mirar quién estaba a su lado. Dejó la foto en el lugar de siempre, cuidando de colocarla en la marca que había formado el polvo en la superficie de madera y sus pensamientos tomaron otro rumbo.

Se dijo que el haber sido aceptado en la mafia de Urviola no era totalmente cierto. Velezmoro y compañía tomaban sus precauciones. Sintió ganas de hablar con el detective. Se levantó y se acercó a la mesita de madera delante de su cama y tanteó debajo del tablero. Allí estaba lo que buscaba. Despegó el objeto pegado con cinta adhesiva y lo manipuló con cuidado. Era un celular prepagado que había comprado no hacía mucho para usarlo en caso de emergencia. Prendió el aparato y esperó que cargara y mostrara la pantalla de bienvenida. Pensó en marcar el número del detective, pero no quiso arriesgarse a que lo escucharan si por casualidad su cuarto tenía micrófonos ocultos. Prefirió más bien enviar un escueto mensaje de texto. Al cabo de unos segundos, el celular vibró y la pantalla se iluminó. El mensaje

del detective era muy corto: “Nos vemos ahorita en el parque”.

Le pasó por la cabeza el responder que no podía porque lo vigilaban, pero decidió no hacerlo. No quería que el detective pensara que era alguien que se desanimaba ante el primer obstáculo que encontraba en su camino. Tenía que encontrar la manera de salir sin ser visto. Recordó que la sala de lavadoras que se encontraba en el sótano tenía una pequeña ventana que daba a la parte trasera del edificio. Siempre que bajaba a lavar la ropa se preguntaba si una persona cabría en ese espacio. Ahora tendría la oportunidad de averiguarlo. Dejó la lámpara de la mesa de noche prendida para simular su presencia, se puso un suéter con capucha y bajó a la sala de lavadoras que se encontraba desierta a esa hora de la noche. La ventana era de una sola pieza. Era de forma rectangular y se abría por medio de una palanca que se encontraba en uno de sus extremos. De un salto se subió encima de una de las máquinas, con las que una vez por semana lavaba su ropa insertando unas cuantas monedas, y trató de mover la palanca sin éxito. Intentó forzarla varias veces hasta que por último el metal medio oxidado cedió a la fuerza bruta aplicada por el joven detective.

Su cuerpo esbelto pasó fácilmente por el espacio dejado por la ventana abierta y en menos de diez segundos ya estaba respirando el aire fresco de la noche. Bajó la ventana despacio sin hacer ruido y puso una pequeña piedra en el borde para evitar que se cerrara y poder entrar otra vez por ahí. El parque del que hablaba el detective Aniceto Linares en su mensaje no quedaba muy lejos de ahí. Tenía la particularidad de estar repleto de árboles de grueso tronco y frondoso follaje. Era del tamaño de una cancha de fútbol y entre los árboles había mesas instaladas para reuniones familiares y días de camping. En la noche se convertía en un lugar solitario y tranquilo, sobre todo a partir de la medianoche, hora en la que estaba prohibido el ingreso de personas. Un vigilante recorría el lugar desde la medianoche hasta las seis de la mañana, asegurándose de que nadie entre. De cuando en cuando expulsaba a parejitas sedientas de amor, drogadictos incorregibles o mendigos que buscaban un lugar para dormir.

Al llegar, vio el auto del detective. Corrió hacia él, abrió la

puerta del copiloto y entró raudo para evitar que lo vieran. Vio que el detective Linares arrancó el auto y se estacionó a una cuadra de ahí, cerca de uno de los extremos del parque, el más desolado y oscuro rincón del lugar. Cuando el auto paró y el motor dejó de funcionar, sintió con sorpresa el abrazo fuerte del detective. Recién cuando el detective lo soltó, pudo remarcar que no estaban solos. Una muchacha de su edad estaba sentada en la parte trasera del auto.

—¡Leoncio! —exclamó efusivamente el detective Aniceto Linares —. ¡Estaba preocupado por ti! ¿Cómo has estado?

—Bien, detective —contestó Leoncio Manyari—. ¡Tengo tantas cosas que contarle!

—Bueno, pero antes, te presento a una nueva integrante de nuestro equipo. Leoncio, Laura; Laura, Leoncio.

Muchos años después de este encuentro, Leoncio recordaría la primera impresión que tuvo cuando vio a Laura por primera vez. Fue como si el universo entero se detuviera y él no, mientras sentía que la inercia lo hacía estrellarse y deshacerse en mil pedazos.

Recién cuando la muchacha se acercó hacia él pudo verla bien. Se sorprendió de ver a una muchacha tan bonita a esas horas de la noche y en compañía del detective Linares. La sonrisa que esbozaba la joven lo desarmó, dejándolo sin defensas y a su merced.

—Mucho gusto —masculló Leoncio casi tartamudeando.

—El gusto es mío —replicó Laura Estremadoyro—. El detective Linares me ha hablado mucho de ti.

—Laura es oficial de la división de Fraude Financiero —agregó el detective Aniceto Linares—. Nos está siendo de mucha ayuda.

Vio que la muchacha le seguía sonriendo, mientras mostraba sus dientes blancos y bien cuidados, como si estuviera presumiendo de ellos.

—¿Qué esperas, Leoncio? —habló el detective rompiendo el silencio que reinaba dentro de la cabina mal iluminada—. ¡Cuéntanos cómo va todo!

Quiso esconder sin éxito la turbación que le provocaba la joven policía, y empezó a relatar todo lo que le había acontecido desde que salió del auto del detective Linares, los personajes que había conocido

y como poco a poco se abría ante sus ojos el funcionamiento de la organización criminal. Vio al detective Linares que sonreía, mientras achinaba los ojos con un sentimiento de satisfacción y a Laura Estremadoyro devolverle la sonrisa, con un movimiento afirmativo de cabeza.

—Confirmas lo que descubrimos sentados frente a una computadora —señaló Laura Estremadoyro, y miró atentamente a Leoncio.

—Ya podemos llenar unos cuantos espacios vacíos más en el organigrama de la mafia —agregó Aniceto Linares con los ojos que le brillaban—. Te felicito Leoncio. Has logrado mucho más de lo que hicieron tus antecesores.

—He tenido suerte, detective —replicó Leoncio—. Varias cosas se juntaron.

—No seas humilde, Leoncio. Reconozco cuando un trabajo está bien hecho. Pero en algo tienes razón: el haber chocado directamente con ellos ha desencadenado varios acontecimientos.

—Aquí está todo lo que sé hasta el momento —dijo Leoncio y sacó unas cuantas hojas sueltas que se encontraban dobladas en uno de los bolsillos del pantalón—, nombres y direcciones. Pronto habrá una reunión de pesos pesados. Néstor es el nombre de uno de ellos.

—N.I. —deletreó Laura al recordar las iniciales escritas en los manifiestos de embarque—. Tal vez sea Néstor.

—Posiblemente —dijo el detective pensativo.

—¿Encontraron algo ustedes? —preguntó Leoncio.

—Documentos que vinculan al tal N.I. con la recepción y posterior distribución de la droga —respondió el detective Linares.

—¿Cómo te tratan? —preguntó intempestivamente Laura Estremadoyro y puso el brazo encima del de Leoncio, para luego quitarlo rápidamente, como si hubiera hecho algo indebido.

Miró al detective, quien le sonrió con una sonrisa sarcástica, como si presintiera lo que estaba pasando entre él y Laura, aun si nada se hubiera dicho o hecho.

—Al principio con mucha desconfianza —explicó Leoncio, y miró a través de la ventana en dirección al parque, donde las ramas de

los árboles se mecían chocando entre ellas—. Me tuvieron casi tres días en la guarida de Moncho. Creo que estuvieron haciendo averiguaciones sobre si mi historia cuadraba.

—¿No sospechan nada? —preguntó inquieto el detective.

—Hasta ahora, pero no confían en mí al cien por ciento.

—Ten cuidado con el tal Neo —pidió Laura preocupada—. Parece un tipo peligroso.

La miró. La luz artificial de la calle iluminaba la mitad de la cara de Laura, como si su rostro hubiera sido cortado con una guadaña mediante un golpe certero y preciso. El ojo que estaba en la oscuridad brillaba con luz propia, como si fuera una única estrella en el negro firmamento. Sintió ganas de abrazarla con toda la ternura de la que era capaz, sin importarle la presencia del detective, pero se contuvo a duras penas.

—Me acuerdo haberte visto en la escuela de oficiales un par de veces —recordó Leoncio—. ¿Estuviste una promoción anterior a la mía?

—Así es —contestó Laura—. Yo también recuerdo haberte visto.

—Excelente —intervino el detective Aniceto Linares mirando el reloj en su muñeca—. Ahora forman parte del mismo equipo, felicitaciones. Ahora bien, ese tal Moncho, ¿crees que lo puedas traer a nuestro lado?

—Nos entendemos bien, pero es prematuro pensar en eso.

—No tenemos mucho tiempo, Leoncio —enfatizó el detective Linares.

—¿Cómo está el ambiente en la policía? —preguntó Leoncio.

—El nuevo director de la policía está como loco tratando de dar con los responsables de la operación.

—¿Sabe que usted está involucrado?

—Me imagino que sí —contestó el detective—, pero por ahora se contenta con remover a jefes de división. El coronel Cornejo lo tiene controlado por el momento.

—Me gustaría poder hacer las cosas más rápido —reflexionó Leoncio—, pero temo que, si me precipito, podemos perder todo lo ganado hasta ahora.

—Opino lo mismo —dijo el detective.

—Yo igual —agregó Laura Estremadoyro.

—Creo que me tengo que ir —finalizó Leoncio—. No vaya a ser que me busquen y no me encuentren.

—Te traje un pequeño micrófono —dijo el detective y sacó del bolsillo de su saco un minúsculo dispositivo del tamaño de una uña—. Para tener evidencias que nos ayuden con el caso.

—Voy a tratar de usarlo detective —dijo Leoncio—, pero no le aseguro que lo utilice muy seguido. Me tengo que ir, hasta la próxima detective. Chau, Laura, gusto de conocerte.

—Cuídate, Leoncio —dijo Laura con un ligero temblor en la voz.

Corrió las escasas cuadras que separaban el parque de su edificio en pocos minutos. Encontró la ventana rectangular como la había dejado, se deslizó por la abertura y cayó encima de la misma lavadora que lo había ayudado a salir. Subió de dos en dos las escaleras que lo conducían a su departamento, abrió la puerta sin hacer mucho ruido, entró y se sentó en su cama con un suspiro de alivio. Miró por la ventana y el auto desconocido seguía allí. Se echó en la cama con la ropa puesta y el rostro de Laura Estremadoyro dándole vueltas por la cabeza. Recordó las veces que la había visto en la escuela de oficiales. Se le notaba mucho más joven, casi una niña, y por eso no le prestó mayor importancia. Desde esa vez había cambiado mucho. A pesar de la oscuridad, pudo ver una parte de su rostro y su cerebro intuyó el resto, dibujándolo, completando cada centímetro hasta lograr una imagen completa, donde cada ángulo, cada arista, cada rasgo, lo invitaban a tomarla entre sus manos sin más preámbulos. Su voz, pero sobre todo el aroma que despedía había tomado por asalto sus sentidos. Sacudió la cabeza tratando de olvidarla para concentrarse en la misión que tenía por delante. Recordó la expresión de satisfacción y orgullo del detective cuando le contó todo lo que había hecho. Debía seguir así. No tenía opción.

Domingo 20 de junio, mediodía

Se despertó sobresaltado al escuchar el sonido del teléfono. Se restregó los ojos que tardaban en abrir por las legañas pegajosas formadas durante la noche y tomó el aparato que no dejaba de sonar. Tenía los sentidos aún embotados por haberse acostado tarde debido al encuentro que tuvo con el detective Aniceto Linares y la bella Laura Estremadoyro. Sonrió luego de pensar en el adjetivo calificativo que había antepuesto al nombre de la joven policía. La pantalla del dispositivo electrónico indicaba un número desconocido que trataba de contactarlo de manera insistente. Contestó maldiciendo su mala suerte, dispuesto a encarar a aquel que se atrevía a interrumpir su sueño.

—¡Leoncio! —dijo una voz fuerte y áspera—. ¿Por qué no contestas, carajo?

—Señor Velezmoro —respondió Leoncio, calmándose, pues había reconocido la voz de Manito de Piedra—. Estaba durmiendo.

—No jodas, hombre —replicó Velezmoro enojado—. ¡Son las doce del día! ¿Te has tirado la mona?

—Don Mario —se excusó Leoncio—. Estaba muy cansado luego de los días que pasé junto a Moncho. Mil disculpas.

—Estoy con él delante de tu edificio —dijo Velezmoro, casi tropezando con sus palabras—. Te necesitamos aquí.

—Voy enseguida —asintió Leoncio, y escuchó que ya habían cortado la línea al otro lado.

Se levantó de la cama a duras penas y se dirigió al baño, abrió la llave del lavabo y metió la cabeza dentro, tratando de despejar su mente y despertarse de una buena vez. Estuvo así un par de minutos. Sintió que el chorro de agua fría le quitaba la pesadez que le presionaba el cráneo. Cerró el caño, tomó la toalla que colgaba en una barra empotrada en la pared y se secó la cara y los cabellos empapados, cuyas puntas dejaban caer gruesas gotas de agua. Se vistió con lo que encontró y salió disparado hacia la puerta principal. Frente a él vio a Moncho delante del volante de un auto que no era el

Plymouth Barracuda verde chillón sino uno que se parecía mucho al que se encontraba en la calle la noche anterior.

—¡Sube, Leoncito! —gritó Moncho, haciéndole señas de que se acercara al asiento del copiloto.

Rodeó el auto, percatándose que en el asiento trasero estaba Mario Velezmoro, más orejón y cachetón que nunca, mientras ostentaba como siempre la gruesa cadena de oro colgando del cuello.

—Disculpen la demora —dijo Leoncio, avergonzado.

—¡Arranca, Moncho! —ordenó Velezmoro, malhumorado.

El auto se puso en movimiento y se percató que Moncho estaba concentrado en la ruta, con las manos flacas y venosas tomando el volante como queriendo destrozarlo. Un silencio incómodo se instaló en la cabina. Solo se podía escuchar la respiración agitada de su jefe.

—Leoncio —habló por fin Velezmoro—. ¿Qué hiciste ayer en la noche?

La pregunta lo había agarrado desprevenido. Su cuerpo se tensó y un escalofrío le recorrió la médula espinal. Ya daba por hecho el haber sido descubierto y se preguntó cómo se habían enterado de que se había escapado del edificio si estaba segurísimo de que nadie lo había seguido. Inmóvil y mudo, esperó sentir el cañón del arma en la cabeza. Se preguntó cómo sería morir de esa manera, que le reventaran el cráneo de un balazo, sin previo aviso. ¿Sentiría algo? ¿El impacto del proyectil en el duro hueso? ¿Un fuerte golpe que lo tiraría contra el tablero del vehículo? ¿O no sentiría nada y solo vería un velo oscuro caer sobre sus ojos? ¿Vería la luz de la que tanto hablaban aquellos que habían muerto por unos instantes para luego regresar y contar la experiencia en el más allá?

—Sabemos que no saliste del edificio —continuó Velezmoro—. ¿Te quedaste despierto hasta muy tarde?

Las palabras de Velezmoro le produjeron una sensación de alivio que se asemejaba a la que alguna vez sintió cuando era joven. La misma que alguna vez experimentó cuando el policía que lo había detenido manejando un auto robado, en compañía de Richard, Tony y Puruchuco, solo le había dado una advertencia y lo había dejado partir. Remarcó que Moncho lo miraba de reojo, con cara de

extrañeza, arqueando un poco la ceja derecha. A lo único que atinó fue a emitir una sorda exhalación y sonreírle a Moncho, dándole a entender que no pasaba nada.

—Me quedé viendo la tele —mintió Leoncio—. Se quedó prendida toda la noche.

—Te voy a explicar una cosa —dijo Mario Velezmoro con un tono de voz serio y rauco—. Nuestra organización requiere a gente cien por ciento comprometida. Tus fines de semana de descanso, si alguna vez los tuviste, ya no existen. Tu tiempo me pertenece.

—¿Es por eso que me vigilaban ayer en la noche? —preguntó de sopetón Leoncio, y esperó la reacción del otro.

—Tienes apenas una semana con nosotros —dijo Velezmoro sarcásticamente—. ¿Qué esperabas? ¿Qué le abramos las puertas a un extraño así como así? Te hemos investigado a fondo antes de dejar que acompañes a Moncho. Hasta ahí todo bien. Ahora debemos asegurarnos de que tu comportamiento sea el que esperamos. Ha habido mucha gente indeseable que ha querido infiltrarse en nuestro grupo a lo largo de los años. Esos ahora están muertos.

Leoncio sintió que estaba en peligro. La manera cómo Velezmoro decía las cosas parecía la confirmación de que algo sabían. No sabía qué, pero tal vez no sería nada comprometedor sino ya estaría bien muerto en su asiento de copiloto, con la cabeza colgando como la mitad del tronco de un árbol luego del paso de un violento tornado.

—Supe que le hiciste frente a Carmelo —agregó Velezmoro.

—Solo me defendí.

—Carmelo está impresionado. Hasta ahora no lo puede creer.

—¿Por qué, si desconfía tanto de mí, me deja conocer sus operaciones?

—Porque todo está bien contigo. Solo queremos asegurarnos de que siga así.

—Jefe, ya llegamos —dijo Moncho, y estacionó el auto frente a un restaurante que tenía en el techo la figura de un robusto toro negro de pie, con la cabeza erguida, como desafiando a quienes osaban ingresar al recinto, el cual llevaba por nombre “Res y Carbón”

Bajaron los tres del auto y Moncho le dio las llaves a un

muchacho que trabajaba en el *valet parking*. Ni bien atravesaron las puertas de vidrio, se sorprendió al ver la decoración del interior. Si afuera el toro le daba un aspecto un poco estrafalario al local, por dentro, el exceso era evidente. El restaurante era un inmenso salón compuesto de una treintena de mesas, todas cubiertas de telas blancas, sin ningún pliegue en su superficie. Las paredes estaban cubiertas de cabezas de toros y vacas de variados colores y formas. Debajo de cada cabeza disecada había una pequeña leyenda que mostraba el tipo de ganado al cual pertenecía. El sitio era una verdadera oda a la res. Y es que el dichoso lugar se especializaba en servir todos los cortes que el ganado vacuno podía ofrecer.

—El señor Ísmodes los espera —dijo un servicial mozo que se presentó y los guio a una mesa al fondo, lejos de la ventana.

—Néstor —dijo Mario Velezmoro cuando llegaron—. ¿Esperaste mucho?

Leoncio vio al tipo sentado en la mesa. Era pequeño de talla y su rostro tenía un aspecto simiesco. Vestía un terno marrón. El saco lo seguía teniendo puesto, a pesar de que hacía un poco de calor en el ambiente. Observó que tenía delante de él un plato con un pedazo de carne un poco cruda a medio comer, una porción de puré de papas y una ensalada de legumbres de la estación. Mientras masticaba poderosamente el bocado que tenía en la boca, no se dignaba a mirarlos ni a responder a la pregunta hecha por Mario Velezmoro. Parecía ido, absorto en sus pensamientos. Al final tragó la bola de comida que tenía al interior de la boca, tomó un trago de la copa que contenía seguramente su vino preferido y alzó la cabeza.

—Ya era hora —dijo con una voz aguda, un tanto femenina—. Tomen asiento, por favor.

Hizo caso. Observó con detenimiento al singular personaje. Al fin conocía a un peso pesado de la mafia de Urviola. El tan mentado Néstor Ísmodes.

—Este es Leoncio —dijo Mario Velezmoro—. Nuestro nuevo amigo.

Sintió que el hombrecillo de traje lo observaba detenidamente. Inflaba las fosas nasales de la nariz chata y aplanada, como si lo

estuviera oliendo, como si fuera un animal que olfatea para decidir si ataca o se queda a la defensiva.

—Bienvenido —dijo Néstor Ísmodes—. ¿No se les apetece nada? Aquí el *Wagyu* es el rey.

—Mejor otro día —se adelantó Mario Velezmoro, sin dar explicaciones—. ¿Querías decirnos algo, Néstor?

Vio que el sujeto alzaba la copa y olía el interior, para luego tomar un trago y hacer juguetear el líquido dentro de su boca, como cuando alguien la enjuaga luego de cepillarse los dientes. No parecía muy apurado. Todos sus gestos parecían estudiados, planificados. Más parecía un robot de juguete que una persona.

—Tiburcio dice que el jefe está preocupado —expectoró Ísmodes —, por lo que encontraron en tu concesionario. Mario, eso nunca debió pasar. ¿Has averiguado algo?

—He estado haciendo averiguaciones, pero sin resultado alguno. Sigo investigando.

—Pobre Jimmy —dijo Néstor Ísmodes con nostalgia—. Cómo se nos fue. ¿Cómo está Teófilo?

—Se está recuperando —contestó Velezmoro.

—Ojalá estés a la altura de Jimmy —dijo Ísmodes mirándolo y señalándolo con el dedo—, porque se nos fue un grande.

Se preguntó si lo que presenciaba en estos momentos no sería solo una farsa. Daba la impresión de que se preocupaban de los miembros de la mafia como si fueran todos de una misma familia.

—Espero no defraudarlo, señor Ísmodes —replicó Leoncio, tratando de sonar convencido.

—Solo quería decirles que estamos en estado de emergencia —dijo Néstor Ísmodes y dejó una servilleta de tela blanca encima de la mesa, que había estado cubriendo sus rodillas—. El jefe quiere asegurarse de que lo que pasó no se repita. Van a haber cambios. Necesitamos más que nunca estar unidos ¿Entienden?

—Lo que tu digas, Néstor —dijo Mario Velezmoro, más servil que nunca.

—Pueden retirarse.

Todos se levantaron y se fueron, sin despedirse. Velezmoro fue el

primero en salir, al parecer un poco fastidiado. Llegaron al auto y entraron.

—Vámonos de una puta vez —ordenó con cara de pocos amigos —. Moncho, me dejas donde Rebeca.

Los diez minutos que duró el viaje hasta donde se encontraba la susodicha Rebeca fueron en total silencio. Vio por el espejo retrovisor que Mario Velezmoro tenía el ceño fruncido y acariciaba la cadena de oro con fuerza, como si la quisiera despintar, si eso fuera posible con una cadena de oro macizo.

—Déjame en la esquina —ordenó Velezmoro, para luego decir—. No se pierdan, muchachos.

Moncho arrancó. Vio que Velezmoro entraba a una casa de fachada vieja y descuidada. Al final se animó a preguntar.

—¿Quién es Rebeca?

—Una de sus queridas —contestó Moncho y encendió un cigarrillo—. Esta es, diría yo, la preferida entre todas.

—¿Me pareció —preguntó Leoncio—, o Mario estaba fastidiado en el restaurante?

—Fastidiado era poco —contestó Moncho—. Estaba de un humor de perros.

—¿Y a qué se debía?

—Pues que nuestro querido Manito de Piedra es vegetariano —aclaró Moncho divertido.

—Tiene sentido —agregó Leoncio riendo.

—La única carne que come es la de sus amantes —rio Moncho y entró a la autopista.

—El señor Ísmodes estaba preocupado.

—Delante de él puedes decirle “señor” —puntualizó Moncho—. Conmigo dile Monito.

—Pues de que se parece, se parece.

—Estamos en problemas —explicó Moncho. Salió de la autopista y enrumbó al departamento de Leoncio—. Hace mucho tiempo que no nos pasaba nada igual.

—¿Quién es Tiburcio?

—La mano derecha del gran jefe. Un hombre muy inteligente.

—¿Hay algo que yo pueda hacer?

—Por el momento nada —respondió Moncho—. Nuestros contactos en la policía están como locos tratando de averiguar quién autorizó la redada en el concesionario de Mario. Monito tiene razón: Jimmy era un buen soldado.

—Trataré de no defraudar.

—Lo estás haciendo bien —dijo Moncho y paró delante del edificio de Leoncio—. Solo hay que estar alertas.

Martes 22 de junio, siete de la noche

Salió de la casa con el pensamiento puesto en la cita de esa noche. A pesar de lo ocupado que estaba con el caso de Urviola, quería darse tiempo para él. Gabriela Yoshida había aparecido en su vida veinte años después de haberse conocido, situación que no quería desaprovechar. Pensaba que la vida le daba una nueva oportunidad de querer a alguien, de sentir lo que siente un adolescente con su primer amor. Mucho tiempo había pasado ya sin pareja. Su relación fallida con Noelia, su exesposa, lo había dejado tan desconfiado que nunca más quiso abrir su corazón a otra persona. Llenó su vida con su trabajo, con el cuidado de su madre y luego con su hijo, quien después de haber pasado con Noelia sus primeros dieciséis años, llegó un día para vivir con él. Gabriela no solo era una mujer por la cual había sentido una fuerte atracción, sino una persona en quien confiaba y que, si sus instintos no le fallaban, le correspondía.

A bordo de su auto las calles de la ciudad desfilaban ante sus ojos sin que reparase en sus formas y en la gente que la poblaba a esa hora de la noche. No prendió la radio en su estación favorita. No quería que ningún sonido, ningún estímulo, viniera a perturbar la paz y la calma que sentía. Era como si el solo hecho de ver una vez más a Gabriela fuera un remedio para olvidar sus miedos y su desasosiego. Respiraba tranquilo, viendo sin ver la luz artificial de los faroles que pintaban de colores el cielo negro y sin estrellas de la fea urbe.

Recordó que fue Gabriela la que lo llamó días atrás. Quería verlo. Lo extrañaba, le dijo. Con el teléfono en la mano, pudo sentir la voz temblorosa de ella, y respondió, con la sonrisa en los labios, aquella que surge cuando la piel se eriza y una oleada de deseo atraviesa el cuerpo. Yo también te extraño. Yo también quiero verte, le respondió. Esas palabras contenían, en su superficialidad, las ganas imperiosas de dos personas de tocarse, de abrazarse, de darse besos y beber juntos de la piel de cada uno, sintiendo que el tiempo se detiene, queriendo que la noche no se acabara, que durara para siempre.

Se estacionó frente al edificio de departamentos donde vivía

Gabriela. Apagó el contacto del auto y tomó la botella de vino que había comprado horas antes para acompañar la cena que ella iba a preparar esa noche. Salió del auto y se encaminó a la puerta principal. Al llegar buscó el nombre en el panel de botones al costado de la puerta y presionó. La voz de ella sonó clara y musical.

—¿Aniceto? ¿Eres tú?

—Sí, soy yo.

El zumbido de la puerta le indicó que estaba abierta. Cruzó el umbral y se encontró en un amplio vestíbulo bien iluminado, con varias lámparas empotradas en ambos lados. Dos grandes espejos completaban la decoración, lo que hacía que las luces se multiplicaran, bifurcándose en varios haces, creando una sensación de luminosidad intensa y heterogénea. El departamento estaba en el primer piso, así que entró por el pasillo y buscó el número indicado en el papel que llevaba en la mano. Lo encontró, se paró delante de la puerta y dio tres golpes ligeros, pero rápidos. La puerta se abrió y pudo ver la cara risueña de Gabriela.

—Pasa —dijo Gabriela—. Ponte cómodo. Me disculpas, pero tengo la cocina prendida.

—No hay problema —contestó el detective—. Traje un vino tinto, no sabía qué vino te gustaba.

Le dio la botella a Gabriela, quien, con paso apurado, entró a la cocina, que se encontraba en la habitación contigua. Se quitó el saco y lo puso en el espaldar de uno de los muebles de la sala. Observó con curiosidad la habitación. Era un departamento más grande que el suyo. Junto a la sala se encontraba el comedor, en cuyo centro había una cesta de mimbre con algunas frutas en su interior. Las paredes estaban decoradas con sobrios cuadros que representaban paisajes: una puesta del sol en el mar o una bucólica imagen de unas montañas con la nieve en las cúspides. El ambiente tenía el olor inconfundible de Gabriela. Cerró los ojos y aspiró fuerte, con el fin de encapsularlo dentro de su cuerpo y atesorarlo en un rincón privado de su cerebro, para usarlo luego, cuando ella no estuviera a su lado. Abrió los ojos y notó que la limpieza y el orden reinante contrastaban con el estado de su departamento, al que solo dedicaba el tiempo mínimo y necesario

para que no cayera en ruinas. La voz de Gabriela lo sacó de su letargo.

—Aniceto, ¿me ayudas, por favor?

—Voy.

Entró a la cocina y el olor a comida recién hecha le llegó a la nariz.

—¿Puedes echar los fideos en el escurridor que está en el lavadero? No quiero que se me queme la salsa.

—Desde luego. A propósito, huele delicioso.

—Son solamente unos fideos en salsa roja con carne apanada, nada del otro mundo.

—Bueno, listo —dijo el detective y dejó el escurridor al costado del lavadero—. ¿Necesitas que te ayude con algo más?

Volteó y sintió con sorpresa la boca húmeda de Gabriela junto a la suya y su lengua que entró sin permiso, reclamando como suyo un territorio desconocido e inexplorado. Sus manos rodearon su talle. Bajó sin pudor hasta las nalgas, mientras escuchaba que gemía con pasión. Se separaron y observó el rostro de Gabriela, sus ojos que lo miraban con un deseo incontrolable. Sintió que lo tomaba de la mano y lo llevaba fuera de la cocina.

—¿No tienes nada en el fuego? —preguntó.

—Ya apagué todo.

Se dejó guiar mansamente por el corto pasillo hasta el interior de una habitación. No miró la habitación. Solo tenía ojos para ella. La tomó suavemente del cuello y la atrajo hacia él, besándola apasionadamente, sintiendo el sabor de su boca. Su lengua chocaba violentamente con la de ella, mientras raspaba el paladar y los dientes níveos y perfectos. Buscó desnudarla. Ella ya había conseguido quitarle el cinturón, desabotonarle el pantalón y bajarle el cierre. Logró sacarle la blusa y desenganchar el brasier. Dos pechos perfectos se le mostraron, redondos. Hundió su boca en ambos, lamiéndolos y besándolos, probándolos como si fueran dos frutas prohibidas, regalo de los dioses para un simple mortal. Gabriela le arañaba suavemente la espalda, mientras le mordía el cuello y las orejas, haciéndolo gemir de placer. Una vez desnudos, ella se arrodilló y tomó su miembro duro y se lo metió a la boca una y otra vez, mientras pasaba la lengua desde

la base hasta la punta, introduciéndolo luego hasta las profundidades de su boca, que se había convertido en una caverna de placeres insospechados. No aguantó más. La hizo levantarse, la cargó y la llevó a la cama, echándose encima de ella, besándole todo el cuerpo. Su boca bebió una vez más de la suya. Bajó por los pechos, cuyos pezones estaban tiesos y duros por la excitación, hasta la entrepierna, donde gozó con el sabor de la vagina, empapada con los jugos que secretaba y que la preparaban al goce máximo. Gabriela daba gritos de placer, gritos que lo ponían en un grado de excitación que lo podían hacer eyacular en cualquier momento. Paró de pasar la lengua por la vulva y empezó a besar y a acariciar las piernas torneadas y sin vello de la mujer. Esta no aguantó más, se echó encima de él, tomó con autoridad el miembro erguido, se lo introdujo suavemente bajo su atónita mirada y comenzó a cabalgar con frenesí. Los pechos bailaban encima de su rostro, golpeándolo en su alocado baile. Las manos estaban ocupadas en las nalgas de ella, apretando y dando palmadas, lo que hizo que Gabriela pierda los papeles y tuviera su primer orgasmo. En su caso, no había terminado, así que la puso de espaldas contra él y la penetró, jalándole el pelo con un poco de fuerza, mientras sentía que su bajo vientre explotaba. Gimió acompasadamente mientras su pene expulsaba el semen caliente dentro del cuerpo de ella.

Se quedaron unos minutos en silencio. La abrazó y ella, de espaldas, se pegó a su cuerpo, buscando la tibieza de su pecho, el calor que emitía y que al parecer la hacía sentirse protegida. Al final, se echó de espaldas en la cama y ella apoyó la cabeza en su pecho, mientras escuchaba los latidos desbocados de su corazón, y jugaba con los pocos pelos que sobresalían allí, como si fueran el incipiente pasto que crecía en un terreno agreste y arenoso.

—¿No te hice daño? —preguntó Aniceto un poco inquieto.

—A la hora que preguntas —rio Gabriela—. No. Si me hubieras hecho daño, te lo habría dicho.

—Soñaba con este momento —señaló Aniceto, mientras acariciaba el brazo de la mujer.

—Yo más —replicó Gabriela acurrucándose más en el pecho de Aniceto, como si quisiera entrar, buscando quedarse ahí para siempre

—. No me ha decepcionado, detective Linares.

—A decir verdad, dudaba un poco de mis habilidades amatorias.

—¿Cómo así? ¿Luego de Noelia, no has tenido pareja?

—No —contestó Aniceto—. El trabajo me absorbió completamente. ¿Y tú? ¿Tuviste muchos?

—No te pases —respondió Gabriela riendo—. Tuve unos cuantos, con uno casi me caso.

—¿Y qué pasó?

—Un día antes de la boda cambié de idea. Fue todo un escándalo.

—¿Por qué cambiaste de idea?

—Fue hace tres años. ¿No te dice nada eso?

—La verdad, no.

—Hace tres años casi mueres. Todos estábamos pendientes de tu recuperación.

—¿Y eso qué tiene que ver con el no haberte casado?

—Me puse a pensar nuevamente en ti. Pensé que ya lo había superado después de todos esos años. No pude casarme pensando en ti como lo estaba haciendo.

Se quedó mudo de sorpresa. Esa era una revelación que no se la esperaba. La besó con ternura, mientras Gabriela le correspondía, llorando.

—¿Por qué lloras?

—Porque te amo. Te amo y no sé si tú me amas también.

—Te amo también. Siempre te amé. Siempre.

Se fundieron en un nuevo abrazo. La besó desesperadamente, como si aquellos besos fueran los últimos que se dieran, como si no hubiera un futuro para ellos, como si fueran dos moribundos tratando de robar un poco más de tiempo a la vida que se les escapaba.

—¿Por qué no me buscaste después de terminar con Noelia? —preguntó Gabriela enjugándose las lágrimas y limpiándose el moco que llenaba su nariz.

—No lo sé —respondió Aniceto—. Lo de Noelia me dolió mucho. No quería que me volviera a pasar algo así. Creo que fue por eso. Para evitar sufrir una nueva decepción.

—Cuando supe que estabas grave en el hospital, quise buscarte, estar a tu lado. Me desesperé como si fueras algo mío. Cuando dijeron que estabas fuera de peligro, sentí un alivio que nunca había sentido. Fue extraño.

—Quién diría que nos encontraríamos nuevamente —dijo Aniceto y acarició los cabellos negros de Gabriela.

—Yo había perdido la esperanza de volver a vernos.

—Tú tampoco me buscaste —señaló Aniceto.

—Tengo una teoría. A veces pienso que las cosas no se deben forzar, que deben fluir, que el universo debe poner las cosas en su lugar. Míranos ahora. Ninguno de los dos forzó algo.

—Extraña teoría —dijo Aniceto—, pero en cierto sentido no dejas de tener razón. Tal vez si te hubiera buscado, las cosas no hubieran resultado como hasta ahora.

—¿Cómo va el caso en el que andas? —cambió de tema Gabriela, y acarició el abultado vientre del detective.

—Es uno muy complicado. Creo que me he metido en un saco de once varas.

—¿Alguien te ayuda? ¿O sigues trabajando como un lobo solitario?

—Ja, ja, ja, ja —rio con fuerza Aniceto—. Que bien me conoces. No, estoy trabajando con dos muchachos que pudieran ser mis hijos.

—¿Y qué tal te va?

—Es difícil. Son muy buenos agentes, pero estamos en diferentes frecuencias. Es complicado poder adaptarte a los gustos y disgustos de una nueva generación.

—¿Y tu hijo cómo está?

—Bien. Es un muchacho muy inteligente, muy seguro de sí mismo. Ha sido bien criado por su madre.

—Y por ti también.

—Bueno, lo supe encaminar cuando estaba en su etapa de adolescente rebelde.

—¿Por qué no dejamos de hablar y nos dedicamos a lo nuestro? — dijo Gabriela y lo miró con deseo.

—¿Y la comida no se va a enfriar?

—La comida puede esperar, mi amor —dijo Gabriela y lo besó apasionadamente.

Jueves 24 de junio, tres de la tarde

El auto iba raudo por la autopista. Las líneas discontinuas que delimitaban los carriles se sucedían una tras otra, devoradas por la velocidad del coche, mientras formaban una línea continua sin fin. A esa hora de la tarde, el denso tráfico recién empezaba y las filas de autos no eran muy numerosas. Hacía media hora que había recibido la llamada del coronel Sebastián Cornejo donde le informaba de la muerte de Horacio Gómez. El mensaje del coronel había sido escueto: tienes que ir a cerciorarte de que es nuestro hombre y sales rápido de allí. Recordó la conversación que tuvo con el hombre del bigote espeso y túnica floreada hacía diez días. Le había dicho que se mudara, que se fuera de allí, que su vida corría peligro. No hizo caso. Dio como excusa el estar muerto dos veces. Pues ahora ya lo estaba.

Salió de la autopista por una salida que desembocaba en una intersección de tres calles, donde el tráfico se hacía lento y pesado. Sin miramientos se subió a la vereda, pasó por en medio de una estación de servicio y pudo lograr librarse del atoro. A lo lejos vio los patrulleros estacionados con las sirenas prendidas. Un par de policías en uniforme cuidaba de que los curiosos no cruzasen la cinta amarilla que impedía el pase al departamento de Horacio Gómez y los negocios aledaños. Se estacionó cerca para no llamar la atención y se dirigió con paso resuelto hacia uno de los agentes. Se abrió paso entre la muchedumbre que trataba de estar en primera fila cuando sacaran el cadáver y enseñó su placa. El oficial se quitó los lentes oscuros, acercó el rostro hacia la placa que le tendía el detective y luego alzó la cabeza, escudriñando sus facciones. Inmutable y glacial, el policía alzó la cinta y lo dejó pasar. Se acercó a la puerta que conducía al departamento del examante de Urviola y la observó detenidamente. No había señas de que hubiera sido forzada. Subió los escalones de la larga escalera y reconoció la habitación donde había estado hacía unos días, esta vez iluminada por la claridad natural que entraba por la ventana.

La sala mostraba señales de que había habido una fuerte pelea. Los muebles se encontraban patas arriba y el cuadro del hombre

desnudo yacía tirado en el suelo, con la tela rasgada, cortando en dos la imagen del inmenso falo colgante, como si el tajo hubiera sido hecho premeditadamente. Paseó la vista entre los objetos fuera de su sitio y lo vio. Estaba tirado en el suelo, con la cabeza destrozada. Se acercó y sintió pena. Para terminar de esa manera, al parecer, Cosmo había hecho algo que no le gustó a su atacante. El pelaje del grueso gato estaba erizado, como si hubiera reaccionado con rabia ante algo que había presenciado. Vio que salían un par de agentes de la habitación contigua y fue para allá.

El cuerpo de Horacio Gómez estaba echado de espaldas encima de la cama. Los ojos abiertos miraban al techo, sin vida, fijos en el vacío. Se dijo que, si con el pobre animal que yacía en la sala se habían ensañado, con el pobre hombre habían hecho algo peor y más. El vientre estaba abierto como si perteneciera a un cadáver luego de una autopsia. Las tripas, que lucían desparramadas por el suelo y la cama, teñían de rojo las sábanas blancas y la alfombra. Mezclados con la sangre y las entrañas expuestas, pudo ver pedazos de excrementos de diversas formas y tamaños. Al parecer, lo habían torturado, a tal punto que el hombre vació sus esfínteres durante su larga agonía.

—Horrible muerte, ¿no cree?

Volteó y pudo ver que quien le hablaba era un agente vestido de uniforme con una cámara fotográfica en las manos.

—Espeluznante —asintió el detective, y frunció el ceño, pues quería pasar lo más desapercibido posible en el lugar.

—¿Lo ha enviado el director Brezani?

Al escuchar el nombre, no pudo evitar dar un respingo. Pensó en irse sin contestar, pero decidió quedarse para no dar sospechas sobre las verdaderas razones de su presencia.

—No —dijo, mientras buscaba en su cabeza una buena historia que contar—. Estaba cerca y escuché por radio que necesitaban apoyo. ¿Por qué lo dice?

—Me dijeron que el director estaba preocupado por este caso, pensé que usted estaba a cargo.

—La verdad, no. Me tengo que ir. Buena suerte.

Salió de la habitación sin esperar la respuesta del agente. Se dijo

que si Brezani estaba tan interesado en la muerte de Horacio Gómez, tal vez llegaría en cualquier momento. Se dirigió a su auto y partió raudo sin rumbo conocido. En ese momento, el teléfono celular vibró en el bolsillo de su chaqueta. Llegó a una luz roja y aprovechó para leer el mensaje. Para su sorpresa, era Leoncio. Quería verlo cuanto antes. Lo esperaba en el almacén que fungía de cuartel general del caso. De inmediato cambió de rumbo y se dirigió para allá. Mientras manejaba, su mente se hacía preguntas de todo tipo. ¿Por qué Leoncio estaba ahora en el cuartel general? ¿Estaría en problemas? ¿Lo habrían descubierto? ¿Estaría huyendo? No hizo caso al claxon de un auto que le reclamaba a la distancia que se había pasado una luz roja. Al final llegó a su destino. El corazón le latía a mil por hora, como si presintiera que algo malo había sucedido. Tenía el mismo sentimiento que se apoderó de él luego de recibir la llamada del hospital comunicándole que su madre estaba en urgencias, antes de su fallecimiento. Llegó al cuartel general, salió del auto, y corrió sin importarle los charcos de agua barrosa que se habían formado debido a una lluvia persistente que había caído la noche anterior. A lo lejos vio a Leoncio, parado al costado de la puerta principal, esperándolo rodeado de una pálida semioscuridad que ocultaba, en parte, su delgada silueta.

Se acercó y vio, con alivio, que este le sonreía, al tiempo que ensanchaba las fosas nasales. Abrió la puerta que tenía doble llave, lo hizo entrar, se dirigió al gran salón y prendió el interruptor que hacía funcionar los largos fluorescentes que pendían del techo. Volteó a mirar a Leoncio, quien no tenía mal semblante.

—Me asustaste, Leoncio —dijo el detective preocupado, mirándolo fijamente—. ¿Para qué quieres verme?

—Conocí a su tal N.I. Se llama Néstor Ísmodes.

—¿Sabes quién es?

—Es el jefe de Mario Velezmoro.

—Excelente. ¿Algo más?

—En unos días se va a reunir con otro jefe, un tal Noelio.

Observó a Leoncio. Lo notaba inquieto. No solo por estar con él a una hora inusual, arriesgándose a verlo sin previo aviso. Dedujo que

lo que le había dicho no era todo lo que quería decirle.

—¿No crees —señaló el detective Aniceto Linares y rodeó la gran mesa de madera—, que todo lo que me has dicho, pudiste decírmelo en nuestro próximo encuentro?

Tenía razón. Leoncio había bajado los ojos y jugueteaba con un lapicero que estaba encima de la mesa, haciéndolo girar alrededor de su eje. Esperó con curiosidad la respuesta que tardaba en llegar.

—No hay manera de engañarlo —respondió al fin Leoncio—. ¿No es verdad?

—No hay que ser muy inteligente para darse cuenta de que te preocupa algo. ¿De qué se trata?

—Se trata de Laura —dijo Leoncio sentándose. Puso ambas manos encima de la mesa, apretándolas entre sí, como si quisiera exprimir la mitad de un limón entre ellas.

—¿Qué hay con ella?

—¿No me dijo usted que solo íbamos a ser los dos en este caso?

—¿No me digas que estás celoso?

—¿Celoso? No, para nada.

—¿Y entonces? No entiendo a qué quieres llegar —dijo el detective Linares, y miró a Leoncio de la misma manera que miraba a su hijo durante una de las tantas conversaciones que tenían sobre la vida.

—Ella me ha impresionado mucho —dijo Leoncio, para luego callar un momento, como buscando las palabras adecuadas que deberían pasar a formar parte de su frase—. Tanto que no puedo dejar de pensar en ella.

—¡Pero si solo la has visto una sola vez!

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¡Y solo por media hora!

—Cuarenta y cuatro minutos.

—Se nota que estabas atento el sábado —dijo divertido el detective.

—¿Usted cree en el amor a primera vista?

Caviló unos instantes. Se dijo que la palabra “amor” era muy fuerte para ser pronunciada a la ligera. De pronto sintió una sensación

de *déjà vu*. Se vio a sí mismo, delante de su hijo, que le hacía la misma pregunta, explicándole a su vez que lo que sentía no era amor a primera vista, solo era deseo sexual, provocado por las hormonas enloquecidas que corrían por su torrente sanguíneo, debido a la pubertad que estaba atravesando. Vio en Leoncio, el vivo retrato de su hijo, un joven imberbe, confundido por los sentimientos encontrados que no lo dejaban dormir, ni estudiar, ni concentrarse; o en el caso de Leoncio, no tomar las debidas precauciones para evitar ser descubierto.

—Leoncio —amonestó el detective—. Ha sido una imprudencia de tu parte el haber venido aquí solo por tus sentimientos hacia alguien.

—Lo lamento, detective —replicó Leoncio—, pero necesitaba hablarle de esto. No logro enfocarme en el caso. Necesito que me aconseje.

Rio para sus adentros. Se preguntó quién era él para aconsejar a un chiquillo sobre el amor y sus problemas. Es cierto que había aconsejado a su hijo con cierto éxito, pero eso no lo hacía un experto en la materia. Con una sola relación seria en su haber con la madre de su hijo, y el proyecto de relación que se suponía tendría con Gabriela, era el tipo con menos experiencia en el campo de las relaciones de pareja. Decidió, no obstante, tratar de ayudar al joven detective.

—Que te puedo decir —dijo el detective—. Me pareció que Laura también se sorprendió con tu presencia, de la mejor manera, claro.

—¿En serio, detective? —dijo Leoncio, y abrió los ojos de manera exagerada.

—Eso me pareció —replicó el detective, y trató de no crear falsas expectativas—. No digo que eso fue lo que sucedió. No me parece descabellado que se gusten.

—Me siento mal cuando pienso en ella.

—En ese caso, mi consejo es que le hables la próxima vez que nos reunamos. Les daré tiempo para que se conozcan.

—¿Puede hablar con Laura? ¿Preguntarle qué piensa de mí?

—¡Total! —exclamó el detective molesto—. ¿Ahora soy una especie de casamentero?

—¿Lo puede hacer por mí? Le juro que es la última vez que lo contacto para hablar sobre este tema.

—¡Eso me pasa por trabajar con chicos que todavía no saben limpiarse los mocos!

—Es linda, ¿no es cierto? —dijo Leoncio, como pensando en voz alta—, su cabello, su rostro…

—Leoncio —dijo el detective, y golpeó la mesa—. Estoy todavía por aquí.

—Disculpe, detective.

—Voy a hablar con ella, pero ahora tienes que irte. Te llevo.

Salieron del cuartel general, entraron al auto y dejó a Leoncio a unas cuadras de su departamento. Lo vio que corría, medio agachado, perdiéndose por las calles estrechas y oscuras. Mientras manejaba hacia su casa, no podía creer que Leoncio hubiera arriesgado la misión por algo tan simple y banal. Se dijo que el corazón no entiende de razones y hace que uno cometa locuras y errores. Encendió un cigarrillo y abrió la ventana. El viento nocturno chocó con su rostro. En ese momento se le vino a la mente el rostro de Gabriela, su cuerpo bien trabajado, a pesar de que evidenciaba los años que tenía. Sintió que el viento del exterior traía el perfume de los cabellos de Gabriela. Hacía tiempo que no se sentía tan feliz. Vislumbró lo que podría ser su vida junto a una mujer como ella. Dio una pitada y vio fascinado un futuro lleno de cariño y comprensión. Su cama ya no estaría más vacía. Ya no hablaría más con el espejo. No pudo evitar sonreír al estacionar el auto frente a su casa.

Salió del auto. Se apoyó en el chasis y sacó otro cigarrillo. No quería entrar todavía. No quiso engañarse. Se dijo que Leoncio y él sentían exactamente lo mismo. Uno, sintiendo tal vez por vez primera lo que era el amor verdadero, y el otro, con la certeza de que lo había encontrado. Dos hombres de diferentes generaciones, sintiendo y amando como todos, diferentes en cuanto a su experiencia de vida, pero iguales ante el más peligroso y a la vez más inofensivo de los seres que habitan este mundo: la mujer. Tiró el cigarrillo a medio consumir, subió las escaleras y entró al departamento que estaba en penumbras. Cerró la puerta con suavidad y prendió la luz.

—¡Mierda! —gritó sobresaltado al remarcar a su hijo sentado en uno de los muebles de la sala—. Damián, ¿qué haces sentado en medio de la oscuridad? ¿Te pasa algo?

—Papá —dijo Damián al borde del llanto—. Rompí con mi enamorada.

—*Déjà vu, encore* —dijo el detective, para luego pensar que le esperaba una noche muy larga. Demasiado larga para su gusto.

Lunes 28 de junio, diez de la mañana

Era una mañana tranquilla y el sol caía fuerte sobre las ventanas del alto edificio del diario. Hacía tiempo que no pasaba por ahí, aun incluso cuando su padre estaba vivo. Había dejado de acompañarlo cuando creció, ocupado más en sus amigos y en los quehaceres propios de un adolescente inquieto. Mientras se dirigía a la entrada, no pudo evitar recordar cuando su padre lo traía de niño, para enseñarle dónde trabajaba y pasar un rato con él. Recordó al amigo de su padre: Sofocleto Peralta, muerto hacía ya tres años, quien siempre lo recibía con un beso en la boca, hasta que habló con su padre para que el obeso periodista dejara de hacerlo. Sonrió cuando vio que la panadería, donde su padre lo llevaba después de visitar el diario, seguía aún en el primer piso del alto edificio. Pudo ver con nostalgia, a lo lejos, que las grandes máquinas para hacer café seguían funcionando, como si el tiempo se hubiera detenido dentro del viejo local. Quiso entrar, pero miró la hora en su reloj y vio que llevaba unos minutos de retraso. Aceleró el paso y entró al edificio. Se dirigió a la recepción y pidió ver al periodista Nicanor Egúsquiza. El guardia particular le pidió que se siente mientras tomaba el teléfono para avisar de su presencia.

Se sentó en una silla que estaba apoyada en la pared, junto con otras, que tal vez por la hora, seguían vacías. Miró el gran vestíbulo y vio que no había cambiado nada desde que era niño. Contempló extasiado el piso de mármol lustrado y el techo de vidrios de colores que formaban haces de luz multicolores. Se sintió un poco culpable de no haber venido más seguido cuando su padre aún estaba vivo. Sintió lo que todo el mundo siente cuando se da cuenta de algo que pudo hacer y que ya es muy tarde para remediarlo. Se dijo que la muerte intempestiva de su padre, hacía ya veinte años, había dejado una herida que no sanaba, que se abría de vez en cuando, supurando remordimientos y lamentos; pero que también le permitía pensar en él y no olvidarlo ni en los más mínimos detalles que habían quedado impresos en su mente y su corazón. Concluyó que valía la pena tener esa herida abierta, doliera lo que doliera.

—Señor Linares —dijo el agente de la recepción—. El señor Egúsquiza lo espera. Tome el ascensor y vaya al cuarto piso.

Dio las gracias, se incorporó y caminó con paso ligero hacia el ascensor. Al llegar, las puertas se abrieron y pudo entrar. Presionó el número cuatro y esperó. Recordó que de niño había una persona que trabajaba como ascensorista, sentado encima de un taburete, arrimado en un rincón del estrecho espacio. Este era el encargado de presionar los botones a pedido de la gente que entraba al ascensor. Una especie de chofer que te conducía de arriba hacia abajo del edificio, con el aire monótono, casi desganado, hacia el destino deseado. El oficio de ascensorista había desaparecido, como tantos otros, desplazados por las máquinas y su nueva tecnología. De niño, nunca se había cuestionado sobre la persona que manejaba el ascensor, para él siempre fue parte de este, una pieza más del engranaje que hacía que el aparato funcionara a la perfección. Sonrió, salió del ascensor y se encontró cara a cara con el periodista Nicanor Egúsquiza.

—Detective Linares —exclamó el periodista—. Cuánto gusto, soy Nicanor Egúsquiza.

—El gusto es mío —replicó el detective—. Se le ve mucho mejor desde la última vez que nos vimos.

—Gracias a usted, detective —dijo sonriendo el periodista—, pero, por favor, acompáñeme.

Lo siguió por el dédalo de escritorios y computadoras que se encontraban desparramados en la sala de redacción. Remarcó que en el lugar donde se encontraban el escritorio de su padre y el de Sofocleto Peralta, era ahora ocupado por una máquina de café instantáneo, en el medio de la sala. Los escritorios se encontraban mucho más espaciados. El amplio ambiente ya no estaba tan atiborrado como en sus recuerdos de infancia. Sin embargo, el ruido, las conversaciones en voz alta y la efervescencia propia de una sala de redacción de un diario importante, no habían desaparecido. Entraron a una pequeña sala de reuniones, rodeada de paredes de vidrio. El periodista lo invitó a sentarse.

—¿Desea algo para tomar? —preguntó.

—No, nada, gracias.

—Bueno —se sentó el periodista, mirándolo fijamente—. ¿En qué lo puedo ayudar?

Miró al periodista. Seguía portando los lentecillos redondos que le daban ese aire altanero, de sabelotodo.

—¿Estuvo mucho tiempo en el hospital? —preguntó curioso el detective.

—Salí a los pocos días —contestó el periodista, para luego tomarse el hombro—. Estoy mejor, aunque todavía duele un poco. Más bien, iba a ir uno de estos días a verlo, para agradecerle, pero recibí su llamada.

—No quería molestarlo yo tampoco, pero necesitaba hablar con usted sobre lo que sabe del presidente Urviola —mientras hablaba, remarcó la foto de su padre en una de las paredes de la sala de reuniones—. No sabía que tenían una foto de mi padre aquí.

—Fue uno de los mejores reporteros policiales que tuvo este diario —señaló Nicanor Egúsquiza—. Muy respetado por todos.

Observó la foto con orgullo, como si recién se enterara de que su padre había sido un hombre muy importante en lo que hacía. Salía sonriente, con el cabello largo y una pose de estudio fotográfico.

—Me preguntó sobre Urviola —continuó el reportero—. ¿Qué es lo que quiere saber?

—¿De verdad cree que sea un presidente corrupto? Como lo sugieren sus columnas en el diario.

—¿La policía lo está investigando? —preguntó el reportero moviéndose inquieto en su silla—. ¿Es por esa razón que usted está aquí?

Lo miró calculando lo que iba a decir. Una palabra mal dicha o que fuera mal interpretada podía echar abajo la investigación. Se preguntó qué tanto podía confiar en el reportero de lentes redondos que apenas le cubrían los ojos, un poco rojos al parecer por la falta de sueño y el exceso de trabajo.

—No —mintió el detective—. Solo estamos atando cabos. Últimamente, sus ataques al presidente han sido, por decir lo menos, muy virulentos, casi rozando lo legalmente permitido. Me preguntaba si su secuestro no estaba relacionado con sus ácidos comentarios hacia

él.

Estudió la cara del periodista. De cuando en cuando torcía la boca, lo que confirmaba que la herida en su hombro no había sanado del todo bien. Pensó que estaba ante el hombre más valiente, o el más estúpido del planeta.

—La relación es evidente —dijo Nicanor Egúsquiza, apoyándose contra la silla, cuyo espaldar se echó para atrás—. Urviola está metido hasta el cuello en mi secuestro.

—He leído sus columnas —agregó Aniceto Linares—. ¿No teme que el presidente lo enjuicie por difamación?

—Si ha leído mis columnas —retrucó el periodista—, se habrá enterado que Urviola tiene tres negocios ilegales: la droga, las apuestas y el contrabando.

—¿Y dónde están las pruebas?

—Yo solo me hago preguntas, preguntas que siempre se quedan sin responder por parte del presidente.

—O sea que el presidente lidera una mafia, según usted —atacó el detective, mientras buscaba confirmar lo que ya sabía, pero que tal confirmación saliera de la boca del reportero.

—Según mis fuentes —señaló el periodista—, pero no lo puedo publicar porque no tengo pruebas fehacientes.

—¿Me puede dar nombres?

—¿Qué es lo que quiere en verdad, detective?

Se quedó callado, y pensó si responder con la verdad o continuar el juego del gato y el ratón. Pensó que el reportero sería una buena fuente de información, pero el riesgo era muy grande. Incluir a alguien más al equipo no estaba dentro de lo previsto, menos si este era un periodista, que, a pesar de sus buenas intenciones, podía echar todo a perder con su vehemencia por encontrar la noticia.

—Indicios, datos —dijo con cautela el detective—. Algo que me pueda a ayudar a atrapar al que mandó a que lo secuestren. Si usted dice que fue Urviola, pues eso haría tambalear su presidencia.

Vio que el reportero dudaba. Su rostro denotaba que estaba enfrascado en una lucha interna de proporciones épicas. Por momentos parecía que iba a decir algo, pero en otros, desistía en abrir

la boca.

—Entiéndame, detective —dijo al fin Nicanor Egúsquiza—. ¿Cómo puedo confiar en usted? ¿Cómo sé si usted no trabaja para Urviola? ¿Cómo sé si usted no ha venido a tenderme una trampa?

—Se lo dejo a su instinto de reportero —contestó Aniceto Linares —. Lo único que le puedo decir es que el alto mando de la policía no sabe que estoy aquí, y le puedo asegurar que para nada les gustaría si se enteran de lo que estamos conversando.

La atmósfera se había enrarecido en la habitación de vidrios transparentes. Se diría que la energía que despedían los dos hombres era suficiente para encender un fósforo depositado encima de la mesa.

—La mafia de Urviola es poderosa —habló el periodista—. Tiene infiltrados en la policía, el sistema judicial y una parte de la prensa. Yo soy una piedra en el zapato.

—¿Y qué le parece si le digo que hay una investigación en curso al respecto? —dijo el detective, decidido a arriesgar el todo por el todo.

—¿Me lo puede asegurar? ¿Usted es parte de ella?

—Antes que nada, necesitamos de su discreción. Nada de lo que le he dicho puede salir de esta habitación. Nada.

—De eso puede estar seguro.

—¿Tiene algo más que decirme?

—La mafia de Urviola tiene varios tentáculos en los negocios que le expliqué hace un rato. No conozco los nombres de los mandos medios, pero conozco el nombre de la mano derecha de Urviola.

—¿Cómo se llama?

—Tiburcio Otárola, alias Cara de Bebe.

—Nunca lo oí nombrar.

—Es un tipo muy misterioso. Con decirle que no hay fotos de él. Lo que le puedo decir es que es el poder de Urviola en las sombras. Él se encarga del trabajo sucio.

—Voy a investigarlo.

—¿Me puede dar algo que publicar? —preguntó el periodista, pues quería sacar alguna ganancia de la conversación.

—No puede publicar nada. Nos pondría en evidencia.

—¿O sea que no hay nada para mí?

—Le iré dando algunas cosas, para desestabilizar a Urviola, pero sin arriesgarnos a ser descubiertos.

—Espero que sea rápido —dijo el periodista, y mostró por primera vez un poco de miedo en su rostro—. El gobierno ya intervino una vez el periódico, y lo hará de nuevo si siente que está en peligro.

—Estamos en contacto, entonces —dijo el detective, y alargó la mano. Sintió un apretón débil, de una mano mojada por el sudor. Se preguntó si el reportero había perdido súbitamente la valentía mostrada minutos atrás.

—Suerte, detective.

—A propósito, no veo la fotografía de Sofocleto Peralta, ¿está en otro ambiente?

—Esa foto —dijo el reportero mientras sonreía, convirtiéndose nuevamente en el Nicanor Egúsquiza de la televisión, el enemigo acérrimo de Urviola—, está colgada en uno de los salones de "El Barquito", a pedido expreso de él, en su testamento.

Dio una sonora carcajada. Se dijo que el viejo reportero, mentor de su padre, seguía siendo él mismo, aún después de muerto. Salió de la sala de reuniones, atravesó la bulliciosa redacción, sin mirar a su alrededor, y se dirigió al ascensor. Una vez fuera del edificio, sacó un cigarrillo y sin prenderlo, lo tuvo entre sus dedos, jugueteando con él. Las preguntas en su cabeza se sucedían sin parar ¿Habría hecho bien al confiar en el reportero? ¿Tendría este la paciencia requerida para no ceder ante la tentación de publicar algo que comprometiera la investigación? No sabía por qué, pero tenía la convicción de que había hecho bien en confiar en el periodista.

Miércoles 30 de junio, once de la noche

Adolfo Brezani seguía sentado en la silla de cuero, pensativo. La oficina estaba en penumbras, solo iluminada por las luces de la calle que entraban por el amplio ventanal, y que proyectaban sombras en las paredes, el escritorio y sobre él mismo, partiendo en dos su rostro, dejando ver un lado oscuro y el otro claro, dos caras de una misma moneda, donde se podían distinguir los rasgos casi simiescos que lo habían hecho el hazmerreír de todos en el colegio. Ahora, ya no le importaba. Al contrario, pensaba que su rostro deforme, su cuerpo contrahecho, lo habían ayudado a convertirse en la persona de éxito que era. Dedujo que la vida lo había hecho sufrir a propósito. Que todo el sufrimiento que había sentido lo había curtido, le había enseñado a levantarse después de cada caída, de cada fracaso, y volverse más fuerte, más sabio, con más determinación para lograr sus objetivos y sueños. Para conseguirlos, valía todo. Desde hacer trampa en los exámenes, hasta convertirse en el más servil de los jefes de la policía: una marioneta que hacía lo imposible para congraciarse con el poder de turno. Así había sucedido desde que llegó Patricio Urviola a la presidencia de la República. Tres años después, había pasado de ser un oscuro capitán de una estación, a ser director de la policía, ni más ni menos. Sonrió satisfecho, mientras pensaba que todo estaba saliendo bien. Un pensamiento, que lo hizo dejar de sonreír, relampagueó en su cerebro. Había algo que empañaba su felicidad extrema. Un operativo del que no estuvo al tanto y que había permitido incautar una tonelada de droga en un almacén clandestino. Ese era un error que no debió haber ocurrido. Luego de varios días de buscar a quien había autorizado el allanamiento del almacén, y de haber echado a la calle a varios jefes policiales, había encontrado al culpable: el coronel Sebastián Cornejo.

Tomó un lapicero que se encontraba dentro de un portalapicero encima de su escritorio, lo hizo juguetear entre los dedos, dar volteretas y maromas, para luego tomarlo de sus extremos con ambas manos, y quebrarlo con fuerza, lo que hizo saltar los pedazos de plástico sobre la superficie de madera y el suelo. Siempre había tenido

sospechas de Cornejo. A pesar de su disimulada lealtad, era un enemigo más a quien enfrentar. No podía echarlo del cuerpo policial como había hecho con los otros jefes. El coronel Sebastián Cornejo tenía mucha influencia dentro de la policía. Si lo pasaba a retiro, todos se volverían en su contra. Mal que bien, le servía para calmar las aguas, ya bastante agitadas con los cambios que estaba realizando, con el objetivo de convertir a la policía en un arma útil a los deseos y caprichos del actual presidente. Maldijo su suerte, diciéndose que tenía que hilar muy fino y redoblar la vigilancia del coronel. Pensó que, si a los amigos había que tenerlos cerca, a los enemigos más aún. En eso, la puerta de la oficina se abrió y una silueta se dibujó en el umbral, como dudando si debía entrar o no. La forma de la cabeza, pero sobre todo el perfume que entró a su nariz, lo hicieron reconocer al personaje. Se trataba de Tiburcio Otárola.

Vio que se acercó al escritorio sin decir una palabra, mientras hacía chocar las suelas del zapato contra el piso de mayólica, produciéndose un sonido como el que produce el zapateo de un bailarín de flamenco. El hombre se sentó en la silla que se encontraba frente a él y encendió un cigarrillo. La luz de la llama del fósforo alumbró el rostro de rasgos infantiles de la mano derecha del presidente.

Estaba paralizado de miedo. Solo lo había visto una vez, cuando había sido nombrado director de la policía. La luz de la calle también lo iluminaba a medias, pero recordó con claridad las facciones y maneras del tipo que tenía enfrente. Era un hombre de mirada dura y peligrosa. Sus facciones tenían la inocencia de un niño, pero de cerca se diría que su rostro estaba lleno de ángulos rectos y líneas perpendiculares, trazadas con precisión matemática, incapaces de mostrar un signo de sentimiento o debilidad propia de un ser humano. Notó que el hombre encendió la luz de la lámpara del escritorio, cegándolo por un momento. Cuando pudo abrir bien los ojos, vio que Otárola portaba un terno color blanco humo, que parecía recién comprado y una corbata rosada con motivos geométricos. El pelo estaba bien cortado y engominado, sosteniéndose como una estructura de acero y cemento. La piel blanca de su rostro tenía una tonalidad

rosácea por efecto de la luz. Observó que la elegancia de Otárola era un sello que lo distinguía, así como los movimientos parsimoniosos y calculados, como si hubieran sido pensados mucho antes de llegar.

—Señor Otárola —balbuceó Brezani—. No lo esperaba.

El hombre serio y calculador dio una pitada más al cigarro. Miró hacia el techo y expulsó con fuerza el humo blanco. Paladeó el sabor del tabaco y luego aplastó el cigarro casi intacto en la superficie de madera cubierta de barniz brillante.

—El jefe me dijo que viniera a verte —dijo Tiburcio Otárola, con una voz grave, cavernosa—. Sino no estaría aquí, porque mirarte la cara no es algo que me agrade mucho.

Pasó el bolo de saliva con dificultad. Nunca había visto tan serio a Otárola. Los rumores hablaban de alguien cuya inteligencia solo se comparaba con su crueldad y falta de escrúpulos.

—¿Pa… para qué soy bueno? —tartamudeó Brezani—. Ustedes saben que estoy a sus órdenes.

—¿Ya sabes quién organizó el operativo?

—El coronel Sebastián Cornejo.

—¿Lo pasaste al retiro?

—Si lo hago, no podré controlar a la policía. Lo necesito.

Otárola dio un suspiro, se miró el saco de tres botones y se sacudió unos motes de ceniza que habían caído encima de la tela, cuidando de que el movimiento no dejara manchas indeseables.

—¿Y qué vas a hacer? —dijo con desgano Otárola.

—Voy a vigilarlo, para saber si trabaja con alguien más.

—¿Sabes que el jefe quería que desaparezcas? —apuntó Otárola, inclinándose hacía Adolfo Brezani—. Me dijo que te amarrara bolsas de piedras en los zapatos y que te tirara al mar. Lo convencí de que no lo hiciera.

Sintió que se orinaba encima. Comenzó a sudar frío. Sus manos temblaban de manera incontrolable. El hombre altanero, que miraba a sus subordinados por encima del hombro, le había dejado el lugar a uno débil, cobarde, pusilánime. Se vio nuevamente como una atracción de circo, delante de todos los espectadores, expuesto, sin defensas. Sintió que lo escrutaban, que lo juzgaban solo por la

apariencia que tenía. En esos momentos, para él, Urviola era el dueño del circo y Tiburcio Otárola era el que blandía el látigo con el que lo obligaba a cumplir con su papel: el de un monstruoso títere, mostrando sus atrocidades sin pudor.

—Gracias, señor Otárola —dijo Adolfo Brezani más humillado y servil que nunca.

—Por eso mismo, tienes que apresurarte a reorganizar la policía. Al parecer hay un grupo que quiere tumbarnos. Empezando con Egúsquiza, el periodista. Pasando por tu bendito coronel, y terminando con tu amigo, el detective Aniceto Linares.

—¿Aniceto Linares? —preguntó Adolfo Brezani y abrió la boca de sorpresa.

—Ese mismo —contestó Tiburcio Otárola—. Me lo dijo Mario. Ese detective estuvo en el operativo ¿Acaso no lo sabías?

—Si eso es así —agregó Adolfo Brezani—, estamos en problemas. El detective Linares es uno de los mejores.

—¿Ahora te das cuenta de lo complicado de nuestra situación?

—A Linares sí lo puedo echar —dijo sonriendo Brezani, y pensó que por fin podría vengarse del detective.

—No tan rápido —señaló Tiburcio Otárola—. Mejor déjalo que siga actuando. Quiero que los atrapes a todos con las manos en la masa.

—Buena idea, señor Otárola —dijo Adolfo Brezani, sin ánimo de contrariarlo en lo más mínimo.

—Bueno, entonces me voy.

Lo vio levantarse de la silla y caminar despacio hacia la puerta. Remarcó que se detenía de improviso, como si se hubiera olvidado de algo, para luego continuar su camino. Una vez solo, se tiró de espaldas en la silla de cuero y aflojó los músculos, que los había tenido tensos y contracturados durante toda la reunión. Se dijo que había tenido frente a él a una de las mentes maestras que había hecho posible el ascenso de Patricio Urviola al poder, amén de controlar las actividades delictivas de la mafia que este comandaba.

Los rumores, nunca confirmados, decían que Tiburcio Otárola, antes de convertirse en el cerebro de una organización mafiosa, había

sido un abogado honesto, preocupado en defender a personas inocentes en los tribunales. Todo eso cambió, según dicen, cuando su esposa falleció en un accidente de tránsito. Un chofer ebrio invadió el carril contrario y chocó frontalmente con el vehículo que conducía la señora Otárola, quien murió instantáneamente. El borracho, milagrosamente, resultó solo con un brazo roto y algunas magulladuras sin importancia. Tiburcio Otárola, ciego de rabia, llevó a juicio al hombre, quien resultó que era hijo de un empresario con mucho dinero y muchos amigos entre los jueces de la corte. El hombre fue absuelto, gracias al fallo de un juez comprado, aduciendo una leguleyada muy tirada de los pelos. Fue en ese momento que conoció a Patricio Urviola. Este se enteró del caso por los periódicos. Como el abogado vivía en la jurisdicción de la cual era representante en el congreso, se acercó a ayudarlo. No se sabía cuál había sido el tenor de esa conversación, pero lo que sí se supo fue que el cadáver del chofer ebrio fue encontrado semanas después, flotando, con la panza hinchada, en una de las playas del litoral. Tiburcio Otárola rindió su declaración, como principal sospechoso en el caso, pero fue absuelto, pues no había pruebas que lo involucraran. A partir de ese día, no se supo más de él. Cerró su estudio de abogados, vendió la casa que compartía con su esposa y dejó de frecuentar a sus amigos y familiares. Se volvió un fantasma en vida. Su nombre nunca más volvió a mencionarse. La prensa sospechó que se había vuelto consejero de Patricio Urviola, pero este nunca lo negó o lo confirmó. Luego de muchos años, su nombre se convirtió en leyenda. Decían que dirigía, desde las sombras, una mafia que controlaba las drogas, las apuestas y el contrabando. La policía incluía su nombre en casi todas las investigaciones, como si su solo nombre fuera sinónimo de delincuencia, para luego borrarlo por falta de pruebas, como si no existiera, tal cual un fantasma o un vil NN.

Pensó cómo sería ser Tiburcio Otárola. Un hombre con semejante poder, con una mente brillante, que se adelantaba a todos y cada uno de los movimientos de sus captores, pero a la vez, un ser humano que cargaba bajo sus hombros la muerte de su amada, de su compañera de vida. Se preguntó si valdría la pena vivir esa vida. Se había

enamorado muchas veces, pero su figura contrahecha hacía que las mujeres lo evitaran. Pensó que Otárola era un hombre que tenía el mundo a sus pies, pero a la vez, que no tenía nada. Esa fue la impresión que tuvo al tenerlo frente a él. Un fantasma, un espectro que deambula por el mundo, vistiendo los mejores trajes, fumando los mejores cigarrillos y peinándose con la laca más cara del mercado. Una pantalla que oculta una tristeza perenne, un alma despedazada, un cuerpo que a duras penas se tiene en pie. Por primera vez en su vida, tuvo pena de alguien que no fuera él mismo. Su deformidad estaba en el exterior, pero Otárola estaba contrahecho desde adentro. Un monstruo dormía en su interior. Ni la voz grave, llena de confianza y seguridad, ni los movimientos calculados y precisos, ni la mirada dura y peligrosa, lo engañaban. Pero, tanto él como Otárola, eran, al fin y al cabo, dos monstruos, al servicio de un poder mayor. Uno, cuya fealdad repulsaba a la gente a su paso y el otro, cuya fealdad carcomía sus entrañas, no dejándolo dormir siquiera, obligándolo a despertar en las noches, sudoroso y desesperado, al haber revivido una y otra vez, en sus pesadillas, la pérdida irrecuperable.

Abrió uno de los cajones del escritorio de madera pulida y sacó un ambientador en aerosol. Quitó la tapa y esparció por toda la oficina el líquido comprimido en la botella para borrar todo vestigio de la presencia que parecía penar en la oscuridad. No soportaba el olor a cigarro dejado por Tiburcio Otárola, el que, mezclado con su perfume, creaba una pestilencia digna de los peores basureros de la ciudad. Guardó la botella y caminó hacia el gran ventanal que daba a la calle y que mostraba una vista panorámica de la ciudad. Las diminutas luces que adornaban a los edificios allá a lo lejos ocultaban la fealdad de las calles grises y peligrosas. Desde arriba todo se veía diferente, perfecto, limpio, ordenado. Quien no conociera la ciudad, creería tal vez que estaría en el paraíso. No estaría al tanto de que los Patricio Urviola, los Tiburcio Otárola, los Adolfo Brezani, estarían allí, esperando, agazapados en la oscuridad, dispuestos a todo. Es por eso que, tal vez, existían los Sebastián Cornejo, los Aniceto Linares. Un contrapeso lógico. La batalla entre el bien y el mal. Entre la luz y la oscuridad.

Se alejó de la ventana, miró con pena y rabia la quemadura de cigarro en su escritorio, salió de la oficina y la cerró con llave. Caminó por el pasillo sin pensar en Otárola y concentrándose en los verdaderos enemigos. Aquellos que debía derrotar para tomar el control de la policía.

Sábado 3 de julio, seis de la tarde

Néstor Ísmodes se encontraba sentado en la parte trasera de la limosina negra. Estaba inquieto. Pensaba en la reunión que iba a tener con los otros jefes de la organización, Jean-Pierre Garibaldi, Noelio Leguizamón y la mano derecha del presidente, Tiburcio Otárola. Se dijo que las cosas iban de mal en peor, como nunca antes. Desde que el gran jefe había llegado a la presidencia y luego de haber pactado con el congreso para tener la mayoría parlamentaria, todos los negocios prosperaban. Los cargamentos de droga llegaban con regularidad y sin contratiempos, las apuestas ilegales se habían incrementado en más del cincuenta por ciento y la mercadería de contrabando pasaba por los controles aduaneros sin mayores problemas. De eso ya hacía un mes. El cambio había sido abrupto. De la noche a la mañana, un importante cargamento de droga había sido incautado, Mario Velezmoro estaba siendo vigilado por la policía y había muerto uno de sus colaboradores. Se preguntó qué es lo que estaría pasando ¿Acaso ya no bastaba el controlar el poder político? ¿La organización se iría a pique?

Abrió la puerta del minibar que se encontraba situado entre los asientos del gran habitáculo y observó el contenido. Había pequeñas botellas de *whisky* como las que sirven en los aviones; un par de botellas de vino: uno tinto y uno blanco; una botella de vodka y varias botellas de cerveza. Algunas rodajas de limones y naranjas yacían en un táper hermético, a la espera de ser utilizadas para acompañar el trago elegido. Cerró la puerta con desgano.

Miró otra vez por la ventana y reconoció las calles que la limosina dejaba atrás, calles que testimoniaban un pasado duro, pero feliz. Pasaron por el barrio de su infancia: Los Naranjos, que era colindante al barrio Colonia, cercano al muelle. Recordó que, siendo niño, jugaba con sus amigos en las calles hasta que su padre silbaba la tonada característica que indicaba la hora de volver. Ni bien entraba a la casa, se lavaba las manos y se sentaba a la mesa, donde su madre depositaba la comida caliente. Luego, los tres comían, charlando sobre lo que habían hecho durante el día. Su padre hablaba de los colegas

de la oficina, de los problemas con su jefe; su madre se quejaba de lo caro que estaba todo en el mercado y de la última novela que había leído. Él hablaba del colegio y de los juegos con sus amigos. Recordó con nostalgia esos almuerzos y esas cenas, diciéndose que había tenido una infancia maravillosa.

El auto se detuvo en un semáforo y pudo ver el callejón donde le rompieron la nariz, la que quedó chata y aplanada desde entonces. Tenía dieciocho años cuando sucedió. Ese día, la vida lo marcó para siempre. El que le rompió la nariz no tuvo tanta suerte. Luego de la golpiza que le propinó, quedó paralítico y él fue a parar a la cárcel. Fue allí donde su vida delictiva comenzó. Sus padres lo iban a visitar, llorosos y compungidos. Al principio fue duro, sobre todo cuando recordaba los buenos momentos alrededor de la mesa con ellos. Pero hacía tiempo que había dejado de ser un niño. Cuando salió de la cárcel se hizo un nombre en el mundo lumpen y se volvió parte de una organización liderada por un político que tenía una imagen pública totalmente opuesta a lo que en realidad era. Subió los escalones de la jerarquía hasta convertirse en una pieza clave en el engranaje bien aceitado de aquella sociedad. Sus padres vivían aún, pero todavía no había recibido su perdón. Eso le dolía en el alma.

El auto llegó a su destino. El chofer bajó y extendió un paraguas redondo para protegerlo de la fuerte lluvia que se había desatado hacía instantes. Ese tipo de chubascos eran frecuentes en la ciudad, a pesar de que era verano y la temperatura era elevada. Se acomodó el terno confeccionado por un sastre de su confianza, caro y talentoso, y se dirigió al club de box, propiedad de Carmelo Rodríguez, adjunto de Jean-Pierre Garibaldi. Subió los numerosos escalones de dos en dos y entró por la puerta despintada. Remarcó que Jean-Pierre Garibaldi y Noelio Leguizamón lo esperaban, sentados en una mesa, dispuesta al costado del ring de box.

—Ya era hora de que llegarás —dijo un hombre con barba, arrastrando la erre, con acento francés—. *¿N'est pas?*

—Hola Jean-Pierre —dijo Néstor Ísmodes, acercándose y dándole un efusivo abrazo, palmeándole fuerte la espalda.

—*¡Merde!* —dijo el francés—. Estás muy animado hoy *¿N'est pas?*

—¿Cómo estás, Néstor? —dijo Noelio Leguizamón sonriendo, dejando ver la falta de un premolar—. ¿Mucho tráfico? ¿O la cena se extendió demasiado en el "Res y Carbón"?

—¡Qué gracioso! —contestó Ísmodes mientras fingía una sonrisa —. Fue el tráfico, como siempre.

Se sentó en la mesa y observó a ambos hombres. Con el que se llevaba mejor era con Jean-Pierre Garibaldi. Ambos habían pasado hacía poco la cincuentena y tenían casi siempre las mismas ideas sobre cualquier tema. El francés ya pintaba canas y tenía un rostro arrugado y lleno de pliegues. Cuando tenía la boca cerrada, el labio inferior sobresalía hacia adelante, mostrando la piel interior, húmeda y roja, lo que daba la impresión de que estaba molesto, como la expresión de un niño cuando le niegan algo que quiere con ansias. Las cejas pobladas realzaban esa impresión de viejo cascarrabias, pero, por lo general, andaba de buen humor, hablando del viñedo que poseía en las afueras de la ciudad y que era su orgullo. Una vez lo fue a visitar. Era un magnífico fundo de al menos dos hectáreas donde sembraba únicamente la cepa Malbec, la cual le permitía producir un riquísimo vino tinto, el que había colocado con cierto éxito en una cadena de supermercados. Siempre andaba vestido de manera casual, con botas altas, como si estuviera listo a enrumbar a su viñedo en cualquier momento.

Noelio Leguizamón era harina de otro costal. Diez años menor que él, era un hombre impetuoso y ambicioso. No ocultaba sus deseos de seguir avanzando en la jerarquía de la organización, y siempre aprovechaba cualquier momento para hacerlo saber, con actos y con palabras. Hablaba de manera calmada, como meditando antes de dar a conocer lo que pensaba, pero la realidad era otra. Siempre soltaba frases incoherentes y torpes en los momentos menos oportunos. Era de contextura normal, pelo corto rizado y tenía un rostro común y anodino, pero los ojos eran su marca registrada. Tenía una mirada astuta, que despedía una energía que en algunos casos podía calmar tempestades o crearlas. Muy pocos podían sostener su mirada, audaz y taimada. Era dueño de una cadena de tiendas de ropa usada que generaba ingentes ganancias todos los años. Se proveía mayormente

del contrabando del cual estaba a cargo, mientras generaba riqueza tanto para él como para la organización. Este aparente conflicto de intereses había sido permitido por Tiburcio Otárola, quien, al parecer, sacaba una tajada del negocio.

—Bueno —dijo Garibaldi—. Falta Tiburcio.

—No falta —dijo una voz a los lejos—. Ya estoy aquí.

Todos voltearon y lo vieron acercarse, con paso tranquilo, vistiendo siempre de manera elegante, sin importarle que la reunión se celebrara en un club de box, de paredes sucias y piso gastado. Se sentó en la única silla libre que quedaba, no sin antes limpiarla con la mano. Néstor vio que los desvestía con la mirada, escrutándolos, como si viera el interior de cada uno de ellos.

—Ya estarán enterados de que un cargamento de droga fue encontrado por la policía.

—Eso ocurrió en tu cancha, Néstor —tomó la palabra Noelio Leguizamón señalándolo con el dedo—. ¿Qué has hecho para corregirlo?

—Aquí no se trata de buscar culpables —intervino de inmediato Tiburcio Otárola—. Se trata de manejar la situación.

—Lo siento, jefe —replicó Noelio Leguizamón, y obligó a su ímpetu a dar marcha atrás, avergonzado.

—Estamos ante un grave problema —explicó Tiburcio Otárola—. El más grave desde que Patricio se convirtió en presidente. A pesar de haber puesto a Brezani a cargo, hay un sector de la policía que nos está investigando, liderado por el coronel Sebastián Cornejo y ayudado por el detective Aniceto Linares.

—¿El mismo detective del caso de Justino Morales? ¿Hace tres años? —preguntó Jean-Pierre Garibaldi.

—Ese mismo bastardo.

Todos se miraron las caras, sorprendidos. Uno, porque muy pocas veces Tiburcio Otárola perdía los papeles e insultaba a alguien. Otro, porque el que los investigaba era nada menos que el mejor, sino uno de los mejores detectives de la policía.

—Estamos en problemas —apuntó Néstor Ísmodes preocupado—. Ese detective es casi un héroe nacional.

—Héroe o no —intervino Noelio Leguizamón—, si se mete con nosotros, lo pagará caro.

—¿Cambiaste el escondite del resto de la mercadería? —preguntó Tiburcio Otárola a Néstor Ísmodes.

—Lo hicimos ni bien nos enteramos del operativo de la policía —contestó presto.

—Bien —señaló Tiburcio Otárola—. Noelio, en el caso del contrabando, debes cambiar de almacenes. No sabemos si la policía está al tanto de nuestras operaciones.

—¿Y acaso Brezani no puede darnos protección? —preguntó Noelio Leguizamón, fastidiado por la fuerte carga de trabajo que veía venir.

—Ese inútil, cara de mono —dijo Tiburcio Otárola con rabia contenida—, está vivo solo gracias a mí. Patricio ya le había bajado el dedo.

—Lo haré, entonces —asintió Noelio Leguizamón, y pensó si Néstor Ísmodes no se había sentido aludido por el comentario del jefe, por sus evidentes rasgos de simio.

—En tu caso, Jean-Pierre —volteó a mirarlo Otárola—, tendrás que cerrar algunas casas de apuestas, solo mantén abiertas las más rentables. Nos reduciremos a la mínima expresión hasta que la tormenta amaine.

—Lo haré de inmediato.

—¿Y qué dice el presidente? —preguntó Néstor Ísmodes.

—Está preocupado —contestó Tiburcio Otárola—, y molesto a la vez. No es nada fácil manejar el gobierno y ahora se le junta esto.

—¿Qué haremos con la policía? —preguntó inquieto Noelio Leguizamón.

—Por el momento nada —respondió Tiburcio Otárola—. Si les hacemos algo, tal vez desencadenemos una investigación mayor. Dense cuenta de que no estamos tratando con dos novatos. El coronel Cornejo goza de mucha simpatía dentro del cuerpo policial.

—Los accidentes pasan en cualquier momento —replicó Leguizamón.

—Debemos ser pacientes, tenemos que saber cuál será su

siguiente paso.

Néstor Ísmodes miró a todos los presentes. Nunca desde su ingreso a la organización, había visto caras tan largas. Se imaginó el rostro de Patricio Urviola, el presidente de la República y jefe máximo de la mafia, con el rostro desencajado y buscando tal vez el cariño de sus amantes de turno. Se acordó de la muerte de uno de ellos, Horacio Gómez, acaecida hacía unos cuantos días.

—Tiburcio —rompió el silencio Nestor Ísmodes—. ¿No crees que la muerte de Horacio Gómez juegue en nuestra contra? ¿Estabas al tanto?

Tiburcio Otárola dio un gran suspiro. Se soltó el nudo de la corbata con la mano derecha y se quedó mirando al centro de la mesa, buscando tal vez la respuesta a la pregunta formulada.

—No lo supe hasta que sucedió. Admito que Patricio actuó de manera irresponsable, pero él fue el que dio el soplo a la policía de donde se encontraba la droga incautada.

—Ese cabro debió morir hacía tiempo —dijo con furia Noelio Leguizamón—. Si Patricio me hubiera hecho caso.

—Ese cabro como tú lo llamas —replicó Tiburcio Otárola— era el amor de su vida. Patricio está destrozado por lo que hizo, ahora se arrepiente. Ten cuidado con lo que dices, Noelio, si llamas cabro a Horacio Gómez, llamas cabro al jefe también.

Vio que Noelio se ponía serio, y bajó la mirada, queriendo que la tierra lo trague. En cada reunión que tenían, el ímpetu de Noelio lo rebasaba y siempre soltaba una que otra frase impertinente. Era ambicioso, pero torpe, y aunque quisiera, se sabía que nunca llegaría a liderar la organización.

—Disculpa, Tiburcio —dijo Noelio—. No fue esa mi intención.

—Entonces, ya saben lo que tienen que hacer. Comuniquen lo que hemos hablado a sus adjuntos. Estamos en alerta roja. Si nos descuidamos, podemos perder todo lo que hemos construido todos estos años.

Se levantaron y empujaron las sillas hacia atrás, haciéndolas arrastrarse con un sonido estridente y chirriante. Salió en silencio del edificio y entró a la limosina que lo había traído.

—¿Adónde, señor Ísmodes? —preguntó el chofer.
—Al “Res y Carbón”.

Miércoles 7 de julio, once de la mañana

Se levantó y fue al baño a lavarse la cara. Se vio el rostro fatigado en el espejo. Había tenido un sueño inquieto, no sabía por qué, ya que no recordaba haberse desvelado ni haber tenido pesadillas. Miró el reloj de pulsera que se encontraba en la mesa de noche: faltaba media hora para que Néstor Ísmodes llegara al restaurante "Res y Carbón" para almorzar, como todos los días, siguiendo un ritual que se repetía, como si su vida dependiera de ello. Esa era la información que le había dado Leoncio hacía dos días, en una reunión tarde en la noche, donde se empezó a vislumbrar el papel de los miembros de la mafia de Urviola.

Recordó que Leoncio había llegado una media hora más tarde de la hora indicada. Inquietos, él y Laura, se miraban desconcertados, sin saber qué hacer ni qué decir. Ya se iban a retirar del lugar cuando escucharon el ruido de arbustos moviéndose. Con alivio vieron que la figura de Leoncio emergía de los matorrales, como si fuera Indiana Jones en medio de la selva virgen, mientras escapaba de los nativos con un tesoro en el bolso. Leoncio entró agitado al auto. Tardó unos cuantos segundos en hablar, con la respiración agitada y la frente bañada en sudor.

—Toma aire, muchacho —dijo el detective con cara de preocupación. Miró detrás de Leoncio y trató de adivinar si alguien lo había seguido.

—¿Qué pasó? —preguntó nerviosa Laura Estremadoyro.

—Me siguen vigilando —explicó Leoncio—. Cada vez es más arriesgado venir.

Una vez más tranquilo, Leoncio relató todo lo que había podido averiguar, pero, sobre todo, habló de Néstor Ísmodes y la rutina que tenía todos los días, invariable, lo que demostraba mucha confianza y a la vez, una negligencia comparable a su ego.

—¿Al mismo restaurante? —preguntó el detective, incrédulo—. ¿A la misma hora?

Leoncio movió afirmativamente la cabeza. Se preguntó si tanto poder había embrutecido a los miembros de la mafia de Urviola, que

habían dejado de lado las precauciones mínimas que deberían tener debido a lo particular de su negocio.

Llegó al restaurante y se estacionó a una cuadra de este. Al frente del local, remarcó la brillante limosina. El auto le daba al restaurante un aspecto diferente, se diría que le daba la prestancia que necesitaba para realzar su imagen. Sacó un cigarrillo y lo prendió con un ademán rápido. Dio una profunda calada y expulsó el humo por la ventana semiabierta. Recordó nuevamente la conversación con Leoncio. Las gesticulaciones que hacía mientras hablaba, el discurso ordenado, las ideas estructuradas que salían de su boca, listas para ser digeridas con facilidad por su embobado auditorio. A sus ojos, Leoncio había cambiado. La experiencia que estaba viviendo lo había hecho madurar. El chico de veintitrés años que salió hacía casi un mes de su auto, le había dejado el lugar a un agente de la policía con un objetivo claro. Aun así, se sentía inquieto por él. La imagen de Laura y la manera como miraba a Leoncio, con mucha atención, se le vino a la cabeza. Lo hacía casi sin parpadear mientras escuchaba atentamente todo lo que decía, sin perder un solo detalle del relato.

—Corina Guizado debe ser una persona muy especial —intervino Laura mientras escuchaba el relato de Leoncio sobre la única mujer encargada de dirigir un almacén de la organización.

—Dicen que es muy peligrosa —asintió Leoncio—. Lo único que puedo decir es que esa mujer sabe cómo hacerse respetar.

De pronto, vio que los dos jóvenes policías se miraban y conversaban con una familiaridad inusual, como si se conocieran de hace mucho tiempo. Se dio cuenta de la atracción que sentían y pensó en bajar del auto para darles tiempo de que se conozcan. Se sintió relegado, desplazado, como si fuera el mejor amigo que acompaña a una pareja al cine o a comer. Sonrió divertido, pensando que, a pesar de que sentía que sobraba, no se sentía mal, sino todo lo contrario. Era divertido ver a una pareja sentirse atraída y comprobar que los amores de jóvenes son siempre los más bonitos. Pensó en Gabriela y en cuanto la extrañaba. Habían hablado unas cuantas veces por teléfono desde su último encuentro. Extrañó su cuerpo, su olor. Lamentablemente, el caso había llegado a un punto donde necesitaba más de él.

Dos horas después, vio salir a un tipo bajito, vestido de terno, que entraba a la limosina a paso lento y pausado. Su aspecto calzaba a la perfección con la descripción que Leoncio había dado. La limosina arrancó y la siguió no tan de cerca para evitar que lo descubrieran. Se preguntó hacia donde iría. La información dada por el joven policía solo daba cuenta de la rutina del restaurante, el resto del día de Néstor Ísmodes era un completo misterio. Siguió al auto un buen trecho. La limosina no pasaba desapercibida en medio de la calle. El que menos, volteaba a verla como si fuera una curiosidad, un capricho de un magnate que no sabía qué hacer con su dinero. Adivinó hacia donde se dirigía luego de unos cuantos minutos. Iba al centro de la ciudad. Pasó frente al edificio del diario, avanzó dos cuadras más y volteó a la derecha. La elegante máquina se detuvo a unos cuantos metros de "El Barquito".

Al percatarse de que Laura y Leoncio no dejaban de conversar, decidió bajar del auto y prender un cigarrillo. Era noche cerrada y el sonido del batir de las alas de los grillos inundaba el ambiente. Encendió el cigarrillo y dio varias pitadas rápidas y breves, con la certeza de que lo desecharía casi intacto cuando tuviera que entrar nuevamente al auto. De pronto, la puerta se abrió y Leoncio caminó hacia él.

—Me voy, detective Linares —anunció el joven policía—. Gracias por dejarme un momento a solas con Laura.

—No hay problema —dijo el detective—. Más bien, cuídate.

Lo vio irse corriendo, a paso firme y ligero y entró al auto, antes de tirar al suelo lo que quedaba del cigarro.

—¿Todo bien, Laura?

—Todo bien —respondió la joven, tomándose el rostro con una de las manos, como si estuviera llorando.

—No parece.

—¿Alguna vez le pasó que sabe que encontró a su alma gemela y no puede hacer nada para lograr estar juntos?

Sintió los sentimientos a flor de piel de Laura. Si hubiera sabido que esos dos se iban a enamorar, no los hubiera incorporado al equipo, por más que la incipiente relación le generara simpatía.

—¿Ya se juraron amor eterno? —preguntó el detective con sarcasmo.

—Fue el beso más lindo que alguien me haya dado.

—Sería bueno que te concentres en el caso —sugirió el detective —. No dejes que lo que sientes nuble tu juicio.

—Eso es inevitable.

Vio a la muchacha muy desanimada, sin la energía que la caracterizaba y que hacía de ella un viento fresco en una habitación cerrada y llena de moho.

—Vámonos —dijo y prendió el auto—. Ya es tarde.

La inmensa limosina de seis puertas, negra como la noche, seguía estacionada frente al burdel. Miró el reloj. Había pasado una hora desde que Néstor Ísmodes había ingresado. El detective se arrellanó en el asiento y prendió la radio. Las suaves y melancólicas notas de *Scarborough Fair* de Simon & Garfunkle sonaron, llevándolo a un estado de éxtasis casi religioso. Pero, sin quererlo, los detalles del caso aparecieron en su mente, como cuando se apagan las luces del cine y emerge la imagen de los reflectores de la 20th Century Fox con la fanfarria conocida. Recordó la conversación que tuvo con Laura Estremadoyro días atrás, sobre las posibles maneras de desbaratar la mafia de Urviola y llevarlos a juicio con pruebas sólidas.

Ese día, llegó tarde a la oficina. Laura se encontraba frente a la pantalla de la computadora, concentrada, mientras revisaba documentos escaneados, guardados sin clave alguna en el disco duro incautado en las oficinas de Mario Velezmoro.

—Laura, ¿qué haces tan tarde por aquí? Deberías estar en tu casa.

—Detective —replicó Laura, y volteó a verlo—. Le dije que era mucha documentación para una sola persona. Si no hago horas extras, no podré revisar todo.

—¿Y has encontrado algo interesante?

—No he encontrado pruebas contundentes, solo indicios que nos pueden llevar a otros indicios.

—Yo sabía que no iba a ser fácil este caso —dijo el detective dejándose caer en una de las sillas, con aire abatido—. Hasta ahora

me pregunto cómo vamos a hacer para llevar a Urviola y su banda a los tribunales.

—Tengo una idea.

Alzó la cabeza, cuyo mentón casi tocaba su pecho, y vio a una Laura Estremadoyro con la sonrisa en los labios, esa sonrisa que iluminan los rostros de aquellos que han descubierto la respuesta a una pregunta tantas veces formulada, pero nunca encontrada. Observó que la muchacha adoptaba la postura de alguien que va a explicar algo que conoce y que toma las debidas precauciones para que su auditorio también lo comprenda, como un profesor a sus alumnos. Se acomodó el cabello varias veces, como si tratara de ordenar las ideas que tenía en la mente, para que salgan de su boca de manera organizada.

—Estoy ansioso de escucharla —señaló el detective, y cruzó los brazos. Tuvo ganas de encender un cigarrillo, pero Laura era una antitabaco natural y además, militante.

—Una de las cosas que aprendí con mi padre —explicó Laura, y gesticuló como si estuviera dando una conferencia— cuando me enseñaba a analizar los estados financieros de sus clientes, era que el dinero siempre deja rastros, en cualquier tipo de transacción financiera. Ya sea una compra de un inmueble, o algo tan mínimo como el pago del almuerzo en un restaurante.

—Continúa —dijo el detective, cada vez más interesado en la disertación de la muchacha.

—Eso fue algo que corroboré en la división de Fraude Financiero. Podemos seguir la droga, el contrabando o las apuestas, y siempre caerán los mandos medios, pero, si seguimos el dinero, este nos puede llevar a los peces gordos.

—¿Y has encontrado ese rastro en el disco duro de la computadora de Velezmoro?

—Nada, todavía —señaló Laura—. Es por eso que debemos analizar las transacciones financieras de las empresas ligadas a la mafia.

—Necesitaríamos un batallón de gente para analizar toda esa data. No puedo hacer eso.

—¿Y qué hacemos entonces? —preguntó Laura, desanimada por no haber podido convencer al detective.

—Debemos esperar que Leoncio nos dé más información. Pero no descarto tu idea, es una opción más que tenemos para encontrar algo útil. Te dejo en libertad de manejarlo, pero ojo, no podemos involucrar a nadie más en nuestra operación.

—De acuerdo, detective —dijo Laura, sonriendo, y volvió a mirar la pantalla.

Bajó la ventana del auto para que entre un poco de aire. La modorra lo estaba venciendo y si no respiraba aire fresco, caería dormido y se le escaparía la presa. Miró la fachada donde funcionaba el burdel más conocido de la ciudad. Era una fachada normal de un edificio cualquiera del centro de la ciudad. No tenía un rótulo que lo identificara, ningún aviso luminoso, ni siquiera un vigilante parado al lado de la puerta. Nadie decía nada, pero todos sabían que, en ese local de paredes pintadas de blanco, con puerta de madera con una pequeña rejilla en el centro, funcionaba el negocio más antiguo del mundo. Nadie decía nada, pero todos habían entrado. Unos por unas cuantas horas en toda su vida hasta los otros que prácticamente habían hecho del lugar su segundo hogar.

Recordó que Sofocleto Peralta, reportero y amigo de su padre, había sido un asiduo concurrente. Lo que le dijo el periodista Nicanor Egúsquiza, de que había una foto de él en el salón principal todavía no lo había podido comprobar. Era poco probable que lo hiciera, pues el único cuerpo que deseaba en esos momentos era el de Gabriela. Pero sí había ido unas cuantas veces, las primeras veces por curiosidad, las más de las veces, para calmar el deseo que no lo dejaba trabajar. Rememoró la última vez que habló con el finado periodista, jactándose que era casi el dueño del burdel, donde hacía y deshacía: un miembro VIP ni más ni menos.

De pronto vio que la limosina encendía el motor y partía sin su ocupante. Se preguntó si regresaría. Luego de tres horas de espera, supo que Ísmodes se le había escapado. Al parecer estaba al tanto de su presencia. Se preguntó si sus habilidades de vigilancia sin ser detectado habían desaparecido. Fastidiado, encendió el auto y se

perdió por las calles casi desiertas. Sintió que había perdido un tiempo precioso para la resolución del caso.

—¿Qué? ¿Acaso no sabías?

Vio que Moncho sonreía divertido ante la expresión de sorpresa de su rostro. Si alguien de lejos hubiera visto la escena, diría que se había sacado la lotería. No estaba al tanto de la reunión que habían tenido los jefes hacía unos días.

—No —replicó Leoncio malhumorado—. ¿Cómo quieres que lo sepa? Si tú no me dices nada, estoy a ciegas.

—Tranquilo, Leoncito —dijo Moncho y trató de calmarlo—. Ahora ya lo sabes, pues.

—¿Me puedes decir algo más?

Fue así como se enteró de la reunión que se había producido el sábado tres de julio, entre Néstor Ísmodes, Jean-Pierre Garibaldi y Noelio Leguizamón. Había sido Mario Velezmoro el que le había contado a Moncho, en líneas generales, los pormenores de la reunión. Pudo conocer que los nombres del coronel Sebastián Cornejo y el detective Aniceto Linares habían sido mencionados, pero no supo al detalle que era lo que se había dicho. Se sintió desmoralizado, abatido. La reunión de los jefes había tenido lugar hacía once días. Pensó que no estaba haciendo bien su trabajo, que, por culpa de él, las vidas de sus jefes, de sus compañeros corrían peligro y él no hacía nada para evitarlo. Además, era la primera vez que escuchaba los nombres de Garibaldi y Leguizamón, encargados de la red de apuestas y contrabando, respectivamente.

—¿Qué es lo que debemos hacer ahora? —preguntó Leoncio, tratando de no delatar la frustración que sentía.

—Tenemos orden de inamovilidad —contestó Moncho, e hizo aspavientos con las manos nudosas—. Así que tú te vas a tu departamento a esperar nuevas órdenes. Te llevo.

—Prefiero irme solo, gracias.

—Tengo que insistir, Leoncito —dijo Moncho poniéndole una mano en el hombro.

Sintió la mano huesuda que le apretaba la clavícula, fuerte, como si fuera una llamada de atención. Si no conociera a Moncho, se podría

decir que estaba siendo amenazado.

—¿Te obligan a hacerlo? —preguntó Leoncio y volteó a mirar a su amigo—. ¿Tanto desconfían de mí?

—Órdenes son órdenes, mi estimado —dijo Moncho, soltándolo. Trató de sonreír, sin lograrlo—. Si de mi dependiera, dejaría que te vayas, pero si no me ven dejándote en tu departamento, el que va a pagar los platos rotos soy yo.

—¿Quiénes? ¿Los que me vigilan frente a mi casa?

—Ponte en los pantalones de Manito de Piedra —explicó Moncho abrazándolo. Esta vez sintió que el gesto era el de un amigo que trata de aconsejar a otro—. Varios agentes de la policía han tratado de infiltrarse en los últimos años. No digo que tú lo seas, pero llevas muy poco tiempo con nosotros, así que la organización toma sus precauciones. ¿Imagínate que por culpa de Mario pase eso? No lo tomes a mal. El que nada debe, nada teme.

Mientras caminaba hacia el Plymouth Barracuda verde chillón, las cosas se aclaraban en su mente en cuanto a su aceptación en la mafia de Urviola. Se había dejado llevar por las demostraciones de afecto de Moncho y de Velezmoro. Ahora sabía que estaba en riesgo. No por nada, la organización de Urviola era la de más difícil acceso y, por lo tanto, la más exitosa de todas. Debía tener mucho cuidado con los siguientes pasos a dar. Se dijo que mejor era no salir en la noche de su departamento a encontrarse con el detective y con Laura. Pensó en la muchacha y sintió rabia por no poder verla una vez más. Recordó el beso que le dio la última vez que la vio. Nunca se había sentido tan feliz en su vida.

Entró al auto y Moncho arrancó con su peculiar estilo de hacer chirriar las llantas contra el pavimento y dejar dos líneas negras, humeantes, como prueba de su paso por el lugar. En el auto, la idea le daba vueltas en la cabeza. En el trayecto se decidió a hacerlo.

—Moncho, tengo un poco de hambre —dijo Leoncio, tomándose el estómago con las dos manos—. ¿Puedes parar en el restaurante libanés de Abbud? Está en la ruta, no nos desviaremos mucho.

—¿Abbud? —preguntó Leoncio e hizo una mueca de asco—. ¿Te quieres suicidar?

—No es tan malo, no te pases —replicó Leoncio—. Además, estoy un poco estreñido y sus sanguches desatoran cualquier vía bloqueada.

—Mierda —rio Moncho—. ¡Qué valiente eres!

Moncho volteó a la izquierda y avanzó un par de calles, hasta llegar a la intersección donde quedaba el mal afamado restaurante libanés.

—Dame solo cinco minutos —pidió Leoncio.

Bajó del auto y entró al restaurante. Allí estaba Abbud, con sus bigotes largos con las puntas enrolladas hacia las mejillas.

—Un *Falafel* para llevar, por favor —dijo Leoncio antes de que el hombrecillo hablara como siempre lo hacía con todos los clientes, dándoles la bienvenida y preguntando qué era lo que iban a pedir.

Entró raudamente al baño y se encerró en uno de los cubículos. Ya adentro, sintió un olor nauseabundo. El wáter sin tapa contenía varios pedazos de excrementos flotando en el agua. Jaló la palanca para que el remolino de agua se los llevara al fondo del sistema del desagüe, pero comprobó con horror que el mecanismo no funcionaba. Aguantó la respiración lo más que pudo, arrancó un pedazo de papel higiénico y con el lapicero que llevaba en su chaqueta, escribió unas cuantas palabras. Guardó el lapicero y dobló el pedazo de papel varias veces. Salió del cubículo dando arcadas, fue al lavabo y se lavó la cara. Alzó la cabeza y vio su rostro desencajado. Respiró profundamente y salió del baño con paso tranquilo. Vio que Abbud lo esperaba con una bolsa en la mano y una sonrisa amistosa.

—Aquí tiene —dijo Abbud y dejó el paquete encima del mostrador—. Son ocho noventa y cinco.

—Aquí tiene diez, guarde el cambio —dijo Leoncio, y entregó el billete y el pedazo de papel plegado, para luego mirar fijamente al dueño del restaurante y alzar las cejas.

—¡Gracias! —dijo el hombre de boso circense, y alzó también las cejas, sin dejar de sonreír.

—Por si acaso —dijo Leoncio, antes de irse—, el baño no funciona y tiene que limpiarlo.

—Oh —exclamó Abbud sin saber qué más decir, para luego

soltar otra vez un sonoro ¡Gracias!

Salió del restaurante con el paquete en la mano y entró al auto bajo la mirada risueña de Moncho.

—Leoncito, no creo que seas un valiente —dijo riendo—. Eres un temerario.

Luego de diez minutos llegaron a su departamento. Subió las escaleras a toda velocidad y se encerró en su cuarto. Tenía muchas dudas sobre lo que había hecho. Se preguntó si funcionaría. Solo tocaba esperar y ver qué pasaba. Abrió la bolsa de papel y olió la comida contenida en ella. Un olor a grasa quemada entró por sus fosas nasales, haciéndolo salivar. Se quedó inmóvil, viendo la pita libanesa, que lo invitaba a darle un mordisco. Luego de varios segundos de indecisión, movió la cabeza y cerró la bolsa. Salió de su cuarto y la tiró al tacho de la basura.

---o---

El teléfono sonó fuerte en el bolsillo, lo que hizo que Laura y él se sobresaltaran, tan concentrados estaban en sus deberes. Lo sacó con cierta dificultad y contestó la llamada.

—Habla el detective Linares.

La voz al otro lado de la línea sonaba nerviosa. Escuchó con atención lo que le decía y tomó notas en la agenda compuesta de hojas de papel rayado sostenidas mediante un espiral de metal.

—¿Quién era? —preguntó Laura curiosa.

—Interesante —fue lo único que dijo, mientras dejaba el celular encima de la mesa, en medio de un montón de papeles dispersos.

—¿Está bien, detective? —preguntó Laura y vio la mirada del hombre que la había reclutado, perdida en el vacío.

Se incorporó y comenzó a pasear por la habitación con las manos metidas en los bolsillos. De improviso, tomó el celular y marcó frenéticamente un número. Esperó que contesten con la respiración agitada.

—¿Lo tienen todavía? —preguntó con voz enérgica—. Excelente, voy para allá.

Luego, más tranquilo, como si hubiera encontrado la respuesta

que buscaba, se sentó.

—Acabo de recibir un mensaje de Leoncio —dijo el detective, restregándose las manos—. Bueno, no directamente de él.

—¿De quién entonces? —preguntó Laura, inquieta.

—Leoncio no podrá reunirse con nosotros en persona nuevamente —explicó el detective—. Se contactará a través de un intermediario. ¿Conoces el restaurante libanés que está en la intersección de las calles D y E? ¿En el centro de la ciudad? ¿Dónde ocurrió el secuestro del periodista?

—La verdad, no.

—Después del secuestro del periodista Nicanor Egúsquiza, pudimos convencer a Abbud, el dueño de ese restaurante, para que trabaje por nosotros. El lugar es un antro de mala muerte donde sirven pésima comida, pero el dueño es honesto y no dudó en aceptar nuestra propuesta.

—¿Y qué tiene que ver con Leoncio? —preguntó Laura, al borde del colapso.

—Quedamos con Leoncio, antes de que se infiltre en la mafia de Urviola, que, si no podía hablar directamente con nosotros, que le dejara mensajes a Abbud. Esa fue la llamada que recibí.

—¿Y cuál es el mensaje?

—Leoncio nos ha dado los nombres de los tres jefes que controlan los negocios más lucrativos de la organización.

—¿Y a quién llamó usted?

—Me avisaron hoy que la policía realizó una redada de rutina en un local donde funcionaba una casa de apuestas clandestina. Uno de los nombres que Leoncio descubrió estaba en esa casa de apuestas, y ha sido arrestado. Lo tienen todavía bajo custodia. Me lo confirmaron en la llamada que hice.

—¿Y cuál es su nombre? —preguntó Laura, ya más calmada, al saber que Leoncio estaba bien, que no le había pasado nada que lamentar.

—Jean-Pierre Garibaldi —contestó el detective—. ¿Me acompañas?

Salieron ambos del edificio que fungía de cuartel general y

enrumbaron hacia la estación Colonia, estación escogida por el coronel Sebastián Cornejo para evitar que Adolfo Brezani metiera las narices donde no debía. Llegaron en media hora. Entraron al edificio identificándose ambos con sus placas y penetraron en el recinto. En el pasillo los esperaba el coronel Cornejo.

—Aniceto —dijo el coronel y tomó al detective por el brazo—. Ven conmigo.

Entraron a una oficina semivacía, cuyo único mobiliario eran tres sillas y dos archivadores de metal apoyados en la pared.

—Jefe —dijo Aniceto—. Antes que nada, le presento a Laura Estremadoyro, una nueva agente en el caso.

—Bienvenida, Laura —dijo el coronel y extendió la mano. Vio brillar los ojos de la muchacha, como si tuviera en frente a su actor preferido—. Mucho gusto de tenerte entre nosotros.

—El honor es mío, coronel —balbuceó Laura, sin creer todavía que estaba reunida con dos leyendas de la policía.

—Tenemos a Garibaldi —dijo el coronel y miró al detective—. Lo atrapamos ayer en la madrugada. ¿Qué hay con él?

Relató entonces cómo había recibido el mensaje de Leoncio, la información de la reunión de los jefes mafiosos y el por qué habían decidido confiar en el dueño del restaurante.

—¿Y ese Abbud? ¿Es de fiar?

—Su comida es malísima, como usted bien lo sabe —dijo el detective sonriendo—, pero es un hombre honesto. Según me contó, fue policía en su país de origen.

El coronel Cornejo se paseó por la habitación, si pasearse en tan minúsculo espacio era dar dos pasos hacia una dirección y dos pasos en sentido contrario. Pudo ver que sonreía, que movía la cabeza, como si no creyera en lo que estaba pasando.

—Aniceto —dijo al fin el coronel—. Estamos con suerte. Esto nos ha caído del cielo.

—Hay algo más —dijo el detective, para luego mencionar algo que no le había dicho a Laura—. Su nombre y el mío fueron mencionados en esa reunión. ¿Qué hacemos ahora?

—Tenemos que interrogarlo —dijo el coronel pensativo, sin

preocuparse realmente de que sus nombres fueran conocidos por la mafia—, pero, más que eso, debemos convencerlo de que trabaje para nosotros.

Sábado 17 de julio, diez de la noche

El Plymouth Barracuda verde chillón rodaba por la autopista semivacía a toda velocidad. El potente rugido del motor de seis cilindros imponía respeto en la larga pista de cuatro carriles, como anunciando que él era el dueño y señor del asfalto. Moncho manejaba callado y concentrado en la ruta. De cuando en cuando soltaba una carcajada, cuando pasaba en velocidad a un auto muy lento que circulaba en uno de los carriles donde se podía manejar a la velocidad máxima permitida.

Se preguntó por qué Tiburcio Otárola lo había llamado. Se había enterado de su existencia por el detective Aniceto Linares. Moncho no había dicho ni una palabra sobre él, hasta el día de hoy, que fue a recogerlo.

—Leoncito —dijo Moncho, abriéndole la puerta con un movimiento rápido—. Estás de suerte, el brazo derecho del gran jefe quiere verte.

—Nunca lo mencionaste —dijo Leoncio—. ¿Cómo se llama?

—Tiburcio Otárola —respondió Moncho—, alias Cara de Bebe.

—¿Y cuál es su rol en la organización?

—Es el cerebro, el que mueve los hilos. Nada se hace sin su consentimiento. El gran jefe confía mucho en él.

—Me imagino que, si quisiera, tomaría el poder.

—Olvídate —explicó Moncho, y salió de la autopista, dirigiéndose a la zona industrial de la ciudad—. Cara de Bebe mata por el gran jefe. Es su más leal servidor.

—El gran jefe sí que sabe escoger a su gente.

—¿Y cómo crees que es el dueño de media ciudad? ¿Y cómo crees que maneja el país?

—Parece que hablaras del presidente —dijo Leoncio, y lanzó el cuchillo imaginario en la mente del chofer de manos pálidas y venosas.

—Todavía no puedo decirte quién es el gran jefe, Leoncito —dijo rápidamente Moncho, y trató de enmendar el error de haber hablado de más—, pero pronto lo sabrás.

El auto llegó frente a una reja donde un guardia armado le pidió que se identifique. Alumbró con una linterna el documento que Moncho le mostró y luego la cara de este, para corroborar que eran la misma persona. Luego, dio un grito y la reja se abrió, dejándolo pasar. Avanzaron unos cuantos metros y se estacionaron frente a un edificio de tres pisos, sin luces, salvo por la entrada y una oficina en el último piso, de cuya ventana salía una luz resplandeciente.

—Aquí te espero, Leoncito —dijo Moncho—. Buena suerte.

Asintió con la cabeza y bajó del auto. Respiró profundo el aire nocturno, habitualmente fresco por la caída de la temperatura a esas horas y observó detenidamente el edificio de color blanco. La construcción contrastaba con el ambiente donde se encontraba. Para llegar a él, el auto había recorrido un terral y al costado se erguía, ruinosa y solitaria, una fábrica abandonada. El elegante edificio era una cachetada al pobre aspecto del lugar.

Caminó con paso seguro y entró al edificio. El lobby estaba iluminado por potentes focos blancos cuya luz se reflejaba en el brillante piso de cerámica pulida. El lobby era como un oasis en medio del desierto. Buscó el ascensor. Al encontrarlo, presionó el botón de subir y la máquina abrió sus puertas, invitándolo a entrar, como si una bestia salvaje quisiera engullirlo. Sintió que entraba a la boca de la bestia, adornada con letales dientes puntiagudos. Entró y las puertas se cerraron, escuchándose una voz femenina dándole la bienvenida. Presionó el botón número tres y se dejó conducir por la silenciosa máquina hasta el piso escogido. El ascensor se detuvo bruscamente, contrariamente a su desempeño reciente y las puertas se abrieron. Delante de él, observó a un hombre de traje que lo esperaba con las manos en los bolsillos.

—¿Así que tú eres el famoso Leoncio Mesa? —preguntó el hombre—. Pasa.

Con un movimiento de la mano lo invitó a pasar a una inmensa habitación. Parecía que ocupaba toda la superficie del tercer piso. Estaba elegantemente decorada, con muebles de cuero negro, una mesa de vidrio con sillas de plástico de color celeste y pinturas de temas variados en sus paredes. A un extremo del vasto espacio estaba

el infaltable escritorio de madera, con un inmenso monitor curvo en uno de sus lados. Se sentó en uno de los muebles de cuero y esperó a que su anfitrión lo hiciera.

—Me llamo Tiburcio Otárola —dijo el hombre, y extendió la mano, para luego sacarse el saco y colgarlo en el espaldar de una silla.

—Mucho gusto, señor Otárola —dijo Leoncio, mirándolo fijamente.

Lo que más le sorprendió, a parte de la elegancia con la que vestía, eran las maneras que tenía. Los movimientos que hacía eran como si fueran calculados, sin errores. Emanaba una energía particular. A primera impresión se notaba que era un hombre muy inteligente y astuto, que se diría podía conocerte solo con mirarte. Esa mirada taimada, sagaz, confirmaba la fama que tenía de hombre poderoso. Su rostro de niño travieso no lograba ocultar la ferocidad oculta detrás.

—¿Te preguntarás por qué estás hoy aquí? —preguntó Tiburcio Otárola, y sacó una cajita de metal de su saco.

—Eso mismo estaba pensando, señor Otárola.

—No tienes por qué asustarte —dijo mientras abría la caja. Ofreció un cigarrillo a Leoncio, que negó cortésmente con un movimiento de la mano.

—No estoy asustado —replicó Leoncio, con un poco de aprehensión.

—Estás aquí —dijo Tiburcio Otárola mientras prendía un cigarrillo con un encendedor dorado. Cerró con fuerza la tapa y el sonido metálico reverberó unos segundos en el espacioso ambiente—, porque me gusta darles la bienvenida personalmente a los nuevos miembros de la organización.

Retuvo con dificultad un suspiro de alivio. Durante el trayecto se imaginó que su coartada había sido descubierta y que había sido citado para ser asesinado, no sin antes ser torturado para que dijera para quién trabajaba. Se dijo que no debía ser pesimista, que debía esperar pacientemente lo que vendría.

—Gracias, señor Otárola.

—¿Te molesta que te vigilemos? —preguntó de sopetón el

hombre de traje.

Pensó unos momentos antes de responder. Se preguntó si habría una buena o una mala respuesta. Decidió ser lo más sincero posible.

—Mucho —contestó Leoncio, y soltó los músculos, dándose cuenta de que la posición de su cuerpo no había cambiado desde que se sentó—. No sé porque lo hacen. Ya les conté mi historia.

—Y ya la corroboramos —dijo Tiburcio Otárola dándole una profunda calada al cigarrillo, cuya punta ardió con un fulgor intenso —. Me gusta que reacciones así, con disgusto. Se nota que eres sincero, que no tienes miedo de decir lo que sientes. Eso para mí vale mucho.

—¿Eso quiere decir que la vigilancia acabó?

—En parte, al menos. El auto que de noche vigilaba tu departamento ya no está.

—Gracias.

—Leoncio —dijo mientras se incorporaba. Caminó hasta ponerse detrás del sofá donde había estado sentado y lo miró fijamente—. Nuestra organización es una de las más poderosas de la ciudad. Nuestro éxito se basa no solo en que somos buenos haciendo negocios sino en la gente que reclutamos. Todos somos como una familia, con problemas, pero siempre unida, pase lo que pase ¿Entiendes?

Asintió con la cabeza. No sabía el porqué de tanta perorata. Se preguntó si todos los reclutas habían pasado por esto. ¿Moncho habría pasado por esto? ¿Brazo Falso? ¿Cóndor?

—Nos dolió mucho lo que le pasó a Jimmy, lo queríamos mucho.

No sabía por qué, pero esas últimas palabras le sonaron falsas e impostadas. ¿A qué quería llegar? ¿Qué quería demostrar?

—Te agradezco lo que hiciste por Teófilo, fue un gran gesto.

—No fue nada —replicó Leoncio—. Fue solo una coincidencia que estuviera en el momento justo.

—Coincidencia, sí —dijo sonriendo Tiburcio Otárola—. Una muy sorprendente.

Esta vez sintió que las últimas palabras tenían una velada amenaza. Estaba seguro de que Otárola no creía su historia a pies juntillas. Creyó saber, en un momento de lucidez, el porqué de su

visita. Imaginó que el hombre que tenía enfrente se había transformado en una bestia feroz, que lo olfateaba, que retrocedía dos pasos antes de abalanzarse sobre él y lo despedazaba a dentelladas, dejando en el suelo una mancha oscura y viscosa, además de sus huesos pelados, regados por doquier. Por su mente pasó la idea de que él era el único recluta que había sido citado para que le dieran la "bienvenida" a la organización.

—Fue un gusto conocerte —finalizó abruptamente Tiburcio Otárola, dándole un fuerte apretón de manos

—El honor fue mío —replicó Leoncio un poco sorprendido, dirigiéndose al ascensor.

Salió del ascensor a paso rápido, con el fin de irse cuanto antes. Atravesó las puertas del edificio y al salir casi cae desmayado por la tensión sufrida hacía instantes. Entró al auto y dio un suspiro ante la atenta mirada de Moncho. Este no dijo nada, cruzó la reja y se internó por las amplias calles de la zona.

—Leoncito —dijo Moncho—. Traes una cara de muerto.

—¿Se nota? —dijo Leoncio, tomándose la frente.

—¿Qué tal estuvo la reunión?

—Bien, dentro de todo. Parecía que estaba dando un examen de admisión a una universidad. ¿Tú pasaste también por esto cuando te reclutaron?

—¿Yo? —preguntó incrédulo Moncho—. Tú has sido el único recluta que ha tenido una reunión privada con el brazo derecho del gran jefe. Hasta donde yo sé.

La confirmación de lo que había conjeturado hace unos instantes lo tranquilizó. Se dijo que había estado en una situación difícil, que lo había puesto a prueba. Si había salido con éxito, eso lo comprobaría más adelante, tal vez esa misma noche.

—Cuando recibiste el encargo de traerme, ¿qué se te pasó por la cabeza?

—Si te soy sincero —dijo Moncho poniéndose serio—. Pensé que te iban a matar.

—¿En serio?

—¿Para qué sino Cara de Bebe querría verte?

—Me dio la bienvenida.

—Pues eso si es una novedad.

Moncho no dijo más. Continuó manejando callado, infiel a su costumbre, él, que no paraba de hablar, él, que siempre tenía un comentario en la punta de la lengua, él, que reía por cualquier idiotez que se le cruzara por la cabeza.

—¿Qué hacemos mañana? —preguntó Leoncio, y quebró el silencio que se había impuesto en la cabina del auto, como un humo que los asfixiaba y que terminaría por acabar con ellos.

—No sé —contestó Moncho—. Espera mi llamada.

Llegaron a su departamento y bajó del auto sin decir nada. Moncho partió mudo también, como si hubieran vivido una experiencia fascinante, nunca antes vista, que los había dejado extenuados. Subió con paso fatigado las escaleras, abrió con cuidado la puerta principal y se dirigió a su cuarto. Una vez allí, se tiró encima de la cama, boca arriba, mirando el techo. Se preguntó qué había pasado en la oficina de Tiburcio Otárola. ¿Habría sacado nota aprobatoria? ¿Se había ganado la confianza del hombre más inteligente de la mafia? ¿O habría fracasado estrepitosamente? ¿Qué estaría haciendo Cara de Bebe en estos momentos? ¿Pensaría la forma de deshacerse de él? ¿Llamaría a Néstor Ísmodes para informarle lo que había decidido? ¿Este a su vez, timbraría a Mario Velezmoro, para que lo ejecutaran? ¿Seguirían estrictamente el orden jerárquico?

Se dijo que tenía que calmarse. Que todo había salido bien. Que no había de qué preocuparse. Sintió unas ganas terribles de llamar al detective y de hacerle partícipe de sus dudas y miedos. Tuvo deseos de abrazar a Laura, de oler sus cabellos, de besar esos labios dulces y carnosos. Pensó que la operación había estado en peligro. ¿O lo estaba aún? Con varias preguntas rondando en su cabeza, se desnudó y se metió a la ducha, con la esperanza de que el chorro de agua fría le despejara la mente y aclarara sus dudas.

Martes 20 de julio, ocho de la mañana

La reunión empezó a la hora indicada. El coronel Sebastián Cornejo había insistido en que fueran puntuales. El detective Linares llegó al cuartel general una media hora antes para poner un poco de orden y preparar café. Quitó los papeles desordenados que cubrían la superficie de la mesa y pasó un trapo mojado. Las trazas de humedad tardaron en disiparse. Dieron las ocho de la mañana y ya estaban cómodamente instalados el coronel Cornejo, Laura, Leoncio y él.

—¿No tuviste problemas en venir, Leoncio? —preguntó el detective Aniceto Linares—. ¿Nadie te siguió?

—No —contestó Leoncio—. Como ya no vigilan mi departamento, tengo más libertad de movimiento.

—Los he reunido esta mañana —interrumpió el coronel Sebastián Cornejo—, para conocer el avance del caso. Siempre hablo con el detective Linares, pero quería saber, directamente de ustedes, cómo les está yendo. Leoncio, puedes empezar.

—Antes que nada —empezó Leoncio—. Quería entregarles el organigrama definitivo de la organización de Urviola. Hasta donde yo sé, no hay nadie más involucrado.

Cada uno recibió una copia del documento donde se indicaba la estructura jerárquica de la mafia, desde el presidente a la cabeza, hasta Moncho, uno de los soldados que ejecutaba las órdenes que venían desde arriba.

—Excelente trabajo, Leoncio —exclamó el coronel Cornejo y repasó con la mirada el papel que tenía entre las manos—. Por primera vez tenemos un panorama claro de la mafia que enfrentamos. Supe que tuviste una reunión con Otárola. ¿Crees que sospeche algo?

Leoncio recordó al hombre de traje, las preguntas difíciles que le hizo, pero, sobre todo, la mirada de sospecha que provenía de unos ojos inteligentes y taimados.

—Creo que sospecha algo, pero no sabe gran cosa, si no yo estaría flotando en algún riachuelo perdido cerca al muelle.

—De todos los que has conocido, ¿crees que alguno esté dispuesto a colaborar con nosotros?

Aniceto al escuchar esto, recordó entonces el interrogatorio hecho a Jean-Pierre Garibaldi y las infructuosas maniobras para que los ayudara.

—Bueno, señor Garibaldi —había empezado el detective aquel día en que el Francés había sido arrestado—. Está usted hasta el cuello.

—¿De qué se me acusa? —retrucó a su vez Garibaldi—. No he hecho nada malo.

—No creo que sea tan cierto lo que usted dice —replicó el detective, y miró los gestos de autosuficiencia del sospechoso—. Se le encontró en una casa de apuestas ilegal y mucho efectivo en la caja fuerte.

—*¡Merde!* —explotó Garibaldi evidentemente molesto—. ¿O sea que uno no puede trabajar tranquilo en esta ciudad? *¿N´est pas?*

—Tranquilo. Sí —respondió el detective Linares, al remarcar que el hombre perdía los papeles—. Pero no ilegalmente.

—Igual voy a salir pronto de aquí —dijo Jean-Pierre Garibaldi sonriendo—. *C´est juste une question de temps*.

—Posiblemente —dijo el detective, diciéndose que este era el momento de arriesgarse, de jugarse el todo por el todo—, pero veo que usted es una persona inteligente y me gustaría ofrecerle un trato.

Vio que Garibaldi lo miraba extrañado. Los ojos bailoteaban en sus cuencas, como queriendo atrapar los pensamientos que se sucedían incesantemente en su cabeza. Al parecer, el sujeto no se esperaba hacia donde había girado el hilo de la conversación. Pensó que el hacer este tipo de ofrecimientos era un arma de doble filo, pues lo exponía a jugar sus cartas antes de estar seguro si ganaría la partida.

—¿Cuál trato? —preguntó Garibaldi, e hizo una mueca, como si no estuviera interesado en escuchar la propuesta.

—Nos gustaría que trabaje para nosotros —lanzó el detective—, a cambio de borrar las acusaciones que tenemos en su contra. Le ofrecemos inmunidad total.

Miró la cara del Francés. La mueca que había hecho hacía instantes seguía ahí, como si se hubiera quedado congelada en su rostro. Al cabo de unos segundos, sus ojos buscaron los del detective.

—*¡Jamais!* —gritó con la mirada enloquecida—. ¡Nunca!

El grito de Garibaldi todavía resonaba en su mente, cuando escuchó que Leoncio contestaba la pregunta hecha por el coronel.

—Hasta ahora no. No osaría proponerle eso ni al mismísimo Moncho, a quien le tengo mucha confianza. Diría que todos están felices trabajando para Urviola. Me imagino que es porque saben del poder que ostenta.

Observó al coronel Cornejo. Se le veía preocupado, tenso. La cara risueña de otras veces había desaparecido. Al parecer no estaba durmiendo bien. Este caso, sumado a tener que cuidarse las espaldas de Brezani, estaban haciendo mella en su ánimo.

—Bueno —exclamó resignado el coronel Cornejo—. Debemos conseguir las pruebas de otra manera. Laura, cuéntame si has encontrado algo en la computadora y los papeles incautados a Velezmoro.

Laura se movió en su asiento. Antes de hablar, revisó los papeles que tenía ante ella, para buscar tal vez la mejor manera de comenzar su exposición.

—Una idea que ya le había expuesto al detective Linares —comenzó Laura—, era seguir la ruta del dinero de las compañías ligadas a la organización de Urviola. En los documentos que encontré en los discos duros incautados, se mencionan los nombres de varias empresas. Al revisar sus estados financieros, pude ver que la mayoría de ellas, sino todas, sustentaban el noventa por ciento de sus ingresos con transacciones entre ellas mismas. Indagando más profundamente, pude constatar que las facturas están infladas y los movimientos de los inventarios no reflejan las ventas indicadas. Estoy cien por ciento segura de que las compañías han sido creadas para lavar el dinero sucio de la organización.

Vio que el coronel lo miraba y alzaba las cejas. Lo dicho por Laura era tan claro que no hacía falta que lo repitiera.

—Hay más —continuó Laura, y tomó un poco de aire antes de proseguir—. Al revisar las escrituras públicas de constitución, todas las compañías tienen a una sola persona como representante legal.

—¿Y quién es? —preguntó Leoncio con curiosidad.

—Arturo Páez, del estudio legal Páez y Páez abogados.

—¡Qué conveniente! —exclamó el detective.

—Este estudio de abogados —siguió hablando Laura— ha estado involucrado en las liberaciones de miembros de la organización de Urviola, siendo los más recientes, la liberación de Jimmy Tirado, Teófilo Condori, Mario Velezmoro y Jean-Pierre Garibaldi.

Todos se miraron entre sí, como si hubieran hecho un hallazgo sorprendente.

—Excelente trabajo, Laura —dijo el coronel con un mejor semblante—. ¿Qué necesitas para seguir investigando?

—Sé que no podemos permitirnos incorporar a alguien más al equipo, pero necesitamos un abogado que revise la documentación legal.

Vio que el coronel lo miraba de reojo, achinando los ojos, como dando a entender que él tenía la solución a sus problemas.

—Aniceto —dijo al fin el coronel—. ¿Estás pensando lo mismo que yo?

Seguro que ya lo había pensado, incluso mucho antes de la reunión.

—No estoy de acuerdo —respondió el detective—. Deberíamos llamar a otro abogado.

—Aniceto —insistió el coronel Cornejo—. Ella es nuestra única opción.

—¿De quién hablan? —inquirió Laura, y miró a ambos hombres.

—Su nombre es Gabriela Yoshida —explicó el coronel—. Es abogada. Trabajó en la división de narcóticos hace veinte años. Es amiga de Aniceto.

—Es muy arriesgado, no quiero ponerla en peligro.

—¿Le has preguntado qué piensa? —lanzó el coronel astutamente.

—No, no quiero hacerlo.

—Aniceto —dijo el coronel y suavizó la voz, pero dejó entrever la importancia del pedido—. Tienes que entender que este caso es de vida o muerte. Debemos usar todos los recursos que tengamos a nuestro alcance. Estoy seguro de que aceptará.

Se tomó la frente y echó la cabeza hacia abajo. Su corazón le decía que era totalmente inaceptable involucrar a Gabriela. Su cabeza le indicaba que ella era la única que podría ayudarlos. Era la decisión lógica, pero el amor que sentía por ella le hacía reaccionar de manera ilógica. Una batalla se producía en su interior: el deseo de protegerla de todos los peligros y el deber como policía de convocar a los más capacitados para ayudarlo en su tarea.

—Está bien —cedió el detective Aniceto Linares—. Le preguntaré, pero no intentaré de convencerla. Será ella la que tome la decisión. Le haré ver que es muy peligroso involucrarse. No esperen de mí un aliado en este asunto.

—Detective —intervino Laura—. Todos aquí estamos arriesgando nuestras vidas. Enfrentarse a la mafia de Urviola es casi suicida.

—Somos policías —replicó el detective—, y sabemos los riesgos que corremos, así como Gabriela lo sabía hasta antes de retirarse. Ella es una civil. No deberíamos ni mencionar su nombre.

—Detective —dijo Leoncio, y buscó las palabras adecuadas para que el detective no se enfadara más de lo que ya estaba—. Solo pregúntele, sin compromiso.

—Lo haré —finalizó el detective—. No se preocupen, lo haré.

Un silencio pesado y ominoso se apoderó de la habitación. Nadie, por algunos segundos, osó en romperlo. El tema espinoso de la abogada había puesto a muchos de mal humor.

—Bueno —quebró la atmósfera cargada el coronel Cornejo—. De mi parte, las cosas se están poniendo muy feas. La presión que ejerce Brezani para que yo presenté mi carta de renuncia son muy fuertes. No me lo pide él mismo porque sabe que el cuerpo policial no lo aceptaría, por eso lo hace subrepticiamente.

—¿De qué manera? —preguntó Laura.

—Cada vez me quita más y más atribuciones. Los delega a otros oficiales de su confianza. Al final voy a quedar como un fantoche con oficina. De no ser por la ayuda del coronel Montoya, en las sombras, ya no seguiría en la policía.

—¿Cómo está el coronel? —preguntó Aniceto, preocupado.

—No muy bien de salud —contestó el coronel Cornejo—. Hace

poco estuvo en el hospital, no se sentía nada bien. Ahora está en su casa, recuperándose.

—Me imagino que todo esto lo está afectando —concluyó el detective.

—Como a todos —replicó el coronel—, pero lo siente más por la edad que tiene.

—De mi lado —dijo el detective Linares—, el seguimiento que le hice a Néstor Ísmodes no dio resultado alguno. Ese tipo se mueve entre el restaurante de carnes y el burdel. No tiene otra rutina.

—Debemos tener cuidado —dijo Leoncio, y miró a todos los presentes—. La reunión que tuvieron el tres de julio significa que tomarán acciones. El hecho de que hayan mencionado al detective y al coronel no significa nada bueno.

—Sabíamos que tarde o temprano lo iban a hacer —asintió el coronel Sebastián Cornejo—. Ese era uno de los riesgos de enfrentarse a una mafia tan poderosa, que tiene como líder al mismo presidente de la república.

—El que maneja los hilos es Tiburcio Otárola —intervino Leoncio— Él es el que hace y deshace en la organización.

—Eso ha sido todo, muchachos y muchacha —dijo el coronel con una sonrisa—. Pueden retirarse.

Leoncio y Laura se retiraron primero. El coronel y él permitieron que estuvieran solos por unos momentos. Se quedaron en el interior y prendieron un cigarrillo.

—¿Cómo estás, Aniceto? —preguntó el coronel, mirándolo.

—Me agarró frío lo de Gabriela —contestó el detective—. Disculpe mi reacción, coronel.

—Es comprensible, yo hubiera reaccionado igual.

—Creo que hemos entrado a una etapa muy peligrosa de la investigación.

—Ni que lo digas. Pero has hecho un trabajo remarcable reclutando a esos dos muchachos. Tengo un buen presentimiento sobre el desenlace del caso.

—Yo no. Siento que una sombra se cierne sobre nosotros. Alguien saldrá herido. Esa es la única certeza que tengo.

—No se desanime, detective —dijo el coronel dándole una palmada en el hombro—. ¿Qué puede salir mal?

—Todo —contestó el detective y echó una calada al cigarro, mientras sentía un mal presagio en el corazón.

Jueves 22 de julio, nueve de la noche

Miró al techo por un buen rato. Trataba de recuperar el aliento, bastante agitado luego de acabar de hacer el amor con Gabriela. A su lado, ella, completamente desnuda, se aferraba a su pecho, mientras con la mano jugueteaba con los vellos allí plantados. El deseo que sentía hacía unos instantes se había convertido en una sensación de llenura y plenitud. El calor que emitía el cuerpo de Gabriela lo envolvía y lo aletargaba, como si fuera un polluelo debajo de las alas de su madre. Ambos sudaban y respiraban con dificultad, mientras subían y bajaban los diafragmas, en un intento de acompasar su respiración. Se pasó la lengua por los labios resecos, y sintió una vez más el sabor de la boca y del sexo de la mujer. Su miembro no se inmutó cuando ella pasó la mano, acariciándolo, como si le exigiera que despertase para gozar nuevamente de él. Sintió cosquillas, se movió inquieto y alzó la rodilla para evitar el contacto de la mano traviesa.

—¿Por qué te mueves? —preguntó Gabriela, y rio de manera coqueta.

—Porque si no, me va a dar un infarto.

—¿Cómo que un infarto? —preguntó y alzó la cabeza, mirándolo como dudando—. ¿Acaso un detective de la policía no debe estar en forma?

—En forma de barril —replicó Aniceto Linares, tocándose el abultado vientre, que desentonaba con la delgadez de brazos y piernas, consecuencia lógica del alejamiento de su antigua afición por el ejercicio físico.

—Yo te veo bien —dijo Gabriela dándole un beso en el vientre, para luego subir y morderle el cuello—. Me gusta tu pancita.

—Tú sí que sabes subirme el ánimo —dijo el detective abrazándola, para luego quedarse callado y ponerse serio.

—¿Pasa algo?

Se tapó con la sábana. Ni el maravilloso momento que había vivido con Gabriela podía quitar de su mente lo conversado dos días atrás con el coronel Cornejo, Laura y Leoncio. No quería comprometer

la seguridad de su amada, pero había prometido hacer la pregunta. No estaba contento de hacerla.

—Hace dos días tuve una reunión con el equipo y el coronel Cornejo sobre el caso Urviola.

—¿Cómo va el caso? —preguntó Gabriela, tapándose ella también, y apoyó la cabeza en la almohada.

—Avanza a paso lento —contestó el detective—. Necesitamos ayuda.

—¿Y yo puedo ayudar?

Pensó que no había sido necesario formular la pregunta que le carcomía el vientre desde hace cuarenta y ocho horas. Gabriela era tan inteligente que ya había intuido a donde iba la conversación.

—Esa fue la pregunta que me pidieron que te haga —admitió el detective con cara de preocupación—, pues necesitamos la ayuda de un abogado. Yo me opuse a hacerla, pero el coronel insistió.

—Tú también quieres que me una al equipo ¿no?

Se mordió el labio inferior con fuerza, y sintió el sabor metálico de la sangre que salía de un orificio microscópico. Pensó que, de alguna manera, Gabriela tenía razón. Por un lado, el temor que le pasara algo estaba presente y dolía como una estaca clavada en la espalda. Por el otro, soñaba con la remota idea de trabajar juntos, una vez más. Desde que la conoció había quedado impresionado por la habilidad e inteligencia de la exagente de la división de narcóticos. Hace veinte años, en las reuniones que se llevaban a cabo con el objetivo de atrapar al empresario exportador Máximo Corcuera, se deleitaba con las opiniones que ella vertía. No solo le atraía su belleza oriental, sino también su cerebro y la manera en que trabajaba. Al notar su entusiasmo, no tuvo más remedio que ceder.

—Me he quedado con la espina de trabajar nuevamente contigo —señaló el detective—. Eso no quita el hecho de que me preocupa el ponerte en peligro.

—Yo sé cuidarme —dijo Gabriela y endureció el tono de voz—. No necesito a una niñera a mi costado.

—Es que es un caso peligroso. No olvides que nos enfrentamos a una mafia cuya cabeza es el presidente.

—Eso ya me lo has contado. ¿Acaso no confías en mí?

Volteó la cabeza y se acercó a ella, robándole un beso. Luego le acarició el rostro, hundiéndose en la mirada llena de amor que Gabriela le prodigaba.

—Claro que confío en ti, amor —dijo el detective—, pero también está el tema de nuestra relación. No vaya a ser que se deteriore por culpa del caso.

—Yo también quiero trabajar contigo —dijo Gabriela—. Me gusta como piensas.

Sonrió. Se dijo que la admiración que se tenían el uno al otro era uno de los ingredientes principales para que la relación funcionara.

—Pero, será a tiempo parcial —añadió—. No quiero perder mi puesto en el estudio de abogados.

—No hay problema —asintió el detective—. Pueden ser unas horas a la semana.

—¿Y qué tengo que hacer exactamente?

—Ayudarás a Laura con la documentación legal encontrada en el último operativo que hicimos. Ella conoce la parte financiera, pero no mucho sobre la parte legal.

—¿Cuándo puedo empezar?

—Cuanto antes, mejor —dijo Aniceto.

—¡Qué emoción! —exclamó Gabriela, levantándose de la cama y buscando su trusa y su sostén debajo de las sábanas desordenadas y revueltas—. ¡Voy a trabajar nuevamente en la policía!

—¿Cómo haces para mantenerte tan linda a tu edad? —preguntó Aniceto y miró embobado el cuerpo firme y turgente de Gabriela.

—Detective —dijo sonriendo—. ¿No le da vergüenza mirar a una mujer desnuda?

—Para nada —dijo el detective, y abrió la boca para luego cerrarla sonoramente, como imitando una mordida.

—Hago ejercicio —detalló Gabriela—, me alimento saludable y duermo bien. Y además estoy enamorada.

Emitió un suspiro involuntario. A sus cincuenta años, Gabriela no tenía nada que envidiar a una treintañera sin hijos. Sus piernas de piel tersa y suave, sus muslos bien torneados, su cintura un poco

rolliza, pero firme; hacían de ella una diosa de la mitología griega.

—Yo también te amo —dijo Aniceto mandándole un beso volado —. Bueno, me tengo que ir.

—¿No quieres comer algo antes de irte? —preguntó Gabriela poniéndose un conjunto de algodón blanco.

—Voy a comer llegando a casa, así puedo conversar con Damián y saber qué tal le fue en la escuela.

Buscó su ropa entre las sábanas y debajo de la cama y se vistió con premura. Se acercó a Gabriela y se besaron prolongadamente debajo del dintel de la habitación. Se despidieron y salió del departamento rumbo a su auto. Durante el trayecto, pensó en el caso y en la manera cómo lograrían el objetivo de desarticular la mafia de Urviola. Gracias a Leoncio, ya sabían quién era quién en la organización mafiosa. Nunca había escuchado hablar de Tiburcio Otárola, quien, para él, era el poder en las sombras, el que manejaba los hilos, detrás de la importación de drogas, el contrabando o las apuestas. El relato que Leoncio había hecho de este lo pintaba como un tipo de temer, alguien muy inteligente y astuto como para dar un paso en falso, dejar un cabo suelto o cometer un error que permitiera dar con su paradero. Tuvo curiosidad. ¿Cómo sería el tal Otárola? Leoncio lo había descrito con pelos y detalles, pero le intrigaba su mirada, que, según el joven detective, lo había turbado de tal modo que, según sus palabras, había sentido que estaba pasando un test poligráfico o un examen de rayos X.

Recordó los otros nombres mencionados en la reunión: Néstor Ísmodes, el conocido Jean-Pierre Garibaldi y Noelio Leguizamón. Los verdaderos ejecutores de las órdenes impartidas desde lo alto. Se preguntó si alguno de ellos tendría un punto débil, algo que pudiera aprovechar en su favor. Del primero se podía decir, de acuerdo con la rutina estricta que tenía, que era un hombre apegado a las reglas de la organización a la cual pertenecía y que nunca iría contra el grupo que lo cobijaba. De un hombre tan cuadriculado no se podía esperar colaboración alguna. El segundo ya se había negado rotundamente a colaborar, a pesar de que, durante el interrogatorio, vio una luz de duda en sus ojos, como si estuviera a punto de decir: sí, acepto, tal

novio con la soga al cuello frente al altar. Quedaba el último. Leoncio no lo conocía personalmente, pero había escuchado que era el más ambicioso y que según lo dicho por el tal Moncho, ganas por escalar posiciones dentro de la jerarquía no le faltaban. Pensó que ese podía ser el eslabón débil de la cadena. Una cadena que, a su parecer, había empezado a debilitarse, por la excesiva confianza debido al poder que ostentaba y la impunidad de la cual, hasta ahora, gozaba.

Pensó nuevamente en Gabriela. Se cuestionó si había hecho bien en aceptarla en el equipo. Abrió la ventana y dejó que el aire frío entrara con libertad, y sintió que lo golpeaba y lo sofocaba. Necesitaba esa corriente de aire para pensar con más claridad. Salió de la autopista y se internó por las desoladas calles nocturnas, flanqueadas por edificios de departamentos e inmensas casas, con las luces apagadas, que ostentaban jardines bien cortados y podados. Algunos lucían grandes árboles de gruesos troncos, testigos mudos de las luchas de poder entre los hombres. Se dijo que la llegada de la abogada traería nuevos aires al grupo, un viento nuevo para tener una perspectiva diferente. Sin embargo, tenía que evitar que participara en los operativos en los locales de la mafia y en los futuros seguimientos que se harían a los miembros más importantes. Se prometió que no la dejaría hacer trabajo policial en las calles. Tenía que protegerla a como dé lugar. Ella era su responsabilidad, su más preciado tesoro. Nadie sabría que estaba trabajando con ellos. Hasta ahora el trabajo que hacían Leoncio, Laura y él, habían pasado desapercibidos en la policía. Sabía que Brezani estaba como loco buscando desesperadamente dónde operaba el equipo. El coronel Sebastián Cornejo hacía un trabajo remarcable al desviar la atención del director de la policía, mientras sembraba pistas falsas y trabajaba como si nada pasara. Se preguntó hasta cuando aguantaría tanta presión. No dudaba de la capacidad del coronel de manejar situaciones estresantes y difíciles, pero todo tenía un límite. Temió que en algún momento este colapsara, que la presión lo aplastara como si un muro de ladrillos le cayera encima. En la reunión del martes se le veía con buen semblante, aunque notó que había perdido peso.

Pensó también en Laura. La nueva recluta lo había sorprendido

gratamente. Su conocimiento del tema financiero y el aplomo para sugerir ideas, ocultaban el hecho de que estaba ante una jovencita de veintidós años, una niña que podría tranquilamente estar con sus amigos, estudiando en una universidad o haciendo cosas de una chica de su edad. El coronel Sebastián Cornejo era uno de los más entusiasmados con ella, tanto, que había pensado llevarla a la división de secuestros después del caso, si todo salía bien.

No cabía duda de que la nueva generación, con los exponentes que conocía, como Laura, Leoncio y Damián, reclamaban un lugar en la historia. Ya no eran más la posta de la antigua generación. Trazaban su propio camino, su propio derrotero. A pesar de eso, todavía los seguía viendo como niños. Tal vez por el hecho de que no hacía mucho, Damián seguía en el colegio, sin más preocupaciones que jugar con sus amigos y seguir a las chicas de su salón de clases. Se dijo que ya no eran más unos chicos. El trabajo de Leoncio como agente infiltrado, el de Laura como experta en temas financieros, el de Damián, próximo a convertirse en un psicólogo de éxito, lo corroboraba. Era tiempo de darles la posta, de darles la confianza para que destaquen. El coronel Cornejo y él ya habían cumplido. Solo faltaba un poco más y, quién sabe, dejaría la policía. El futuro de la institución estaba en buenas manos.

Domingo 25 de julio, una de la tarde

Era un domingo como cualquier otro. Se despertó tarde y se preparó un suculento desayuno: un par de huevos fritos, dos tajadas de pan tostado y un vaso de jugo de naranja. Comió solo y callado en la cocina desierta. Damián seguía durmiendo pues había llegado en la madrugada. Lo sintió caminar, entrar al baño y luego dirigirse a su cuarto. Sin hacer mucho ruido lavó los platos y fue a su habitación a cambiarse. La rala luz natural que entraba por la ventana y que atravesaba la cortina blanca de tul, mantenía en penumbras el cuarto donde a duras penas cabía una cama *Queen*, una mesa de noche y una cómoda de tres cajones, desfondados por el peso de la ropa apiñada en su interior. Dejó una nota a su hijo diciéndole que regresaría tarde y enrumbó al cuartel general. Llegó sin contratiempo y ya estaba por sentarse cuando timbró el celular. Era el coronel Sebastián Cornejo.

—Dígame, jefe —habló el detective Aniceto Linares.

—Aniceto —dijo el coronel Cornejo—. Disculpa que te moleste el domingo, pero necesito que vayas a un almacén abandonado cerca al cuartel general.

—Precisamente estoy por acá, vine a revisar unos papeles. ¿Qué es lo que pasa?

—Han encontrado un cuerpo, quiero que vayas a investigar.

—¿Algo relacionado con nuestro caso?

—Al parecer el muerto era parte del grupo comandado por Corina Guizado.

—Mándeme la dirección y voy enseguida.

Colgó y a los segundos recibió un mensaje de texto con la información requerida. Calculó que estaba a unos diez minutos del lugar. Salió del local y en menos del tiempo estimado llegó a un edificio rodeado por patrulleros que habían acordonado la entrada principal. Bajó del auto, se identificó con su placa, cuyo estuche de cuero tenía signos evidentes de desgaste por el reiterado uso, y pudo ingresar. Varios policías estaban dentro, unos tomaban fotografías y otros trazaban con tiza las pruebas esparcidas por el suelo del lugar. Caminó entre los agentes y comprobó con espanto que los pequeños

pedazos encerrados en los círculos trazados con tiza eran restos humanos. Alzó la vista y vio una decena de agentes que dibujaban círculos en el suelo, encerrando los restos esparcidos en una superficie del tamaño de una cancha de básquet. No tardó mucho en darse cuenta de que estaba en el escenario de lo que había sido una carnicería. Caminó hasta donde estaba un bulto tirado en el suelo, cubierto con periódicos. Alrededor de este se encontraban tres agentes que conversaban animadamente entre ellos. Al ver llegar al detective, callaron de improviso.

—Buenas tardes —dijo el policía y sacó una vez más su identificación—. Detective Linares.

—Mucho gusto, detective —saludó uno de los agentes adelantándose a los otros—. Agente Restrepo, a sus órdenes.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó el detective y guardó la placa en su saco.

—Recibimos una llamada anónima hoy temprano diciendo que se escuchaban gritos en el interior de este almacén. Llegamos en cuanto pudimos.

—¿Y qué encontraron?

El agente Restrepo se inclinó y descubrió el bulto que no era otra cosa que el cuerpo de un hombre, o lo que quedaba de él. Había sido descuartizado y desmembrado. La cabeza estaba a unos cuantos metros, así como sus extremidades. Lo que estaba debajo del papel periódico era el torso, vacío al interior. Rodeándolo se encontraban los diferentes órganos, prácticamente arrancados de su lugar: corazón, pulmones, riñón. Incluso los intestinos habían sido seccionados, luciéndose desparramados por doquier.

—¡Mierda! —exclamó el detective cubriéndose la boca, sintiendo que el par de huevos, las tostadas y el jugo de naranja ingeridos temprano luchaban por salir de su boca—. ¡Qué horror!

—Cuando llegamos —relató el agente Restrepo—, tuvimos que ahuyentar a varios perros que se daban un festín con los restos.

—¿Pudieron identificarlo?

—Encontramos sus manos intactas, así que pudimos verificar sus huellas dactilares en la base de datos de la computadora. Se llamaba

Federico Mendoza, alias Quico. Según los registros, trabajaba en un almacén cerca de aquí.

—¿Han ido para allá?

—Tenemos agentes interrogando a las personas que trabajan allí. Todavía no han terminado.

—Me gustaría ir para allá —pidió el detective.

—Vamos. Lo acompaño.

El oficial Restrepo partió, seguido del detective. Una muchedumbre de curiosos se apartó y dejó pasar a los autos, que hacían sonar las sirenas. Mientras manejaba, pensaba en la muerte atroz del hombre en el almacén. Era un asesinato deleznable. Se dijo que nadie merecía una muerte así, ni siquiera el más pérfido de los seres humanos. Un poco asqueado todavía por el espectáculo que había presenciado, vio que el agente estacionaba frente a un inmenso almacén, de donde entraban y salían camiones sin cesar, en un movimiento casi continuo. Se dirigió a la entrada y un auto antiguo color verde chillón le llamó la atención. Era sin lugar a duda un auto de colección. La pintura brillaba bajo los rayos del sol, mostrándose impecable, sin ningún rasguño visible en la superficie.

Ya en el interior, el almacén seguía en movimiento. Los montacargas transportaban pilas de cajas de un lugar a otro, donde varias decenas de personas entre hombres y mujeres, las abrían y separaban los objetos en su interior. Vio que el agente Restrepo hablaba con un grupo de hombres y se dirigió para allá. Cuál no sería su sorpresa, que, al llegar, vio que dentro del grupo se encontraba Leoncio. Se quedó mudo y de una pieza. Salió de su letargo cuando remarcó que Leoncio hacía un ligero movimiento de cabeza, como indicándole que no pasaba nada.

—Detective —dijo el agente Restrepo—. Estos hombres trabajan aquí. Conocen al occiso, pero dicen que no se presentó a trabajar desde el día de ayer.

—¿Quién dirige el almacén? —preguntó el detective, aun sin reponerse de la impresión causada por la presencia de su más cercano colaborador.

—No está el día de hoy —contestó un tipo flaco y huesudo con

un cigarro en los labios.

—¿Cómo se llama, si se puede saber?

—Claro que se puede —dijo el hombre de brazos esqueléticos—. Se llama Corina Guizado. No pudo venir hoy, nos pidió que nos encargáramos del almacén hasta su regreso.

—¿Vendrá hoy?

—No lo sabemos, detective…

—¿Sabe dónde vive? —continuó el detective sin hacer caso al remedo de pregunta del hombre del cigarro.

—No lo sabemos.

—Pueden retirarse.

Vio que Leoncio y el hombre flaco que, según la descripción dada por el joven detective, podría ser Moncho, se retiraban, cuando de improviso habló.

—Un momento —dijo el detective dirigiéndose a Leoncio—. Quiero hablar con usted joven, a solas.

Observó que Moncho se quedaba estático y miraba con una mueca a Leoncio. Luego de, al parecer, pensarlo con detenimiento, asintió con la cabeza, como dándole permiso para hacerlo. Una vez solos, el detective habló.

—¿Sabes qué pasó? —preguntó el detective susurrando.

—El tipo que mataron trabajaba aquí, era empleado de Corina Guizado —respondió Leoncio, corroborando la información dada por el coronel Sebastián Cornejo.

—¿Quién lo mató?

—Fue Corina.

El detective miró inquieto a su alrededor para ver si alguien los observaba, encontrándose con los ojos de Moncho, quien no se perdía ni uno solo de sus movimientos.

—Bueno, jovencito —dijo el detective en voz alta—. Puede retirarse.

Sin esperar que Leoncio se fuera, salió a la calle y se topó nuevamente con el agente Restrepo.

—Bueno, oficial, me retiro.

—¿Usted se va a encargar del caso? —preguntó el agente, con un

tono de alivio, como si quitarse el caso de encima fuera una de sus prioridades.

—Envíe todos los documentos al coronel Sebastián Cornejo. Él designará a los agentes que se ocuparán de este terrible asesinato.

—Como usted diga, detective —asintió el agente Restrepo.

Se dirigió a su auto, y pasó nuevamente al costado del auto antiguo color verde chillón. Se dijo con sorpresa que este era el famoso Plymouth Barracuda del que Leoncio había hablado tanto, propiedad del tan mentado Moncho. Era un bonito auto. Sintió ganas de sacar su llave y darle una buena rayada, pero luego se convenció de que un auto tan hermoso no tenía la culpa de ser propiedad de un delincuente mafioso. Desechó la idea, entró a su auto y se dirigió al cuartel general. Una vez allí, llamó por teléfono al coronel Sebastián Cornejo.

—Jefe —dijo el detective al escuchar la voz del coronel—. Acabo de regresar. Efectivamente, el muerto pertenece a la mafia de Urviola.

—Lo sabía —dijo el coronel entusiasmado.

—Algo más. Me encontré con Leoncio en el almacén que dirige Corina Guizado.

—¡Mierda! —gritó el coronel Cornejo, mientras el detective apartaba la bocina de su oído con una mueca de dolor—. ¿Y qué pasó?

—Leoncio se comportó muy bien. Más bien yo casi me orino del susto.

—¿Estaba solo?

—No, a su lado siempre está el tal Moncho. Lo sigue de arriba para abajo. Leoncio tiene razón al decir que todavía no confían al cien por ciento en él.

—¿Pudiste hablar con él?

—Por poco tiempo —explicó el detective—. Pero me confirmó que la asesina fue Corina Guizado.

—Dicen que esa mujer tiene arrebatos propios de un sicópata —señaló el coronel Sebastián Cornejo.

—No se equivocan los que dicen eso —dijo el detective—. Si hubiera visto la escena del crimen diría que el muerto fue atacado por una jauría de lobos salvajes.

—Tenemos que atraparla —dijo el coronel.

—Me pongo a trabajar en estos momentos, jefe. Lo mantendré informado.

Colgó la bocina. Pensó que estuvo a un paso de delatar a Leoncio. Felizmente, pudo controlarse a tiempo. La rápida reacción de este unida a su sangre fría, contribuyeron a que todo saliera bien. Recordó los rasgos de Moncho. A pesar de que Leoncio había dicho de que había hecho buenas migas con el tipo y de que se trataba de una persona confiable, el detective no estaba tan seguro. Lo que vio delante de él fue a una persona taimada y peligrosa, dispuesta a sacar su arma sin miramientos y disparar sin escrúpulos ni contemplaciones. Se dijo que ese era el tipo de delincuentes que conformaban la mafia de Urviola. Gente leal a su organización, perros de presa, mastines enlazados del cuello prestos a atacar en cualquier momento, dispuestos a defenderla a como dé lugar.

Buscó entre la pila de folders que yacía sobre la mesa y extrajo uno. Lo abrió. Vio que contenía la historia y antecedentes de Corina Guizado. Una foto de frente y de perfil mostraba a una mujer de mirada feroz. De pronto, su celular vibró. Un aviso apareció en la pantalla del aparato indicando que tenía un mensaje no leído. Era uno de Abbud, de parte de Leoncio. Indicaba una dirección y la frase “Objetivo localizado”. De inmediato llamó al coronel Cornejo.

—Jefe —dijo el detective un tanto agitado.

—¿Qué pasa? ¿Algún problema?

—Leoncio ha localizado a Corina. Tengo la dirección.

—Excelente.

—¿Puede reunir a los mismos agentes de la última operación?

—Puedo. Lo hago de inmediato. ¿Dónde quieres que se reúnan?

—Aquí, en el cuartel general.

—En una hora deben estar yendo para allá.

—Gracias, jefe.

Colgó y marcó con premura otro número.

—Laura —dijo el detective.

—¿Detective Linares? —contestó Laura, sorprendida.

—Vente, ahorita —ordenó el detective—. Haremos un operativo

para capturar a Corina Guizado.

Domingo 25 de julio, seis de la tarde

A la hora de haber hablado con el coronel Sebastián Cornejo, escuchó el ruido del camión portatropa estacionándose al exterior del cuartel general. Laura ya estaba con él, poniéndose el chaleco antibalas y revisando el estado de sus armas. Salió presuroso junto a ella. La miró de reojo y sonrió al recordar que estaba vestida como cuando la conoció por primera vez.

—¿Dónde está el sargento Benítez? —preguntó el detective, pues esperaba encontrar al líder que comandó la operación donde conoció a Laura.

—¿Detective Linares? —dijo un joven acercándose a él con la mano extendida—. Soy el sargento Quezada, a sus órdenes.

—¿Y el sargento Benítez? —insistió el detective.

—Sigue de descanso médico —contestó el joven sargento—. En un mes más debe reintegrarse a sus funciones.

Se quedó callado por unos instantes. Estaba un poco desilusionado por no tener al mismo equipo de la primera operación. El sargento Benítez lo había impresionado gratamente, pero al parecer, la bala que recibió en el primer operativo había dejado más daños de los que había imaginado.

—No hay problema —mintió el detective—. Estoy seguro de que usted liderará el grupo con éxito, sargento. ¿Están listos?

—Listos, señor.

El detective pasó revista rápidamente al grupo. Eran los mismos agentes de la vez anterior, salvo por el sargento. Vio que Laura charlaba y reía con algunos de ellos, tal vez agentes de su misma promoción de la academia de oficiales. Se preguntó cómo el coronel Cornejo se las había ingeniado para reclutar este grupo de agentes que, a todas luces, había sabido mantener en secreto los operativos contra la mafia de Urviola.

—Vamos, entonces —ordenó el detective.

El camión portatropa corría veloz por la larga autopista. Él lo seguía de cerca, sin encender la sirena pegada al techo. Para su

sorpresa, voltearon en una intersección, internándose por un barrio residencial. Había pensado que la dirección se encontraba en el barrio industrial. Avanzaron unas cuatro cuadras y se estacionaron frente a una casa de dos pisos que mostraba una fachada adornada con piedras decorativas. El jardín bien cuidado y cortado evidenciaba un gusto exquisito por el orden y la pulcritud. Los agentes bajaron del camión y, sin importarles pisar el jardín con el pasto meticulosamente podado, se dirigieron a la puerta principal. No habían avanzado unos cuantos metros, cuando de pronto se escucharon disparos y varios balazos impactaron en el vehículo, los que dejaron sendos agujeros redondos por donde salían volutas de humo.

—¡Cúbranse! —gritó el sargento Quezada.

El grupo se dispersó y los agentes se parapetaron tanto detrás de los carros, como detrás de algunos árboles que se erguían en los jardines aledaños. Se asomó y vio a Corina Guizado que sacaba el rostro por una de las ventanas del segundo piso con un fusil automático entre las manos.

—¡Hijos de mil putas! —gritó con furia la mujer—. ¡Atrápenme si pueden! ¡Aquí los espero, mierdas!

Diciendo esto, disparó varias veces contra los vehículos estacionados. Un sonido de una llanta desinflada hizo que todos voltearan en la dirección de dónde venía. Una de las llantas de un auto que se encontraba cerca había sido alcanzada por un disparo, luciendo chata y apachurrada contra el suelo por el peso del vehículo.

—¿Pedimos refuerzos, detective? —preguntó el sargento Quezada, escondido junto al detective detrás del camión portatropa, mientras tragaba saliva nerviosamente.

—No es una buena idea —contestó el detective, pues pensaba que, si hacían eso, Brezani se enteraría de la operación—. Manda más bien un grupo a la parte de atrás de la casa. Hay que cortar todas las salidas de escape.

Remarcó que el sargento presionaba un botón de la radio que colgaba en su hombro. Una voz le contestó que se ponían en marcha. Buscó a Laura con la mirada. La vio a lo lejos, apoyada en el tronco de un árbol, uno de los más cercanos a la casa de Corina Guizado. Pensó

que Laura era una de las agentes que más riesgos tomaban en este tipo de operativos. Vio que cuatro policías retrocedieron y corrieron por entre las casas aledañas para cubrir la parte posterior de la casa de dos pisos. Una vez más, Corina Guizado disparó una ráfaga que impactó contra los autos y el pavimento.

—¡Corina! —gritó el detective—. ¡Ríndete! ¡Te tenemos rodeada!

—¡Ni loca! ¡Primero muerta!

La radio del sargento Quezada sonó y una voz al otro lado explicó lo que había encontrado atrás de la casa.

—¿Qué pasa? —preguntó el detective, que no había entendido una palabra del mensaje que había salido de la radio.

—Hay una puerta al costado de la casa —explicó el sargento que había entendido el mensaje—. Creo que podemos entrar por ahí.

—¿Tú crees que sea segura? ¿No habrá explosivos?

La radio volvió a emitir un chasquido eléctrico. El sargento asintió y dijo que había comprendido.

—Hay dos agentes que acaban de entrar. Esperan mis instrucciones.

—Entremos, entonces.

El sargento ordenó por la radio que esperen antes de entrar. Pidió al grupo que estaba al interior de la casa que cuente hasta tres y que hagan ruido, con el fin de llamar la atención de Corina Guizado. Al cabo de un momento, el ruido llegó hasta sus oídos. Pudo ver que Corina se levantaba de donde estaba protegida y corría con el fusil en la mano, vociferando improperios. Esto aprovechó el sargento para dar la orden de entrar. Ya en el interior pudo escuchar que los disparos se sucedían sin orden ni concierto. Los gritos de Corina Guizado sobresalían de entre el ruido de las balas que chocaban con todo lo que encontraban a su paso. Esos gritos le helaron la sangre. Parecía que una bestia salvaje los emitía, sintiéndose acorralada y sin salida. Al final los disparos cesaron, pero los gritos continuaban. Se dirigió al lugar. Corina Guizado estaba en el suelo, mientras unos agentes la tenían sujeta, mientras trataban de esposarle manos y pies. La mujer se movía con violencia, gritando a todo pulmón.

—¡Suéltenme! ¡Suéltenme, hijos de mala madre! —gritaba

mientras trataba de morder a los agentes que la controlaban.

—Señora Guizado —dijo el detective—. Está usted arrestada por el asesinato de Federico Mendoza, alias Quico.

—¡No sabes con quién te metes, policía muerto de hambre! ¡Estás muerto! ¡No lo sabes todavía, pero eres cadáver!

—Detective —dijo Laura, quien era uno de los agentes que trataban de controlar a la mujer—. No hay heridos.

—Excelente —contestó—. Felicitaciones, sargento Quezada, fue un operativo limpio.

—Gracias, detective —contestó el sargento Quezada—. ¡Llévensela!

Vio como levantaban a Corina Guizado del suelo y la sacaban a la calle, tal vez ya resignada a su suerte. Observó con detenimiento la habitación donde se había producido el tiroteo. Esta daba al descanso de la escalera que conducía al segundo piso. Las paredes estaban repletas de agujeros de bala. El piso estaba regado de pedazos de cerámica y de astillas que provenían de los muebles de madera destrozados por el impacto de los proyectiles. Se preguntó cómo nadie había salido herido ante tal lluvia de balas. Se tuvo que agarrar de la pared cuando casi resbala con uno de los cientos de casquillos regados por el suelo. Parecía que estaba en zona de guerra, en uno de los tantos edificios bombardeados que se mostraban en los innumerables documentales sobre la primera y segunda guerra mundial. Solo faltan los muertos, pensó. El sonido de un disparo lo sacó de sus cavilaciones. El ruido había venido del exterior. Corrió como un orate y al salir vio un triste espectáculo. En el suelo yacía Corina Guizado. Un charco de sangre empezaba a formarse debajo de su cabeza. A un lado, parada con un arma en la mano, estaba Laura Estremadoyro, inmóvil, con la mirada perdida. Al cabo de unos segundos, cayó al suelo de rodillas. Temblaba y gritaba, presa de un ataque de pánico. Varios agentes se acercaron a ayudarla.

—¿Qué pasó? —preguntó el detective, incrédulo.

—Una desgracia —explicó el sargento Quezada que había presenciado todo lo acontecido—. Corina Guizado, de algún modo logró zafarse de las esposas que la tenían controlada y se apoderó del

arma de uno de nuestros agentes. Estaba a punto de dispararle cuando Laura fue más rápida y disparó primero.

Era una situación que no se la esperaba ni en el más pesimista de los escenarios. Daba por hecho que Corina Guizado fuera interrogada. Las huellas encontradas en el sitio del crimen iban a ser analizadas. No tenía dudas de que eran de ella. Si bien no esperaba una confesión completa, su testimonio hubiera podido confirmar ciertas sospechas que se tenían sobre la organización de la mafia de Urviola. Su muerte no conducía a nada bueno y menos el saber que la mano que había apretado el gatillo fuera de Laura. La reacción de esta al percatarse de lo que había hecho, demostraba que era la primera vez que le daba muerte a alguien. ¿Qué se podía esperar de una policía tan joven? ¿De la hija de un contador que trabajaba en la división de fraude financiero, rodeada de papeles, estados financieros y computadoras?

Llegaron dos ambulancias. Una se encargó del cuerpo de Corina Guizado. La otra se ocupó de Laura, quien todavía seguía en estado de shock. Sintió que el sargento Quezada se ponía a su costado.

—¿Está bien, detective? —escuchó que preguntaba el sargento.

—Nada bien —respondió—. Hemos perdido a una persona que podía darnos información muy valiosa.

—Era ella o uno de nosotros.

—No lo niego. Laura actuó correctamente. Solo que no esperaba un desenlace como este.

—Al menos, ninguno de nosotros salió herido.

—Buen trabajo, sargento Quezada —dijo el detective y le estrechó la mano amigablemente—. Lo felicito nuevamente.

Se dirigió rápidamente a su auto, sin esperar la respuesta del sargento. Activó el contacto y enrumbó al hospital donde habían llevado a Laura. Hizo una mueca de disgusto. Era el hospital Nuestro Perpetuo Socorro, el mismo hospital donde su madre había fallecido hacía dos meses. Las calles se le sucedían una tras otra, como si fueran parte del decorado de una obra teatral que se repetía día tras día, con el mismo actor principal. Todos los caminos conducen a Roma, pensó con desgano. Estacionó el auto cerca de la sala de urgencias y entró sin ver ni mirar a nadie. En la recepción, enseñó su placa y preguntó

por Laura Estremadoyro. Mientras esperaba la respuesta, apuntó la mirada hacia la sala de espera. Se vio a sí mismo, sentado en una de las sillas de plástico, dispuestas en fila, esperando al doctor que le traería la mala nueva. El carraspeo de la recepcionista lo hizo volver a la realidad. La mujer, sin dejar de mirar la pantalla de la computadora, alzó la mano y con el dedo señaló hacia el lugar donde se encontraban los cuartos de urgencia, separados solo por unas cortinillas de plástico, colgadas de unos ganchos que se sostenían de un riel corredizo. En ese momento una de las cortinillas se abrió y pudo ver en el interior a Laura, que se encontraba acostada encima de una camilla, con la cabeza apoyada en una almohada. Aliviado se dirigió donde estaba la joven policía.

—¿Laura? —preguntó—. ¿Estás despierta?

—¿Detective? —dijo la muchacha, y volteó la cabeza, mirándolo con una expresión de tristeza.

—Soy yo, ¿Cómo te encuentras?

Ni bien terminó de hablar, Laura comenzó a llorar desconsoladamente, mientras su cuerpo temblaba violentamente.

—Cálmate, ya pasó todo.

Unos minutos después, su cuerpo dejó de temblar y las lágrimas dejaron de mojar sus mejillas.

—¿Es la primera vez que le disparas a alguien? —preguntó el detective, tomándole de la mano.

—Primera vez en toda mi vida —respondió la muchacha, e hizo un puchero.

—Recuerdo mi primera vez —señaló el detective—. Fue horrible. Luego pasa y te acostumbras.

—Nunca me voy a acostumbrar.

—En este caso, era lo que tenías que hacer.

—¿Está muerta?

—Sí, el disparo le dio de lleno en la cabeza.

—¿Está molesto conmigo?

—Al contrario. Salvaste la vida de uno de los nuestros. Me imagino que te darán una condecoración.

—No bromee.

—No es broma. Yo lo recomendaría.

—¿Y qué pasa con la operación? —preguntó Laura inquieta.

—Bueno —respondió el detective—. Perdimos a una testigo valiosa, pero la mafia va a acusar el golpe. Tenemos que estar alertas.

Lunes 26 de julio, nueve de la mañana

El coronel Sebastián Cornejo acostumbraba a llegar a su oficina en la división de secuestros antes de las ocho de la mañana. Lo primero que hacía era dirigirse a la gran ventana que daba a la calle y descorría las cortinas para que la luz de la mañana iluminara el ambiente y permitiera que la claridad natural diera vida a los objetos inanimados que ocupaban la habitación. Acto seguido, colgaba en una percha el saco escogido para usar ese día, uno de los tantos que tenía en su guardarropa y se sentaba en su escritorio, mientras prendía la computadora. Luego se levantaba e iba a servirse un café a la pequeña cafetería que se encontraba a dos pasos de su oficina. A esa hora, el piso entero estaba desierto. Los agentes empezaban a llegar a las ocho y media, de a poco, sin hacer mucho ruido. A las nueve, el piso era un hervidero de gente que se desplazaba en todas direcciones. Unos llevaban papeles en la mano, otros vociferaban con el fin de comunicarse y coordinar los casos que se seguían. Algunos iban a buscarlo, con reportes en la mano o para pedir que se les autorice un gasto o una salida urgente y no planificada. Las más de las veces, estampaba su rúbrica sin pedir mayores explicaciones, con trazo fuerte, casi rompiendo el papel con la punta del lapicero. Otras pocas, hacía preguntas y pedía datos que sustentaran el pedido, antes de firmar.

Este día, el coronel había cumplido su rutina como siempre la hacía, sin alteraciones. Eran las ocho y media de la mañana y se imaginó que iba a ser un día cualquiera, pleno de reuniones con sus subordinados y con sus superiores. Frente a la computadora, movió el ratón para que desapareciera la foto de un buzo sumergido en las aguas de un mar calmo que servía como fondo de pantalla, y buscó el reporte que revisaba todos los días. Encontró la carpeta deseada y presionó dos veces sobre el archivo en formato PDF. Ante sus ojos apareció el documento actualizado diariamente con los números que indicaban el desempeño de la división: número de casos en desarrollo, número de casos resueltos, porcentaje de agentes asignados por caso, tasa porcentual de casos sin resolver con menos de treinta días, entre

treinta y sesenta, entre sesenta y noventa y más de noventa días. Sus ojos se deslizaron a través del documento buscando el nombre que tenía en la cabeza desde hacía dos meses: Aniceto Linares. A pesar de que el detective, en esos momentos, no se ocupaba de ningún caso de secuestro, nadie en la división tenía sus números. El porcentaje de casos resueltos por el detective seguía siendo de ochenta por ciento y nadie en el departamento estaba mínimamente cerca. Suspiró mientras pensaba que tenía que hablar con el detective cuanto antes. Ya estaba enterado de lo sucedido en el operativo del día anterior donde había muerto Corina Guizado. De pronto, a sus oídos llegó un ruido ensordecedor que provenía del exterior. Se asomó por la ventana y vio que una limosina negra se cuadraba delante del edificio, custodiada por cuatro policías en moto, dos adelante del auto y dos detrás. Vio que la puerta de la elegante máquina se abrió y de su interior emergió una figura que le era conocida: la del recién nombrado director general de la policía, Adolfo Brezani. Al ver que entraba al edificio con paso apresurado se dio cuenta de las intenciones del sujeto. Se sentó nuevamente delante de la computadora y esperó pacientemente. A lo lejos, a través de las paredes de vidrio que daban al piso repleto de cubículos, y que le permitían tener una vista privilegiada de lo que acontecía en la división a su cargo, vio llegar al enano contrahecho, que gritaba y empujaba a todo aquel que se encontrara en su camino. Se podría decir que echaba espuma por la boca cuando llegó y abrió la puerta con violencia.

—¡Por la puta madre, Cornejo! —gritó Brezani descontrolado—. ¡Por la puta madre!

Se quedó mirándolo, casi sin pestañear, mientras controlaba su respiración. Se dijo que tenía que guardar la calma, esperar a ver cómo se iba desarrollar la conversación. Por más que odiara al enano de circo tenía que ser muy cauteloso debido a la delicada situación en la que se encontraba.

—Buenos días, director Brezani —dijo tranquilamente—. ¿Por qué entra así a mi oficina? ¿Pasa algo malo?

Brezani cerró la puerta tras de él, mientras sus custodios se quedaban afuera, a los lados de la puerta. Vio que sudaba

copiosamente debajo del traje gris, adornado con medallas y condecoraciones propias del rango que ostentaba, pero ganadas quién sabe cómo y dónde.

—Entienda que usted es ahora mi subordinado —dijo Brezani, parado delante de él, señalándolo con el dedo índice, el dedo acusador —. Lejanos están los tiempos en los que usted me mandaba y me trataba como una mierda.

—Cálmese, director. ¿Qué ha pasado?

—¿Ahora me va a decir que no sabe? —vociferó el hombrecillo de brazos famélicos—. ¿Acaso no se enteró del operativo de ayer?

—Por supuesto, director —dijo y tiró el cuerpo para atrás, apoyándose en el espaldar de la silla de cuero—. Hubo un muerto, felizmente del lado de los malos.

—¡Me importa un pito de qué lado fue! ¿Quién mierda ordenó el operativo?

—Yo fui señor, pero le puedo explicar por qué lo hice.

—¡Hable, miserable!

—Señor director —dijo el coronel Cornejo, cansado de la teatralidad de la situación y de los improperios que vomitaba el enano de circo—. Por favor, respetos guardan respetos. No me insulte, por favor. Yo le puedo decir todo, pero le pediría que se calme.

Vio que Brezani retrocedía, como si hubiera un muro entre los dos, una columna de fuego o una muralla de agua puestas allí por Dios, según contaba la tradición judeocristiana.

—Está bien, hable.

—Ayer en la tarde recibí la información que había ocurrido un asesinato en la zona industrial de la ciudad. El muerto trabajaba con una persona que dirigía un almacén cerca de allí. Según varios testigos, el asesino era esa persona. Yo dispuse un equipo de agentes para ir a buscarla al sitio donde vivía.

—¿Y usted que tiene que ver con un asesinato? ¿Acaso no se encarga de secuestros?

—Lamentablemente, director, debido a los recientes despidos y pases a retiro, el puesto de jefe de la división de crímenes y asesinatos está vacante y se me encargó que lo ocupe interinamente.

—¿Y quién mierda lo designó a usted para que ocupe el cargo?

—Usted, señor.

Vio que Brezani palidecía y bajaba la cabeza, agarrándose el mentón, sin saber qué decir.

—Bueno —balbuceó Brezani confundido—. ¿Y luego? ¿Qué pasó?

—El equipo fue recibido a balazos por el sospechoso, que, a fin de cuentas, había resultado ser una mujer. La llegaron a atrapar, pero en un descuido se soltó y casi mata a uno de nuestros agentes. Felizmente, alguien de nuestro equipo disparó primero.

—¿Me dijeron que el detective Linares participó en la operación?

—Así fue —contestó el coronel Cornejo, e intuyó hacia donde quería dirigir la conversación el director de la policía. Se dijo que esta vez no podía mentir, que el enano ya estaba al tanto de todo. O casi todo.

—¿Y qué tenía que ver él allí? ¿El operativo está relacionado con el caso que está viendo?

—Sí. La muerta era sospechosa de una de las investigaciones que el detective tiene a su cargo.

—¿Qué investigaciones?

Se dio cuenta de que Brezani, o se hacía el tonto y solo quería que cayera en contradicciones o, efectivamente, solo sabía una parte de la verdad. Eligió esta vez cubrir al detective hasta donde la suerte y el azar lo permitieran.

—El detective participa en una operación conjunta con la división de narcóticos.

—Me dicen que no lo ven desde hace un par de meses por aquí. ¿Dónde opera?

Se quedó callado por un instante. Dar a Brezani esa información era firmar la pena de muerte del detective. Tenía que protegerlo a como dé lugar.

—No tiene un lugar fijo, hace trabajo de campo.

—¿Trabaja solo?

—Por el momento —mintió el coronel.

—Quiero que desmantele esa operación.

—¿Perdón?

—Como lo escuchó. Quiero que pare esa investigación conjunta y que el detective Linares sea afectado nuevamente a esta división.

—Permítame discrepar de esa orden, señor. El detective ha avanzado mucho las investigaciones. Desmantelar la operación significaría perder horas y horas de trabajo paciente y delicado.

—Anotado —dijo Brezani con un gesto de fastidio—. Ahora me retiro. Buenos días, coronel.

Vio que el hombrecillo de ancha caja torácica hacía el saludo policial y salía raudo de la oficina acompañado de su escolta. Se quedó sentado en su silla, pensativo. Se dijo que las cosas empeoraban. Por un lado, se avanzaba a paso lento, pero la reacción de la mafia era rápida y brutal. La visita de Brezani así lo demostraba. Se levantó de la silla y salió de la oficina de paredes de vidrio seguido por la mirada de todos los agentes presentes, desconcertados por lo que acababan de presenciar. Pocas veces habían visto que algún superior tratara así al coronel, cuya relación con los mandos jerárquicos siempre había sido de las mejores. Tomó el ascensor y se dirigió al primer piso, hacia una pequeña oficina que fungía como sala de interrogatorios. Cerró la puerta, sacó el celular del bolsillo del pantalón y marcó un número que se encontraba en la lista de favoritos del aparato. Alguien descolgó al otro lado de la línea.

—¿Coronel? —preguntó la voz, que no era otra que la del detective Aniceto Linares.

—Aniceto —dijo el coronel—. Malas noticias, estamos jodidos.

—¿Qué pasó?

—Brezani vino a verme hoy. Quiere que vuelvas a la división.

—¿Por lo de ayer?

—Así es. Parece que ya dejaron la cautela y ahora están contraatacando con todo lo que tienen.

—¿Qué hacemos?

—Lamentablemente, ya no podré ayudarte con los operativos. Al menos no oficialmente.

—Jefe —dijo el detective azorado—. Yo no regreso. El caso está peliagudo, pero estamos por buen camino.

—La única manera de que no regreses es que pidas permiso en la división. Así podrás dedicarte sin problemas al caso.

—Haré lo que usted diga, jefe. ¿Brezani sabe que Leoncio y Laura están conmigo?

—No creo. No los mencionó, solo a ti.

—¿Y usted cree que Brezani se trague el cuento de mi permiso?

—No lo sé, pero eso no es lo que me preocupa.

—¿Qué cosa es?

—Creo que la mafia va a tomar represalias contra nosotros. Debemos estar más vigilantes que nunca.

—Cuente con eso jefe. De mi lado, hablaré con Leoncio, Laura y Gabriela para acelerar las cosas.

—Buena idea. ¿Cómo tomó Gabriela la idea de trabajar con nosotros?

—Con demasiado entusiasmo para mi gusto.

—¿Le gustaría regresar a trabajar con nosotros?

—No creo —contestó el detective—. Ella ama a su trabajo, pero todavía le guarda cariño a la institución.

—No solamente a la institución, detective.

—Exacto —asintió el detective—. Eso es lo que más me preocupa.

Viernes 30 de julio, once de la mañana

Tenía en la mano el papel firmado por el coronel Sebastián Cornejo. Hacía cuatro días que había presentado la solicitud de permiso sin goce de haber y recién le llegaba, sellada y firmada por este. Un día antes había recibido la llamada.

—Aniceto —dijo el coronel al otro lado de la línea—. Brezani me acaba de llamar. No está nada contento con tu solicitud. Dice que es una farsa.

—Bueno —dijo el detective Aniceto Linares—. Eso no depende de él. Usted puede hacer y deshacer dentro de su división.

—Eso no es tan cierto que digamos. Siempre hay límites en lo que pueda o no hacer. Pero tienes razón al decir que no tuvo más remedio que aceptarla.

—¿Usted cree que conozca el cuartel general?

—No creo —contestó el coronel—, si no ya te hubiera caído una redada.

Dejó el papel en la mesa. Era un hecho. Ahora ya no trabajaba para la policía. El caso que tenía entre manos había pasado a ser uno clandestino, sin el apoyo oficial de su jefe y sin contar con los recursos a los que estaba acostumbrado. Cualquier apoyo que recibiera sería ilegal y considerado como un delito por cualquier tribunal de justicia. Cualquier persona que lo contactara a partir del día de hoy, sufriría las consecuencias. Pensó en Casimiro Mamani. Desde que el caso empezó, este había sido uno de sus más eficaces colaboradores en la sombra. Toda la información conseguida por medios digitales e informáticos provenían de él: videos de vigilancia de cámaras públicas, acceso a las cuentas de redes sociales de los principales sospechosos, pirateo de celulares incautados a los miembros de la mafia de Urviola, geolocalización de autos vía el sistema de GPS incorporado en cada uno de ellos. Se dijo que la tecnología se había vuelto de una gran ayuda para la policía. Sin embargo, los criminales se habían vuelto expertos en usar esas mismas tecnologías, por lo que la lucha entre el bien y el mal, la ley y el lumpen, seguía igual, sin la certeza de saber quién sería el vencedor.

Todo ese cúmulo de información era obtenido por Casimiro gracias a los famosos algoritmos de los que tanto se hablaba. A pesar de estar en la ignorancia total de cómo funcionaban, veía la importancia que tenían, no solo para resolver casos policiales, sino también en la vida diaria. El celular inteligente que había adquirido recientemente se lo demostraba. Ni bien hacía una consulta en el buscador de internet, recibía una decena de avisos publicitarios referidos a la búsqueda hecha previamente. Casimiro había intentado explicarle, sin éxito, cómo funcionaban los benditos algoritmos. Al cabo de cinco minutos se rindió. Su cerebro entrenado en buscar las más complejas pistas y soluciones no había sido entrenado para entender esa nueva era, en la cual la tecnología asumía un papel preponderante en la vida de todos.

A esa hora de la mañana, la luz del día entraba tenue por las ventanas rectangulares en lo más alto de una de las paredes de la oficina, señal de que el día avanzaba inexorablemente. Un fuerte ruido proveniente de su estómago lo conminó a levantarse y salir a buscar algo de comer. Ya frente al volante del auto miró el reloj: eran las once y media de la mañana. Tomó la pista y se dirigió a un centro comercial conformado por cuatro o cinco negocios, que quedaba a cinco minutos del cuartel general. Se le había antojado comida tailandesa, más precisamente, la famosa sopa *Pho*, que la había descubierto en una de las salidas que había tenido con Gabriela. Esta se componía de un caldo caliente donde flotaba una buena cantidad de fideos blancos hechos de arroz, verduras variadas, pedazos de jengibre y carnes: res, puerco y salchichas en trozos; todas crudas, cocinándose en el líquido hirviendo.

Salivó con el recuerdo del manjar tailandés y llegó a una intersección. Miró por el espejo retrovisor y se percató de que un auto estaba detrás de él con dos personas a bordo. Dos minutos después volteó en una avenida poco transitada y comprobó que el mismo auto que había visto en la intersección seguía detrás de él. Esta vez solo distinguió la silueta de los dos hombres: el piloto y el copiloto del auto. Parecían inmóviles, como dos estatuas dentro de un vehículo de demostración, como aquellos muñecos de prueba, los llamados *crash*

test dummies que los fabricantes de autos utilizan para comprobar si los sistemas de seguridad dentro de la cabina funcionan como deberían hacerlo. Recordó haber visto un documental sobre el tema. No recordaba mucho de lo que se había hablado, pero le quedó grabado en la cabeza los movimientos que hacían los muñecos cuando el auto se estrellaba contra un muro o contra otro auto: la flexión violenta del cuerpo, hacia adelante primero y luego hacia atrás, con la cabeza colgando y casi golpeándose con las rodillas dobladas, los brazos moviéndose sin control, en el espacio de medio segundo.

Volvió a mirar el espejo retrovisor y ya no vio al auto con los dos hombres en su interior. Falsa alarma, pensó, cuando de pronto, vio que el mismo auto aparecía a su lado derecho y lo embistió. Lo único que atinó a hacer fue tomar fuerte el volante con las dos manos y aguantar la embestida. El golpe fue brutal. Escuchó el horrible sonido del metal que se raspa contra otro y se dobla y saca chispas por la fricción. Se sintió un *crash test dummie* en una fábrica japonesa, observado por los ingenieros vestidos de blanco, con los lentes que ocultaban sus ojos rasgados, rascándose la barbilla, pensando si debían repetir el experimento, mientras recogían los pedazos de su cuerpo destrozado para armarlo nuevamente.

El auto se fue a la izquierda violentamente. Por acto reflejo giró el volante hacia el otro sentido, con la esperanza de mantenerse en su carril. Aun sin poder controlarlo sintió una segunda embestida. Esta vez no pudo hacer nada. Frenó con todas sus fuerzas pero se salió de la pista y quedó atravesado en la vía de emergencia. Aturdido y con las manos que apretaban aun el timón, vio que los dos hombres descendían del otro auto, que también había sufrido abolladuras, y se dirigían hacia él. Logró desenganchar el cinturón de seguridad, abrió la puerta y se dejó caer en el pavimento, para luego arrastrarse y quedarse apoyado en el chasis. El sonido de los disparos lo hizo agacharse mientras buscaba la pistola que llevaba en la sobaquera de cuero. La encontró. Con las balas zumbando por su cabeza, se agachó y disparó contras las piernas de sus atacantes. Alcanzó a uno de ellos, quien cayó al piso dando alaridos de dolor. Se arrodilló para incorporarse cuando sintió una quemazón en su brazo izquierdo. El

impacto lo hizo caer de espaldas, pero logró hacer un disparo, el que por fortuna penetró en el pecho del segundo atacante, que cayó al suelo como un bulto pesado e inerte.

Se quedó tirado por unos momentos, con la pistola en la mano, mirando al cielo que en esos momentos estaba claro y sin nubes. A pesar del intenso dolor que sentía en el brazo, una sensación de paz y tranquilidad lo envolvió. Lejanos escuchaba los gritos de la gente que había presenciado la balacera. Era como si no estuviera ahí. Como si no importara nada. Solo importaba ese momento, donde estaba en comunión con el cielo celeste, como si su cuerpo y su mente quisieran descansar y no saber nada de investigaciones, ni de mafias, ni de balaceras arteras. Trató de pensar, pero a su cabeza no llegaban imágenes ni sonidos. En esos instantes, cuando se desangraba, cuando su sangre oscurecía la tierra sobre la cual caía, eran solo él y el tiempo, que parecía haberse detenido. ¿Será esto la muerte?, pensó. ¿Será esto el preludio de la muerte?, razonó. Nunca había experimentado nada parecido, ni cuando luchó por su vida, hacía tres años, tendido en el quirófano de un hospital, mientras los cirujanos intentaban detener la hemorragia incontrolable. Esa vez no sintió nada. Solo supo lo que había pasado cuando se despertó en el hospital, bajo la atenta y preocupada mirada de su hijo Damián. Recordó súbitamente que tenía un hijo y el rostro de Gabriela apareció repentinamente.

Fue entonces cuando sintió el olor a pólvora quemada. El dolor en el brazo lo hizo gritar como un demente. La sensación de paz y tranquilidad había dado lugar a un lacerante ardor en la extremidad herida. Logró sentarse y vio el brazo: ensangrentado e inútil. El sabor de la tierra impregnó su boca, poniéndola más reseca de lo que ya estaba. Sintió que alguien se le acercaba a paso rápido.

—Échese —le dijo la voz—. Ya llega la ambulancia.

—Oiga —dijo el detective—. No soy un *crash test dummie,* ¿verdad?

---o---

Despertó con dolor de cabeza. Abrió los ojos con dificultad y se

vio echado en una cama de sábanas blancas, en una habitación de paredes blancas. Su brazo sano estaba conectado a un cojín colgado de un gancho. Quiso moverse y el dolor en el brazo herido le ordenó que estuviera quieto. Miró hacia la ventana y comprobó que ya era de noche. Recordó intempestivamente todo lo que había pasado. Luego de la balacera llegaron los paramédicos, lo cargaron y lo acostaron en una camilla. La sirena de la ambulancia ululaba en máximo volumen, mientras daba tumbos, como si rodara por una trocha. Sintió que el vehículo frenaba y que los paramédicos lo sacaban mientras vociferaban cosas ininteligibles. Vio caras de todo tipo cuando era transportado al interior del nosocomio. Caras de hombres y mujeres con la mirada de preocupación, como si estuvieran viendo a un muerto, como si ante ellos desfilara la parca, aquella que tarde o temprano nos visitará para decirnos que el juego se acabó, que no tenemos otra oportunidad más para enmendarnos, que no podremos pedir perdón a aquellos que hicimos daño, que no podremos pagar nuestras deudas. Pero esas no eran las únicas caras que vio ese día. Había otras. Caras de aquellos que no le tienen miedo a la muerte, de aquellos que están acostumbrados a lidiar con alguien medio muerto todos los días. No eran rostros de miedo. Eran rostros alertas, pletóricos de energía, como los de los soldados que se preparan para entrar en batalla. Rostros de aquellos que saben que tal vez morirán, que tal vez perderán la batalla, pero conscientes de que dieron todo con tal de evitar que gane la muerte.

Esos rostros fueron los que lo tranquilizaron. Aun viéndose tirado en la camilla mientras lo zarandeaban sin pedirle permiso, tocando su cuerpo como si fuera un pedazo de carne que sale del matadero directo al mercado; tuvo esperanzas. Sintió que estaba en buenas manos. No sabía explicar ese sentimiento. Solo lo tenía, como si fuera una premonición. Se abandonó a ellos, a esas personas de las cuales dependía su vida. No protestó. No injurió. Solo cerró los ojos y oró. Sí, oró. Una oración que su madre le había enseñado cuando era pequeño, un niño apenas:

Ángel de la guarda

Dulce compañía,
No me desampares, ni de noche, ni de día
Hasta que me entregues en los brazos,
De Jesús, José y María

La puerta se abrió de golpe. Volteó y pudo ver al coronel Sebastián Cornejo que se aproximaba a paso rápido. Estaba vestido con un polo delgado de manga larga, pantalón jean y zapatillas. Tenía el pelo alborotado y una incipiente barba se asomaba en su mentón. Todo lo contrario a la pulcra imagen que proyectaba siempre.

—¡Aniceto! —exclamó el coronel tomándole el brazo—. Vine en cuanto pude. ¿Estás bien?

—Jefe —dijo el detective, sintiendo todavía la boca seca y la lengua pastosa—. Qué gusto verlo.

De pronto, vio que el coronel apoyaba la cabeza en su brazo y comenzó a sollozar. Emitía fuertes gemidos y pudo apreciar que la cabeza temblaba violentamente, así como todo el cuerpo, como si fuera presa de violentas convulsiones.

—Jefe —dijo Aniceto, quedamente—. No se ponga así, ya estoy fuera de peligro.

—¡Conchesumadre! —exclamó el coronel, secándose las lágrimas y limpiándose la nariz por donde caían gruesas gotas de moco—. Pensé que te habías muerto.

—Hierba mala nunca muere, Sebastián.

—Esos hijos de puta me las van a pagar.

—¿Me alcanza un poco de agua, por favor?

El coronel hizo lo que le pedía. El contacto del agua con su boca fue como un bálsamo. Chasqueó la lengua que poco a poco recobraba la humedad habitual y tragó el agua hasta secar el vaso.

—¿Mejor? —preguntó el coronel.

—Gracias —dijo el detective.

—¿Cuéntame cómo fue?

—Me emboscaron. Me siguieron por varias cuadras. No sé si saben dónde queda el cuartel general.

—No hay problema. Te mudaremos.

—Usted es lo máximo, jefe. Pero, por favor, la próxima vez no llore, no va bien con su cargo.

—Lo tomaré en cuenta —dijo el coronel, para luego guiñar el ojo —. Gran pendejo.

Sábado 31 de julio, diez de la mañana

Leoncio acababa de prender la televisión cuando vio la noticia. La taza que contenía el café con leche recién hecho se le resbaló de las manos y se estrelló contra el suelo, haciéndose añicos por el impacto. Se acercó al aparato y alzó el volumen: "…el atentado se produjo el día de ayer al mediodía, en la zona industrial de la ciudad, lo que dejó como saldo un atacante herido y otro muerto y el detective Aniceto Linares herido de bala".

Sintió que el corazón se le salía del pecho. Una sensación de angustia lo invadió. Apagó la televisión. ¿El detective herido? ¿Por qué nadie le había avisado? ¿Por qué ni un mensaje siquiera? En eso, su teléfono sonó. Era Moncho. Lo esperaba al frente del edificio. Se sentó y se tomó la cabeza. Tenía que calmarse. Moncho no lo podía ver en ese estado de preocupación. Se plantó frente al espejo y se acomodó el pelo con las manos. Respiró profundo un par de veces y se dirigió a la puerta, con cuidado de no pisar los restos de la taza y el charco color marrón claro que se había formado en el suelo. Entró al auto y vio a Moncho con cara de disgusto.

—¿Viste las noticias? —preguntó Moncho, y enseñó los dientes.

—No —mintió Leoncio—. ¿Por qué lo preguntas?

—El detective Aniceto Linares resultó herido en una balacera el día de ayer.

—¿En serio? —dijo Leoncio y fingió sorpresa—. ¿Nosotros tuvimos algo que ver?

—Ese hijo de puta mató a uno de los nuestros e hirió a otro.

—¿Los conocías? —preguntó Leoncio, y contuvo las ganas de agarrar del cuello a Moncho y estrujarlo hasta dejarlo sin aire.

—De vista nomás, eran hombres de Carmelo —contestó Moncho. Aceleró y se pasó una luz amarilla—. Pobres chicos, no merecían terminar así.

—¿Y el detective?

—Solo tuvo un balazo en el hombro, nada grave. Pareciera que tuviera nueve vidas.

—Fue una jugada muy arriesgada —razonó Leoncio—. Hemos

fallado. Ahora la policía irá contra nosotros.

—¿Y qué querías? —rezongó Moncho, y aceleró, como si eso mostrara lo molesto que estaba—. ¿Que la muerte de Corina quedara impune?

Pensó bien en lo que iba a decir. Moncho estaba muy alterado. Nunca lo había visto tan fuera de sí.

—No te vayas a molestar con lo que voy a decir —dijo Leoncio y suavizó el tono de voz—, pero Corina no debió haber matado a Quico.

—Esa cojuda estaba loca, pues.

—Era muy impulsiva.

—Noelio está buscando a alguien que la reemplace, mientras tanto él hace el trabajo.

—¿Y quiénes son los candidatos?

—Aunque no lo creas, tú y yo y otros más.

—¿En serio? —preguntó sorprendido Leoncio.

—Así es y en estos momentos estamos yendo donde Noelio.

—¿Así, tan de improviso?

Esperó la respuesta en vano. Moncho había cerrado la boca y al parecer no tenía intenciones de abrirla en lo que restaba de camino. Luego de unos veinte minutos, llegaron a una tienda que se ubicaba en un pequeño centro comercial compuesta por unos ocho comercios. La tienda enfrente de ellos tenía el rimbombante nombre de “Glamour y Elegancia”. Recordó haber visto ese mismo nombre en varios sectores de la ciudad e incluso haber comprado en una de ellas.

—¿De quién es esta tienda? —preguntó Leoncio.

—Es propiedad de Noelio. Es una cadena de tiendas de ropa usada.

—Así que Noelio es dueño de esta cadena de tiendas. ¿La organización lo autoriza?

—Tiburcio dio su visto bueno.

—Tengo una pregunta antes de entrar —agregó Leoncio, y pensó en el atentado contra el detective Linares—. ¿Fue Otárola el que mandó matar al policía?

—Las órdenes siempre tienen el visto bueno del gran jefe y de Tiburcio. Le han puesto precio a la cabeza del detective y a su jefe.

—¿Quién es su jefe? —inquirió Leoncio, y trató de controlarse y no evidenciar la angustia que sentía.

—Escuché que un tal Cornejo. La verdad no me importa.

—¿Tampoco te importa el dinero?

—Claro, pero no me tomaré el trabajo de buscar a esos dos. Si los veo, los mato. ¿Por qué? ¿Quieres ser tú el héroe?

Palideció al escuchar lo dicho por Moncho. Qué cara habría puesto que lo escuchó reír a carcajadas.

—Tranquilo, Leoncito, estás verde todavía. No te me orines en los pantalones. Antes de aprender a correr, tienes que aprender a caminar. Ahora, vamos que nos esperan.

Descendieron del auto y Moncho tocó la puerta de la tienda que tenía un rótulo que decía: “Cerrado por inventario”. La puerta se abrió y los dejaron pasar. Al entrar remarcó el inmenso salón donde se apiñaban colgadores y estantes repletos de ropa de todo tipo y color. El espacio se dividía en tres ambientes bien separados e identificados: hombres, mujeres y niños. El sitio olía a ropa guardada y naftalina. Varios hombres y mujeres se afanaban en contar y clasificar las prendas, mientras otros apuntaban el resultado del conteo. Una voz lo hizo despertar.

—Moncho —gritó alguien—. Pasa tú primero.

Moncho se peinó con las manos, se arregló la chaqueta, apagó el cigarrillo con la suela de su zapato, y se dirigió con paso resuelto a la oficina de donde había salido la voz autoritaria. Leoncio aprovechó y echó nuevamente un vistazo a la gente que trabajaba. Parecían robots. No hablaban, no sonreían, no gesticulaban. Sus movimientos eran automáticos, como si hubieran sido programados para esa tarea. Recordó haber visto las mismas caras cuando fue al almacén donde trabajaba Corina Guizado. Escrutó los rostros y supo la razón de la actitud que tenían. En sus rostros se dibujaba un miedo atroz. Los ojos saltones, la cabeza gacha, los dedos llevándose a la boca que ordenaban no decir nada. Vio que uno de ellos volteó la cabeza hacia él cuando un grito resonó en el ambiente.

—¡A trabajar, señores!

El grito provino de arriba. Alzó la cabeza y se encontró con

varios hombres armados que vigilaban a los trabajadores. Volteó a ver al hombre que lo había buscado con la mirada, pero ya había vuelto a concentrarse en sus tareas. Al cabo de veinte minutos, escuchó que la puerta de la oficina se abrió y vio que salía Moncho. Tenía el semblante adusto. Caminó despacio hacia él con la mirada perdida.

—¿Qué tal te fue? —preguntó Leoncio intrigado.

—Nos vemos en el auto, Leoncito

—¡Que pase el siguiente! —dijo nuevamente la voz que venía de la oficina.

Observó que Moncho caminaba con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha, buscando patear cualquier cosa que encontrara en su camino. Se preguntó qué habría pasado adentro. Miró hacia arriba y vio que uno de los hombres armados le hacía señas con la metralleta para que entre. Hizo caso. Adentro vio a un hombre de unos treinta y cinco años, sentado detrás de un escritorio, mirándolo fijamente.

—Siéntate —ordenó el hombre—. ¿Nombre?

—Leoncio Mesa.

—Así que tú eres el nuevo recluta de Mario —dijo el hombre, mirándolo con desdén—. Me llamo Noelio Leguizamón. ¿Sabes por qué estás acá?

—Quiere hablar conmigo para saber si soy capaz de cubrir el puesto de Corina Guizado —dijo Leoncio.

Fue en ese momento que decidió arriesgarse. Si Noelio Leguizamón era tal cual lo había descrito Moncho, era una oportunidad inmejorable para poner en práctica un plan que había estado rumiando desde no hacía mucho.

—Exacto —dijo Noelio, y apretó los labios—. Espero que estés a la altura de mis preguntas, no como tu amigo Moncho.

—Haré lo que pueda, señor.

—Bueno, tienes una mirada despierta, me gusta eso. Pareces una buena persona, cosa que no me gusta para nada. ¿Viste a los trabajadores allá afuera?

—Sí, los vi.

—¿Qué opinas de ellos?

—He visto que trabajan muy concentrados. No hablan. Pareciera

que estuvieran asustados.

—¿Y por qué crees eso?

—Creo que están asustados porque piensan que los van a matar.

—¿A matar?

—Sí, a matar. Asumo que creen que usted los culpa de la muerte de Corina. Creen que usted los acusará de haberla traicionado, de haberle dicho a la policía dónde estaba ella.

—¿Eso es lo que crees?

—Están muertos de miedo. Solo hace falta mirarlos para que uno se dé cuenta.

—Me habían hablado de ti, pero nunca pensé que fueras tan osado.

—Usted me pidió mi opinión, señor.

—¿Y qué opinas de la muerte de Corina?

—Tarde o temprano tenía que suceder. Su comportamiento violento fue el gatillo que accionó su muerte.

—¿Acaso te crees tan implacable como ella? ¿Acaso te crees mejor que ella?

—En muchos aspectos sí, en otros no.

—Corina era la mejor. No tengas la osadía de insultarla. Mis tiendas funcionaban gracias a ella. Ahora no sé qué voy a hacer.

—¿Qué piensa de la organización? ¿Cree que vamos por buen camino?

Sintió que Noelio Leguizamón lo miraba como si recién acabara de descubrir su presencia.

—¿Quién chucha te crees que eres? —preguntó, y vio que se acercaba hasta pegar el rostro con el suyo. Sintió cosquillas por el aire que salía de su nariz. Estaba tan cerca que pensó recibir un beso furtivo.

—Es solo una pregunta, señor.

Vio que se alejaba tan intempestivamente como se había acercado.

—Antes de darte mi opinión, quisiera escuchar la tuya.

—¿Me permite hablarle francamente?

—Adelante.

Se paró de la silla. Las piernas se le habían entumecido por el nerviosismo y la tensión que agarrotaba sus músculos.

—Creo que fue un error atacar al policía.

Paró de hablar. Miró el rostro de Noelio Leguizamón. Pudo ver que no reaccionaba. Al parecer, Moncho había tenido razón al decir que Noelio era uno de los jefes que más se oponía a las decisiones de Tiburcio Otárola. Su ambición desmedida, según lo contaba Moncho, le hacía creer que algún día podría ocupar el puesto de la mano derecha de Urviola. Al ver que sus palabras no provocaban ninguna reacción violenta, continuó.

—Creo que el señor Otárola se ha equivocado en la estrategia.

—¡Eso! —gritó Noelio, como si despertara de un coma—. ¡Fue una mala jugada! ¡De principio a fin!

—Creo que usted debería ser quien tome el liderazgo de esta organización —dijo Leoncio, tocándole el lado más vulnerable e influenciable.

—¿En verdad lo crees?

—Lo creo, en serio, y puede contar con mi apoyo.

Lo vio sonreír. Era una sonrisa que más parecía una mueca de alguien que vislumbra un camino no transitado, virgen, pletórico de posibilidades.

—Puedes irte —dijo Noelio de improviso—. No tienes el puesto.

—¿Me puede decir si esta conversación quedará entre nosotros?

—Si esta conversación me hubiera disgustado —apuntó Noelio —, ahorita mismo estuvieras en el suelo, lleno de agujeros de bala. Lárgate.

Lunes 2 de agosto, siete de la noche

Estaba en medio de ollas humeantes, sartenes chisporroteantes y una campana extractora ruidosa cuando sonó el teléfono. El timbrazo, apenas imperceptible en medio de la orquesta sinfónica que resultaba la cocina en producción, no lo escuchó cuando sonó por primera vez. La segunda vez tampoco. Se dio cuenta de que el teléfono sonaba y vibraba porque, de manera casual y fortuita, sus ojos se posaron en el aparato. Vio que la pantalla se iluminaba y que el modo en vibración lo hacía girar de a pocos y moverse de su sitio, corriendo el riesgo de caer al suelo y hacerse pedazos. Se imaginó que era Laura, quien se había quedado un rato más en el nuevo cuartel general, acondicionado en tiempo récord, o el coronel Cornejo, para preguntarle cómo estaba.

Hacía un día que había sido dado de alta del hospital. La herida producida por la bala asesina no había sido de cuidado. La cuantiosa pérdida de sangre fue la causante de haberse quedado en el hospital un día más de lo que una herida como esa sugería. Había salido del hospital por sus propios medios, con el brazo apoyado en un cabestrillo que se sostenía dando una vuelta al torso. Damián lo había ido a recoger e iba a encargarse del cuidado de la casa. Ese día, sin embargo, había salido a una reunión con amigos. Cansado de no hacer nada, se le ocurrió cocinar, aun con el brazo herido. Se dijo que iba a intentar hacer algo fácil. Probó cortar una cebolla. Lo logró. Sonrió feliz y agradeció que el brazo inútil fuera el izquierdo. No le gustaba mucho cocinar, pero cuando lo hacía, se sentía una persona feliz, seguro de que de sus manos saldría algo que tendría un fin práctico. Había un cierto orgullo en su mirada cuando contemplaba el plato ya hecho. Siempre se maravillaba de que mezclar verduras, carne y especias produjera algo tan delicioso para el paladar. Pero, además del fruto de su esfuerzo, era el viaje en sí lo que también valía la pena hacer; el manipular utensilios y cortar y desmenuzar y mezclar, era lo que le producía una satisfacción plena. Tomó el teléfono y vio que era Gabriela quien llamaba.

—¿Aló? ¿Amor?

—¿Hablo con el detective Linares? —dijo una voz de hombre al

otro lado de la línea.

—¿Quién habla? —preguntó el detective, y apagó la campana extractora y las hornillas de la cocina—. ¿Qué hace usted con este teléfono?

—Escuche bien lo que le voy a decir —dijo la voz con tono seco y cortante—. Su amiga está bien.

Se quedó mudo, sin poder reaccionar. Sus peores temores se volvían realidad. De inmediato supo que había fallado en proteger a Gabriela. Trató de calmarse, pero no lo logró. Los pensamientos se sucedían en su cabeza, uno tras otro, sin cesar. Oscuros nubarrones pasaban por su mente, haciéndole presagiar un desenlace fatal.

—¿Ella está bien? —preguntó nerviosamente.

Escuchó que la voz se alejaba del teléfono. Escuchó ruidos ininteligibles, se escucharon pasos y luego un jadeo.

—Aniceto, amor —dijo la voz inquieta de Gabriela—. Estoy bien, no te preocupes.

—¿Aló? ¿No te han hecho daño?

—Ella está bien —dijo nuevamente la voz—, como lo ha podido comprobar.

—¿Qué es lo que quieren?

—Queremos que deje la investigación que está llevando a cabo.

—¿Qué investigación?

—Detective, no se haga el tonto —acotó la voz con un dejo de fastidio—. Usted y yo sabemos de qué estamos hablando.

—Suelten a la mujer, ella no tiene nada que ver con lo que estoy haciendo.

—Tal vez, pero es nuestra garantía de que usted hará lo que le digamos.

Respiró aliviado. Al parecer, no sabían que Gabriela estaba involucrada en la investigación a Urviola. La tenían solo porque estaba relacionada sentimentalmente a él.

—No le hagan daño —pidió el detective, para luego lanzar una velada amenaza—. No se atrevan a tocarle un pelo.

—Tranquilo, detective. Si usted colabora, no le pasará nada. Sin embargo, la tendremos con nosotros hasta que usted cumpla con su

palabra.

—Yo no soy tan importante como ustedes creen. Si renuncio, otro vendrá a ocupar mi puesto.

—Eso déjenoslo a nosotros —dijo la voz con un marcado tono de confianza—. Usted solo cumpla con su parte.

—Está bien, lo haré.

—Sabemos que lo hará, pero usted no decidirá el cómo y el cuándo.

—¿Ah? ¿no?

—Pasado mañana irá a la oficina del director Adolfo Brezani llevando su carta de renuncia. No hablará con el coronel Cornejo. Su renuncia será presentada al director de la policía

—Está bien.

Sintió que colgaban el teléfono. Abatido, fue a la sala y se sentó en uno de los sillones que estaban dispuestos frente al televisor que colgaba del muro. ¿Cuál sería ahora el siguiente paso? ¿Qué debía hacer?

Los recuerdos de los momentos que había pasado con Gabriela se agolparon en su mente. Se dijo que involucrarse con ella en medio del caso había sido una decisión irreflexiva y peligrosa. Debió haber sido más fuerte, más inflexible, y no haberla llamado. Por su culpa, una persona totalmente inocente estaba ahora viviendo cosas que nunca debieron haber pasado. Pensó en cómo estaría ella ahora. Se la imaginó calmada, desafiante, combativa. Una mujer de armas tomar, que no le temía miedo a nada. Una mujer que se asemejaba mucho a su madre; que no tenía temor de tomar las riendas de una situación peliaguda, que se ponía delante de todos para afrontar lo que viniera, sin retroceder, liderando la resistencia, aun poniendo en riesgo su vida si era necesario.

Así había sido en la operación que le costó la vida a su compañero Jacobo Quinteros, hacía veinte años. Parecía como si hubiera sucedido ayer. Todavía parecía ver a Gabriela al mando del grupo que entró a la casa del empresario exportador Máximo Corcuera, uno de los peones de Patricio Urviola. A pesar de los años transcurridos, Gabriela tenía aun esa misma actitud de determinación,

de no retroceder ante nada ni nadie. Se preguntó por qué siempre le gustaba tener en su vida a mujeres de personalidad fuerte: Noelia y ahora Gabriela. ¿Acaso fuera el hecho de haber tenido una madre así? Nunca se consideró alguien de personalidad fuerte y avasalladora. Quizás por eso, seguía todavía como detective, sin la responsabilidad que conlleva tener un cargo más importante. ¿Sería que buscaba suplir esa carencia juntándose con mujeres que sí la tenían? Alguna vez intentó una relación con alguien que dependía mucho de él, que esperaba una palabra suya para actuar. No resultó. No tenía interés de ser solo él quien llevara el timón de la relación. No quería a su lado a alguien que hiciera lo que él quisiera, sino a alguien que lo refute, que lo cuestione, que lo haga pensar dos veces antes de tomar una decisión. Necesitaba a su lado un socio, no una seguidora.

Inquieto por la situación en la que se encontraba su pareja, no se desesperó. Sabía que Gabriela estaría bien, que se comportaría con aplomo. No perdería los papeles, no lloraría, no pediría por favor que no le hagan daño, no suplicaría que la liberen. Se imaginó a sus captores, esbirros de Otárola y Urviola, impresionados por la mujer que tenían enfrente. Incluso la tratarían con respeto, como a uno de sus pares. Le invitarían un cigarrillo, hablarían con ella y se darían cuenta de que tenían frente a ellos a una mujer que no se dejaría intimidar fácilmente. Además, Otárola no era un tonto como para dejar que la dañasen. Si era tan inteligente como decían, sabía perfectamente que tocarle un pelo significaría la caída estrepitosa de la organización mafiosa. Al menos de su parte, la respuesta sería devastadora. Sin importar el precio a pagar.

---o---

No se inmutó cuando le quitaron el teléfono y no la dejaron seguir hablando. Tampoco pestañeó cuando recibió la orden de regresar a su lugar para ponerle los grilletes en las manos y en las piernas. Miraba todo, calmada y ecuánime. Observaba el lugar húmedo y pobremente iluminado, a sus captores que la habían interceptado cuando regresaba del estudio de abogados donde

trabajaba. No portaba armas, por eso fue tan fácil reducirla. Quiso oponer resistencia, pero cuatro hombres fuertemente armados la sacaron del auto y la trajeron aquí. Mientras el hombre al teléfono seguía conversando con el detective, deseó que este no perdiera la sangre fría que lo caracterizaba. Cuando le pasaron el auricular, trató de ser lo más práctica posible, lo más serena, sin escenas de pánico que pudieran dar pie a una reacción exagerada.

Se sentó en el suelo y analizó la situación. Cuatro hombres armados hasta los dientes, tres de ellos que no le quitaban la vista de encima, mientras el cuarto seguía hablando por el celular. Trató de escuchar sonidos que vinieran de afuera, el paso de un auto, de un tren, de un avión que le pudiera indicar su localización; el ladrido de un perro, el llanto de un niño. Nada de eso llegó a sus oídos. El cuarto mal ventilado no tenía ventanas. Una sola puerta de metal comunicaba con el exterior o en su defecto, con otra sombría habitación que buscaba impedir una posible huida. Los tres hombres tenían porte atlético, como de militares y portaban lentes oscuros que hacían difícil una posterior identificación.

Finalmente, el tipo del teléfono cortó la comunicación, guardó el celular en el bolsillo y se dirigió a donde estaba ella.

—Señorita Yoshida —dijo el hombre—. Estará con nosotros hasta tener noticias del detective Linares. No se preocupe, no le haremos daño, salvo si usted no colabora.

—No haré nada —dijo Gabriela y miró fijamente a su interlocutor—, pero al menos déjenme sentarme en una silla, el suelo está frío.

—Claro, como no —dijo el hombre que también portaba lentes oscuros e hizo un ademán con la cabeza a uno de sus compinches—. Aquí estamos para servirla.

—Gracias —dijo Gabriela cuando uno de sus captores la llevó a una cama que se encontraba en una esquina de la oscura habitación y que no había reparado en ella desde un principio.

—¿Tiene hambre?

—Sí, un poco.

Nuevamente vio el ademán con la cabeza. Dedujo que sus

carceleros eran tipos bien entrenados. Salvo el hombre que habló con el detective, los otros no habían dicho ni una palabra desde que la interceptaron. Ningún nombre se pronunció, ningún gesto se hizo que mostrara una desavenencia o un disgusto entre ellos. Parecía un grupo que tenía experiencia en este tipo de acciones. Tal vez fueran mercenarios contratados exclusivamente para su rapto. O quizás fuera un grupo de élite que trabajaba con el presidente. Recordó que en los documentos que había revisado en el cuartel general, muchos de estos se referían a compras de equipo militar y armamento cuyo destino no era el ejército. El destino de esas compras no estaba del todo claro. No sería una sorpresa que el gobierno organizara una fuerza paralela que se encargaría de la seguridad del presidente y de hacer ciertos trabajos especiales fuera del radar de la policía y el ejército.

Al cabo de un rato, la puerta se abrió y uno de los hombres entró con una bolsa. Del interior, sacó una caja y el resto la distribuyó entre sus compañeros. El olor a comida llegó hasta su nariz haciéndola salivar. Abrió la caja y ante sus ojos apareció una hamburguesa con papas fritas. Sin pensarlo dos veces le dio un mordisco al inmenso sándwich, emitiendo un sonido de satisfacción. No había comido desde hacía varias horas. En la reducida habitación solo se escuchaba el sonido de las mandíbulas que masticaban, el roce de los dientes que trituraban la carne a la parrilla, de las gargantas que deglutían el bolo alimenticio. Terminó de comer y se echó en la cama de una plaza. Miró al techo y se quedó contemplándolo. Era de color blanco manchado por varios puntos negros. ¿Serían insectos? ¿Los cuerpos sin vida de moscas, polillas y zancudos? ¿Restos de una masacre que había sucedido en un largo período de tiempo? ¿Los habría matado la gente que estuvo secuestrada antes que ella? ¿O los secuestradores, buscando qué hacer durante la larga espera?

Un pensamiento se le vino a la mente de improviso. Se preguntó porque le habían dicho a Aniceto de presentar su carta de renuncia en dos días. “Pasado mañana” había sido la orden dada por teléfono, poniendo énfasis en ese tiempo específico. ¿Por qué no mañana? ¿Qué pasaría mañana? Pensó en Aniceto y en lo que estaría haciendo en estos momentos. ¿Estaría llamando al coronel Cornejo? ¿Idearía un

plan de acción para buscarla y rescatarla? ¿Presentaría su carta de renuncia?

—Duerma —le dijo una voz que no había escuchado hasta ahora —. Es tarde.

Martes 3 de agosto, diez de la mañana

Recibió la llamada el día anterior. El mensaje era urgente. El presidente quería verlo inmediatamente. Hacía tiempo que no se reunían. Recordó que desde que Patricio había llegado a la presidencia se habrían visto unas cuatro veces. En tres años. Era mucho tiempo para alguien que, como el presidente, quería tener el control de todos sus negocios. Al convertirse este en cabeza política del gobierno, le delegó el control de todas las actividades ilegales que habían convertido al grupo en una de las mafias más poderosas del país. El ostentar el poder sin ninguna restricción le había permitido innovar y llevar a la organización mafiosa a niveles impensados de eficacia y eficiencia. En los tres años que había recibido el encargo de tomar las riendas del negocio, la organización había desplazado a otras más, apoderándose de la mayor parte del mercado de tráfico de drogas, el contrabando y las apuestas ilegales. Cada vez que el presidente pedía verlo, solo era para felicitarlo y ratificar en él la confianza depositada. Pensó que esta vez el tenor de la conversación sería diferente.

Se imaginó que la muerte de Corina Guizado había sido el detonante que propició la llamada telefónica. No solo porque era uno de los miembros más destacados de la organización, sino, por la publicidad que le habían dado los medios informativos. Pero, sobre todo por los artículos que publicaba el periodista Nicanor Egúsquiza. Se dijo que su secuestro, hacía ya algunos meses, no había tenido el efecto esperado. Recordó que luego de su rescate por la policía, había dejado de publicar por un par de semanas. Luego, había venido recargado. Ya no se le podían acercar como antes pues el diario había redoblado su seguridad y tenía una patrulla de la policía siempre a su lado. Conjeturó que matarlo no serviría de nada. A pesar de la fama del periodista y de su pluma punzante y envalentonada, no tenía la menor duda de que otro lo reemplazaría, sin los pergaminos ni la multitud de seguidores que este tenía, pero con la misma convicción y recursos. Ni los pasquines que el gobierno tenía a su servicio contrarrestaban los embates de Egúsquiza. La gente ya no creía como antes en todas las mentiras y las cortinas de humo que se inventaban

todos los días para desviar la atención de los graves y verdaderos problemas que asolaban a la nación. Lamentablemente, los tres años de gobierno de Patricio Urviola habían sido un desastre en materia económica, política y social. En materia económica, las exportaciones habían caído en un diez por ciento, el aparato productivo estaba semiparalizado y no competía con los países de la región; la tasa de desempleo había aumentado y los salarios se habían congelado. En lo social, el descontento de la gente iba en aumento. Las marchas y manifestaciones que exigían la dimisión del presidente eran cada vez más frecuentes. El malestar de todos los estamentos de la sociedad era general. Políticamente, el gobierno había tenido un respiro inicial al aliarse con la mayoría del congreso, lo que le concedió tiempo y espacio para emprender varias reformas, pero la corrupción imperante hizo que los cambios cayeran en saco roto. Hacía una semana, el presidente del congreso había dado una alocución en el pleno, exigiendo que el presidente ordene las arcas fiscales. La respuesta del gobierno fue sacar al ejército a las calles, como una muestra de poder frente a los ataques de la oposición.

Se miró al espejo y se acomodó la corbata. Se preguntó si debía ir elegantemente vestido al encuentro con el presidente. Se preguntó si no sería muy ostentoso hacerlo, como enrostrándole en la cara su fulgurante éxito, mientras el país se quebraba en pedazos. Optó por sacarse la corbata y portar solo camisa y saco. Abrió un cajón de la cómoda y tomó un par de medias, una de las tantas que tenía con motivos geométricos. Se sentó en el borde de la cama, flexionó una rodilla y apoyó el talón desnudo en el colchón. De pronto miró fijamente sus pies. De todas las partes de su cuerpo, los pies eran lo que más le desagradaba. No era por un cierto fetichismo. Era porque tenía torcidos los dedos. Había nacido con eso. Ya sea por negligencia o por desidia, sus padres no lo habían tratado a tiempo. Ya mayor, supo cuál era el nombre de su problema: clinodactilia. Su caso no era muy grave: el dedo segundo de cada pie estaba montado encima del dedo pulgar. No sentía dolor, pero odiaba esa imperfección. El médico le indicó usar prótesis, a lo que se negó rotundamente. Al no sentir dolor, dejó el problema sin solución. Aunque tomó una decisión para

paliar el problema: cuando se vestía, se calzaba las medias casi sin mirar, rápido, mientras sentía una sensación de asco que se disipaba una vez que sus pies estaban cubiertos.

Salió de su departamento, ubicado en un exclusivo condominio de lujo, y se dirigió a la reunión con el presidente. El punto de encuentro siempre era el mismo. Salió solo, sin chofer ni guardaespaldas. Luego de media hora de viaje se estacionó al frente de un restaurante que se encontraba a dos cuadras del palacio de gobierno, y que era frecuentado por funcionarios del gobierno y empleados de oficinas cercanas. Debido a la hora, el restaurante estaba cerrado. Se apeó del auto y entró al lugar por la puerta del costado, abriéndola con una llave.

Una vez dentro, y sin prender la luz, se dirigió al fondo del local donde quedaba un pequeño depósito. Se detuvo delante de una pila de cajas de madera y apretó un botón que estaba al costado de una de ellas. Las cajas se separaron dejando una abertura que daba a una escalera de caracol cuyos escalones conducían hacia abajo. La abertura se cerró luego de pulsar un interruptor y bajó por la escalera. Al descender el último escalón, se encontró con un pasillo iluminado por una hilera de focos. Era un corredor seco y limpio que se internaba en línea recta en dirección a la casa del presidente. Recorrió el largo pasadizo y llegó a otra escalera de caracol que se dirigía hacia el nivel superior. Subió los escalones y llegó al descanso, donde una puerta de metal le impedía seguir avanzando. Tocó la puerta dos veces y esta se abrió. Un hombre con uniforme de soldado le salió a su encuentro, le pidió una identificación y luego de catearlo lo dejó entrar.

Se encontró en una pequeña sala con dos únicas lámparas que daban una luz mortecina. Completaban el mobiliario un sofá de tres cuerpos y dos sillones de cuero. Una mesa de centro de vidrio permitía depositar la vajilla o los vasos luego de tomar un aperitivo o tomar un trago, según fuera la ocasión. Esperó unos diez minutos, mientras se paseaba como un león enjaulado. Al fin, la puerta se abrió y Patricio Urviola hizo su aparición.

—¡Tiburcio! —exclamó el presidente y abrió los brazos dándole

la bienvenida a su invitado—. ¡Déjame darte un abrazo!

Sintió el abrazo: largo y fraterno, y lo correspondió con efusividad. Al separarse pudo verlo de cerca, después de mucho tiempo. Patricio Urviola había envejecido como si hubieran pasado diez años desde su último encuentro. Su cabello cano era más abundante que su negra cabellera. Grandes ojeras se habían formado debajo de sus ojos, dándole el aspecto de alguien en el límite del cansancio y el agotamiento. Parecía como si estuviera visitando a un enfermo, un moribundo que no puede ocultar su falta de ánimo y de energía. Parecía un hombre de ochenta años, cuando tenía solo sesenta y ocho.

—¡Patricio! —dijo Otárola, recuperándose de la impresión causada por el aspecto del presidente—. ¡Qué gusto de verte nuevamente!

—El gusto es mío. Cómo verás, este trabajo me está matando.

—Pero, hombre, eso no es cierto.

—No digas cojudeces ¿quieres Tiburcio? —apuntó el presidente y endureció el tono de voz—. Tú sabes que me veo como un viejo de mierda.

—¿Cómo va todo?

—La peor decisión que pude tomar en mi vida fue meterme en política. Mírate tú. Ni una sola arruga de preocupación.

—Soy más joven que tú, Patricio.

—No es solo eso. Si tuvieras que trabajar ochenta horas a la semana y dormir solo cuatro horas diarias, no tuvieras el semblante que tienes. Estoy jodido.

Sintió pena por su amigo y mentor. Delante de él tenía a un viejo acabado, casi decrépito, destruido por las intrigas y el estrés.

—¿Para qué querías hablar conmigo, Patricio?

En ese momento, el presidente se levantó y abrió el frigobar que estaba en una esquina de la habitación. Sacó una botella de *whisky* y dos vasos. Los llenó hasta la mitad y le alcanzó uno.

—¡A nuestra salud, Tiburcio!

—¡A la tuya, Patricio!

Lo vio vaciar el vaso de un solo trago y cerrar los ojos como si

sintiera que el líquido le quemaba la garganta.

—Estoy al tanto —dijo Patricio Urviola—, que la organización está pasando por momentos difíciles.

—No te equivocas.

—¿Qué tanto está sufriendo el negocio?

—Nuestras ganancias se han reducido a la mitad. Se nos está haciendo complicado operar. La pérdida de Corina empeoró las cosas.

—¿Qué has hecho al respecto?

—Atacamos al detective Linares, pero salió bien librado. Tenemos secuestrada a su pareja, la abogada Gabriela Yoshida.

—¿Y al coronel Cornejo?

—Estamos planeando qué hacer. Es muy complicado llegar a él.

—Mátalo. ¿Qué tan complicado es hacer eso?

—Brezani nos está ayudando en eso.

—¿Brezani? ¿Todavía no has matado a ese simio?

—Patricio, el tipejo nos es más útil vivo que muerto.

—Si tú lo dices.

—Mañana irá el detective a la oficina de Brezani a presentar su carta de renuncia.

—¿Por qué tanto formalismo?

—Debemos ser cuidadosos con el aspecto formal. Tenemos que darle cierta legalidad a nuestros actos, si no los altos mandos de la policía se pueden volver en contra nuestra.

—Tú siempre has sido más cerebral que yo. Si no estuvieras dirigiendo la organización, serías mi más leal consejero, pero te necesito en donde estás.

—Yo estoy donde tú me digas que esté.

—¿Y qué hay con el periodista? ¿De dónde saca tanta información? Ese hijo de puta nos está haciendo tambalear.

—No lo sé. Lo único que se me ocurre es que tenemos alguien infiltrado en la organización.

—¿Un espía?

—Eso mismo. Hace un par de meses Mario reclutó a un nuevo soldado, uno joven.

—¿Sospechas de él?

—Al principio me dije que ese era el soplón, pero lo entrevisté, le vi la cara. No parece que lo fuera. Además, Mario y su gente lo tienen bien vigilado. Se ha vuelto uno de nuestros mejores hombres.

—Mátalo.

—Patricio, pero…

—Mátalo —insistió Patricio Urviola estrujándose las manos—. Así no sea él, es mucha coincidencia con lo que nos está pasando. Pensé que eras más inteligente, Tiburcio. Parece que la edad te está ablandando.

—Lo haré, Patricio. No te preocupes.

—La organización es en estos momentos nuestra carta de salvación. Si algo ocurre con el gobierno, me iré contigo.

—¿Tan mal está la cosa?

—Hasta las huevas. Y en parte es mi culpa. Creí ser el político más astuto de la arena, pero siempre hay uno más astuto. He sido traicionado por mis más cercanos y fieles aliados.

—¿Y toda la plata que se estaban llevando?

—Esos mierdas siempre quieren más, son unos insaciables. Mira nomás a Clodoaldo. Salió hace poco a meterme presión, el muy chuchasumadre.

—Lo vi por tele.

—A mí. A quién le dio en bandeja de oro un fuerte porcentaje del contrato con las mineras.

—¿Por qué no filtras información de él? ¿Por qué no lo perjudicas?

—Voy a hacer algo mejor.

—¿Qué cosa?

—Ya te enterarás.

—Me das miedo, Patricio.

—No tengas miedo. Si las cosas salen como las estoy planeando, no tendremos necesidad de seguir ocultándonos.

—¿Tanto así?

—Estoy preparando una jugada maestra —dijo Patricio Urviola y lo miró fijamente—. Prepárate.

Miércoles 4 de agosto, nueve de la mañana

Se presentó temprano en la oficina del director Adolfo Brezani, tal y como se lo habían exigido. Siguió al pie de la letra las instrucciones que le dieron, todas salvo una. Al terminar de hablar con los raptores de Gabriela, casi como por acto reflejo, había llamado al coronel Sebastián Cornejo. Mientras esperaba sentado en una de las sillas de la recepción, con el brazo izquierdo sostenido por el cabestrillo y bajo la mirada escrutadora de la secretaria del director, recordó la conversación que había tenido con el coronel.

—¿Aniceto? ¿Pasa algo? —contestó la llamada el coronel.

—Jefe, secuestraron a Gabriela.

—¿De dónde llamas? —preguntó el coronel y bajó la voz.

—De mi casa. No hay peligro. Es un teléfono prepago. No tiene chip. No lo pueden rastrear.

—Nos están atacando con todo lo que tienen. Primero tú, ahora Gabriela. ¿Se han comunicado contigo?

—Acabo de cortar con ellos. Gabriela está bien.

—Esas son buenas noticias. ¿Cuáles son sus demandas?

—Quieren que deje la investigación. Me han pedido que presente mi carta de renuncia a Brezani, pasado mañana.

—Mierda —exclamó el coronel—. ¿Y por qué pasado mañana?

—Ni idea —dijo el detective y descorrió la cortina transparente para mirar por la ventana hacia la calle repleta de gente y de autos—. No me dijeron la razón. No pregunté tampoco. Mi cabeza pensaba más en Gabriela que en otra cosa.

—No te preocupes, Aniceto —dijo el coronel tratando de infundir coraje con sus palabras—. Ahorita me pongo a buscarla.

—Gracias, jefe.

—No me lo agradezcas, todos estamos dentro del mismo barco.

—Si le pasa algo —dijo el detective con la voz temblorosa—, no me lo voy a perdonar nunca.

—Mantente enfocado, Aniceto. No dejes que te gane el desánimo.

—¿Qué hago, entonces?

—Haz lo que te han dicho. Si tengo novedades te aviso.

—Me va a doler dejar la policía.

—Nos falta poco para reunir las pruebas contra Urviola. Si eso pasa, tu renuncia será considerada como ilegal. Renuncia nomás. Te reintegraremos con honores.

Pestañeó repetidas veces, como si despertara de un sueño. Frente a él, la secretaria contestaba el teléfono, mientras miraba la pantalla de la computadora. Era una mujer diminuta y arrugada, pero exudaba autoridad. Cada vez que sentía su mirada posarse en él, sentía una desagradable sensación, como cuando te quieren hacer entender que no eres bienvenido en el lugar donde te encuentras. Una especie de graznido lo desvió de sus cavilaciones.

—¿Detective Linares? —dijo la mujer, y alzó la cabeza, mirándolo a través de los lentes que reposaban en la punta de su nariz —. El director lo recibirá en este momento.

Se levantó de la silla, dándose cuenta de que sus posaderas habían deformado el asiento de la silla de cuero, y abrió la puerta que comunicaba con la oficina del director. Al entrar, se encontró en una habitación en penumbras, solo iluminada con un par de lámparas decorativas que lucían enhiestas a los lados del escritorio de madera. La luz era impedida de entrar en esa mañana sin nubes por una gruesa cortina gris que colgaba desde lo alto del techo hasta casi tocar el suelo. Frente a él estaba el viejo conocido de siempre: Adolfo Brezani. Estaba recostado encima del espaldar de la ancha silla, mirándolo con una sonrisa de triunfo. Una vez más, pensó. Hacía tres años que había vivido una situación parecida. El director Brezani no llevaba un traje fucsia chillón como en su último encuentro, cuando era jefe de una estación de policía. Esta vez portaba un elegante traje gris metálico y una corbata roja con líneas negras delgadas. Los infaltables gemelos dorados adornaban los puños de la camisa blanca que asomaban al final de las mangas del terno. Su rostro simiesco era el mismo de siempre. Aunque la mona se vista de seda, mona se queda, pensó una vez más.

Caminó con paso decidido y se plantó delante de su verdugo, quien no dejaba de sonreír. Al final habló.

—¡Detective Linares! —exclamó Adolfo Brezani y apoyó los codos en su escritorio, mientras jugaba con un lapicero dorado que tenía entre sus manos—. Tome asiento, por favor.

Se sentó despacio para evitar que el brazo herido chocara con la silla. Al hacerlo, sintió un ligero dolor en el trasero, producto de la casi hora y media que lo habían tenido esperando en la sala de recepción bajo la custodia de la bruja mala del cuento. Se movió varias veces, buscando sin éxito una buena posición para su culo adolorido.

—¿Para qué quería verme, detective? —preguntó Brezani, como si no supiera nada y la visita fuera una total sorpresa.

—He venido a presentar mi renuncia a la policía —dijo el detective. Sacó del bolsillo de su saco un sobre y lo puso encima del escritorio.

—¿Renuncia? —exclamó con fingida sorpresa el director de la policía—. ¿Por qué?

Respiró profundo. Ya se estaba cansando de la farsa de la que estaba siendo parte. Pensó que las humillaciones se sucedían una tras otra, sin tregua. ¿Hasta cuándo debía tolerarlas?

—Como si no lo supieras.

—¿Perdón? ¿Qué cosa estás insinuando?

—¿Sabes, Adolfo? —dijo el detective. Se paró de la silla y dejó encima del sobre su placa y su arma—. Vete a la conchetumadre.

Dio media vuelta y se dirigía a la puerta cuando escuchó su nombre. Había sido dicho con una rabia descomunal, como si una bestia salvaje hubiera rugido antes de saltar sobre su presa.

—¡Aniceto! —gritó otra vez Adolfo Brezani—. ¡Si das un paso más, despídete de Gabriela!

Se detuvo. Todavía sin voltear, cerró el puño del brazo derecho. Sintió que las uñas penetraban en la palma de sus manos. Respiró hondo y volteó. Se encontró cara a cara con su oponente, quien respiraba agitadamente y tenía el rostro rojo como un tomate. Varias gotas de sudor perlaban su frente, las que amenazaban caer encima de su rostro que se contraía en una mueca que lo deformaba por completo. Tuvo que bajar la cabeza para mirar al director de la

policía. Sonrió al hacerlo, lo que sacó aún más de sus casillas a su contrincante.

—¡A mí no vuelvas a darme la espalda, grandísimo hijo de puta! ¡Tú no eres mejor que yo!

Estudió con atención a su rival, sin perder la calma. Tenía que guardar la sangre fría. La vida de Gabriela dependía de ello.

—Así me gusta, manso como un corderito —añadió Brezani.

—Siempre has querido verme así ¿no? —dijo el detective, y sintió el tufo cargado, como si Brezani no se cepillara los dientes antes de venir a trabajar—. ¿Por qué me odias tanto? ¿Por qué siempre has querido compararte a mí? ¿Tan importante soy en tu vida?

Sintió que lo fulminaba con la mirada. No se necesitaba ser psicólogo para deducir que ella sola bastaba para saber lo que sentía ese ser deforme y disminuido: la envidia desenfrenada, la autoestima tirada por los suelos, una niñez infeliz, tal vez una madre o un padre ausente, el rechazo del sexo opuesto; o todo eso junto.

—Tú siempre te has llevado los honores —dijo Brezani mientras trataba de evitar que las palabras se traben en su boca—. Tú siempre has sido el engreído de todos en la escuela de oficiales y luego en la división de secuestros. ¿Y qué me tocó a mí? Yo soy mejor que tú. ¿Qué mierda logré?

—No se trata de si eres mejor que yo. Se trata de no compararte con nadie, solo contigo mismo.

—¿Qué mierda ves cuando me miras? ¿Quién soy yo para ti?

—Un hombre que sufre mucho.

—¿Quién chucha eres para sentir lástima por mí? ¡¿Quién chucha eres?!

—¿De qué te quejas? Ahora eres director general de la policía. Tienes todo el poder que deseaste.

Vio que se alejaba dándole la espalda. Estaba ante un hombre vulnerable emocionalmente. Pensó que tal vez quisiera abrirle su corazón y contarle lo mucho que sufría.

—Un poder que quise siempre —murmuró Adolfo Brezani, con la mirada perdida.

Sintió lástima por él. Vio a un hombre acabado, al límite de sus

fuerzas. Un hombre que luchaba contra unos demonios que al parecer lo llevaban al precipicio. Prefirió no decir nada más. Dio media vuelta y salió de la oficina. Al alejarse escuchó a sus espaldas un ruido apagado, como cuando alguien contiene el llanto. No volteó. Ya en la calle timbró al coronel Sebastián Cornejo.

—¿Jefe?

—¿Aniceto? ¿Qué tal te fue?

—Ya está hecho. La escenita que me tuve que chupar.

—Lo hecho, hecho está. Al menos ya no lo volverás a ver.

—¿Averiguó algo?

—Nada aún.

—¿Cree que la liberarán?

—Con estos tipos, nunca se sabe.

—Adiós, jefe.

—¿Estarás bien?

—No se preocupe por mí.

Colgó y guardó el aparato en el bolsillo. No sabía por dónde empezar. Estaba confundido. Decidió caminar. Era una mañana clara y fresca. Los negocios empezaban a abrir y se preparaban para recibir a sus clientes. El tráfico estaba menos denso debido a que la hora punta había terminado. Se vio rodeado de altos edificios de ventanas polarizadas. Alzó la vista y remarcó varias moles de cemento que se perdían en lo alto mientras alcanzaba a divisar las antenas de comunicación erigidas en las cúspides. Mientras más alto llegas, más fuerte es la caída, pensó. Sin saber cómo, llegó frente a un bar cuyo letrero luminoso seguía prendido. Se paró frente a la puerta y jaló. La entrada estaba oscura, pero a lo lejos se podía ver luz. Entró y dio unos pasos. Se encontró en una gran habitación con mesas, sillas y tablas de billar. Al fondo estaba la barra y detrás de esta una mujer. Se sentó y observó las botellas colocadas en fila adornando la pared.

—¿Desea algo de tomar? —preguntó la mujer sin mirarlo, mientras pasaba un trapo medio sucio encima de la barra.

Escuchó la voz y alzó la cabeza. Vio a una mujer joven. Calculó que tendría unos veinticuatro años. Era de tez morena y al parecer era adicta al gimnasio. Su delgada silueta se detenía abruptamente en dos

turgentes pechos y más abajo en un bien trabajado trasero.

—¿Están abiertos? ¿A esta hora? —preguntó el detective como un autómata.

—Veinticuatro sobre siete, cariño. A propósito, ¿qué le pasó en el brazo?

—Nada importante. Gajes del oficio.

Se preguntó qué hacía en un bar a las diez y media de la mañana. ¿Cómo era posible que un bar estuviera abierto a esas horas? Miró alrededor y se dio cuenta de que el lugar estaba desierto.

—¿Es rentable abrir a estas horas? —insistió el detective.

—Órdenes superiores —contestó la joven sonriendo—. ¿Va a tomar algo?

—Un *whisky* sin hielo.

Escuchó el sonido del vaso de vidrio al entrar en contacto contra la superficie de melamina y el chisporroteo del líquido que caía en el fondo hasta cubrir la mitad de su volumen. Fijó la vista en el recipiente con el líquido naranja. Se preguntó qué hacía en un bar. ¿Acaso estaba bien que un exalcohólico estuviera allí? ¿Era normal su presencia en un bar a las diez y media de la mañana? ¿Tenía acaso algún sentido? Recordó que en las reuniones de AA decían que no existían los exalcohólicos. El alcohólico era siempre alcohólico. Cero ex. Se cuestionó si era solo producto del azar el tener un vaso de alcohol frente a él. Sentía que la vida lo probaba de nuevo. ¿La vida? ¿El universo? ¿Dios?

Sea como fuera que se llamara, seguía sin tocarlo y llevárselo a la boca. Recordó el sabor del líquido cuando tocaba su lengua y el ardor que sentía cuando caía por su garganta. Habían pasado tres años sin probar una gota cuando recayó luego de quince años de sobriedad. Dieciocho años, se dijo. Luego recordó que para un alcohólico los años no se acumulan si es que hubo recaídas de por medio. Cada recaída era un nuevo punto de partida. Un vuelta a fojas cero. Un volver a empezar de nuevo. Un borrón y cuenta nueva.

La boca se le hacía agua. Hacía tiempo que no había estado tan cerca de un vaso de licor. Pensó si diría algo memorable antes de tomar el vaso y lanzar el líquido dentro de su garganta. ¿Por Gabriela?

¿Por el amor de su vida? Como si estuviera delante de la pantalla de un cine, vio pasar ante sus ojos los momentos en los que estuvo en el suelo por culpa del alcohol. Vio a su exesposa Noelia, llorando, mientras él llegaba borracho a vomitar en la alfombra de la sala de su departamento. Vio a su madre cuando lo fue a recoger del centro de rehabilitación para adictos de la policía, cuando estuvo inmerso en su primer caso. Vio al coronel Sebastián Cornejo sacándolo de su departamento hecho un despojo humano cuando Damián fue secuestrado hacía tres años. ¿Valía la pena seguir haciendo sufrir a los que más quería?

—Gracias —dijo y se levantó intempestivamente del taburete de asiento circular y dejó un billete encima de la barra, al costado del vaso indemne.

—No tiene nada qué agradecer —dijo la joven cuando el detective ya se había retirado—. El mérito es todo suyo, detective Linares.

Jueves 5 de agosto, mediodía

El volante se le escapaba de la mano sudorosa mientras manejaba como un enajenado sin importarle el brazo inútil. Hacía diez minutos que había recibido la llamada. Diez minutos que le habían parecido varias horas atascado en el tráfico infernal de la hora punta. Los autos luchaban por ganar los reducidos espacios en la autopista y el sonido de los cláxones se sucedían sin pausa. A esa hora parecía que la mitad de los residentes de la ciudad había decidido tomar las llaves de sus respectivos coches e internarse en las calles, y copar cada centímetro de asfalto. Miró a su alrededor y pudo apreciar que no era el único chofer impaciente. Algunos bajaban la ventana y sacaban la cabeza con el único fin de gritar a todo pulmón al vehículo de adelante, como si hacer eso contribuyera a que el tráfico se aligerara. Otros la emprendían a empellones contra el volante, como si el objeto circular fuera el culpable de su retraso. Intentó calmarse. No quiso prender la radio. Al contrario de otros, le gustaba escuchar música cuando estaba relajado. Cuando no lo estaba prefería el silencio. Pensaba que escuchar música en una situación de estrés haría que su cerebro la asociara con esta, de tal manera que, al escucharla nuevamente, la situación estresante vendría como un visitante indeseado.

Luego de cerrar el paso a otros vehículos pudo tomar la salida de la autopista. Aceleró lo más que pudo hasta que una luz roja se le interpuso en su camino. Recordó la llamada. La voz que quería escuchar sonó como música para sus oídos.

—¿Aniceto? Soy Gabriela. Estoy en mi departamento.

Apretó el acelerador ni bien la luz cambió a verde y luego de cinco minutos llegó al departamento de la abogada. Corrió por el pasillo aún con el brazo que le dolía y tocó la puerta varias veces hasta que esta se abrió. La figura de Gabriela le dio el encuentro. Ambos se fundieron en un prolongado abrazo. Sus bocas se buscaron, encontrándose en un furioso y desesperado beso.

—¿Estás bien? —preguntó Aniceto, mirándola y tocándola, asegurándose de que no estuviera herida—. ¿No te hicieron nada?

—Estoy bien, amor —contestó Gabriela tomándole el rostro—. Cálmate, no me hicieron daño.

No pudo más. Su cuerpo empezó a temblar y un llanto le ahogó la garganta.

—¡Perdóname! ¡Perdóname, por favor!

—Amor, no hay nada que perdonar. Tú no tienes la culpa de nada.

—Por mi culpa te secuestraron. Si no te hubiera dicho nada, nada de esto hubiera pasado.

—Fue mi decisión participar en el caso. Aun si no me hubieras planteado el proyecto, yo misma me hubiera propuesto. Sabes en el fondo que eso es así.

—Si te hubiera pasado algo, no me lo hubiera perdonado.

—Lo importante es que ya pasó, Aniceto.

Sintió las caricias de Gabriela. Sus manos suaves y femeninas le rozaban el rostro, lo que hizo que poco a poco se calme. Sintió que su respiración se regulaba y su ritmo cardíaco volvía a la normalidad.

—¿Renunciaste a la policía? —preguntó Gabriela, mirándolo fijamente.

—Sí —contestó Aniceto, y sintió culpa e impotencia.

—Amor —dijo Gabriela abrazándolo, y pegó su cuerpo al suyo, como tratando de reparar con su calor una situación irremediable—. ¡Cuánto lo siento!

—Si no lo hubiera hecho, no estuvieras aquí conmigo.

Se besaron y se dirigieron a la habitación. Hicieron el amor con ternura, mirándose mientras se acariciaban, como si tuvieran miedo de no verse más. Tal vez querían prolongar hasta el infinito ese momento, juntos, como si presintieran que una desgracia se cernía sobre ellos. Se besaban y lloraban a la vez. Nunca habían estado ambos tan vulnerables como en esa ocasión. Llegaron juntos al clímax, tomándose de las manos, desesperados, sin más anhelo que el comulgar con el universo entero. Mientras descansaban, jugueteaban con sus dedos, haciéndolos entrelazarse, mezclarse, como si quisieran fundirse en un solo cuerpo y escapar de la angustia que sentían. Al final se calmaron y Gabriela apoyó la cabeza en su pecho.

—¿Cómo está tu brazo? —preguntó inquieta Gabriela.

—Me duele cada vez menos —mintió el detective.

—¿Hablaste con el coronel antes de renunciar? —cambió de tema Gabriela.

—Sí. Me dijo que lo hiciera, que cuando todo se solucionara me reintegrarían. Como si fuera tan fácil.

—Estamos más cerca de lo que crees.

—¿En serio? —preguntó sorprendido el detective.

—Me asusté cuando me secuestraron. Pensé que habían descubierto que trabajaba contigo. No tienen ni idea. Solo sabían de nuestra relación sentimental.

—¿Y por qué dices que estamos cerca? Aparte de la información que le damos a Egúsquiza, no tenemos mucho más.

—Lo que se publica, funciona. ¿Por qué crees que nos están atacando?

—Lo que publica el periodista los mantiene inquietos, pero no es suficiente para hacer que Urviola renuncie a la presidencia.

—El día que me secuestraron encontré algo.

Volteó para mirarla. Gabriela esbozaba una sonrisa triunfal.

—¿Qué cosa?

—Una cuenta bancaria perteneciente a una empresa *offshore*.

—¿A nombre del presidente?

—A nombre de un estudio de abogados.

—No me digas el nombre.

—Páez y Páez, abogados.

—Te dije que no me dijeras.

—La cuenta fue abierta hace tres años. Pedí una copia de los estados de cuenta.

—Esa información es confidencial. Todos los ricachones abren esas cuentas en los paraísos fiscales para evadir impuestos y que no se sepa su verdadera fortuna.

—Allí entra en escena Casimiro.

—¿No me digas que pirateó el sistema del banco?

—Así es.

—Te dije otra vez que no me dijeras, tú no me haces caso.

—Casimiro obtuvo no solo los estados de cuenta —rio divertida Gabriela ante las ocurrencias del detective—. También correos electrónicos entre la mano derecha del presidente y el estudio de abogados.

—O sea que no tenemos el nombre del presidente por ningún lado —suspiró el detective resignado.

—¿Y quién te ha dicho eso?

—Tú lo acabas de decir.

—Es que usted no me deja terminar, señor Linares.

—Eres mala conmigo.

—Tenemos una copia de una carta de Urviola dándole poderes a Otárola para que actúe por él en todas las transacciones relacionadas con la cuenta en el paraíso fiscal.

Sintió un escalofrío. Se sentó y miró la cama destendida, el cubrecama en el suelo, las sábanas hechas un revoltijo.

—¿O sea que lo tenemos?

—Yo creo que sí.

La abrazó fuerte y la comió a besos. No podía creer lo que estaba escuchando. Luego la soltó con el rostro desencajado.

—Pero esa carta no sirve como prueba por la forma cómo la han conseguido. Un tribunal no la aceptará.

—Piensa, Aniceto. No necesitamos que Urviola vaya a la cárcel. Necesitamos un escándalo mayúsculo para que salga del poder.

—Si Egúsquiza publica esa carta, el presidente no tiene escapatoria. El problema es que la reacción será terrible, mil veces peor que lo que estamos sufriendo.

—¿Tienes miedo?

—Miedo por ti.

—Tú sabes que me puedo cuidar sola.

—Temo perderte.

—¿Acaso no vale la pena el riesgo?

—No lo vale.

—No te olvides que estuve en la policía antes que tú.

—¿No te gustaría regresar con nosotros?

—Bajo una condición.

—¿Cuál es?

—Trabajar siempre contigo —dijo Gabriela dándole un beso.

---o---

El ambiente que reinaba en la habitación era tenso. Todos se miraban serios, sin sonreír ni decir algo. Paseó la mirada por cada rincón del cuarto. A diferencia del anterior, este no tenía ventanas, pero el mobiliario era el mismo. A raíz del secuestro de Gabriela, el coronel Sebastián Cornejo había mudado el cuartel general a otra zona de la ciudad, esta vez en el centro y cerca al edificio donde funcionaba la división de secuestros. Sentados en sendos sillones de cuero alrededor de la gran mesa de madera se encontraban el detective Aniceto Linares, la agente Laura Estremadoyro, Gabriela Yoshida y el coronel Sebastián Cornejo. Este tenía entre sus manos la información que Casimiro Mamani había podido obtener al piratear el sistema del banco donde Urviola depositaba los ingentes ingresos provenientes de los negocios ilegales que manejaba. El coronel hojeaba nerviosamente el documento, una y otra vez, como si quisiera convencerse de que la información era real y fidedigna.

—Con esto se termina el reinado de la mafia de Urviola, y, por ende, su presidencia —sentenció el coronel.

—Si Egúsquiza lo publica —acotó Gabriela.

—¿Hay alguna duda de eso? —intervino Laura Estremadoyro.

—Todavía no sabe lo que tenemos —dijo Aniceto Linares.

—Si se publica, la réplica del presidente puede ser feroz, incluso el diario puede ser cerrado —dijo Gabriela.

—Antes de dar esto al periodista debemos estar seguros de que no afectará el trabajo de Leoncio —sentenció el coronel Sebastián Cornejo—. ¿Qué sabes de él, Aniceto?

—Hace dos días me mandó un mensaje. Dice que quiere convencer a Leguizamón para que colabore con nosotros.

—Eso podría allanarnos más el camino —sopesó el coronel Cornejo—. ¿Hay posibilidades?

—Bueno —contestó el detective Linares—. Es el jefe de la mafia más opuesto a Otárola. A decir de Leoncio, no es muy querido en la

cúpula y él lo sabe.

—No deberíamos arriesgar a Leoncio —añadió Laura, preocupada por la seguridad del joven detective—. Si ya tenemos la carta. ¿En qué más nos beneficia el testimonio de Leguizamón?

—No sabemos cuál será la respuesta de Urviola a la publicación de la carta —replicó Gabriela—. Por eso debemos tener un plan de contingencia. Cualquier ayuda es bienvenida.

—Está bien —dijo el coronel—. Esperemos entonces las noticias de Leoncio antes de hablar con Egúsquiza.

—Entendido, jefe —asintió Aniceto.

—Me retiro —concluyó el coronel Cornejo—. Buen trabajo.

El coronel salió de la habitación acompañado por el detective Linares. Gabriela iba a salir cuando se percató que Laura lloraba, tapándose el rostro con ambas manos.

—Laura —dijo Gabriela acercándose donde la muchacha y abrazándola—. ¿Estás preocupada por Leoncio?

—No quiero que le pase nada —dijo Laura secándose las lágrimas—. Eso es todo.

—Leoncio es un agente muy inteligente. Hasta ahora se ha conducido con mucha prudencia. No tenemos razones para pensar que está en peligro.

—Si trata de convencer a Leguizamón, yo creo que sí.

—Él sabrá qué hacer. No tengas la menor duda.

—No he hablado con él desde hace varias semanas —dijo Laura, y estalló en llanto nuevamente.

—Bota todo lo que tienes —dijo Gabriela, reconfortándola—. Todo va a salir bien, ya verás.

Sábado 7 de agosto, seis de la tarde

Lo había citado en una de las sucursales de la cadena de tiendas que vendía ropa usada. Antes de salir había llamado a Moncho para decirle de la reunión. No quería levantar sospechas.

—¿Y para qué quiere verte de nuevo Noelio? —había preguntado Moncho, al tanto de la entrevista que había tenido para ocupar el puesto de la fallecida Corina Guizado.

—Quiere entrevistarme nuevamente —mintió Leoncio.

—Mierda, Leoncito, no sabía que Noelio te había escogido para el puesto

—Yo tampoco —replicó Leoncio—. Cuando me llamó, me sorprendí tanto como tú.

Con el camino libre, podía ir con toda confianza a la reunión con Leguizamón. Recordó que cuando recibió la llamada no recibió ninguna explicación del porqué de esta. Fue una llamada escueta, corta, sin mucho preámbulo.

—Leoncio, vente a mi tienda que está en el centro. Te espero a las seis de la tarde.

Cuando quiso hablar, el otro ya había colgado. No notó nada anormal en su voz. Se escuchó tan anodina y segura como siempre. Mientras se dirigía al lugar de la reunión pensó en Noelio Leguizamón y lo que había escuchado hablar sobre él y en cómo se había desarrollado su última conversación. Vio en él un hombre no muy inteligente que contrarrestaba esa carencia con una astucia casi legendaria. Había escuchado que quería liderar la organización a como dé lugar. A cualquier otro ya lo hubieran sacado de la ecuación. A Noelio lo mantenían aun en un cargo clave y lo aceptaban tal y como era. Recordó que Moncho había ensayado una explicación ante tal paradoja.

—Es que algo sabe —dijo Moncho en aquella lejana conversación, cuando este trataba de hacerle entender cómo funcionaba la organización.

¿Esa era entonces la explicación a la aun permanencia de Noelio en la mafia? ¿A un supuesto secreto que podía hacer mucho daño? ¿O

era mejor tenerlo de amigo que de enemigo? No pudo evitar pensar que si algo sabía no se ufanaba en saberlo. En todo caso, en la última conversación que tuvieron no se percató de ello. Lo único que percibió fue una ambición desmedida, abierta a vista y paciencia de todos, que lo impulsaba a llegar a ser jefe de la mafia más poderosa del país. Se dijo que la reunión se iba a tratar sobre eso. Claro que solo se trataba de una conjetura. Bien podía suceder que Noelio Leguizamón hubiera pensado bien sobre lo hablado y lo estuviera esperando, junto con sus compinches, para matarlo y fondear su cuerpo en el muelle. Fue por eso que había pedido ayuda.

Llegó a la tienda indicada. Era un poco más de las seis de la tarde y ya había cerrado sus puertas. Alzó la cabeza y se quedó viendo el frontis del local. El aviso luminoso mostraba el logo de la tienda (un hombre, una mujer y un niño que posaban como modelando ropa) y el rutilante nombre: “Glamour y Elegancia”. Recordó haber visitado la sucursal que estaba cerca a la casa de sus padres buscando un terno y un par de zapatos negros para vestir en su primer día en la división de secuestros. Paseándose por los pasillos, que olían a humedad y naftalina, encontró lo que buscaba a un precio mucho menor de lo que podía costar la misma prenda nueva. Observó que el pantalón y el saco tenían algunas manchas de suciedad. Lo compró y su madre se encargó de borrar todo trazo que indicara que la prenda era de segunda mano.

Se dirigió a la puerta posterior y tocó fuerte tres veces. Al cabo de unos segundos, el propio Noelio Leguizamón le abrió la puerta. Lo invitó a pasar y le dijo que lo siguiera. La parte posterior de la tienda fungía de almacén. Había cajas apiladas de todos tamaños y ropa atiborrada de variados colores y tallas encima de mesas largas con ruedas.

—Este es el almacén de la tienda —dijo Noelio Leguizamón, mostrándole la enorme pieza iluminada con potentes focos fluorescentes.

—Impresionante —atinó a decir Leoncio al ver la enorme cantidad de cajas y ropa desparramada.

—Ven para enseñarte la tienda.

Traspasaron una puerta ancha a dos batientes y se encontraron en la tienda propiamente dicha.

—¿Alguna vez fuiste a comprar a una de mis sucursales?

Se percató de que Noelio Leguizamón hablaba con un mal disimulado orgullo. Lo miró y tuvo la sensación de que estaba ante un empresario exitoso que explicaba cómo había empezado el negocio de la nada en base a su propio esfuerzo. Algo que no era del todo cierto.

—Por supuesto —dijo Leoncio—. ¿Quién no ha comprado alguna vez en una tienda de "Glamour y Elegancia"?

—Esa fue la idea desde un comienzo. Que toda la gente, no solo los más afortunados, tuvieran acceso a ropa de buena calidad.

Pensó que Noelio hablaba como si le estuviera haciendo un bien a la sociedad. Pensó que en parte era sí, pero todo lo bueno se borraba con la manera cómo la mafia operaba en la ciudad: a sangre y fuego. El discurso que salía de los labios de Noelio era una oda a la falsedad y la mentira.

—Al menos la gente que no tiene puede vestirse decentemente —dijo Leoncio tratando de darle por su lado.

—No creas que solo te he traído acá para hablar de ropa.

Se puso tenso. Lo dicho por Noelio Leguizamón sonaba al mismo tiempo a una mal disimulada amenaza.

—Me gustaría retomar la conversación que tuvimos la última vez, hace exactamente una semana —continuó Noelio.

—¿Sobre qué exactamente?

—Sobre tu apoyo frente a un eventual *coup d´état*.

—Lo dije en serio.

—Excelente.

—Pero también acepté la invitación porque quería hablar con usted sobre algo importante.

—¿Algo importante? ¿Sobre qué?

—La organización va a recibir un duro golpe uno de estos días. Quería decirle que estamos aquí para ayudarlo.

Vio la cara de Noelio. Era un rostro con un gran signo de interrogación dibujado desde la frente hasta la barbilla.

—¿Estamos? ¿Quiénes?

En esos momentos, de improviso, apareció la figura del detective Aniceto Linares, que atravesaba la puerta que comunicaba con el almacén.

—Leoncio y yo —dijo el detective—. Soy el detective Aniceto Linares.

Pudo ver que Noelio hizo el ademán de llevarse la mano hacia su cinturón, pero paró el gesto cuando el detective lo apuntó con su arma.

—¿Qué es esto? ¿Una especie de trampa? —dijo Noelio con la mirada enloquecida de rabia, como si fuera una bestia herida de muerte, acorralada por sus captores.

—Cálmese, señor Leguizamón —intervino Leoncio, para apaciguarlo, acercándose para quitarle el arma—. Hemos venido a prevenirlo y saber si nos puede ayudar.

—¡Yo no soy ningún soplón! —gritó y entregó el arma y un puñal con mango dorado que estaba escondido en uno de sus calcetines.

—Sabemos que usted no está contento con la manera cómo la organización está siendo dirigida —dijo el detective y enfundó la pistola—, y queremos hacer un trato con usted.

—¡Traidor de mierda! —gritó Noelio y miró a Leoncio.

—No soy un traidor —dijo Leoncio sin perder la compostura—. Soy un agente infiltrado de la policía.

—Noelio —dijo el detective Linares—. Dentro de poco saldrá información que hará que el presidente Urviola renuncie a su cargo. Tenemos pruebas que lo vinculan con las acciones de la mafia dirigida por Tiburcio Otárola. La mafia también tiene los días contados. La mafia y sus miembros. Queremos que nos brindes información a cambio de protección. No irás a la cárcel.

—¿Y por qué yo?

—Otárola no sabe reconocer la gran contribución que haces a la organización —agregó el detective—. Leoncio me lo ha contado. Por lo que acabo de escuchar, tú querías tomar el poder. Te ayudamos a que la organización caiga. Más adelante tú podrás tomar el mando.

Miró al detective con sorpresa. Esa era una promesa inusual en

los labios de un policía intachable. Miró a Noelio. Vio que dudaba. Se preguntó qué opciones manejaría dentro de su cabeza. ¿Traicionar a Urviola? ¿Sacar del camino a Otárola? ¿Podría él tomar las riendas de la organización luego del golpe que se preparaba en las sombras?

—Le advertí a Tiburcio de que las cosas no se estaban haciendo bien —se lamentó Noelio tomándose la cabeza—. Si yo hubiera estado al frente, esto no hubiera pasado.

—¿Entonces, qué dices? —preguntó el detective.

Vio que la actitud de Noelio no era la de alguien desesperado sin saber qué hacer. Se notaba que estaba tomándose su tiempo para sopesar los pros y los contras de la decisión de aceptar la propuesta de la policía.

—¿Y si no acepto?

—Te encerraremos de una vez —explicó el detective— y te quedarás allí hasta que todo explote. Luego, levantaremos cargos contra ti y pasarás unos buenos años en la cárcel.

—¿Qué información necesitan saber?

—Todo lo que sepas de la mafia —respondió el detective.

—No es poca cosa lo que piden.

—Es poco si lo comparas con los beneficios que obtendrás.

—Necesito tiempo para pensarlo.

—Leoncio y yo podemos quedarnos contigo el tiempo que necesites.

—Está bien, acepto —dijo Noelio, sabiendo que no tenía escapatoria.

—Vámonos —dijo el detective.

Salieron por la puerta posterior. Noelio entró al auto acompañado por el detective Aniceto Linares. Leoncio se sentó frente al volante y arrancó sin demora.

—¿No se darán cuenta de mi ausencia?

—Llama a Otárola —ordenó el detective—. Dile que te tomarás unos tres días libres, que irás a visitar a tu madre al interior del país.

—¿Cómo saben lo de mi madre?

—Sabemos mucho más de lo que tú te imaginas.

Noelio marcó el número y habló con la voz calmada. Entregó el

mensaje y asintió varias veces antes de colgar.

—Listo.

—Perfecto —dijo el detective quitándole el celular—. Ahora nos vamos entendiendo.

Al cabo de media hora llegaron al cuartel general y lo llevaron a una pieza pequeña, acondicionada con una cama de fierro y un velador con una lámpara.

—Alguien vendrá a interrogarte —dijo el detective—. El trato está condicionado a la veracidad de la información que nos brindes. Si todo es verdad, cumpliremos con lo acordado.

Salieron de la habitación, dejando a Noelio Leguizamón pensativo y para nada contento. Se dirigieron a la sala principal y el detective se sirvió una taza de café.

—¿Usted lo va a interrogar? —preguntó Leoncio

—No —contestó el detective—. Quiero que Gabriela y Laura lo interroguen. Ellas conocen al detalle la organización. Además, dos caras bonitas harán que nuestro delator se ablande un poco.

—Detective —dijo Leoncio, con el rostro que mostraba preocupación—. ¿Por qué le dijo a Noelio que él podría tomar el poder de la mafia una vez que Urviola y Otárola sean capturados?

—¿Y acaso eso no puede llegar a ocurrir?

—Es que lo dijo como si lo quisiera convencer de hacerlo.

—¿Y qué tiene de malo?

—¿No le parece malo decirle a un criminal que puede seguir delinquiendo? ¿Sin que pague por todo lo que ha hecho?

—Paso a paso, Leoncio —dijo el detective—. El objetivo son los peces gordos. Luego caerán los otros. Si no es Leguizamón, otro tomará el poder. Al menos tendremos la ventaja de conocer quién será el próximo jefe de la mafia.

—No me gustó lo que escuché allá en la tienda.

—Tal vez me excedí al hacer ese ofrecimiento —concedió el detective—, pero no se me ocurrió nada más para convencerlo de que nos ayude.

—Ojalá yo no tenga que llegar a esos extremos.

—Leoncio, si sigues jugando este juego como yo lo he venido

haciendo durante veinte años, en algún momento te verás confrontado a ese dilema. Tarde o temprano.

Domingo 8 de agosto, una de la tarde

—¿Y qué tal te fue con Noelio? —preguntó entusiasmado Moncho.

Moncho lo esperaba desde hace solo unos minutos fuera de su departamento, apoyado en la parte delantera del Plymouth Barracuda. Lo veía emocionado, como si esperara noticias importantes de su parte. Se diría que estaba radiante, aunque el súbito interés que tenía por la reunión con Noelio Leguizamón parecía un poco disforzado.

—¿Pasa algo, Moncho? —preguntó Leoncio. Cerró la puerta del edificio y caminó en dirección al auto de colección.

—Nada. ¿Por qué preguntas?

—Te veo diferente el día de hoy.

—Tonterías. Sube de una vez, tenemos un encargo de Mario.

Subió al auto y cerró la puerta del copiloto. Pensó una vez más en la información que Noelio estaría entregando a Gabriela y a Laura. Para él, el hecho de tener como informante a un miembro connotado de la mafia de Urviola era un triunfo. Ni en sus más locos sueños se imaginó que sería una pieza clave en el caso contra el presidente.

—¿Adónde vamos? —preguntó Leoncio, pero sus palabras se perdieron ante el volumen de la radio que Moncho había prendido sorpresivamente.

—¿Perdón? —preguntó Moncho y bajó el volumen del aparato.

—¿Qué es lo que quiere Mario?

—Ya lo verás. A propósito, no me has contestado lo que te pregunté hace un rato. ¿Cómo estuvo la reunión?

—Bien. Noelio me habló un poco más sobre el trabajo en el almacén, pero creo que no quedo muy convencido del todo.

—¿Ah? ¿sí? —contestó Moncho como si no le importara lo que dijera Leoncio, como si contestara por contestar, rumiando, tal vez, en su mente, pensamientos prohibidos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Leoncio inquieto, y vio que el auto se internaba en una zona boscosa, tomando un camino de tierra.

Moncho llegó a un claro y se detuvo. De improviso sacó una

pistola de su saco y apuntó a Leoncio.

—¿Qué haces, Moncho? —preguntó Leoncio sorprendido.

—Bájate, Leoncito —ordenó Moncho sin bajar el arma.

Bajó del auto. Miró a su alrededor y se vio rodeado de árboles de gran tamaño. Volteó a ver a su compañero y se percató de que abría la maletera y sacaba una pala. Se la tiró a los pies con un movimiento automático, como si lo hubiera hecho cientos de veces.

—Toma la pala.

—¿Es una broma?

—Toma la pala y avanza hasta donde yo te diga.

Avanzó unos cuantos metros hasta que sintió la voz de Moncho ordenarle que se detuviera.

—Cava —le conminó Moncho.

—¿Me puedes explicar qué pasa?

Vio que Moncho tardaba en responder. Se le veía dubitativo, como si le pesara el revólver que tenía entre las manos.

—Leoncito —dijo por fin—. Yo solo sigo órdenes. Créeme que no me gusta estar en esta situación. Quiero que sepas que te estimo mucho.

—¿Te han ordenado matarme?

—Mario me dijo que la orden viene directamente de Tiburcio Otárola.

—¿Sabes por qué? —preguntó Leoncio tratando de mantener la calma.

—Tiburcio cree que eres un espía de la policía.

Sintió por primera vez que su vida corría peligro. Un nudo se le hizo en la garganta y las piernas le flaquearon haciéndolo caer al suelo de rodillas, ensuciándose el pantalón recién lavado.

—Moncho —dijo Leoncio sollozando y apoyó las manos en el suelo, estrujando la tierra que había ganado terreno en ese claro del bosque—. Eso es mentira.

—Leoncito, no llores —pidió Moncho tomándose la cara con la mano libre—. ¡No llores, carajo!

—¿Tienes alguna prueba? —dijo Leoncio atorándose con la saliva—. ¿Me han encontrado algo luego de haberme investigado?

Moncho tenía la cabeza gacha. Apuntaba en dirección a Leoncio, pero no con la misma convicción de hacía unos instantes.

—Yo también pregunté lo mismo —explicó Moncho y alzó la cabeza—. Me dijeron que es mucha coincidencia que nos vaya tan mal desde que te reclutamos.

—¿Solo por eso? —exclamó Leoncio poniéndose otra vez de rodillas—. ¿No tienen nada contra mí?

—¡Puta madre, Leoncito! ¡No llores pues!

—¿Me matan por nada, entonces? —preguntó Leoncio llorando como un niño.

—Cava de una vez, Leoncito. Cava para terminar con esto.

—¿Tú te ofreciste a hacerlo? ¿Fue tu idea?

—¿Acaso crees que estoy enfermo? —gritó Moncho, y sacudió los brazos, tirándolos hacia adelante, como queriendo convencer a su víctima que estaba equivocado—. ¡Me obligaron, los hijos de puta!

Sintió la atmósfera cargada. A pesar de que era aún de día, el claro del bosque había oscurecido, como si quisiera estar acorde con lo que sucedía en su interior. Dos hombres, uno mayor y el otro mucho más joven, lloraban como dos niños perdidos en el bosque. Ninguno fingía. Al parecer el pánico se había apoderado de ambos. Victimario y víctima se resistían a cumplir los roles que la vida y el azar les había encomendado. Leoncio pensó en la infinidad de decisiones que había tomado para llegar a la situación actual. Si en algún momento de su corta vida hubiera tomado un camino distinto tal vez estaría en una posición diametralmente opuesta. O quizás no. Quizás la vida se las arreglaba para llevarte al mismo desenlace, una y otra vez. Destino le llaman.

—Obedece, Leoncito —insistió Moncho, y se limpió la nariz con la manga de la casaca.

Obedeció y empezó a cavar con dificultad. Sintió que la piel de sus manos sufría con cada golpe que daba. Ya había cavado un pequeño agujero cuando escuchó que Moncho gritaba fuera de sí.

—¡No puedo hacerlo! ¡No puedo!

Vio que soltaba el arma y se dejaba caer al suelo. Echado de espaldas sobre la tierra se revolcaba como si fuera un demente, un

enajenado, un orate que trata de despegarse algo del cuerpo, algo que parecía lacerar su piel. Soltó la pala y se dirigió donde su amigo. Ni siquiera tocó la pistola que estaba a unos cuantos metros de él. Tenía la seguridad de que Moncho no le haría daño. Se arrodilló y lo ayudó a sentarse. Sintió el abrazo desesperado mientras su compañero gemía y temblaba.

—¡Perdóname, Leoncito! ¡Perdóname, por favor!

—Moncho, no hay nada que perdonar. Cálmate, respira un poco.

Moncho paró de llorar y se quedó sentado con los brazos a los lados del cuerpo, como si fuera una marioneta a la cual han dejado de mover los hilos.

—¿Estás mejor? —dijo Leoncio sacudiéndole el polvo que lo cubría de pies a cabeza. Moncho se dejaba hacer, como si hubiera caído en estado catatónico. Al fin alzó la cabeza y lo miró como si lo conociera por primera vez.

—¿La pistola? ¿Te disparé?

—No, Moncho. Aquí está. ¿La quieres?

—Aléjala de mí. No quiero hacerte daño.

Lo ayudó a pararse y lo condujo al asiento del copiloto. Luego se sentó frente al volante.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Leoncio.

—Tienes que desaparecer. Les haré creer que te maté. No te preocupes. Te cubriré.

—El que tiene que hacer eso eres tú, Moncho.

—¿Cómo?

—Así como escuchaste. Ellos tienen razón. Soy un espía infiltrado de la policía.

Moncho alzó la cabeza y le dio una mirada inexpresiva, como si no procesara la información que había recibido.

—¿Entonces, todo fue puro teatro? —preguntó Moncho con una voz neutra.

—No lo fue —explicó Leoncio—. Sentí miedo de morir. Las cosas que dije las dije porque quería salvarme.

—¿Y por qué soy yo el que tiene que desaparecer?

—La mafia de Urviola tiene los días contados. La información

que saldrá los próximos días será tan devastadora que ninguno de ustedes se salvará.

—¿Me estás ayudando?

—Así es, Moncho —dijo Leoncio y tomó del hombro a su amigo —. Eres un hombre bueno. Tienes derecho a tener una segunda oportunidad.

—No soy bueno —replicó Moncho—. He hecho cosas muy malas.

—Pues tienes una oportunidad para dar a la vida lo que le quitaste.

—¿Sabes que siempre me pregunté qué sería de mi vida lejos de la organización? Nunca tuve el valor de abandonarla.

—Hazlo ahora —dijo Leoncio—. No mires atrás.

—Llévame a la carretera.

—¿Y el auto?

—No lo quiero. Quémalo.

—¿Hablamos del Plymouth Barracuda mil novecientos setenta?

—De ese mismo. Estoy muy cansado. Quiero desaparecer.

Prendió el auto. El motor rugió poniendo en marcha el alto cilindraje del vehículo. Salieron del bosque y se estacionaron al costado de la carretera.

—¿Sabías que en mi horóscopo decía que hoy iba a tomar una decisión importante? —dijo Moncho riendo.

—¿En serio?

Ambos rieron. No podían creer que el horóscopo de un diario, escrito por un reportero sin experiencia, solo para llenar un espacio del papel, hubiera dado en el clavo.

—Voy a extrañar la organización.

—Yo te voy a extrañar a ti, Moncho.

—Me engañaste, Leoncito. Eres un buen policía.

Vio que se bajó del auto. Hizo lo mismo. A esa hora de la tarde los autos pasaban veloces. Moncho alzó el brazo y esperó hasta que un auto se detuvo a unos pocos metros más adelante. Moncho lo miró por unos segundos, alzó el brazo en señal despedida y se dirigió corriendo hacia el carro inmóvil. Lo vio partir con pena y nostalgia, pero a la vez con cierto alivio. Había estado muy cerca de la muerte. La mafia de

Urviola intuía lo que iba a pasar y por eso estaba dando manotazos de ahogado. Miró el auto verde chillón y pensó en las palabras de Moncho. Lo llevó de vuelta al claro del bosque y se detuvo. Con la voz de su compañero resonando en su mente, abrió la tapa del tanque de gasolina, se desgarró una de las mangas de la camisa y la introdujo en el orificio, dejando un extremo de tela colgando. Necesitaba fuego. Buscó en la guantera del auto y encontró una caja de fósforos. Prendió la tela y se alejó unos cuantos metros. La explosión no tardó en suceder. El fuego abrazó el Plymouth Barracuda derritiendo a su paso la pintura verde chillón de la que su antiguo propietario estaba tan orgulloso. Las lenguas de fuego lamieron los asientos de cuero, chamuscándolos, lo que hizo que se formaran jirones en las puntas.

"El fuego purifica", pensó. ¿Pensaría lo mismo Moncho al pedirle que lo quemara? ¿Tendría esa frase en su cabeza cuando le hizo el insólito pedido? Allí, parado, mirando cómo el auto de colección se convertía en metal torcido, pensó en todas las veces que estuvo con Moncho. Nunca habían hablado de nada personal. No sabía si tenía familia, si tenía hijos. Una cierta distancia los mantenía alejados y concentrados en sus funciones, pero esa misma distancia los unía, como si fueran dos hermanos que no necesitaban hablar para entenderse, que no necesitaban contarse sus penas y alegrías para estar convencidos de que se tenían el uno al otro. Llegó a la conclusión de que era la primera vez que tenía un amigo de verdad, aquel a quien no necesitas llamar amigo para saber que es uno incondicional, verdadero.

Sonrió al pensar en la despedida. Ni un abrazo, ni un adiós. Nada. Solo un alzar de manos, con el presentimiento de que algún día sus caminos se cruzarían y recordarían lo vivido como si fueran viejas anécdotas y reirían y se mirarían a los ojos. Eso era una amistad.

Lunes 9 de agosto, ocho de la noche

Eran casi las ocho de la noche cuando llegó al sitio indicado. Estacionó a una cuadra del restaurante y caminó los pocos metros que lo separaban de la entrada. Mejor así, pensó. No quería sorpresas y menos cuando no tenía nadie que lo respaldara. Llegó a la reunión solo, tal y como lo exigía la nota que encontró debajo de la puerta de su departamento.

Había llegado temprano en la mañana luego de haber pasado despierto toda la noche. Recordó haber recibido la llamada a golpe de diez de la noche, cuando se iba a retirar del nuevo cuartel general. Era Leoncio. Le pedía que lo recoja en una zona boscosa fuera de la ciudad. Al llegar, pudo ver que le hacía señas con la mano y que detrás de él se encontraba un auto carbonizado. Las llamas, al parecer, se acababan de extinguir y espesas volutas de humo se elevaban al cielo oscuro obstaculizando la vista del hermoso cielo estrellado del campo.

Leoncio le contó con lujo de detalles los pormenores del plan que había tenido la mafia para eliminarlo, el arrepentimiento de Moncho y el por qué estaba todavía con vida.

—¿Estás bien? —preguntó el detective y miró de soslayo al joven policía, notando una cierta tristeza en su rostro.

—Estoy bien —respondió Leoncio con un tono neutro, como si no estuviera del todo convencido de sus palabras—. Aunque no debería estarlo. Casi muero hoy.

—Por eso te pregunto.

—Me siento raro —reflexionó Leoncio—. Como si todavía siguiera en la mafia. Mi cabeza sigue en estado de alerta, tratando de no dar un paso en falso.

—Es normal. Tendrás que pasar por un período de adaptación.

—En estos casi dos meses que estuve con ellos, acabé sintiéndome parte del grupo. Pareciera que estuviera partido en dos.

—Hiciste un excelente trabajo —dijo el detective Linares—. Todos concuerdan. Laura es la más contenta de que estés bien, sano y salvo.

—¿Hice bien en dejar escapar a Moncho? —preguntó Leoncio, como si no hubiera escuchado mencionar el nombre de la chica que quería.

—Mal o bien, ya lo hiciste —recalcó el detective—. Te dije que algún día te ocurriría. No es nada fácil verse en medio de un dilema parecido.

—Yo sabía que Moncho había hecho cosas muy malas —dijo Leoncio, como tratando de explicar su decisión, para tal vez ser entendido y perdonado por el detective—, pero pesó más la amistad y el afecto que le tenía. Ojalá enmiende el rumbo.

—No quiero reventarte la burbuja —señaló el detective—, pero lo más probable es que busque otro grupo criminal en el cual recalar. Cuando pasas mucho tiempo haciendo algo, es difícil salir, aunque no digo que eso sea imposible.

—Espero no encontrarme con él si pasa eso. No creo que sea tan tolerante la próxima vez.

—¿Me escuchaste cuando te hablé de Laura?

—Sí, lo escuché.

Miró su rostro. Había cambiado desde que salió de su auto, hacía dos meses, a intentar infiltrarse en la mafia de Urviola. Sus facciones se habían endurecido. La incipiente barba que llevaba hacía resaltar una madurez inédita. La voz seguía siendo la de un joven de su edad, pero que guardaba a su vez una cierta sabiduría recién adquirida. De solo escucharla se podía deducir que se estaba al frente de alguien que había vivido mucho en poco tiempo. Decidió callar. No quería importunar a Leoncio con preguntas que más tarde las haría. No había apuro. Lo importante ahora era llevarlo a un lugar seguro. Pensó primero en el cuartel general, pero cambió de idea al considerarlo un lugar frío y solitario. Lo que necesitaba Leoncio era calor humano, alguien que lo reconforte y en donde pudiera reposar y pasar unos días desconectado del mundo. Pensó en Laura, la llamó y obtuvo su consentimiento. Se dirigió a su departamento. Ni bien paró delante del edificio, Laura los estaba esperando. Vio que Leoncio bajaba del carro y se abrazaba con ella, besándose y abrazándose. Sin decir nada los vio entrar al edificio. Buena decisión, se felicitó.

Mientras caminaba por la calle mal iluminada y poco transitada, sacó del bolsillo la nota que había encontrado al entrar a su departamento. Era un papel de cuaderno rayado donde estaban escritas dos líneas con trazos fuertes y gruesos: “Necesito hablarle. Mañana a las ocho. Calle Los Geranios 805. Venga solo. T.O.” Recordó haber volteado rápidamente para ver si alguien estaba atrás de él con un arma en la mano, dispuesto a disparar. Cerró la puerta y prendió la luz de la sala. El departamento seguía igual que siempre, un poco sucio y bastante desordenado. Los libros de su hijo Damián seguían apilados encima de la mesa del comedor. Sonrió aliviado y pensó que al menos no se había quedado dormido, sentado, con la cabeza apoyada en sus apuntes. Se sentó en el sofá y buscó en su celular la dirección escrita en el papel. Se trataba de un restaurante de pizzas en una calle céntrica frecuentado mayormente por familias y jóvenes de clase media. No habría problema. Iría. Hablaría con T.O.

Llegó a la recepción y dio su nombre. Mientras esperaba paseó la vista por el lugar. Estaba bien iluminado y las paredes pintadas de rojo mostraban fotos de todo tipo de pizzas recién salidas del horno y que eran sostenidas, al parecer, por los dueños del local. Remarcó que las mesas estaban todas ocupadas por familias que charlaban alegremente, sin preocupaciones. Su vista entrenada para darse cuenta del peligro notó una mesa ocupada por una sola persona. La recepcionista carraspeó, asintió con la cabeza y apuntó con el dedo hacia esa mesa, al fondo del gran salón. Pudo observar que en el lugar señalado estaba sentado un hombre de traje y corbata. Se dirigió hacia allí y se detuvo frente al ocupante que miraba su celular mientras daba un sorbo a la copa que tenía en la mano izquierda.

—¿Tiburcio Otárola? —preguntó el detective.

Vio que el hombre volteaba y alzaba la cara. Sintió que lo observaba con curiosidad.

—Detective Linares —dijo el hombre y señaló la silla vacía—. Es un honor conocerlo, por favor tome asiento.

Se sacó el saco y lo puso en el espaldar de la silla. Observó que el hombre tenía la cara de bebé que hacía honor a su sobrenombre.

—Gracias —dijo el detective sentándose, sin bajar los ojos ante

la mirada escrutadora de Otárola—. ¿Para qué quería verme?

—Directo al grano —dijo Tiburcio Otárola sonriendo—. Ya me habían contado de su costumbre de no andarse con rodeos.

—Por el contrario —replicó el detective—. Yo no sé casi nada de usted. Su nombre es un misterio.

—Me imagino que Leoncio le debe haber contado algunas cosas —dijo Otárola y clavó una mirada maliciosa en el detective.

—Efectivamente.

—Permítame felicitarlo. Tiene bajo su mando a un excelente oficial. Nos engañó a todos.

—Por eso le fue encomendada esa misión, pero casi no puede acabarla.

—Riesgos del oficio, ¿no le parece?

—Así es.

—Tuvo suerte. Quien tenía que deshacerse de él cambió de idea y ahora está desaparecido. No hay problema. Tarde o temprano caerá.

—Usted es una leyenda en las calles. Se rumorea que es la mano derecha del presidente.

—No debería hablar así —siseó Otárola con molestia—. Le puede pasar algo desagradable.

—¿Me está amenazando?

—Jamás. Creo que somos lo suficientemente civilizados para comportarnos como dos caballeros. El problema es que el poder tiene muchos oídos.

Miró a Otárola y tuvo la sensación de que todo lo que había escuchado de él se quedaba corto. Veía como trabajaba su mente, tratando de envolverlo en una telaraña de intrigas, para confundirlo y despistarlo. Se dio cuenta de que era un digno rival, alguien con quien competir, un profesor Moriarty para un Sherlock Holmes. Sentía que el otro lo tanteaba con la mirada, mientras estudiaba sus movimientos y sus gestos, escudriñándolo como un científico escudriña una célula en su microscopio. Primera vez en su vida que se topaba con alguien que podría ser su alter ego.

—Gracias por el aviso —dijo el detective—, pero pensé que podríamos hablar libremente.

—Lo estamos haciendo.

—Digo, sin que se moleste por los comentarios que hago con respecto a su jefe.

—No me molesto, pero a veces hay cosas que no se deben mencionar.

—Mencionaba que le incomodó que Leoncio lo engañara. Al parecer eso no le pasa frecuentemente.

—Yo mismo tuve una reunión con él. Me engañó sin contemplaciones. Si él estuviera de nuestro lado, otra sería la historia que nos reúne esta noche.

—¿De qué lado? ¿Qué nos reúne esta noche?

—Del mío, o, mejor dicho, del lado del poder.

—Que mañana o más tarde caerá como un ídolo dorado de su pedestal.

—Deseaba conocerlo personalmente. Quería ver con mis propios ojos si todo lo que hablaban de usted era verdad.

—¿Su curiosidad está satisfecha?

—Sí. No siempre se tiene enfrente a un héroe de la policía.

—Usted es un hombre muy inteligente —terció el detective—. Me apena que esté del lado de los malos.

—No le dé pena. Estoy bien donde estoy.

—Para mí es un desperdicio de talento.

Vio que Tiburcio Otárola secaba la copa. Sintió un poco de hambre y se le vino a la mente ordenar algo para comer. El problema era que no sabía cuándo acabaría la reunión.

—No todos podemos hacer lo mismo. La vida sería muy aburrida. Además, usted no tendría trabajo.

—Tendría, pero no tanto como ahora.

—Me agrada cómo trabaja su cabeza. Me gustaría tenerlo como amigo.

—Eso es imposible, al menos por el momento.

—Usted me admira, yo lo admiro, huelga decirlo, por eso me resulta difícil creer eso.

—Estamos en dos veredas opuestas. Por más admiración que haya, nunca podremos ponernos de acuerdo en nada.

—Esa es una visión un poco cerrada de las cosas. Lo pensé más abierto a las nuevas ideas, detective.

—¿Por qué no abandona a Urviola? —preguntó el detective un poco cansado y con bastante hambre.

—Soy un hombre leal. Le debo mucho al señor presidente.

—Conozco la historia.

—Entonces entenderá por qué no puedo abandonarlo, sobre todo ahora, que las cosas no andan muy bien que digamos.

—Culpa única y exclusivamente de ustedes.

—¿Cuál es su relación con el coronel Sebastián Cornejo?

—Es como mi hermano mayor. Lo estimo mucho.

—Usted tiene una vida de ensueño, detective. Lo envidio sanamente.

—¿De ensueño?

—La relación con su jefe es de la mejor, acaba de empezar una relación amorosa con Gabriela Yoshida y su hijo es un buen muchacho.

—Está llevando el juego por aguas peligrosas. Tenga cuidado.

—No lo digo de mala manera. De verdad lo envidio. Tiene todo lo que yo perdí en algún momento de mi vida.

Pensó que, si no fuera por la mirada dura y escrutadora, se diría que Tiburcio Otárola le estaba abriendo su corazón.

—Me lo contaron. Cuánto lo siento.

—Tal vez si mi esposa y mi hijo estuvieran conmigo, posiblemente ambos estaríamos del mismo lado.

—Eso hubiera sido una situación genial.

—Aniceto —dijo Otárola tuteándolo de improviso—. Te deseo mucha suerte. Qué gane el mejor.

Tomó su saco y se levantó de la silla. Tuvo ganas de abrazarlo y decirle que todo estaría bien, que no pasaría nada, que en una realidad alterna serían los mejores amigos del mundo. Sus esposas serían amigas y sus hijos irían al mismo colegio. Solo atinó a estirar la mano.

—Tiburcio —dijo el detective y sintió el fuerte apretón de manos —. Yo también te deseo lo mejor. Hubiera preferido que nuestros

caminos no se hubieran cruzado de esta manera.

—¿Quién sabe? —replicó Otárola—. Tal vez en una realidad paralela seamos amigos.

Salió del restaurante sonriendo luego de haber escuchado las últimas palabras. Entró al auto y arrancó. Mientras manejaba se preguntó cuáles serían las probabilidades de que dos personas tan semejantes se cruzaran en un mundo de casi ocho billones de habitantes. Se imaginó una cifra larga con varios ceros. No sabía por qué, pero tenía la sensación de que Otárola le había pedido ayuda, casi al final de la conversación, o tal vez lo trataba de confundir para que bajase la guardia.

—Creo que nunca lo sabré —pensó en voz alta el detective, y sintonizó su estación de radio favorita.

Martes 10 de agosto, once de la noche

La fuerte explosión lo hizo saltar de la cama y tirarse al suelo sin saber qué hacer. Tenía todavía los sentidos embotados cuando una segunda explosión hizo sacudir los cimientos de la casa. Los vidrios de la ventana del cuarto reventaron en mil pedazos siendo levemente interceptados por dos gruesas cortinas marrones que colgaban de un riel de metal adosado a la pared. Eso no fue impedimento para que algunos pedazos se incrustaran en las paredes, formando una figura amorfa, como el collage caprichoso de un artista moderno. Sintió una lluvia de vidrio que caía sobre su cabeza. Unos pocos segundos bastaron para que supiera que su casa estaba bajo ataque. Reptó con el cuerpo bien pegado sobre el suelo hacia la mesa de noche y apretó el botón que se encontraba debajo de uno de los cajones. Rogó al cielo que las explosiones no hubiesen dañado la alarma que conectaba su casa con la central, uno de los privilegios que tenían todos los jefes de división de la policía. Miró la hora en el reloj destrozado que yacía en el suelo y que había cesado de funcionar al momento de la deflagración: once y cinco de la noche. De acuerdo con el protocolo establecido por la policía, a los agentes les tardaría quince minutos en llegar a su casa luego de haber accionado la alarma. Pensó que, si no hacía algo rápido en esos quince minutos, lo encontrarían muerto. Entre el polvo y los objetos tirados pudo divisar el cinturón de cuero con la pistola de reglamento. Se arrastró nuevamente mientras sentía que los pequeños trozos de vidrio que yacían en el suelo laceraban su piel. Pudo llegar hasta el lugar donde se encontraba el arma, la tomó, comprobó que estaba cargada y esperó hecho un ovillo al costado de la cama destendida.

Los gritos y vociferaciones que venían del primer piso de la casa le helaban la sangre. Se preguntó cuántos serían. No se preguntó quiénes serían ya que tenía la certeza de que el ataque había sido ordenado por Patricio Urviola. Escuchó pasos de varios hombres que subían la escalera, puertas que se abrían con violencia y disparos contra los supuestos ocupantes en el interior. Felizmente que vivía solo, aunque a veces recibía la visita de su pareja. Pensó en el amor de

su vida y apretó fuerte la pistola. Se dijo que si lo mataban se llevaría a unos cuantos. Pagarían caro haberse metido con él. En medio de las balas y el griterío, había una voz que se demarcaba del resto, una voz rabiosa que trataba de sonar amenazante, a pesar de lo agudo de su tono.

—¡Coronel Cornejo! —sonó la voz, un poco apagada por el griterío y las ráfagas de metralla—. ¡Ríndase! ¡No tiene escapatoria!

Esta vez la voz había sonado muy cerca de la habitación donde se encontraba. Escuchó los pasos debajo del umbral de la puerta hasta que se detuvieron.

—¡Deje de esconderse como un perro! —dijo la voz nuevamente —. ¡Salga y dé la cara como un hombre!

En eso, escuchó unos disparos que resonaron en el piso inferior y el grito de dolor de un hombre se impuso en medio del caos y la confusión. Sintió que varios pasos se alejaban de su posición. Alzó la cabeza y vio, gracias a la luz que proyectaban los faroles de alumbrado público dentro de la habitación, a un hombre enjuto con una metralleta entre las manos. Tenía el rostro de perro dóberman que le daba un aspecto temible. Los ojos los tenía desorbitados, como si fueran los de un pez dorado dando vueltas en medio de una pecera. Remarcó que el hombre estaba solo y no se atrevía a entrar al dormitorio. Se incorporó a medias e hizo varios disparos en dirección a la figura titubeante. Un grito de muerte salió de la garganta del hombre que atinó a apretar el gatillo mientras caía al suelo. Una ráfaga de metralla hizo que volviera a tumbarse al piso. Esperó unos momentos mientras escuchaba que los disparos se sucedían en la planta baja. Se levantó y dio unos cuantos pasos hasta llegar a los pies del cuerpo tirado en el suelo. Pudo ver los ojos abiertos del cadáver. Tenía el impacto de dos disparos: uno en el pecho de donde manaba abundante sangre y el otro en la frente, el que al parecer había sido el tiro mortal.

Esquivó el cuerpo y corrió hacia la escalera. Se asomó y pudo ver que había unos cuatro hombres parapetados en las paredes del primer piso haciendo disparos en dirección al comedor, contiguo a la entrada donde desembocaba la escalera. Sus disparos tomaron desprevenidos a

los atacantes quienes dejaron de disparar y corrieron de un lado a otro para buscar refugio. Dos de ellos fueron alcanzados por sus disparos y quedaron inertes en el suelo. Un tercero recibió un balazo en la cabeza de quien se refugiaba en el comedor.

—¿Quién está ahí? —gritó el coronel Sebastián Cornejo.

—¡Soy yo, Sebastián! —gritó la voz del otro lado—. ¡Soy Aniceto!

—¡Aniceto! —gritó el coronel con sorpresa y alivio—. ¡Ten cuidado. Queda uno!

Bajó los peldaños de la escalera lentamente mientras veía que una pistola se asomaba en la entrada del comedor. La figura del detective Aniceto Linares se asomó, como si fuera una aparición milagrosa. Vio que el detective todavía llevaba el brazo izquierdo inmovilizado. De improviso, unas sirenas sonaron y unos gritos se escucharon. Los disparos no se hicieron esperar y luego pararon.

—¿Jefe, está bien? —dijo el detective Linares y abrazó al coronel Cornejo.

—¡Aniceto! —dijo el coronel y cayó al suelo mientras soltaba el arma, como si hubiera perdido las fuerzas que le permitían sostenerla.

—Siéntate, Sebastián —dijo el detective y de improviso apuntó el arma hacia la dirección de alguien que se acercaba.

—¡Detective! —dijo el hombre vestido de policía—. ¡No dispare! Todo acabó. Abatimos al último. No hay rastros de más de ellos.

—¡Revisen arriba! —ordenó el detective mientras revisaba el cuerpo del coronel para descartar alguna herida.

Entraron más policías y peinaron la casa de arriba abajo. Al final constataron que la vivienda estaba vacía.

—¡Sebastián, háblame, por favor! —escuchó que le decía el detective.

Tenía los sentidos nuevamente embotados. Un ligero zumbido sonaba en sus orejas y un fuerte cansancio lo invadió. Tuvo deseos de acostarse y dormir varios días sin que nadie lo molestase. Reaccionó cuando sintió que el detective lo movía fuertemente.

—¡Ya, para! —atinó a decir, y alzó los brazos que habían estado pegados a su cuerpo, inertes—. ¡Te escucho, Aniceto!

Se levantó ayudado por el detective. Le hizo señas para subir por la escalera. Subió al segundo piso y al llegar le señaló al muerto.

—¿Lo conoces? —preguntó y esperó con ansias una respuesta positiva.

—Es Carmelo Rodríguez —contestó el detective—. Un mando medio de la mafia de Urviola. Un tipo feroz, a decir de Leoncio.

—Este tipo tenía la orden de matarme.

—Estaba bajo las órdenes de Noelio Leguizamón. Al parecer no esperaron la aparición de éste para cumplir sus planes.

—Estos mierdas me atacaron en mi propia casa —dijo con furia el coronel Cornejo—. No tienen honor.

—Vamos afuera, Sebastián —apuntó el detective—. Quiero que los paramédicos te revisen.

Se apoyó en el brazo derecho del detective y obedeció. Mientras bajaba la escalera pudo ver que llevaba aún el pijama a rayas con el que se había acostado. Estaba sucio y lleno de manchas. Se imaginó que su aspecto dejaría mucho que desear. Al salir de la casa lo echaron en una camilla y lo auscultaron. Escuchó que no estaba herido, pero que por precaución lo iban a llevar a un hospital. Asintió y cuando lo introducían a la ambulancia sintió una pesadez que lo hizo cerrar los ojos y luego no supo nada más.

---o---

Abrió los ojos pesadamente. Mientras pestañeaba repetidas veces pudo ver difusamente varios rostros que lo miraban. Se movió inquieto y luego de unos instantes la vista se le aclaró y pudo reconocer las caras que se asomaban y que tenían una expresión de preocupación. A su lado estaban el detective Aniceto Linares, los agentes Leoncio Manyari y Laura Estremadoyro y el coronel Montoya.

—¿Dónde estoy? —preguntó mientras hacía chasquear la lengua debido a la sequedad de su boca.

—Estás en el hospital, Sebastián —dijo el coronel Montoya—. No estás herido, tuviste mucha suerte.

—¿Y por qué me tienen acá?

—Cayó desmayado, coronel —dijo el detective Linares—. Lo trajeron solo por precaución.

—¿Qué pasó en mi casa? No recuerdo nada.

—Atacaron tu casa con dos granadas —explicó el detective— y luego entraron a buscarte. Estaba cerca cuando me avisaron. Por eso pude llegar en menos de cinco minutos.

—El que lo atacó era Carmelo Rodríguez —intervino Leoncio—. Vi el cuerpo. Confirmo que es él.

—¿Cómo está tu brazo, Aniceto? —preguntó preocupado el coronel Cornejo.

—Me duele cada vez menos. Mejora rápidamente.

—Estas basuras se creen intocables —dijo el coronel Cornejo—. No los pensé capaces de atreverse a tanto.

—Eso se acabará pronto, coronel —dijo Laura Estremadoyro—. Le hemos entregado todas las pruebas al periodista Nicanor Egúsquiza. En cualquier momento sale la noticia.

—¿O sea que todo está en marcha? —preguntó el coronel Cornejo.

—Así es, Sebastián —agregó el coronel Montoya—. El momento que estábamos esperando ha llegado.

—Tuvieron que pasar veinte años para poder lograrlo —dijo el coronel Cornejo y tomó un sorbo del agua contenida en el vaso que estaba encima del velador de metal al lado de la cama—. A propósito ¿saben si puedo irme de aquí?

—El doctor vino a verte hace un rato, cuando aún dormías —puntualizó el detective Linares—. Dijo que quiere que te quedes esta noche. Mañana podrás irte. Vendré a recogerte.

—Bueno —exclamó el coronel Cornejo—. Gracias por la visita. Me gustaría dormir un poco más si no les molesta. Más bien quisiera hablar un rato más con Otoniel.

—No hay problema, Sebastián —dijo el detective—. Hasta mañana.

Se despidieron de los coroneles y salieron del hospital. Era ya de madrugada. El detective Linares propuso tomar algo en un bar cercano que abría las veinticuatro horas. Se sentaron en una mesa y pidieron

una cerveza para Laura y Leoncio y un agua mineral para él.

—¿Cómo va su brazo, señor? —preguntó Leoncio cuando vio al detective hacer un rictus de dolor.

—Mejorando —señaló el detective tomándose el brazo herido—, pero el esfuerzo que hice en la casa del coronel hizo mella en él.

—Debe descansar —sugirió Laura Estremadoyro.

—Lo haré —asintió el detective Linares—. El caso está llegando a su fin. ¿Cómo se sienten luego de estos meses de duro trabajo?

—Me siento privilegiada de haber participado en el caso, detective —confesó Laura Estremadoyro—. Nunca pensé contribuir en la caída de la mafia de Urviola.

—Demás está decir que ha sido un honor trabajar con usted, señor —añadió Leoncio—. Lo que yo viví en estos casi dos meses ha sido una experiencia invalorable.

—Ustedes dos son muy buenos agentes —dijo el detective Linares—. La experiencia que han ganado contribuirá mucho a sus carreras en la policía. No pude haber deseado tener un mejor equipo.

—Aunque lo que pasó hoy —cambió de tema Leoncio—, significa que el peligro no ha acabado.

—Es cierto, detective —añadió Laura—. ¿Qué cree que pasará luego del atentado al coronel Cornejo? ¿Habrá una investigación?

—Lo dudo mucho —caviló el detective Aniceto Linares—. Supongo que Brezani saldrá mañana a los medios para condenar el hecho y decir que iniciarán una investigación que llegará hasta las últimas consecuencias. Todo eso es mentira. Pura pantalla para aparentar una realidad diferente. Leoncio tiene razón. Todavía estamos en peligro. No crean tampoco que con las pruebas que publicará el periodista la mafia tirará el guante. Al contrario, estará herida de muerte y cuando pase eso será cien veces más peligrosa.

—¿Qué haremos entonces? —preguntó Laura nerviosa, y jugó con el vaso de cerveza casi sin espuma.

—Les sugiero que esta semana no se aparezcan por el cuartel general. Puede ser peligroso ir por allí. Quédense en sus casas, mejor si se quedan con un familiar. La mafia no se atreverá a tomar represalias contra civiles.

—¿Y usted que hará, detective? —preguntó Leoncio.

—Estaré alerta. Además tengo que acompañar al coronel Cornejo cuando salga del hospital y avisar a Gabriela de lo ocurrido. No se preocupen por mí. Estaremos en contacto.

Miércoles 11 de agosto, seis de la mañana

Los Pecados del Presidente
Por Nicanor Egúsquiza

Estimado lector:

Lo que leerá a continuación es el resultado de meses de investigación de este su servidor y de una unidad de élite de la policía. La información recabada ha sido verificada con documentación fidedigna y testimonios de los principales implicados. Nunca en la historia de nuestro país, un gobierno ha sido el paradigma de la corrupción, el beneficio personal antes que el bienestar popular y el quebrantamiento de las leyes y el orden constitucional. El día de hoy esta situación toca a su fin. El día de hoy este periodista, así como el diario que lo acoge salen al frente para denunciar el caos imperante y el gobierno que lo representa. Esta historia sale a la luz porque hemos decidido decir basta. Hemos decidido no quedarnos callados.

Hemos encontrado pruebas de que el presidente lidera una mafia que genera millones dedicándose a tres negocios ilegales: el tráfico de drogas, las apuestas y el contrabando. A través de testaferros y empresas en paraísos fiscales, el presidente maneja los hilos de estos negocios. La persona más cercana al presidente es Tiburcio Otárola, un oscuro abogado que ha pasado muchos años en las sombras. Este personaje lidera el brazo operativo de la organización mafiosa. Se sabe que tiene bajo su mando a tres personas de su más alta confianza:

- Néstor Ísmodes, alias “Monito”: Lidera el negocio del tráfico de drogas.

- Jean-Pierre Garibaldi, alias “El Francés”: Lidera las apuestas ilegales.

- Noelio Leguizamón, (alias no conocido): Lidera el contrabando.

Los nombres de estos personajes han sido encontrados en papeles requisados por la unidad de élite de la policía en los múltiples operativos llevados a cabo en diferentes partes de la ciudad. Los discos duros de las computadoras incautadas han vomitado su contenido de podredumbre y suciedad. Las órdenes se daban en códigos encriptados

y eran archivados digitalmente. Dos adjuntos de estos jefes murieron en sendos operativos las últimas semanas: Corina Guizado, alias “La Loca” y Carmelo Rodríguez, alias “Neo”, delincuente prontuariado que comandó el ataque a la casa del coronel de la policía Sebastián Cornejo. Un tercero, Mario Velezmoro, alias “Manito de Piedra” se encuentra como no habido.

Las operaciones de importación de droga y contrabando pasan por el muelle. En confabulación con malos funcionarios, quienes fueron seducidos por el poder y el dinero, los cargamentos llegaban a la vista y paciencia de las autoridades con el único fin de inundar nuestras calles y corromper a nuestra juventud. ¿Cómo nadie dio la voz de alarma ante las pruebas evidentes? ¿Cómo todo se desarrollaba con total impunidad?

Lamentablemente, nuestra policía había sido tomada por asalto. El nombramiento, por parte del gobierno, del capitán Adolfo Brezani como director de la policía fue el punto culminante del plan para copar la institución y tener un aliado que le permitiera operar con impunidad. A raíz de esto decenas de jefes de división fueron pasados a retiro con pretextos y excusas risibles. La policía quedó desarticulada y solo servía para cumplir las órdenes que salían de la casa de gobierno.

Es así como hace unos cuantos meses fue creada, en la clandestinidad, una unidad de policía secreta para luchar contra el poder corrupto enquistado en la cima del poder así como contra el copamiento de la institución por malos elementos. Gracias a su labor paciente y abnegada es que tenemos las pruebas para hacer esta denuncia. El trabajo de inteligencia rindió su fruto, pero, una vez más, estas denuncias no pueden ser traducidas en hechos concretos. Las órdenes de arresto de las personas mencionadas se han perdido en la burocracia policial. El director Brezani no atiende nuestras llamadas y todo indica que la inacción de nuestras autoridades continuará.

En las siguientes páginas detallaremos, con documentos y testimonios, cómo opera la mafia del presidente y se darán cuenta de que no todo es oro lo que brilla.

Una vez más, mi agradecimiento y respeto a los directivos de

este diario que nos dejaron trabajar con libertad e independencia; a la unidad de élite de la policía, quienes confiaron en este reportero para canalizar su investigación, y a todos nuestros lectores que sabrán encontrar en este espacio una voz de justicia y valentía. Al tanto del peligro que pueda correr luego de la publicación de esta investigación, he puesto a mi familia a buen recaudo. Una vez atentaron contra mi vida y no consiguieron callarme. Aquí estoy, de pie y con la frente en alto. Lo hago por nuestro país, por nosotros y por nuestros hijos.

---o---

Encendió el televisor para enterarse de lo que pasaba luego del reportaje publicado por el periodista Nicanor Egúsquiza. Las imágenes mostraban gente de toda condición social tomando las calles para protestar contra el régimen del presidente Patricio Urviola. Habían pasado solo unas cuantas horas y la noticia había corrido como reguero de pólvora. Los gritos no cesaban y las pancartas exigían la dimisión del presidente. La voz del relator del programa de noticias daba cuenta de algunos enfrentamientos entre manifestantes y la policía en diferentes puntos de la ciudad. La cámara hacía un paneo de las calles en el centro. Solo se veían negocios cerrados y calles repletas de personas que marchaban y gritaban a todo pulmón consignas en contra del presidente. El teléfono timbró y contestó.

—Amor —dijo la voz de Gabriela al otro lado de la línea—. ¿Estás viendo la tele?

—Acabo de prenderla —contestó el detective Aniceto Linares.

—¿Te imaginabas la reacción de la gente?

—La verdad, no —contestó el detective—. Estoy sorprendido. ¿Dónde estás?

—En casa de mi madre.

—Quédate ahí hasta que todo pase.

—¿Alguien más te ha llamado?

—Sebastián, Laura y Leoncio. Todos estamos a la expectativa de lo que va a pasar en las próximas horas.

—Tengo un poco de miedo, Aniceto.

—Yo también —exclamó pensativo el detective— y a la vez tengo ganas de salir a manifestar.

—Lo más prudente es que no lo hagas, amor —aconsejó Gabriela —. Serías una presa fácil de la gente de Urviola.

—No te preocupes. Bueno, ya me voy, voy a ver que más dicen en la tele.

Escuchó que Gabriela colgó. Tomó el control remoto y subió el volumen. Recorrió los canales y todos transmitían en cadena los tumultos en la calle. Menudo caos que originaste, se dijo. En eso la imagen del relator apareció en pantalla completa y leyó un papel que tenía en las manos.

—Interrumpimos la transmisión para dar pase a la casa de gobierno donde el presidente dará un mensaje a la nación.

Sin más preámbulos apareció la figura de Patricio Urviola. Portaba un terno gris y la banda presidencial que le cruzaba el torso. Estaba parado con las manos apoyadas en un estrado de madera con un micrófono cerca a la boca.

“Estimados conciudadanos. Me he visto obligado a salir a hablar delante de ustedes para refutar los infundios que el periodista Nicanor Egúsquiza, en contubernio con el diario donde trabaja, ha publicado el día de ayer en la mañana. Rechazo categóricamente lo escrito por este seudoperiodista. Las pruebas que presenta han sido fraguadas con la ayuda de unos cuantos malos policías y por personas que dicen pertenecer a la mafia de la que supuestamente soy líder. Estas personas han sido engañadas y coaccionadas para que den un falso testimonio. No existe tal mafia y no soy líder de ella.”

“Veo con pena y estupor que la gente ha salido a la calle a protestar azuzada por el reportaje mencionado y también por las declaraciones del presidente del congreso, Clodoaldo Gutiérrez, que dice desconocer mi mandato y promueve secretamente una vacancia a todas luces ilegal.”

“Es por eso que, para mantener el orden en las calles y proteger la investidura presidencial, he dispuesto la ley marcial. A partir de este momento el ejército tomará las calles. Se instaura el toque de

queda de emergencia. Este se extenderá desde las diez de la noche hasta las seis de la mañana. Todas las libertades individuales y de reunión son abolidas temporalmente. Cualquier persona que no acate esta orden será encarcelada y juzgada por una corte militar sumaria que impondrá severas penas de cárcel y, en algunos casos, la pena de muerte en función de la gravedad del delito."

"Estimados amigos y amigas: tengan por seguro que todo volverá a la normalidad cuando el orden y la paz interna se reestablezcan. Mientras tanto quédense en sus casas y protejan a los suyos. Muchas gracias."

Se quedó de una pieza luego de haber escuchado el mensaje. No podía creer lo que estaba pasando. El presidente y sus secuaces respondían con todo lo que tenían a la mano. El poder se aferraba al cargo. La figura del relator dio lugar a la imagen del presidente del congreso mientras era intervenido en su casa por personal de seguridad del estado. Clodoaldo Gutiérrez era sacado a rastras de su casa, despeinado y en ropa casual. Vio gente que trataba de impedir el arresto y que era atacada a golpes de cachiporra por un contingente de policías, mientras los reporteros luchaban para obtener imágenes de la situación. Sonó nuevamente el teléfono. Era el coronel Cornejo.

—Aniceto —dijo el coronel con la voz apagada—. ¿Estás viendo lo que yo?

—¿Lo del presidente del congreso? Lo estoy viendo.

—Tienes que irte de tu casa. ¿Damián, dónde está?

—Con Noelia. Salieron de la ciudad.

—Vete cuanto antes. No tardarán en ir por ti.

—¿Y usted?

—Me quito yo también. Hoy me dieron de alta.

—¿Cómo se siente?

—Bien. No debieron tenerme mucho tiempo por aquí. ¿Y el brazo? ¿Cómo va?

—Mucho mejor. Ya no llevo puesto el cabestrillo aunque no puedo moverlo mucho.

—Poco a poco se pondrá mejor.

—¿Cree que Urviola cederá? —preguntó inquieto el detective.

—Va a caer tarde o temprano —conjeturó el coronel Cornejo—. El problema es que se va a llevar a unos cuantos en su camino.

—Nos vemos jefe, le hago caso.

—Llámame cuando estés en un lugar seguro.

Colgó y se dirigió a su cuarto donde cogió un pequeño maletín deportivo y metió unas cuantas prendas de vestir y accesorios personales. Cerró la puerta de su departamento y decidió salir del edificio por la puerta trasera. Se asomó y no vio a nadie. Ya estaba en la vereda cuando escuchó sirenas y ruidos que provenían del interior del edificio. Pensó que el coronel Cornejo seguía teniendo los reflejos que le permitían estar siempre un paso adelante y anticiparse a cualquier situación. Vio un taxi que se acercaba y alzó el brazo. El taxi se detuvo. Abrió la puerta y entró rápido.

—Lléveme a la calle Cayetano Heredia, 670.

—Allá vamos, señor —contestó el chofer que lo miraba por el espejo retrovisor.

—¿Cómo puede salir a trabajar con el lío que hay allá afuera? —preguntó curioso el detective.

—Tengo que comer hoy también, señor.

—¿No tiene miedo de que le pase algo?

—Mi hambre y la de mi familia son más fuertes que mi miedo.

—¿Puede subir el volumen de su radio, por favor? —pidió el detective.

—¿Así está mejor? —preguntó el taxista—. Hablan de lo mismo desde la mañana.

Observó a su interlocutor. Era un hombre ya mayor. Debía tener más de cincuenta años. Era de piel cetrina y sus manos pequeñas y arrugadas tomaban el volante con delicadeza. Vio los ojos por el espejo retrovisor. Eran ojos vivaces a pesar de la aparente edad de su poseedor. Sintió que lo miraba de tanto en tanto.

—Ya sé quién es usted —dijo el conductor con un tono de alivio, como si hubiera hecho un gran descubrimiento.

—No me diga.

—¿Usted no es el detective que atrapó al que tenía secuestrada a

la chica esta, hace tres años?

—Renata Cifuentes.

—¡Ella! —exclamó el chofer y chasqueó los dedos—. Ese caso nos mantuvo a todos en vilo. Buen trabajo.

—Gracias —contestó el detective e hizo una mueca, sorprendido de que la gente todavía lo reconociera por ese caso.

—Por eso, no le cobro la carrera.

—No, por favor —pidió el detective—. Usted tiene que trabajar.

—Bueno, llegamos —indicó el chofer—. No me debe nada.

—Insisto. Tome por favor.

—Cortesía de la casa.

No insistió más y bajó del auto. Escuchó que el chofer del taxi le decía algo mientras partía, pero no pudo entenderlo. Si el detective Aniceto Linares hubiera estado más atento hubiera escuchado lo siguiente:

—Su madre le envía bendiciones, detective.

Miércoles 11 de agosto, dos de la tarde

Tocó la puerta y Gabriela lo abrazó de improviso, sin darle tiempo a reaccionar. Correspondió el abrazo con dulzura, apretándola suavemente contra su pecho, aspirando el rico perfume que despedía el cuerpo tan deseado. La dirección donde había llegado pertenecía a una quinta conformada por al menos quince residencias. Una de ellas era de la madre de Gabriela Yoshida. Observó que la entrada principal se comunicaba con el segundo piso donde se encontraba la vivienda por una larga escalera de cemento pintada de color rojo. Al menos quince peldaños subían recto hasta llegar a un estrecho descanso en donde la escalera doblaba hacia la derecha en forma de L. Los cuatro últimos peldaños desembocaban en un largo y angosto pasadizo con piso de cerámica blanca que terminaba en una puerta del mismo color, lejos al fondo. Miró con sorpresa los techos altos de donde colgaban lámparas de vidrio opaco cubiertas con una que otra tela de araña. El olor de comida casera lo hizo salivar. Gabriela lo invitó a pasar a la sala, le quitó el maletín deportivo y le pidió que se siente.

—Gracias por invitarme —dijo el detective Aniceto Linares—. Tu mamá tiene una casa muy acogedora.

—Gracias.

—¿Dónde está ella?

—Está descansando. Cuando se levante te la presento.

Paseó la vista por la habitación. Un par de muebles tapizados con tela color crema ocupaban la mayor parte del espacio y una televisión gris marca JVC se encontraba frente a uno de ellos. Una de las paredes era ocupada por un librero cuya parte superior casi tocaba el techo. En el centro de este se encontraba un equipo de sonido color gris oscuro. A un costado había un estante donde se erguían, desafiando al tiempo, fotos en blanco y negro de un matrimonio. La pareja de ojos rasgados aparecía uno al lado del otro. Él, vestido de frac negro, con la mirada seria y un poco ausente. Ella, con el vestido blanco de novia con la larga cola arrastrándose por el piso, con una sonrisa radiante. Al otro costado había tres estantes de diferente altura. Cada uno de ellos albergaba una hilera de libros: el primero al

parecer cobijaba una enciclopedia ya que los lomos eran idénticos; el segundo contenía libros de tamaños y colores diversos; el tercero atesoraba una enorme biblia de tapa color negro y hojas con borde dorado. Bajó la vista y observó el piso de parquet brillante, como si hubiera sido lustrado recientemente. En la habitación colindante, separadas por un arco rectangular que dejaba un espacio libre entre estas, se encontraba el comedor, conformado por una mesa ovalada de madera rodeada por seis sillas idénticas con espaldar de madera delgada. Adosadas a las paredes y rodeando la mesa, yacían dos cómodas de madera pulida con puertas corredizas de vidrio, que contenían diversos objetos hechos de cristal, entre vasos y figuras de animales. En una de las paredes y frente a la mesa, colgaba una imagen en metal de la *Última cena*. La lámpara que colgaba del techo encima de la mesa estaba conformada por cuatro brazos de madera extendidos en forma de cruz. Cada brazo tenía en sus extremos un foco incandescente cubierto por un vaso de vidrio opaco. Sintió nostalgia al ver la disposición de los objetos en ambas habitaciones. Recordó a su madre y esa manera peculiar de estar decoradas que tienen las casas antiguas de las familias de clase media.

Buscó el control remoto y prendió la televisión. Las imágenes mostraban los feroces enfrentamientos entre las turbas enardecidas con contingentes fuertemente armados de la policía.

—¡Dios mío! —dijo Gabriela al entrar con una bandeja con café y rosquillas—. ¡Qué horrible se ve todo eso!

—Si Urviola no dimite ya, tendrá las manos manchadas de sangre.

—No veo que el ejército intervenga.

—Tienes razón. Está muy raro todo eso.

—Veo que dejaste el cabestrillo —notó Gabriela.

—Sí —apuntó el detective y flexionó el brazo izquierdo—. Lo siento mucho mejor.

—¿Has hablado con Leoncio y Laura?

—Se han unido a las protestas —dijo el detective y dio un suspiro.

—¿Cómo? —exclamó Gabriela incrédula—. ¿Cuándo hablaste

con ellos?

—Hoy temprano —apuntó el detective—. No pude hacer nada para convencerlos de que no salieran. Su generación no entiende de razones.

—¿Y el coronel Cornejo? —preguntó Gabriela.

—Fue él que me dijo que saliera de mi departamento. Ni bien lo hice, una patrulla de la policía desembarcó en mi edificio. Vine para acá.

Vio que Gabriela se le acercaba y lo besaba y acariciaba, desordenándole los cabellos hirsutos. Hizo una mueca al remarcar que ella seguía portando la chaqueta de cuero que solía usar cuando aún trabajaba para la policía. Se dijo que la costumbre era más fuerte que todo.

—¿Estás bien, amor? —le dijo Gabriela mientras lo mimaba como si fuera un niño de pecho.

La idea le pasó por la cabeza como un rayo que ilumina una noche oscura. No estaba en sus planes, pero sintió que era el momento adecuado. No sabía por qué, pero unas ganas imperiosas lo obligaron a hacer lo que hizo.

—Gabriela —dijo el detective dubitativo.

—¿Dime, Aniceto?

—Yo… quiero… decirte

—¿Qué pasa?

—La verdad, no estaba planeado lo que te voy a decir.

—¿Pasa algo malo?

—Gabriela, ¿quieres casarte conmigo?

Vio el rostro de estupor de Gabriela y los ojos achinados que se agrandaban y se volvían redondos, mirándolo bien abiertos.

—No tienes que responder ahora —añadió, y sintió que había metido la pata.

—Te respondo ya —dijo Gabriela y lo miró con ternura—. Acepto.

Ambos se abrazaron. Remarcó que Gabriela lloraba en su hombro. Se sintió el hombre más feliz de la tierra.

—¿Estás bien? —preguntó el detective, mirándola a la cara, una

cara llena de lágrimas.

—Pensé que no me lo pedirías nunca.

—Sabes que te amo y que el casarnos es solo una mera formalidad.

—Sí, conozco tu opinión al respecto —respondió Gabriela Yoshida—, pero una siempre tiene la esperanza de casarse de blanco, como mi madre lo hizo con mi padre.

Volteó a mirar las fotos del matrimonio que vio al entrar y que pertenecían a la madre de Gabriela. Dedujo que esas instantáneas la habían acompañado durante toda su vida de niña y adolescente. Se imaginó a la joven Gabriela mirar las fotos durante horas y fantasear que era ella quien estaba vestida con traje blanco y un ramo de flores entre las manos. A pesar de que los tiempos cambiaban aceleradamente y ciertas costumbres pasaban al olvido, otras se resistían a desaparecer gracias a mujeres que, como Gabriela, habían idealizado una situación debido a una imagen que había quedado grabada desde pequeñas en sus cerebros. Miró el semblante del supuesto padre de Gabriela. No se le veía muy contento que digamos. Sin embargo, sintió que por una extraña razón él debía ser parte de, en su modesta opinión, esa anacrónica costumbre.

—Bueno —dijo Aniceto—. Ya tendremos tiempo para planear nuestra boda.

—Estoy de acuerdo —asintió Gabriela—. Que pase todo esto.

Se quedaron abrazados mirando la tele. La alegría que sentían en esos momentos fue reemplazada por un sentimiento de impotencia y asco al ver que la gente que protestaba era rociada con agua a presión y atacada con bombas de gas lacrimógeno. Las imágenes fueron interrumpidas y apareció de improviso nuevamente la figura del presidente Patricio Urviola.

“Queridos compatriotas. Me dirijo a ustedes el día de hoy para reiterarles que he sido víctima de una campaña orquestada por las fuerzas de oposición, por malos elementos de la policía y la prensa. Repito que soy totalmente inocente. Lamentablemente, por las protestas de un reducido número de personas, el ejército ha decidido

no hacer caso a mi llamado para imponer la ley marcial. Por lo tanto, para evitar un derramamiento de sangre, he decidido renunciar al cargo de presidente que todos ustedes me confiaron. Muchas gracias"

Vio que la figura del presidente desaparecía de la pantalla y la televisión mostraba que los manifestantes estallaban de alegría, abrazándose y gritando. La policía se retiraba, protegiéndose aun de los esporádicos ataques de aquellos que seguían con la adrenalina corriendo por sus venas.

—¡Lo logramos! —gritó Gabriela y se prendió de su cuello—. ¡Lo hicimos, Amor!

Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Una emoción indescriptible lo invadió y comenzó a sollozar desesperadamente. Su cuerpo temblaba, presa de unos espasmos que parecía lo hacían convulsionar. Se controló y respiró más tranquilo. A la mente le vinieron las imágenes de todos aquellos que de una u otra manera habían tenido que ver con el plan para sacar al presidente del poder. De su parte habían sido casi tres meses de trabajo a tiempo completo, liderando el equipo que tenía la delicada misión de enfrentarse con una organización mafiosa bien estructurada, con años de experiencia y con la protección del mismo gobierno. Deseó tener a su lado en esos momentos a Leoncio, a Laura, a Casimiro Mamani, al coronel Cornejo, al coronel Montoya. Todos ellos habían sido los artífices del éxito alcanzado. El timbre del teléfono lo despertó de sus cavilaciones.

—¿Aniceto? —sonó la voz del coronel Cornejo.

—Soy yo, jefe.

—¡Te felicito, hombre! —gritó exaltado el coronel—. Me imagino que ya viste la noticia en la tele.

—Esto está pasando gracias a ti también, Sebastián.

—¡Lo logramos, puta madre! ¡Acabamos con el reinado de esa mierda!

—Lo logramos, Sebastián. Todavía no lo puedo creer.

—Te llamo también porque quiero verte. ¿Qué te parece mañana en la tarde en el cuartel general?

—Mañana será, jefe, nos vemos.

Colgó el teléfono y se dio cuenta de que Gabriela no estaba con él. De pronto la vio entrar acompañada de una mujer de avanzada edad, tomándola del brazo, que caminaba a paso lento y seguro.

—Aniceto —dijo Gabriela sonriendo—. Te presento a mi madre, Sara Ito.

—Mucho gusto, señora. Mi nombre es Aniceto Linares.

Vio que la anciana lo miraba con expresión seria, como si no hubiera entendido lo dicho por Gabriela. Se dijo que, pese a los años transcurridos, la mujer que tenía delante de él se asemejaba en algo a la que estaba en la foto vestida de tul. A pesar de que estaba ya algo encorvada por el paso del tiempo, exudaba una parte de la prestancia con la que posaba erguida en la foto en blanco y negro. Vestía un pantalón holgado de algodón y una casaca de polar con cierre en el medio. Su cabello canoso y ralo estaba un poco mojado y bien peinado. Una vez sentada y luego de mirarlo un buen rato con expresión ceñuda, sonrió y dulcificó la expresión.

—¿Así que usted es el detective que quiere casarse con mi hija? —dijo la anciana con tono bondadoso.

—Así es, señora —contestó el detective—. Eso me haría muy feliz. Claro, si usted está de acuerdo.

Vio que Gabriela lo miraba con una sonrisa burlona, como si supiera que el pedir la mano de la novia era una de las cosas que más detestaba en el rito del cortejo y que lo convertían en alguien inseguro y nervioso.

—Usted tiene cara de buena persona —dijo la anciana, y achinó los ojos, que parecían estar cerrados—. Mi Gabriela no se merece menos. Pueden casarse.

—Gracias, señora Sara. Haré muy feliz a su hija.

—Bueno. Me voy a descansar. Mucho gusto en conocerlo.

—El gusto fue mío.

Mientras Gabriela conducía a su madre a su habitación, se dijo que lo peor había pasado. Gabriela regresó y lo miró haciendo una mueca divertida.

—¿Todo bien, detective?

—Es la última vez que me caso contigo.

Jueves 12 de agosto, tres de la tarde

Eran casi las tres de la tarde cuando llegó al cuartel general ubicado en el centro de la ciudad. Había salido media hora antes de la casa de la madre de Gabriela. Había pasado la noche allí. Su cuerpo le dolía debido a la incómoda posición en la que había dormido en uno de los sofás de la sala. Fue idea de él. Pensó que debía respetar la casa de la madre de su prometida. Se dijo que para ciertas cosas era un chapado a la antigua. Se despertó tarde esa mañana. Gabriela preparó un suculento desayuno compuesto por una tortilla de huevo, espinaca, cebolla y tomate; tostadas de pan integral y una buena taza de café. Comieron en silencio. La madre de Gabriela, a diferencia del día anterior en el que caminaba apoyada en el brazo de su hija, iba y venía por toda la casa, mientras acomodaba cosas y regaba las plantas que se encontraban en sendas macetas de barro ubicadas en las esquinas de la sala y el comedor. Mientras hacía sus quehaceres la oyó cantar, bajito, como susurrando, como si quisiera pasar desapercibida frente al invitado sorpresa. Caminaba lento, pero con paso seguro, lo que le sorprendió, pues había pensado que era una anciana desvalida y postrada. Luego del desayuno se duchó y se acicaló con los accesorios que tenía en el maletín. Mucho más limpio y fresco obedeció a Gabriela, que lo hizo sentar y le enseñó las fotos del álbum familiar. Por primera vez pudo ver a una linda niña de raíces japonesas con el cabello amarrado en forma de dos colitas, jugando ya sea en el parque, en la playa o en las actuaciones de su colegio. Ante sus ojos apareció el crecimiento y desarrollo de su futura esposa. Cada instantánea era para él un nuevo descubrimiento. Vio la transformación de una niña con colitas y vestido corto en una agraciada muchacha con lentes y dientes chuecos. Las fotos donde participaba en juegos infantiles dieron lugar a tomas en paseos campestres, concursos de baile y oratoria o con el uniforme de brigadier del colegio. Sintió un poco de celos cuando la vio agarrada de la mano de un chico con terno, alto y espigado.

—Es mi fiesta de promoción —dijo Gabriela riendo, al parecer dándose cuenta de la incomodidad del detective.

Siguió pasando las hojas extasiado hasta que se topó con una que le hizo dar un quejido de sorpresa. Era una foto en donde aparecía el equipo completo del caso Corcuera, el mismo que se formó hacía veinte años para atrapar al peón más importante de Urviola. La instantánea había perdido el color de los primeros días, pero se veían nítidamente los rostros de aquellos jóvenes que habían trabajado sin descanso para cumplir con la tarea encomendada. Allí estaba Jacobo Quinteros, que alzaba las manos y abría la boca, siempre extrovertido y alegre; Gabriela a su lado, torciendo la boca, mientras hacía siempre muecas graciosas. Se vio también él allí, al lado de Gabriela y Jacobo. Pensó en lo joven que se veía. En esa época estaba casado con Noelia y Damián estaba en camino. Sintió la cabeza de Gabriela apoyarse en su hombro.

—Linda foto —dijo ella, con la voz cortada por la emoción—. Siempre que puedo la vuelvo a mirar.

—Éramos tan jóvenes —suspiró el detective—. Jacobo como siempre haciendo bulla. Estás muy linda. ¿Te acuerdas quién tomó la foto?

—El coronel Montoya, es por eso que él no sale en la toma.

Cerró el álbum de fotos y vio la hora en el reloj de su muñeca. Eran casi las dos y media de la tarde.

—Se me hace tarde —dijo el detective incorporándose—. Tengo que irme.

—¿A qué hora vienes?

—No lo sé. Tal vez en un par de horas. No sé porque el coronel me ha citado. Seguro es para explicarme los pasos a seguir luego de la dimisión del presidente.

Dejó el maletín con sus cosas y salió de la casa, no sin antes abrazar y besar a Gabriela y decirle que la amaba y que no veía las horas de estar juntos para siempre. Arrancó el auto y miró hacia la entrada de la quinta. Allí estaba ella, haciéndole adiós con la mano, con el pelo recogido y la sonrisa que iluminaba su rostro redondo y con incipientes arrugas. Mientras manejaba quiso guardar en su mente la última imagen de Gabriela, para que lo acompañe hasta que se volvieran a encontrar. Poco le duró el gusto porque en su camino vio

el estado calamitoso en el que habían quedado las calles del centro luego de las protestas. Botes de basura tirados con el contenido desparramado en las pistas y veredas, negocios con las ventanas rotas, charcos de agua mezclados con la sangre de los caídos de ambos bandos. Las pistas lucían repletas de pancartas y banderolas caídas con consignas que exigían la renuncia del presidente. No circulaba ningún autobús y los pocos carros que lo hacían no se detenían a ver las consecuencias de lo que él y su equipo habían provocado. Se respiraba una calma densa en el ambiente, esa calma que es el interludio antes de la tormenta que vendrá irremediablemente. Al llegar al cuartel general se apeó del auto y se dirigió a la puerta principal. A diferencia del antiguo cuartel general, este tenía como entrada una puerta estrecha y no tenía una puerta de salida de emergencia. Sin embargo, adentro había más habitaciones y estaban mejor iluminadas. Al entrar, cerró la puerta y escuchó la voz del coronel Cornejo que le indicaba que se apresure.

—Jefe —dijo el detective al entrar a la habitación de donde venía la voz. El coronel Cornejo estaba sentado en un escritorio mientras revisaba algunos papeles.

—¡Aniceto! —dijo el coronel incorporándose de un salto y abriendo los brazos—. ¡Déjame felicitarte y darte un abrazo!

Correspondió el afectuoso saludo con desgano. Se sintió incómodo pues él no era de expresar sus sentimientos de esa manera, sin embargo, la ocasión lo ameritaba.

—Felicitaciones a usted también —agregó el detective—. Sin su apoyo, su visión y la del coronel Montoya, no lo hubiéramos logrado.

—Hablé con Otoniel esta mañana —dijo el coronel—. No cabe en sus pantalones de la felicidad.

—Qué bueno —dijo el detective, para luego preguntar—. ¿Para qué quería verme, señor?

—Para entregarte esto —dijo el coronel. Tomó un papel de encima del escritorio y se lo alcanzó.

Recibió el papel y lo leyó con atención. Era la resolución que ordenaba su restitución a la organización policial. En la parte inferior figuraba la firma del coronel Cornejo.

—¿No falta la firma del director de la policía?

—La estás viendo.

—¿Perdón?

—El presidente interino, el senador Clodoaldo Gutiérrez me acaba de nombrar director de la policía mientras dure la transición de poderes.

—¿Y Brezani?

—No sabemos dónde está. Debe estar escondido esperando huir del país. No tiene escapatoria. Su foto y el pedido de arresto está en todos los puestos de frontera.

—Felicitaciones, Sebastián —dijo Aniceto ofreciéndole un apretón de manos—. Te lo mere…

Un ruido como de varios autos llegando al frente del edificio se escuchó fuerte y no le dejó terminar la frase. De pronto, una fuerte explosión hizo que las paredes del viejo edificio temblaran de tal forma que parecía que se iba a venir abajo. Un coro de voces atropelladas que venía de la entrada se escuchó luego de la explosión. Ambos se asomaron y vieron un grupo de hombres fuertemente armados que entraban al recinto. De inmediato sacaron sus armas y se parapetaron en el umbral de la puerta de la habitación donde se encontraban. Una ráfaga de metralleta los hizo retroceder y buscar refugio en el interior. Rápidamente tumbaron de costado un escritorio y una cómoda y se escondieron detrás, esperando que llegaran los atacantes.

—¿Crees que sea la pandilla de Urviola? —preguntó el coronel con el rostro desencajado.

—¿Quién más si no? —respondió con otra pregunta el detective —. Esto no es más que una última reacción desesperada.

—Reacción tardía o no, debemos repelerlos, si no estamos jodidos. Este condenado edificio no tiene otras salidas más que la entrada principal. ¡Mierda! ¿Por qué no pensé en eso antes?

—No hay problema, jefe, hemos salido de peores situaciones.

Otra ráfaga de metralla destruyó el marco de la puerta, lo que produjo que las astillas volaran por el cuarto. Una de ellas le rozó levemente la mejilla al coronel, dibujándole una delgada línea roja en

el rostro. Una voz conocida se alzó en medio de los gritos y los disparos: era Tiburcio Otárola.

—Aniceto —gritó Otárola—. Sal de una buena vez, no te escondas como un cobarde.

Miró al coronel Cornejo que negaba con la cabeza mientras se llevaba el dedo a la boca.

—Aniceto está conmigo, gran pendejo —gritó a su vez el coronel —. Si lo quieres tendrás que pasar sobre mi cadáver.

—Dos por el precio de uno —exclamó Tiburcio Otárola—. Una ganga como pocas.

De improviso tres hombres entraron a la habitación y dispararon indiscriminadamente. Las balas llovían por las cabezas de los policías que solo atinaban a echarse en el suelo.

—*¡Jetez les armes, merde!* —gritó una voz en francés seguida por una salva de balazos.

Nuevamente hubo un intercambio de disparos y varios gritos se escucharon. Un silencio pesado invadió el ambiente. Volteó para ver al coronel y remarcó que una bala lo había alcanzado en el hombro. Se acercó y vio que sangraba profusamente mientras jadeaba con una mueca de dolor en el rostro.

—Aniceto, déjame aquí, estoy cagado. Me duele como la puta madre.

—Toma —dijo Aniceto entregándole su saco enrollado—. Haz presión en la herida y quédate aquí.

—No te preocupes porque no me puedo mover. ¡Qué inútil que soy, mierda!

Se alejó del coronel, de cuclillas para no ser visto. Los disparos habían cesado. No se escuchaba nada, salvo los jadeos del coronel Cornejo. Alzó la mano por detrás del escritorio donde estaba escondido y luego la ocultó. Ni un sonido, nada. Se incorporó lentamente y vio los cuerpos de tres hombres. Yacían inmóviles, en posiciones antinaturales. Se acercó y pudo ver que eran Jean-Pierre Garibaldi, probablemente el que gritó en francés; Néstor Ísmodes, el asiduo concurrente al restaurante “Res y Carbón” y Mario Velezmoro, alias Manito de Piedra. Mientras caminaba por entre los cuerpos

tendidos y exánimes, pensó que Urviola, viéndose derrotado, había echado mano de sus mandos de confianza, o al menos lo que quedaba de estos, para el último asalto. Caminó hacia la puerta y se detuvo en el umbral.

—Tiburcio —gritó el detective—. Tus secuaces están muertos. No tienes nada más que hacer aquí. Ríndete.

—Veo que tu preciado coronel tampoco está a tu disposición —contestó Otárola con voz firme—. Qué te parece si hablamos como dos personas civilizadas. Frente a frente.

—¿Cómo puedo confiar en ti?

—Palabra de caballero.

Con el arma en la mano, cruzó el umbral y se encontró en el pasillo. Volteó la cabeza y vio a Tiburcio Otárola, que también sostenía una pistola. Remarcó que el terno a rayas color azul oscuro que portaba estaba cubierto de polvo. Tenía los cabellos alborotados y se notaba que sudaba copiosamente. Lo único impecable en su aspecto era la corbata roja que seguía bien firme y anudada alrededor de su cuello.

—Te salió todo como querías —exclamó con tono sarcástico Tiburcio Otárola—. ¿No es cierto, detective?

—Algún día tenía que acabar tu reinado, Tiburcio. Mi equipo y yo solo fuimos el instrumento que permitió hacerlo.

—No seas modesto, Aniceto. Ambos sabemos que el artífice de todo esto fuiste tú.

—No soy modesto. Fuimos muchas personas involucradas.

—¡Mátalo, Aniceto! —se escuchó a lo lejos la voz del coronel Sebastián Cornejo—. ¡Mátalo de una vez!

—¡El inefable coronel Cornejo! —se burló Otárola—. El nuevo director de la policía, si no me equivoco.

—Todo terminó, Tiburcio. Suelta el arma —insistió el detective.

—Antes quiero decirte que la idea de venir no fue de Patricio.

—¿En serio? ¿Y de quién fue?

—Mía, naturalmente. En realidad, el jefe de la organización era yo. Todo iba bien hasta que el pobre de Patricio decidió convertirse en presidente. Allí empezó nuestra desgracia. Yo le advertí, pero él no

escuchó. Ahora estamos pagando las consecuencias.

—¿Para qué me dices todo esto, Tiburcio? —preguntó el detective.

—Para hacerte ver que ambos somos líderes. Estamos en teoría bajo el mando de alguien, pero en la práctica, somos nosotros los que llevamos el hilo de la madeja.

—Eso ahora ya no importa.

—Sí importa, siempre importó. Los hombres como nosotros quedarán siempre en la historia. En la historia que vale, no en la que queda escrita en los libros. Nuestros nombres serán recordados entre aquellos que mueven el mundo en las sombras. Se pronunciarán en las conversaciones de unos cuantos, de aquellos que saben la verdad, en los rincones más míseros del mundo: en la esquina llena de orines fuera de un restaurante, alrededor de una fogata en una noche de invierno, junto a un basural lleno de ratas. Somos una estirpe que no muere.

No sabía por qué lo escuchaba. Le pareció que era una larga cháchara llena de sinsentidos. Pensó que tal vez Otárola perteneciera a un culto o a una antigua sociedad secreta.

—Hombres como nosotros —añadió Otárola—, deben morir para que el resto sobreviva.

Vio que Tiburcio Otárola alzó la mano y le apuntó con el arma. Él hizo lo mismo. Se escuchó un solo estruendo y el sonido de dos cuerpos pesados cayendo al suelo. Se encontró tirado en el piso sin poder moverse. Pensó que solo se había escuchado un único disparo porque ambos habían tirado del gatillo al mismo tiempo. Trató de moverse, pero era imposible. Se sentía como inmovilizado, como si una fuerza invisible le impidiera moverse. Al cabo de unos segundos sintió pasos que se acercaban, pasos irregulares, como si alguien viniera rengueando.

—¿Aniceto? —escuchó que decía el coronel Sebastián Cornejo—. ¿Estás bien?

—No me puedo mover.

—No intentes hacerlo. Ya llamé a la ambulancia.

—¿Y Otárola?

—Está muerto.

—Mi herida. ¿Qué tan grave es?

—No te preocupes, Aniceto. Todo va a estar bien.

—No siento las piernas, Sebastián. Dime la verdad.

—El balazo te dio en el estómago —dijo el coronel mientras tenía su cabeza apoyada en las piernas y apoyaba el saco del detective encima de su vientre.

—Me estoy desangrando, ¿no es así?

—Sí.

—Quiero que le digas a Damián que lo quiero mucho. Que voy a estar siempre con él.

—Aniceto —dijo el coronel con la voz entrecortada por el llanto —. Te vas a curar.

—Dile a Gabriela que la amo, que es la mujer de mi vida.

—No sigas, por favor, amigo.

—Fue un honor haberte conocido, Sebastián. Fue un privilegio haber trabajado a tus órdenes.

—…

—No llores, amigo. Cuida de mi hijo. Cuida de Gabriela.

—Lo haré.

—Qué raro… veo a mi madre… veo a mi padre…

Domingo 15 de agosto, doce del día

Se persignó y bajó la cabeza en señal de contrición. El día estaba gris y lluvioso, como si supiera lo que sucedía y acompañara en su pena a todos los presentes. Recordó que hacía tres meses nomás estuvo allí, acompañando a Aniceto por el fallecimiento de su madre. Las vueltas que da la vida, pensó. Hacía dos días que su mejor amigo había muerto y todavía no lo podía creer. Alzó la cabeza mientras escuchaba alguno que otro sollozo aquí y allá. A su lado estaba Damián y Gabriela, ambos vestidos de negro. Un poco más allá divisó a Noelia, quien estaba acompañada por el coronel Otoniel Montoya. A unos pocos metros de su posición se encontraban Leoncio Manyari, Laura Estremadoyro y Casimiro Mamani. Se les veía en el rostro que estaban sumamente afectados. Un poco más al fondo se encontraba el periodista Nicanor Egúsquiza con un aire serio y retraído. El resto de personas eran gente de la división de secuestros y familia de Aniceto que no conocía. El féretro estaba en el suelo, encima del pasto, al costado del agujero que había sido excavado unas horas antes por los trabajadores del camposanto. Lo rodeaban una decena de arreglos florales venidos de todas partes. El más grande había sido enviado por el presidente interino, el senador Clodoaldo Gutiérrez. Había sido traído por su edecán, quien se encontraba presente en su nombre. Movió el brazo y sintió una punzada que lo hizo cerrar los ojos. Había olvidado que tenía el brazo inmovilizado por un cabestrillo debido al balazo que había recibido durante el ataque al cuartel general. La orden que le había dado Aniceto de hacer presión sobre la herida le había salvado la vida.

Mientras el sacerdote hablaba de la vida eterna y de estar a la vera del señor, recordó los acontecimientos que se desencadenaron luego de la publicación del periodista Nicanor Egúsquiza contra el presidente Patricio Urviola. Los datos obtenidos por el equipo liderado por el detective Aniceto Linares estaban tan bien sustentados y con sólidas evidencias que el presidente no tuvo más remedio que renunciar. De inmediato, el senador Clodoaldo Gutiérrez asumió temporalmente la presidencia hasta la convocatoria de nuevas

elecciones generales. Una de sus primeras acciones había sido la destitución del director de la policía, Adolfo Brezani y nombrarlo en su lugar, siempre de manera temporal. Brezani había sido capturado al día siguiente del discurso del presidente, mientras trataba de fugar por un puesto fronterizo. Fue reconocido y enviado a una prisión de máxima seguridad donde esperaría su juicio. El presidente Urviola había sido encontrado muerto en su lujosa residencia. Al parecer se había suicidado con un potente veneno de acción rápida. La mafia que lideraba se desarmó como un castillo de naipes de la noche a la mañana. Los jefes que quedaron lanzaron el ataque desesperado contra el cuartel general donde solo se encontraban él y Aniceto. Todos fallecieron en el ataque. Supo que pequeños grupos tomaban el vacío de poder dejado por la mafia del presidente. Tarde o temprano habría una lucha de poderes y las muertes se sucederían unas tras otras hasta que el equilibrio se alcanzara. Mientras tanto, la policía tendría una dura labor para contener y minimizar los daños causados por la guerra que se avecinaba.

Escuchó que el sacerdote daba la última bendición: en nombre del padre, del hijo y del espíritu santo, amén. Los empleados del cementerio hicieron descender el ataúd hasta el fondo del pozo. Uno por uno, los asistentes echaron un poco de tierra al foso, la cual caía encima de la tapa del féretro. Recordó cuando Aniceto echó la tierra al foso de su madre. Vio el sufrimiento de su amigo cuando el sonido llegó hasta sus oídos. Hizo lo mismo y por fin entendió a Aniceto y el dolor que sentía al saber que su madre no volvería a estar con él físicamente.

El grupo de personas se dispersó. El periodista Nicanor Egúsquiza se acercó para dar el pésame a Damián y a Gabriela. Laura, Leoncio, Casimiro y el coronel Montoya se acercaron y los abrazaron, con los ojos rojos por el llanto. Hicieron un pequeño círculo. Había tantas cosas que decir.

—Quería darles las gracias en nombre de mi padre por haberlo acompañado —dijo Damián, visiblemente acongojado.

—Una de las últimas cosas que dijo tu padre —añadió el coronel Cornejo— fue que te quería mucho. Me pidió que te cuidara. Eso voy

a hacer desde ahora. Cualquier cosa que necesites házmelo saber.

—Gracias, coronel —dijo Damián reteniendo el llanto.

—¡No puede ser que se haya ido! —exclamó Laura Estremadoyro, sollozando.

—Laura —dijo el coronel Cornejo—. Él estaba muy orgulloso de ustedes.

—Él nos lo dijo —intervino Leoncio—. Nos agradeció. Fue como un padre para mí. Lo voy a extrañar mucho.

—Se fue un grande —señaló el coronel Montoya—. Uno de los mejores, sino el mejor.

—Nunca lo olvidaremos —sentenció Laura.

—Hasta siempre, amigo —exclamó Casimiro Mamani.

Leoncio, Laura, Casimiro y el coronel Montoya se despidieron. Cuando se fueron, Gabriela les pidió quedarse a él y a Damián un momento.

—¿Pasa algo, Gabriela? —preguntó el coronel Sebastián Cornejo.

—El día que Aniceto fue a verlo al cuartel general, me había pedido en matrimonio.

Se quedó estupefacto. Al tanto de lo que pensaba Aniceto del matrimonio, la noticia era una verdadera sorpresa.

—Mi papá había dicho que nunca más se iba a casar —añadió Damián.

—Lo sé —continuó Gabriela—, pero me lo pidió porque sabía que yo estaba ilusionada por casarme de blanco y por la iglesia.

—Mi amigo era una caja de sorpresas —rio con tristeza el coronel Cornejo.

—Antes de que se fuera, estuve tentada de decirle algo de lo que todavía no estaba segura. Preferí esperar la confirmación del doctor y decírselo ni bien lo viera.

—¿De qué estás hablando, Gabriela? —preguntó Damián.

—Estoy embarazada de Aniceto. Tengo dos meses y medio de gestación —dijo Gabriela y partió en llanto.

Vio que Damián la abrazaba llorando él también. Se había quedado boquiabierto.

—Sebastián —le habló Gabriela—. ¿Acaso no vas a decir nada?

—Es la mejor noticia que he escuchado desde que Urviola renunció —dijo el coronel confundiéndose en un abrazo con ambos—. Esto hay que celebrarlo.

—Solo quería que sepan que Aniceto no está muerto. Vive en su hijo Damián y ahora vive dentro de mí.

—Y siempre estará en nuestros corazones —reflexionó el coronel.

Caminaron para salir del cementerio con el convencimiento de que algo mágico acababa de pasar. Una vida se apagaba, pero otra tomaba la posta. Sebastián suspiró y miró el cielo que empezaba a clarear, como si se hubiera enterado de la fabulosa noticia. Una brisa fresca les golpeó el rostro y los tres cerraron los ojos, y pensaron que tal vez fuera Aniceto que les decía que todo iba a estar bien.

FIN